

Diana Al Azem

EL ALGORITMO DEL AMOR



¿Sabrías calcular el resultado?

DIANA AL AZEM

El algoritmo del amor

Autor-Editor

Sinopsis

Subtitulado: ¿Sabrías calcular su resultado?

Raquel es una mujer joven que no ha tenido demasiada suerte en el amor. Sus anteriores relaciones no le han durado demasiado y ha perdido la ilusión por encontrar a un hombre que la haga feliz. Este año, en su nuevo trabajo, Raquel conocerá a un chico siete años menor que ella, un chaval adorado por muchas y deseado por otras tantas. Raquel comenzará a sentir ciertos sentimientos por el joven que le harán dudar sobre su posición en el trabajo, pues si esa relación saliera a la luz, la muchacha podría perder su empleo. El problema es que el joven tiene muy claro sus deseos hacia ella y será muy persuasivo. ¿Será Raquel capaz de resolver este problema? ¿Podrá descifrar la verdadera solución del amor?

Esta es una nueva versión readaptada y ampliada de la anterior obra de la autora, 'Escondidos entre aulas'

Autor: Al Azem, Diana

©2014, Autor-Editor

ISBN: 978841483900520

Generado con: QualityEbook v0.75

Lunes, 16 de Septiembre

ABRÍ los ojos y miré hacia la ventana. Por la luz que entraba a través de los cristales debían ser alrededor de las siete de la mañana, siempre me había gustado dormir con la persiana abierta, y calcular la hora que era por la luminosidad del día. Hacía bastante tiempo que dejé de utilizar el despertador para levantarme y no llegar tarde al trabajo.

Con la mirada perdida sobre los primeros tonos azules del cielo, agradecí que el verano hubiese llegado a su fin. Al contrario que mucha gente, los meses estivales me suponían una de las épocas del año más aburridas. No tenía mucho que hacer en la ciudad durante esos meses, así que solía marcharme al apartamento que mis padres tenían junto a la playa.

Allí lo pasaba muy bien cuando era una niña, jugaba con mis amigos junto al portal del edificio todas las noches, y como no estaba permitido corretear por la calle pasadas las doce, siempre había algún vecino, poco amigo de los niños, que se quejaba del escándalo. Desafortunadamente, el tiempo había pasado, y todos los amigos de la infancia habían ido construyendo sus vidas en otras ciudades. Dejaron de pasar los veranos en casa de sus padres, la mayoría de ellos se habían casado, o tenían hijos o se marchaban de viaje con sus parejas. Yo, sin embargo, era la única del grupo que continuaba veraneando allí todos los años.

Siempre había sido una chica bastante prudente. A lo largo de mi paso por la Universidad dediqué la mayor parte del tiempo buscando información en la biblioteca. Veía como muchas de mis compañeras lo pasaban genial saliendo por las noches, bebiendo, fumando y bailando, quizás guiadas por la falsa felicidad del alcohol. Yo, sin embargo, solía regresar a mi diminuto apartamento de estudiantes antes de las doce. No me apetecía levantarme al día siguiente con dolor de cabeza e ir a la facultad hecha un zombi.

Incluso en aquella época consideraba que tener pareja no serviría más que para distraerme de mis objetivos, por lo que las relaciones sentimentales no solían durarme más de dos o tres meses. Mis padres nunca daban su opinión cada vez que les comunicaba que había cortado con algún chico, y mis amigas, sin embargo, me decían que en la vida había algo más que libros. Tal vez tenían razón, tal vez estaba demasiado concentrada en mis estudios, o quizás aún no había conocido al chico que me hiciera cambiar de opinión.

Por fin había finalizado el verano, y me disponía a comenzar un nuevo curso escolar con gran entusiasmo. Lo había esperado con muchísima ilusión, ya que al menos podría mantener la cabeza ocupada con los alumnos y las clases, y no estaría auto compadeciéndome de mi patética y

solitaria situación sentimental.

Acababa de cumplir veintiséis años y ese sería mi segundo año trabajando como profesora de matemáticas. El curso anterior había trabajado en forma de prácticas en un instituto de Cartagena, pero ese año me destinaron a un centro nuevo en Algezares.

Aquella mañana no tardé ni dos segundos en levantarme de la cama y meterme en la ducha, en mi primer día de clase quería estar más que presentable para mis alumnos. Frente al armario dudé qué ponerme. Según me habían comentado el centro era un tanto especial, al parecer los alumnos tenían cierta tendencia a arreglar las cosas a base de gritos e insultos. No sería nada sencillo tratar con adolescentes de ese perfil, así que me planteé dos opciones: ir vestida como la Señorita Rotenmeyer e imponer seriedad, o ir en plan *fashion* total y ser la “profe” guay para así ganarme su confianza. Finalmente consideré que en ningún caso sería yo misma, y me decanté por un clásico: vaqueros y una camisa blanca de manga corta.

“Sencilla pero eficaz” pensé mientras me observaba en el espejo. Yo era una chica más bien delgada y mi piel era tan blanca como el marfil. Al contrario que muchas de mis amigas, jamás me planteé cambiar el color de mi pelo por un rubio ceniza; mucha gente decía que mi larga melena oscura y rizada era la parte más llamativa de mi constitución y estaba orgullosa de ella. No es que cuidara mi pelo con especial mimo, pero lo lavaba todos los días con un champú para niños y lo dejaba secar al aire, sin secadores ni planchas para alisarlo.

Después de colocar mi pijama bajo la almohada, abrí el tocador de madera de pino donde guardaba mis perfumes. Tenía una pequeña colección de ellos y ninguno estaba apurado. Me gustaba conservar una pequeña parte de cada esencia porque cada una de ellas me hacía recordar instantes y circunstancias vividas en el pasado: *Lou Lou* por ejemplo me recordaba a mi época en el Instituto, todas las chicas lo llevaban porque se puso de moda ese año. *Miracle* conmemoraba mi estancia en Inglaterra como estudiante Erasmus en la universidad. Cada vez que destapaba la esencia de *Hugo*, me acordaba de mi primer novio..., y así, con unas cinco fragancias más.

Ese día, sin embargo, iba a estrenar lo nuevo de *Nina Ricci*. Se trataba de un aroma suave y fresco con un toque de limón. Decían que Nina era “una joven mujer que se encontraba bajo una buena estrella”. Si eso era cierto, quizás ese año tendría suerte y encontraría algún súper hombre con el que iniciar una relación estable y duradera.

Salí de casa, hacía un día espléndido y el sol brillaba como solía hacerlo en esa época del año, una brisa suave anunciaba que pronto llegaría el otoño. A eso de las ocho subí a mi Renault Clio y me puse en marcha. El instituto estaba a unos quince kilómetros de casa, así que tenía tiempo suficiente de escuchar un programa matutino de humor que había en una de las principales emisoras de radio. Era mi programa favorito, me hacía reír y ponían buena música, al menos estaba puesta al día con lo que sonaba en aquel momento. No me gustaba escuchar noticias ni programas de debates, todos hablaban de lo mismo: la crisis económica, el paro, el gobierno y la oposición todo el día protestando los unos con los otros..., ¡qué tristeza de país! Y los pobres ciudadanos aguantando la ineptitud de los políticos.

Mejor cambiaba la emisora y escuchaba cómo San Bernardino le gastaba una broma a una señora, haciéndole creer que iba a ir a la cárcel por robar unas manzanas en el supermercado. No tenía remedio, todo el mundo caía ante las novatadas del locutor. Me pregunté si yo sería capaz de reconocer una broma dirigida a mí. Quería creer que sí, pero viendo la eficacia de las

inocentadas, llegué a la conclusión de que sería una víctima más.

Llegué al instituto en veinte minutos. Observé cómo los alumnos se agolpaban en la puerta principal para entrar los primeros.

—Seguro que no tendrán tanta prisa por comenzar las clases en cuanto lleven un par de semanas madrugando — pensé en voz alta.

Se trataba de un edificio semi nuevo, no debía tener más de cinco o seis años. Era una pena que ya estuviera rodeado de grafitis y pintadas rechazando el sistema educativo.

Teníamos un sistema basado en las competencias comunicativas, fomentando una mayor participación y responsabilidad de los alumnos y los padres. Sin embargo, a la hora de la verdad, nada de esto se ponía en práctica más que con unos pocos estudiantes afortunados por tener unos padres que se preocupaban por la educación de sus hijos.

A mi parecer, este sería el mayor dilema con el que me enfrentaría a la hora de educar a unos alumnos que aún no conocía. La falta de atención por parte de sus familias dificultaría el trato con esos jóvenes. Siempre había pensado que mi trabajo consistía en enseñar, y el papel de educar debía estar representado por las familias, pero aún no había sido madre, así que, quién sabe si no cambiaría de opinión el día que tuviera descendencia.

Me dirigí al departamento de matemáticas. Allí me esperaban Salomé y Cristina, dos de las tres compañeras que tendría ese año. La tercera profesora se llamaba Sonia, pero nunca llegamos a trabajar con ella porque se encontraba de baja por un embarazo de riesgo. Pronto mandarían a un sustituto.

Me resultaba extraño tener como compañeras a tantas chicas en el departamento de matemáticas, y es que por lo general, solían ser hombres los que impartían este tipo de asignaturas.

—Hola chicas, ¿qué tal estáis el primer día de clase?

—¡Puf! Ni me hables. Tengo unos nervios en el estómago, no he podido ni desayunar esta mañana — contestó Cristina sin parar de moverse de un lado a otro mientras cogía libros y hojas de todos lados.

Para Cristina, que tenía un año menos que yo, aquel era su primer trabajo como profesora en un instituto de secundaria. Ese día estaba algo inquieta porque le habían llegado varios comentarios acerca de agresiones por parte de los alumnos a los profesores de ese centro, y es que Cristina era una mujer bastante menudita, con un carácter no demasiado fuerte diría yo. Por otro lado era una chica muy inteligente, no sólo había conseguido terminar la carrera en cuatro años, sino que además estaba preparando su tesis doctoral. Había participado en diversas conferencias sobre el desarrollo de la educación matemática como campo científico de la investigación; una teoría que permitía comprender las interacciones sociales que se desarrollaban en la clase entre estudiantes, profesor y el saber, y que condicionaban lo que aprendían los estudiantes y cómo podía ser aprendido.

—No te preocupes, mujer. Ya verás que cuando lleves unos días aquí conocerás bien a tus alumnos y no te parecerán tan malos — Salomé intentaba relajarla.

—Además, seguro que a final de curso hasta te has encariñado con alguno de ellos — continué mientras observaba como dejaba caer sus cosas sobre la mesa.

—Tal vez tengáis razón, pero no me negaréis que comenzar el curso con un segundo de Bachiller el primer día..., no sé vosotras, pero yo tengo pánico de quedar en ridículo; que me

pregunten algo y no sepa qué contestar, o que se me rompan las medias mientras escribo en la pizarra y no me dé cuenta. Seguro que se reirán de mí nada más verme aparecer por la puerta.

—Vamos Cristina, creo que te infravaloras. Tú sólo dedícate a dar la clase y a memorizar el nombre de cada uno de tus alumnos lo antes posible — le aconsejó Salomé.

En cierto modo Cristina tenía razón. No era fácil enfrentarse por primera vez a una jauría de alumnos que estudiaban todos tus movimientos para echarse encima de ti a la más mínima ocasión. Para ello era necesario tener cierto autocontrol, y sobre todo mucha paciencia, y no dejar que el trabajo afectara o provocara ansiedad en el profesor.

Del poco tiempo que conocía a Salomé, consideraba que ella reunía esas cualidades. Salomé era la jefa de departamento, tenía treinta y cinco años, y llevaba tres trabajando en ese mismo centro, quizás por eso tenía más experiencia en tratar con aquellos alumnos conflictivos. Era una mujer bastante seria en su trabajo, no le gustaba que le dijeran lo que tenía que hacer y sobre todo no soportaba a los hombres prepotentes. Se describía a sí misma como una mujer libre e independiente. No tenía ni quería una pareja estable, creía que más valía estar sola que mal acompañada.

Mientras estábamos las tres de parloteo, llamaron a la puerta:

—Raquel, la directora quiere hablar contigo — me anunció Loli, la conserje del centro.

—Claro, estoy con ella en dos minutos.

En cuanto Loli cerró la puerta mis compañeras dirigieron sus miradas hacia mí.

—¿Y qué quiere ahora esa amargada? — preguntó Cristina con cierto hastío.

—Será por lo del cambio de horario que solicité. La verdad es que no creo que me lo conceda. Según me dijo, los horarios eran inamovibles; pero fue tal mi insistencia que al final tuvo que decirme que lo estudiaría. — le expliqué — Yo creo que lo dijo para que me marchara y le dejara en paz.

Dejé a mis compañeras riendo por mi sutil comentario, y me dirigí al despacho de la directora, advertí desde el pasillo que estaba esperándome de pie junto a la puerta.

¡Qué impaciente era esa señora!

Doña Maruja era una mujer de unos sesenta años, debía estar a punto de jubilarse. Había dedicado la mayor parte de su vida a impartir la asignatura de Historia pero hacía cuatro años que consiguió el puesto de directora en el centro. No sabía mucho de su vida personal, pero por lo que Salomé me había contado, se trataba de una mujer que no había llegado nunca a formar una familia. No se le había conocido pareja alguna a lo largo de su vida de docente, y era una señora muy poco sociable. No tenía amigos entre los compañeros de trabajo, ni siquiera aparecía por las reuniones o celebraciones que se hacían fuera del centro. La verdad es que me daba pena, seguramente habría tenido algún desengaño en la vida que le hacía ser tan poco accesible. ¿Acabaría yo tan sola como ella?

—Buenos días Doña Maruja, ¿quería verme?

—Sí señorita Montero. Quería comentarle que he intentado permutar sus horas lectivas con las horas de atención a padres, y me temo que no puedo hacer nada por cambiarlas — sin darme más explicaciones me extendió la hoja con el horario.

Hacía dos semanas que los profesores comenzamos a trabajar en el centro para planificar el curso, los horarios y los grupos. Desde el primer día le comenté a la directora que quería intercambiar dos de las horas de trabajo, simplemente porque consideraba que era más útil tener

la atención a padres a primera hora de la mañana, y así, aquellas familias que trabajaran no tendrían excusas para venir al centro y comentar conmigo la evolución de sus hijos. Pero estaba claro que la directora no estaba por la labor de hacer ningún favor a nadie, así que ya aburrida de insistir, decidí claudicar y volver por donde había venido.

—Pues nada, le agradezco su esfuerzo — solté en un tono irónico que jamás pensé que usaría frente a un superior.

—No hay de qué. Ya sabes dónde estoy para cualquier otra cosa que se te ofrezca.

«Sí, claro. No hay más que verlo.»

Salí de su despacho y fui directa a la primera clase del día: Primero A.

Todos los alumnos estaban esperándome en el aula, y no precisamente sentados y calladitos. Había un escándalo monumental. Aquel era el primer año para esos alumnos en un centro de secundaria, así que podía entender su inquietud. En cuanto me vieron aparecer, se sentaron en sus pupitres y guardaron silencio.

Me presenté:

—Buenos días a todos. Mi nombre es Raquel y voy a ser vuestra profesora de matemáticas a lo largo de este curso.

Nadie decía nada.

—Todos deberíais tener ya vuestro libro de matemáticas comprado porque mañana mismo comenzaremos con el temario. Hoy lo dedicaremos a conocernos todos un poco mejor.

Se miraron entre ellos suponiendo que era una buena idea.

—¿Alguien quiere comenzar por presentarse? — consulté sin obtener ninguna respuesta.

—Está bien, en ese caso comenzaremos por el primero de la lista... ¿Elena Albaladejo?

—Sí, aquí estoy — levantó la mano tímidamente una chica de la primera fila.

—Bien, Elena, cuéntanos, ¿de qué colegio vienes y cuáles son tus asignaturas preferidas?

El resto de la jornada concluyó sin ningún percance. Ese día había tenido la oportunidad de conocer, además, a los grupos de segundo A y B, y tercero A. En aquel momento no me parecieron malos chavales, aunque eso no lo podría afirmar hasta pasadas unas semanas, cuando los alumnos hubiesen cogido confianza.

A las dos y media di por concluida la mañana, y me despedí de mis compañeras.

Pasé la tarde de compras, ya que el frío llegaría pronto, quería renovar mi armario. Lo hacía todos los años, me gustaba empezar el curso escolar con buen pie, y pensaba que llevar ropa nueva me ayudaría a hacerlo, al fin y al cabo, no tenía otra cosa en qué gastar el dinero. Otras personas salían con sus parejas a cenar a un buen restaurante, o pagaban sus hipotecas, o mantenían a sus hijos, sin embargo yo no tenía ninguna de esas obligaciones, por lo que gastaba el dinero en mí misma.

Por la noche me preparé una buena ensalada. Me encantaba cenar en el sofá en pijama mientras veía la televisión, aunque a veces me desesperaba, porque no había más que programas de cotilleos o películas que ya habían emitido en repetidas ocasiones. Esa noche estrenaban una nueva serie española y para variar, quise darle una oportunidad.

A eso de las once y media me fui a la cama, y no tardé ni diez minutos en dejarme llevar por el sueño.

Lunes, 23 de Septiembre

HABÍA pasado una semana desde que comenzaron las clases. Como predije, los estudiantes se iban avisando y empezábamos a oír las primeras quejas por parte de los profesores: alumnos que no traían el material didáctico para trabajar, otros que hablaban demasiado e interrumpían el ritmo de la lección, o se dedicaban a pintarrapear en los pupitres..., en cualquier caso, nada que no hubiera oído sobre otros institutos antes.

Acudí al aula de primero A. Sorprendentemente los alumnos esperaban mi llegada sentados en sus respectivos asientos, y aquella quietud me extrañó. Siempre los encontraba de pie, hablando los unos con los otros o escribiendo en la pizarra; sin embargo, esa mañana estaban todos en silencio, mirándome fijamente. Enseguida me di cuenta de que tres chicos sobresalían entre los demás por su estatura, no pertenecían al grupo. Antes de que pudiera preguntarles nada, comenzaron a reírse, y el resto de los alumnos les siguieron el juego y se carcajearon. No le encontré gracia alguna a la broma; ¿acaso pretendían colarse en mi clase sin que me diera cuenta? Los adolescentes de primero no alcanzaban más de trece o catorce años, y éstos debían de tener ya los diecisiete o dieciocho. Rápidamente se levantaron de sus asientos y se dirigieron a la puerta, salieron del aula entre risas y bromas y no les dije nada, simplemente opté por dejarles marchar y no darle importancia al asunto. Seguramente ya se habrían dado cuenta por mi expresión que la payasada no me había hecho ninguna gracia. Cerré la puerta, y comencé la clase sin más dilaciones.

—Abrid vuestro libro por la página catorce.

Pronto se olvidaron de lo sucedido y se centraron en la actividad. Tenía la firme convicción de que la mejor respuesta a una broma, era ignorarla, y aparentemente dio resultado.

A la hora del recreo me reuní con mis compañeras de departamento en la cantina, Cristina se pidió un café sólo y Salomé decidió añadir un trozo de bizcocho al desayuno. Yo opté por lo de siempre: un zumo de naranja natural y media tostada con aceite y tomate. Me encantaba saborear algo fresco y natural a media mañana, y me daba energía suficiente hasta la hora de comer. Tomamos asiento en la mesa del fondo, donde había menos follón. Advertí que Cristina estaba un tanto inquieta aquella mañana.

—¿Habéis visto al nuevo sustituto? Es guapísimo — dijo derramando la mitad del café al agitar la cucharilla.

—Sí, bueno, no es para tanto — le respondió Salomé desde su silla.

—Yo me he cruzado con él esta mañana, pero llevaba tanta prisa que ni me ha dado tiempo a presentarme — le conté.

—Pues ahora puedes hacerlo. Está ahí, junto a la barra — dijo Salomé señalando al único adulto.

Se trataba de un hombre de pelo castaño, de unos 35 años. Llevaba puesto unos vaqueros ajustados y una camiseta azul marino que dejaba ver unos brazos fuertes y musculosos. No era muy delgado, daba la impresión de que iba al gimnasio con frecuencia y por eso tenía un cuerpo bien proporcionado.

—Si quieres te acompaño — añadió Cristina animada.

La vi tan ilusionada con la idea, que no me quedó más remedio que aceptar.

—Está bien — declaré — total, tarde o temprano tendremos que presentarnos.

Nos dirigimos a la barra mientras Cristina me agarraba de la mano, parecíamos unas adolescentes a punto de conocer a una estrella de cine.

—¡Hola Rodrigo! — saludó Cristina muy efusivamente.

El hombre casi se tiró el café encima del sobresalto, empezó a toser y soltó la taza sobre el plato.

—Perdona, soy un poco brusca — se disculpó Cristina mientras intentaba limpiarle unas gotas que le habían caído sobre la camiseta.

—No te preocupes, no ha sido nada — contestó arrebatándole el pañuelo de las manos.

—Si es que estoy tonta.

—De verdad que no es nada. Deja, ya me lo limpio yo — parecía agobiado.

—Quería presentarte a Raquel, la otra compañera del departamento — dijo señalándome.

Dirigió su mirada hacia mí y me ofreció su mano para estrecharla acompañada de una agradable sonrisa.

—Encantado de conocerte. Perdona por el desastre, es que me he sobresaltado.

—Ya veo. No te preocupes, las manchas casi no se notan sobre el color oscuro — intenté quitarle importancia.

Sonreía sin dejar de observarme. Por un segundo ninguno de los tres dijo nada, suficiente tiempo para incomodarme. Miré hacia la mesa donde estaba Salomé y distinguí una leve sonrisa en su cara mientras nos espiaba. Eso me incomodó aún más. Al final Cristina dijo algo:

—Bueno, pues ya nos conocemos los cuatro profesores de matemáticas. Cualquier cosa que quieras saber del instituto o de los alumnos, no dudes en consultarnos.

—Gracias, así lo haré — contestó Rodrigo.

—Bueno, pues volvemos a nuestra mesa a seguir con el desayuno. Nos vemos luego — me despedí.

—De acuerdo — me contestó sin borrar la sonrisa de su cara.

Le despedí con la mano y junto con Cristina, nos dirigimos de nuevo a nuestro rincón.

—¿Qué te ha parecido? — preguntó Salomé con ese tono sarcástico que le caracterizaba.

—Bien, parece agradable — contesté.

—¿Agradable? Vamos Raquel, pero si está buenísimo — interrumpió Cristina.

—No sé, no me he fijado. Tampoco le he hecho una radiografía. ¿A ti te parece guapo? — intenté sonsacarle.

—¿A mí? — advertimos como Cristina se ruborizaba — Pues... pues... sí, la verdad es que es

muy atractivo.

No necesité preguntar más, enseguida nos dimos cuenta de que a Cristina se le iban los ojos detrás de Rodrigo. Las tres nos percatamos de lo ridículo de la conversación y nos echamos a reír.

Las siguientes tres horas de clase se me pasaron rapidísimas. Les mostré a los alumnos un vídeo sobre el sistema de ecuaciones, y parecían estar más atentos que cuando daba las explicaciones sobre la pizarra. Estaba claro que el uso de las nuevas tecnologías era el futuro de la enseñanza.

Nada más llegar a casa solté el bolso sobre la mesa y me dispuse a preparar algo para comer. Entonces sonó el teléfono:

—Hola mamá, ¿qué tal estás?— sabía que era ella porque siempre me llamaba a la misma hora.

—Hola hija, espero no interrumpirte la comida.

—¡Qué va!, si ni siquiera he empezado a preparármela.

—Bueno, sólo era para recordarte que este fin de semana es el cumpleaños de tu padre y esperamos que vengas a la celebración en el restaurante.

—Pues claro mamá, ¿cómo voy a olvidarlo? No te preocupes que el domingo estaré allí, puntual.

—Gracias hija, sé que andas muy liada con el trabajo, por eso quería recordártelo.

—De acuerdo mamá. Por cierto ¿no sabrás qué puedo regalarle a papá? Es que no se me ocurre nada, como ya tiene casi de todo.

—Bueno, ya sabes que a papá lo que más ilusión le hace es que estemos todos juntos. No tienes que comprarle nada, él está feliz sólo con veros a ti y a tu hermano.

—Vale mamá, pues hasta el domingo entonces.

—Adiós hija, ¡y aliméntate bien!

Tras colgar el teléfono me preparé algo de pasta junto con una ensalada. Un alimento sano y rápido, pues en ese momento me entró prisa por salir a comprarle algo a mi padre. A pesar de lo que me había dicho mi madre, no tenía intención de presentarme en el restaurante sin un buen regalo. Sabía que no iba a ser tarea fácil. ¿Qué le podría comprar a un señor a punto de cumplir sesenta y cinco años, y que ya tenía de todo en la vida?

Desde que tenía uso de razón, recordaba a mis padres como una pareja unida y estable. Era divertido recordar cómo se compenetraban incluso a la hora de reprendernos a mí o a mi hermano. Cuando alguno de los dos nos regañaba, solíamos acudir al otro para que nos levantara el castigo o suavizara la rabieta, pero al final acababan diciendo:

—Si estáis castigados será porque habéis hecho algo.

Era inútil, los dos se compenetraban a la perfección, y para más colmo, jamás los había visto discutir entre ellos, ni siquiera por quién hacía las tareas de la casa. Todo estaba bien organizado, cada uno conocía las responsabilidades que tenía en el hogar; mi hermano y yo nos encargábamos de nuestra habitación y además ayudábamos a poner y a quitar la mesa a la hora de comer. Mi padre solía hacer la compra y barrer la casa, decía que pasar la escoba y ver la suciedad acumulada sobre el recogedor en lugar de estar esparcida por todo el suelo, le reconfortaba. Mi madre por otra parte, se concentraba en su papel de cocinera, le encantaba descubrir nuevas recetas, y a nosotros nos complacía probar diferentes sabores cada día. La mujer había sido ama de casa prácticamente toda su vida, por eso la cocina se le daba tan bien. Nunca había necesitado

trabajar fuera, aunque lo podría haber hecho si hubiese querido, sin embargo, prefería quedarse en casa para cuidar y educar a sus hijos.

Mi padre, por otro lado, había trabajado desde muy joven como profesor de Física y Química, de ahí venía mi vocación como docente. A mi hermano y a mí nos echaba una mano con algunas asignaturas, y se enfadaba cuando traíamos malas notas a casa. Decía que si queríamos labrarnos un buen futuro, tendríamos que esforzarnos más por sacar los estudios adelante. Igualmente nos premiaba con algún tipo de golosina cuando las calificaciones eran excelentes.

Ahora él estaba a punto de jubilarse. Había dedicado gran parte de su vida a enseñar a otros estudiantes y por fin iba a ocuparse de sí mismo y de su mujer. Por eso pensé que algo que le recordara a sus años como profesor, sería un buen regalo de cumpleaños.

Terminé la comida y salí de casa suponiendo que en el centro comercial encontraría lo que andaba buscando, pero me equivoqué; después de recorrer durante dos horas todos los establecimientos, decidí que allí no había nada interesante, así que fui a la parte antigua de la ciudad. Los escaparates de las tiendas eran menos llamativos, pero al entrar en ellas descubrí una gran variedad de detalles y objetos. Me fijé en un cuadro que había colgado en el rincón de uno de los locales, se trataba del esbozo de una simple pizarra de aula. En ella había dibujado con tizas de colores un enorme corazón partido en dos, daba la sensación de que el pintor de aquel cuadro habría tenido algún tipo de desengaño amoroso o algo por el estilo. Decidí que en el caso de mi padre podría representar la tristeza de un profesor por tener que abandonar las aulas, o incluso el desconsuelo de un alumno por la ausencia de su maestro favorito. En cualquier caso, me pareció el regalo perfecto para el cumpleaños de mi padre, así que le pedí al tendero que me lo envolviera. Salí de la tienda con una preocupación menos y satisfecha por la compra.

Viernes, 27 de Septiembre

POR fin era viernes, estaba deseando que llegara el domingo para ver la cara de mi padre cuando soplara sus sesenta y cinco velas, quería que el día terminara lo antes posible, sin embargo, esa mañana en el instituto las cosas se complicaron a cuarta hora.

Tenía clase con los alumnos de segundo A. De los cuatro grupos que me habían asignado, éste era quizás el más alborotador. Estaba formado por veinticinco alumnos, seis de los cuales eran repetidores. De todos ellos, llamaba especialmente la atención una chica con apariencia de veinteañera, a pesar de tener sólo quince años. Se llamaba Rebeca y era una muchacha muy avispada, demasiado diría yo. Solía vestir con grandes escotes y minifaldas, y daba la sensación de que se pasaba horas delante del espejo, porque su cara parecía una obra de arte con tanto maquillaje. Era una joven muy lista, pero desafortunadamente, muy gandula y maleducada a la vez, jamás terminaba los trabajos y para más colmo, exigía a los compañeros de muy malas maneras que se los resolvieran.

Por suerte no había tenido ningún enfrentamiento con ella hasta aquel momento, y es que simplemente ignoraba sus ganas de llamar la atención. Pero muy a mi pesar, ese día se me ocurrió mandarles para casa un trabajo en grupo.

—Bueno chicos, éste fin de semana lo vais a dedicar al maravilloso mundo de los números enteros. Quiero que seáis capaces de reconocer su utilidad a la hora de plantear y resolver situaciones de la vida cotidiana.

—¿Cuántos podemos juntarnos para formar el grupo?— preguntó uno de los alumnos.

—No más de cuatro — le contesté — podéis elegir vosotros mismos los miembros que trabajarán en el proyecto.

Observé cómo todos se levantaban de sus asientos buscando a los compañeros ideales para organizar el trabajo. En la última fila se encontraba Rebeca, que no hablaba con nadie ni organizaba nada, simplemente se dedicaba a garabatear sobre un trozo de papel.

—Rebeca ¿ya tienes compañeros para el trabajo? — me acerqué hasta su pupitre para preguntarle.

—No, paso de proyectos en grupo— contestó indiferente.

—Vamos, todos ellos están buscando a alguien para hacerlo— intenté animarla.

—Me da igual, yo lo haré en casa sola.

—Las cosas no son así, hay que aprender a trabajar en gru...

—¡Te he dicho que lo haré en casa yo sola!— me interrumpió desafortunadamente.

Mis oídos no daban crédito a lo que estaba escuchando. ¿Había sido capaz de gritarme? Se levantó de la silla y con una expresión llena de odio continuó chillando:

—¡Paso de trabajar en grupo, son todos unos inútiles; paso de esta clase, paso de esta asignatura y paso de ti!

El resto de los alumnos se quedaron estupefactos al escuchar las descaradas palabras de su compañera. Yo estaba paralizada por el desconcierto, pero decidí dejarla desahogarse hasta que se hartara. Permanecí impassible aunque las piernas me temblaban, e intenté controlar las ganas de callarle la boca de un bofetón. Cuando por fin se calmó, decidí hablar yo:

—Mira, no sé lo que te pasa; si tienes algún problema puedes hablarlo conmigo — ahora era ella la que permanecía indiferente — lo que no voy a permitir es que me hables en ese tono. Yo no te he gritado en ningún momento, así que espero el mismo comportamiento por tu parte. Tienes hasta final de esta hora para disculparte, si no lo haces, serás sancionada con un parte.

El resto de la hora se mantuvo callada en su asiento. Los demás alumnos terminaron de constituir los grupos y me entregaron un listado con sus nombres. Todos seguían sobrecogidos por la escena anterior, y ninguno se atrevió a hablar o hacer ningún ruido.

Cuando el timbre sonó volví a dirigirme a Rebeca:

—¿Tienes algo que decirme?— creí que pasados unos minutos se le habría pasado el subidón y recapacitaría sobre su mal comportamiento. Esperaba que al menos se disculpara por ello.

—No — fue su escueta respuesta.

—En ese caso, enviaré una amonestación a tu casa para que tus padres sepan lo que ha pasado. Sin mediar palabra, cogió sus cosas y se marchó.

Al terminar fui a mi departamento, estaba tan desconcertada que necesitaba contarle a alguien lo que había sucedido y que me diera su opinión.

Cuando llegué sólo encontré a Rodrigo, que estaba pasando unas notas al ordenador. No estaba segura si debía comentarle a él mi pequeño percance, quizás pensara que era una histérica y que le daba demasiada importancia a lo que no la tenía. Él parecía tener siempre bajo control a sus alumnos, se mostraba formal e imperturbable ante ellos, por eso no quería que me considerara una inexperta en el trato con los estudiantes.

—¿No tienes clase ahora? — le pregunté para tantearle.

—No, tengo una hora libre antes de mi última lección ¿te apetece un café?

—Mejor no, estoy hecha un manojo de nervios, y creo que un café me alteraría aún más.

—¿Qué te ha pasado?— preguntó curioso.

«Vaya, ¿qué voy a contarle ahora?» pensé.

Me había delatado a mí misma, y es que en el fondo lo único que quería era desahogarme. No pude reprimirme, así que le expliqué lo que había sucedido. Rodrigo se mostró muy cordial, escuchó toda la historia con gran interés, lo cual me sorprendió gratamente. Tuvo palabras de aliento para consolarme y hubo un momento en el que me agarró de la mano para tranquilizarme. No sé cómo, pero hizo que me sintiera mejor, me confirmó que había actuado correctamente y que lo mejor era no perder los papeles ante un alumno, debía mostrarme imperturbable ante cualquier grito o insulto. Así lo creí yo también.

—Vamos, te invito a una infusión, creo que te vendrá mejor — me ofreció.

—De acuerdo, una tila me ayudará — dije mostrando al fin una leve sonrisa.

Durante esa hora en la cantina olvidé por completo el mal rato que había pasado. Rodrigo estuvo contándome su experiencia como profesor en otros institutos, desde el día que comenzó por primera vez, hasta el día que le nombraron jefe de estudios por un error informático. Pude fijarme en sus ojos castaños y brillantes, su mirada transmitía paz y armonía, y sus gestos eran lentos y suaves. Pasé un rato agradable con él, la verdad es que no imaginaba que fuera tan encantador, siempre había tenido el absurdo prejuicio de que todos los guapos eran unos engreídos y egoístas.

—Si quieres podemos ir al cine este fin de semana — me propuso finalmente mientras sacaba dinero de su bolsillo para pagar las consumiciones.

—Lo siento, el domingo es el cumpleaños de mi padre y vamos a reunirnos toda la familia — me excusé.

La propuesta de ver una película juntos no me hacía sentir demasiado cómoda. El hecho de quedar los dos a solas... casi no le conocía y además, éramos compañeros de trabajo, lo cual me incomodaría aún más si no congeniábamos fuera del centro.

—Vaya, pues otra vez será — parecía decepcionado.

—Claro hombre, tenemos todo el año — le quité importancia dándole una palmadita en la espalda.

Sonó el timbre anunciando el cambio de clase. Nos despedimos y de nuevo le di las gracias por haberme escuchado.

De vuelta a casa volví a reflexionar sobre el incidente que había tenido lugar aquella mañana. Intenté comprender por qué Rebeca había actuado de esa manera, no es que quisiera excusarla, pero tenía la impresión de que había algo más detrás de ese comportamiento. Quizás hubiera tenido algún problema con sus compañeros de clase que yo ignoraba, y por eso no quería trabajar en grupo; o tal vez ya venía enfurecida de casa. Creí que debía hablar con la psicóloga del centro para tener más información sobre ella y su familia, de esa manera tal vez podría comunicarme con ella mejor.

En cualquier caso decidí no pensar más en el tema por ese día, siempre había tenido la firme convicción de que el trabajo tenía que quedarse fuera de casa, y no quería que el asunto me afectara más de lo debido. Dedicué la tarde a hacer unas cuantas llamadas de teléfono para terminar de organizar el cumpleaños de papá.

Domingo, 29 de Septiembre

HACÍA un día maravilloso. Las hojas de los árboles comenzaban a perder su color verde intenso para mostrar los tonos rojos, amarillos y ocres propios de la llegada del otoño. Podía sentir el calor de los rayos del sol en mis mejillas, sabía que lo echaría en falta cuando llegara el crudo invierno.

Mi hermano David y yo habíamos quedado por la mañana para ir juntos al cumpleaños de papá. Queríamos estar allí antes de que él llegara y sorprenderle con un beso y un abrazo cuando nos viera. El local era una especie de mesón donde se preparaba todo tipo de carnes a la brasa; era muy amplio y tenía una zona de juegos al aire libre para los niños. Las mesas estaban repartidas de seis en seis, y aunque la decoración no era precisamente exquisita, al menos todo parecía estar limpio y ordenado.

Llevaba bajo el brazo el cuadro que le había comprado a mi padre. David por su parte había adquirido unos gemelos con sus iniciales; decía que era muy complicado acertar con papá, por lo que buscó algo que le resultara útil y que además, estuviera personalizado.

Mi hermano y yo manteníamos una relación muy cordial. Cada uno había elegido el estilo de vida que mejor le parecía, y ninguno de los dos cuestionaba la forma de vivir del otro. Tan sólo nos llevábamos dos años, él era menor que yo. Aquel sería su último año en la Universidad, y pronto se licenciaría como ingeniero superior de informática. David era un chico sano y fuerte, le encantaba el deporte al aire libre y practicaba windsurf o snowboard cada vez que el tiempo se lo permitía. Más de una vez había tratado de convencerme para que siguiera sus pasos, pero al contrario que él, yo era bastante torpe y patosa, y aquel tipo de actividad me parecía muy complicada. Mis ratos libres los prefería pasar relajada frente a un buen libro, o sencillamente salir a pasear.

Enseguida empezaron a llegar los invitados al restaurante: tíos, primos, sobrinos... aquello parecía una boda. A algunos solía verlos a menudo por la ciudad, pero otros vinieron desde otras provincias expresamente para estar con mi padre aquel día tan especial. Me acerqué a saludar a mi tía Margarita:

—¿Qué tal estás, tía? Hacía mucho tiempo que no te veía.

—¡Ay hija!, es que una ya no está para viajes tan largos, los años no perdonan a nadie.

—Vamos, pero si estás estupenda— afirmé dándole un abrazo—. ¿Y la prima Sonia? ¿No ha venido?

—No querida, está muy ocupada con unos papeles que tiene que resolver estos días.

—Vaya, me habría encantado saludarla.

Acompañé a la tía Margarita a su asiento y en ese preciso instante aparecieron mis padres por la puerta principal. Todos comenzaron a cantarle el cumpleaños feliz a su entrada. Papá ruborizado, agradeció a todos la sorpresa. David y yo nos acercamos para felicitarle:

—¡Muchas felicidades papá!— dije dándole dos besos bien sonoros.

—¡Felicidades papá!— repitió mi hermano.

—Gracias hijos, me alegra mucho ver a todo el mundo aquí reunido.

Podía percibir cómo le brillaban los ojos por la emoción. En el fondo éste no era sólo su sesenta y cinco cumpleaños, también suponía el fin de muchos años dedicados a su amada profesión.

Nos sentamos todos en nuestras respectivas mesas. Yo me situé entre mi padre y la tía Margarita, quería que me pusiera al corriente sobre los últimos acontecimientos en la vida de mi prima. Sonia había sido siempre una de mis favoritas, nuestra infancia la pasamos juntas jugando a las casitas y a las muñecas hasta que mis tíos tuvieron que mudarse a la capital por motivos laborales.

—Bueno tía, cuéntame cómo le va a Sonia. No la he visto desde que tuvo a su primer hijo.

—¿No habéis hablado últimamente?— negué con la cabeza—. Pues resulta que la muy tarada ha pedido un niño de acogida.

—¿Un niño de acogida? ¿Te refieres a que quiere adoptar a un bebé?

—No hija— replicó elevando las manos como si rezara al cielo—. Lo que quiere es recoger a un niño de la calle, ya sabes, uno de esos chavales con padres que no pueden cuidar de sus hijos por asuntos de drogas y esas cosas. Sonia le dará cobijo, estudios y todo aquello de lo que carece su familia biológica. Ya sabes, el chico seguirá teniendo a sus verdaderos padres, pero mi hija y su marido se encargarán de criarlo hasta que cumpla los dieciocho años.

Por el tono que utilizó para contarme aquellos planes, diría que no le agradaba la idea en absoluto.

—¿Y qué pasará después?

—Una vez que el chaval sea mayor de edad, él decidirá si quiere volver con su familia biológica o no— repuso con cierta indiferencia.

Nunca había oído hablar de los “niños de acogida”, ni siquiera sabía que en España estuviera regularizado por las administraciones públicas. Por algún motivo desconocido me vino a la mente la imagen de Rebeca, mi alumna. Una chica que posiblemente también tendría problemas familiares. Comencé a darle vueltas a la cabeza y llegué a la conclusión de que el motivo por el que aquella chica se mostraba tan esquiva, podría tener algo que ver con el hecho de no tener a nadie que le tendiera una mano de vez en cuando. Quizás yo, como profesora suya debería hablar con ella y ofrecerle mi ayuda si la necesitaba. En cualquier caso aquel no era el mejor momento ni lugar para reflexionar sobre aquel asunto, así que volví a centrarme en la conversación con mi tía.

El resto de la fiesta fue de lo más entrañable. Mamá, con la ayuda de David, había preparado un vídeo con los mejores recuerdos de la familia: fotos de cuando ellos eran novios, imágenes de mi padre dando clase a antiguos alumnos, vídeos de mi hermano y míos cuando éramos pequeños..., papá no daba abasto con los pañuelos para secarse las lágrimas. Aunque me encantó el recopilatorio que habían preparado, lo que más me emocionó fue comprobar que mamá y papá

aún seguían queriéndose como el primer día. No pude evitar sentir cierta envidia al verlos cogidos de la mano mientras observaban las imágenes sobre la pantalla. Imaginé que tal vez, algún día, yo encontraría a alguien especial, alguien con quien compartir momentos hermosos como los vividos por mis padres. Tal vez esa persona podría ser alguien como mi compañero Rodrigo, un hombre educado, con futuro, y además, muy guapo, ¿qué más podría pedir una mujer?

Pasamos lo que quedaba del día riendo y contando hazañas del pasado. Todos estaban contentos, y no dejaban de felicitar a mi padre y desearle que cumpliera muchos años más.

Antes de marcharme, entregué el regalo que tenía preparado para mi padre. Cuando lo abrió, tuve que explicarle que se trataba de una pintura de un artista contemporáneo, y que para mí, suponía lo mucho que le echarían de menos los alumnos por su marcha. Le di un beso y le susurré al oído que era el mejor padre del mundo. Me devolvió una sonrisa dulce mostrando su cariño y agradecimiento por el detalle. Mi hermano y yo nos despedimos de todos los que aún quedaban en el restaurante.

De camino a casa en el coche, volví a recordar a Rebeca y en cómo se tomaría mi propuesta si la llevaba a cabo. Me sentía ilusionada con la idea, creí que al no tener una familia de la que ocuparme podría aprovechar mi tiempo libre en ayudar a alguien con los estudios y estar ahí para escuchar sus dudas y sus problemas. De repente tuve la imperiosa necesidad de sentirme útil, y consideré que nada más me enorgullecería que el hecho de “acoger” a Rebeca. No podía esperar a que llegara el lunes.

Lunes, 30 de Septiembre

ANTES de que abrieran las puertas del centro, yo ya estaba plantada en el departamento de orientación. Quería hablar con la psicóloga cuanto antes para que me ayudara con el caso de Rebeca. Esperé diez minutos antes de que sonara el timbre, y al ver que no aparecía nadie, no tuve más remedio que aplazarlo y empezar con mi tarea diaria. Ya hablaría con la especialista en otro momento.

Como cada lunes a primera hora, tenía clase con el grupo de primero A, estaba tan absorta en mis pensamientos, que no me di cuenta de que teníamos visita en el aula. De nuevo los tres alumnos que se habían colado en el aula la semana anterior, tuvieron la desfachatez de regresar al mismo sitio y repetir la misma gracia. Otra vez estaban todos en silencio esperando mi reacción al descubrir a los intrusos, pero viendo que no decía nada, se escuchó una risita al fondo de la clase.

Esta vez no me iba a quedar callada:

—¿Pero vosotros qué pretendéis? — podía pasar la broma del primer día, incluso me pareció ingeniosa, pero no estaba dispuesta a que aquello se convirtiera en una costumbre.

—Es que nos hemos equivocado de aula — dijo uno de los chicos entre risas.

—No tiene gracia. Marchaos a vuestra clase ahora mismo— apunté rotundamente con el dedo hacia fuera— y si vuelvo a veros por aquí, os mandaré directamente a jefatura de estudios.

—No profesora, ahora mismo nos vamos.

Se marcharon con la cabeza baja aparentando estar arrepentidos, pero pude ver la sonrisa contenida que guardaban en su rostro al salir de clase.

—Y vosotros, ¿es que no sois capaces de decirles que se marchen antes de que se metan en este aula?— le recliné a mis alumnos.

—Es que nos da miedo— confesó uno de los chicos.

—Nos pueden pegar— siguió diciendo otro.

—Pero, ¿qué me estáis contando? Bueno, es igual, no creo que vuelvan por aquí— pensé que era mejor no animarles a enfrentarse a aquellos grandullones. Lo último que deseaba es que alguno de mis alumnos de primer curso, que aún no sobrepasaban el metro y medio de estatura, tuviera que enfrentarse a aquellos chavales que por la envergadura de sus cuerpos, diría que estaban en último curso.— Vamos a empezar con la lección.

En cuanto terminó la hora, regresé de nuevo al departamento de orientación. Tenía prisa por consultar el expediente de Rebeca y resolver las dudas que me rondaban. Allí encontré a Silvia, la

psicóloga, una señora bien experimentada y conocedora de todos los problemas de los alumnos pertenecientes a ese instituto. Le saludé y pregunté si tendría unos minutos para atenderme:

—Claro mujer, pasa y siéntate— me ofreció.

Agarré una silla y la coloqué junto a ella.

—Verás, quería conocer tu opinión acerca de una de mis alumnas de segundo curso, Rebeca Molina.

—¡Uy! ¡Otra más!— parecía que no era la primera persona que preguntaba por ella.— Todos los profesores quieren saber qué demonios le ocurre a esa chica.

—¿A qué te refieres?— quise indagar.

—Pues a que es una chica muy problemática y nos lleva a todos de cabeza. Sus padres no se hacen cargo de ella, los dos están en prisión por asuntos de drogas, y es la abuela la que la está criando. Parece estar siempre enfada con el mundo, y los amigos que tiene fuera del centro no son muy buena compañía, la verdad.

—Vaya— suponía que la chica tendría dificultades en el seno de su familia, pero nunca imaginé que fuera tan delicado. Podría esperar algo del tipo: peleas con los padres, adolescencia difícil, amistades peligrosas..., pero tener unos progenitores encarcelados..., aquello era un asunto bastante espinoso y tendría que andarme con cuidado para no entrometerme demasiado en su vida.

—La abuela ya no tiene ni fuerzas para luchar con ella, la chica hace siempre lo que le viene en gana. Le da igual si le mandan a jefatura o le expulsan del instituto, sólo quiere cumplir los dieciséis años para marcharse de aquí— añadió.

—Pobre chica, debe estar pasándolo mal.

—Vete a saber, con esos amigos que tiene, lo más seguro es que cualquier día acabe bebiendo y drogándose por las esquinas— declaró abiertamente.

La psicóloga hablaba del caso de Rebeca como si no le diera mayor importancia, debía estar acostumbrada a tratar con casos del mismo estilo, porque no parecía que el tema le preocupara demasiado. Yo, sin embargo, lamentaba que una chica tan joven pudiera acabar de aquella manera, no quería ni imaginármela tirada por las calles haciendo Dios sabe qué. Realmente consideré urgente encontrar una solución para aquella chica.

—No le des más vueltas mujer. Hay muchas jóvenes que están en la misma situación que Rebeca. Sólo ellas pueden romper con ese rencor que tienen hacia la vida e intentar salir adelante — me agarró del hombro en un intento de hacerme olvidar a Rebeca.

Una chica tan inteligente además de guapa, que podría dedicarse a lo que ella se propusiera, ¿por qué desperdiciaba su vida de esa manera? Podía entender que se sintiera afligida por el vacío que producía la ausencia del amor de unos padres, no concebía la idea de que estos antepusieran las drogas a una hija.

Después de escuchar la historia de Rebeca no creí que fuese fácil ayudarla, aún así le expuse a Silvia mi plan para conocer su opinión como experta.

—No sé qué decirte, la verdad es que es muy generoso de tu parte querer sacarla adelante. Pero si te digo la verdad, ni siquiera sé si ella estará dispuesta a recibir tu ayuda. Nosotros hemos intentado echarle una mano a ella y a su abuela desde el centro, y siempre se han negado a recibirla. Esta chica, además de obstinada, es muy orgullosa, y no creo que te pusiese las cosas fáciles.

—En cualquier caso, creo que debo intentarlo, pienso que sería un desperdicio dejar que una

chica como ella no aprovechase sus capacidades— empecé a confiar en las posibilidades certeras de acogerla, y no quería rendirme tan fácilmente.

—Si estás segura de que puedes hacer algo, ya sabes que puedes contar conmigo para lo que necesites, pero no te hagas demasiadas ilusiones— dijo mostrando una sonrisa forzada.

A pesar de la clara desconfianza de Silvia, yo estaba satisfecha de mi decisión. Me despedí de ella dándole las gracias por su tiempo, y salí de su despacho convencida de mi propósito. Pondría todo mi empeño en ayudar a alguien a resurgir de la nada, incluso fantaseaba con la idea de convertirme en una especie de heroína, de Madre Teresa de los estudiantes. Con gran firmeza, dirigí mis pasos hacia el aula donde se encontraba el grupo de segundo A. No quería perder ni un sólo minuto más sin hablar con Rebeca y contarle mis planes.

Cuando llegué a su clase, llamé a la puerta y entré. Allí estaban los alumnos junto con Gonzalo, el profesor de inglés.

—Perdona que te interrumpa— al verlos a todos calladitos y atendiendo al profesor, me arrepentí de detener la lección.

—No pasa nada Raquel, dime, ¿en qué puedo ayudarte?— dijo amablemente.

—Estoy buscando a Rebeca, quisiera hablar con ella un minuto— le pedí mientras intentaba visualizarla.

—Me temo que Rebeca no ha venido hoy a clase, ni tampoco ha justificado su falta— se lamentó.

—Vaya, pues entonces nada... ya hablaré con ella en otro momento. Gracias y perdona por la interrupción— me disculpé de nuevo cerrando la puerta.

Al salir del aula se me vino todo abajo. No pude evitar preocuparme por la ausencia de la joven, ¿qué le habría pasado?, ¿dónde estaría?, ¿sería yo la causa de su desaparición? La semana anterior había discutido con ella y había enviado una amonestación a su casa por su mal comportamiento, y tal vez no quisiera volver al centro por mi culpa.

Sacudí la cabeza al darme cuenta de que me estaba obsesionando demasiado, y lo más probable es que se hubiese enfermado, o simplemente hubiese hecho pellas. Me dirigí cabizbaja al departamento de matemáticas para ir adelantando algo de trabajo, y allí encontré a Cristina ordenando su estantería.

—¡Hola Raquel! ¿Qué tal te ha ido el fin de semana?— soltó en un tono irónico que no entendía.

—Pues bien, lo pasé genial en el cumpleaños de mi padre— contesté mientras dejaba caer la chaqueta sobre la mesa.

—¿Y qué más hiciste?— seguía preguntando en ese tono que comenzaba a ponerme nerviosa.

—Nada más, el sábado me quedé en casa recogiendo y limpiando— quería acabar cuanto antes con el interrogatorio, era lo último que necesitaba ese día— ¿Por qué te interesa tanto?

—Anda mentirosilla— dijo dándome un suave codazo— que me he enterado de que Rodrigo y tú quedasteis para ir al cine.

—¿Qué?!— no podía creer lo que estaba oyendo— pero, ¿quién te ha contado eso?

—¡Uy!, se dice el pecado, pero no el pecador.

—¡Venga ya Cristina, déjate de tonterías!, quien te lo haya dicho te ha tomado el pelo.

—Pero entonces, ¿no habéis quedado para ir al cine?— parecía desconfiada y aliviada a la vez.

—Bueno, no exactamente. El otro día me pidió que le acompañara, pero le dije que tenía otros compromisos.

—Ah, pues entonces me han informado mal— dijo mostrando un pequeño brillo de esperanza en sus ojos.

—Mira Cris, no sé quién te habrá contado ese chisme, pero no me gustan nada los cotilleos, así que, si quieres saber algo, mejor me lo consultas a mí directamente— fui un poco brusca con ella.— Además, a mí Rodrigo, no me interesa.

—Tienes toda la razón, perdona, no era mi intención inmiscuirme en tus asuntos— se disculpó intentando disimular un pequeño ápice de alegría por mi respuesta.

—Bueno, no le demos más importancia, y dime, ¿qué has hecho tú este fin de semana?— preferí cambiar de conversación para no continuar con el tema de Rodrigo.

Nos sentamos en nuestras respectivas sillas, y Cristina se pasó la hora entera relatándome lo que había hecho en esos días. Tenía la habilidad de hablar y hablar durante horas sin cansarse, por lo que me dediqué a asentir de vez en cuando sin interrumpirla. En el fondo mi mente estaba en otro sitio.

Lunes, 7 de Octubre

HABÍA pasado una semana y Rebeca seguía sin aparecer. Decidí que en cuanto terminara la jornada, llamaría a su casa para saber qué le ocurría, no podía esperar más para hablar con ella. Preparé los libros y me dirigí a la clase de primero. Por algún motivo, esa mañana tenía la sospecha de que volvería a encontrarme con los tres alumnos pesados que habían tomado por costumbre colarse en mi aula de primero todos los lunes. Pero esta vez decidí que no les iba a dejar salirse con la suya.

Sin equivocarme un ápice en mis sospechas, entré en clase y divisé a los tres chicos entre el resto de los alumnos. Sin pronunciar palabra, solté los libros sobre la mesa y empecé a pasar lista. Sabía que se delatarían enseguida, así que me coloqué delante de la puerta para impedirles la salida.

—¿Elena Albaladejo?— comencé a nombrar.

—Aquí estoy profesora— dijo levantando la mano.

—¿Sofía Barceló?— continué.

—Presente.

En ese momento alzó la mano uno de los intrusos.

—Sí, dime, ¿algún problema?— me dirigí hacia él de forma natural.

—Es que yo no soy de esta clase— declaró.

Los otros dos muchachos contuvieron la risa mientras agachaban la cabeza para esconderse detrás de mis alumnos.

—¿Ah no? Pues me parece que hoy os vais a quedar aquí, ya que todos los lunes os coláis en mi aula, esta vez escuchareis la lección hasta el final— expuse con firmeza.

En ese momento el chico se levantó de su asiento y avanzó hacia mí con paso firme y duro. Le sostuve la mirada intentando disimular cómo mis piernas empezaban a temblar. Aquel chaval alto y fuerte se plantó frente a mí, y pude advertir que era mucho más alto que yo, casi me sacaba la cabeza, lo cual hizo que me flojearan aún más las piernas.

A pesar de estar totalmente inmovilizada por el pánico, quise mantenerme inalterable. El muchacho me miraba fijamente con sus ojos negros y profundos, y me vi a mí misma como un corderito a su lado. El resto de los alumnos observaban, incrédulos y temerosos, la escena.

—¿No piensas dejarme salir de aquí?— dijo en tono amenazador.

Dudé entre plantarle cara, o apartarme de la puerta y dejarle salir sin más. La primera opción

suponía un riesgo para mi integridad física, ya que el chaval podría soltarme una bofetada en cualquier momento, y dada su evidente fortaleza física yo tendría que soportar el golpe sin poder hacer nada. La segunda opción parecía más inteligente; se marcharían del aula y podría continuar con la lección, pero... ¿qué iban a pensar mis alumnos? Si me dejaba amedrentar delante de aquellos niñatos, perdería el respeto de todos ellos y el resto del año sería un infierno.

Tomé aire profundamente y enderecé mi cuerpo.

—No. Estoy cansada de la misma bromita todas las semanas— intenté controlar mi voz temblorosa.

No podía creer que fuera tan estúpida, me estaba enfrentando a un chaval mucho más grande y fuerte que yo, y todo para que los demás alumnos supieran que no me dejaría doblegar por nadie.

—No pienso quedarme aquí, tengo clase en otro aula— intentó apartarme de la puerta acercándose tanto a mí que nuestros cuerpos casi se rozaron. Supuso que imponiendo su voluptuosa figura frente a mí, haría que me apartara a un lado, pero no fue así. Tuve que elevar la mirada para no apartar mis ojos de los suyos, la barbilla de aquel muchacho quedaba a la altura de mi frente.

Pensé que necesitaría algo de ayuda para resolver aquella situación.

—Pablito, ve y avisa a la directora, dile que venga para acá— ordené al alumno que había sentado junto a la puerta, sin quitarle ojo al renegado.

—No profesora, yo no voy— susurro cabizbajo.

—¿Cómo que no? ¡He dicho que vayas!— grité.

—Lo siento profesora, pero no voy a ir— observé como el resto escondían sus cabezas con miedo de que les mandara a ellos.

Comprendí que todos temían que, en algún cambio de clase o en el recreo, los tres grandullones se tomarían la justicia por su cuenta. Así que no quise insistir más, sabía que si salía yo a buscar a la directora, los tres chicos se marcharían. Pero no me quedaban más opciones, no podía retenerlos para siempre en mi clase, por lo que decidí que ya era suficiente y esperaba que aquella situación no volviera repetirse después del encontronazo.

—Está bien, podéis marcharos— anuncié mientras abría la puerta— pero no quiero volver a veros por aquí.

El chico moreno y alto le hizo una señal a los otros dos que se levantaron de sus sillas, y sin decir absolutamente nada, salieron de la clase. Al cerrar la puerta, vi a través de la ventanilla de cristal cómo el mismo muchacho se daba la vuelta para encañonarme con la mirada. Jamás podré olvidar cómo sus profundos ojos negros se clavaron en los míos, parecían querer decirme algo, pero en aquel momento no supe el qué.

Quise continuar la lección con total normalidad, pero los alumnos comenzaron a avasallarme con preguntas:

—Profesora, ¿no te ha dado miedo enfrentarte a ellos?— preguntó Pablito.

—No— le engañé— ¿por qué iba yo a tener miedo de unos alumnos?

—Porque son muy grandes. Yo no quería ir a avisar a la directora porque seguro que si me pillan, me dan una paliza— aclaró Pablito.

Intenté quitarle hierro al asunto, la verdad es que yo estaba tan atemorizada como ellos, y por supuesto también pensé que esos niñatos podrían tomar represalias en cualquier momento con alguno de nosotros.

—Bueno, no os preocupéis, no creo que vuelvan por aquí.

—¿Y si lo hacen?— preguntó otro.

—He dicho que no penséis más en el tema. En este centro los que dirigen las clases somos los profesores, y los alumnos tienen que acatar las órdenes, así que no hay motivo para tener miedo, ¡pues sólo faltaba eso!— estaba indignada—. Vosotros seguid con la lección, que yo me encargaré de que no os pase nada.

Intenté continuar con la clase, volvimos a pasar lista y les puse una serie de problemas matemáticos para que los solucionaran. Realmente no tenía la cabeza para explicarles nada más ese día, no dejaba de darle vueltas al incidente. Los abrasadores ojos del chico se me clavaron en el pensamiento y no fue fácil ignorarlos.

En cuanto terminé con el grupo de primero, recogí mis cosas y fui inmediatamente a hablar con la directora. Quería comentarle lo que había sucedido y que empleara medidas para que no se volviera a repetir aquel suceso. Cuando llegué, la puerta estaba abierta, así que entré sin llamar.

—Perdone Doña Maruja— mi voz se notaba alterada— quería pedirle que...

—Scandar la está buscando— me interrumpió.

—¿Cómo?— me pareció de muy mal gusto que no me dejara terminar la frase.

—Le he dicho que Scandar la está buscando— volvió a repetir con cara de pocos amigos.

—¿Y se puede saber quién es ese Scandar?— pregunté perpleja.

—Es un alumno de último curso. Parece que ha habido algún percance en su clase, y quiere hablar con usted— contestó mostrando su habitual apatía.

El cerebro se me paralizó, no podía creer lo que estaba oyendo, ese Scandar me buscaba para hablar conmigo, después de lo que había pasado, ¿se atrevería a enfrentarse de nuevo a mí delante de la directora?

Justo en ese momento escuché unos pasos deteniéndose detrás de mí, temí darme la vuelta para comprobar quién era, pero entonces reconocí su voz:

—¿Profesora?

No sabía si darme la vuelta o salir corriendo, al menos Doña Maruja estaba delante para ser testigo por si ocurría algo, y los otros profesores que pasaban cerca podrían ayudarme si intentaba tocarme.

—¿Sí?— pretendí no parecer sorprendida.

—Perdone profesora, quería pedirle disculpas por lo de antes— dijo. Su voz era profunda, como si saliera del interior de un contrabajo.

De nuevo la imagen de aquel esbelto muchacho frente a mí. En aquella ocasión pude apreciar cómo las líneas exóticas de sus rasgos eran el marco perfecto para aquellos ojos tan oscuros que era imposible distinguir la pupila del iris. Su mirada se había tornado serena e incluso una amable sonrisa dibujaba su rostro, mostrando unos dientes blancos que resaltaban sobre su piel morena. Estaba tan asombrada con su cambio de actitud, que lo único que pude pronunciar fue un simple:

—No pasa nada.

—De verdad que lo siento, sólo pretendíamos gastar una broma— parecía arrepentido.

—En realidad lo que me ha molestado no ha sido la broma, sino que te exaltaras tanto cuando os he dicho que os quedaríais conmigo en clase— sus disculpas sonaban sinceras, y aproveche la ocasión para desahogarme—, te has encarado conmigo y creo que no era necesario.

—Tiene razón, me he puesto algo nervioso, pero no volverá a pasar, se lo prometo— se

excusó sin apartar su mirada de la mía.

Hice un esfuerzo por comprender su arrepentimiento, en el fondo había sido el único de los tres chicos que había dado la cara, y consideré que a pesar de ser un gamberro, fue valiente al regresar para pedir disculpas. En aquel momento, sentí un ápice de empatía hacia el chaval, en cualquier caso no quise darle más importancia de la necesaria al asunto, y le contesté bromeando.

—Bueno, la próxima vez que queráis entrar a mis clases, no tenéis más que pedírmelo, que yo os daré unas lecciones de matemáticas que no olvidaréis— dije con risa nerviosa.

De nuevo mostró su dentadura blanca mientras me tendía la mano para firmar las paces.

—De acuerdo, así lo haré. Desde luego no me importaría tener una profesora como usted— de repente su cara se mostró picarona.

Le di la mano tímidamente sospechando por un instante que se estaría burlando de mí, y casi conseguí ruborizarme.

Entonces me di cuenta de que la directora nos estaba observando con los brazos cruzados y no quise alargar más la conversación, me despedí de Scandar y me dirigí de nuevo a Doña Maruja.

—Bueno, creo que ya se ha solucionado el problema— dije sonriente.

—Tendría que hacerse más de respetar. No puede permitir que los alumnos se aprovechen de su debilidad— soltó, y sin esperar contestación alguna por mi parte, se metió en su despacho y cerró la puerta.

—¡Muy amable por su parte!— de nuevo la ironía se apoderó de mi, y no pude reprimir hablar en voz alta.

Me di la vuelta y volví a mi departamento. Por el camino iba pensando en lo agradable que había sido para mí comprobar que aún quedaba algo de cortesía y civismo entre los alumnos. Lo que no sabía es que al salir del instituto mi opinión cambiaría radicalmente.

Cuando terminé mi jornada, descubrí que toda la parte lateral izquierda de mi coche tenía una marca trazada desde la puerta delantera hasta el depósito de gasolina. Me llevé las manos a la cabeza cuando vi aquel desastre, ¿quién habría podido hacer una canallada como esa?

Sin poder evitarlo, sólo un culpable se me venía a la cabeza; ese maldito Scandar se había reído de mí descaradamente. Enseguida me arrepentí de lo estúpida e ingenua que había sido, me lo había creído todo, sus palabras, sus cándidas miraditas, su dichosa sonrisa; no podía creer que hubiese sido tan benévola con él, se merecía un buen castigo y yo iba a ser la encargada de hacérselo pagar.

Martes, 8 de Octubre

Tras pasar la tarde anterior en el taller viendo cómo arreglaban los desperfectos del coche, no quise perder ni un sólo minuto más para destapar al responsable del daño. Estaba tan enfadada conmigo misma por haber creído los falsos pretextos de Scandar, que no había podido pegar ojo en toda la noche; para ser sincera, no estaba tan enfurecida por el estropicio en sí, sino por el hecho de que ese cretino se hubiera reído de mí tan descaradamente. Cuando llegué al departamento me encontré con Cristina, que estaba consultando un viejo libro de problemas matemáticos.

—Buenos días Cris— le dije nada más entrar.

—Hola Raquel, ¿qué tal estás?

—A decir verdad estoy un poco mosqueada por un percance que tuve ayer— no se lo había contado a nadie aún, y ella fue la primera persona con la que tuve oportunidad de desahogarme.

—¿Qué te ha pasado?— quiso saber.

—Algún gamberro se ha dedicado a rayar la carrocería de mi coche en la puerta del instituto.

—¿Qué me dices?— se quedó boquiabierta—. ¿Quién ha podido hacer semejante estupidez?

—Tengo una ligera idea de quién puede ser el culpable, pero no puedo confirmarlo al cien por cien.

Preferí no confesarle el nombre del sospechoso. Scandar era uno de sus alumnos de segundo de Bachiller, y lo último que deseaba era que Cristina se viera involucrada en el asunto.

—Prefiero no decirlo hasta estar completamente segura— continué.

—¿Cómo vas a averiguarlo?

—Existe una cámara de seguridad a la salida del centro, así que le pediré a la directora que revise los vídeos— desde el primer día que llegué al centro, me percaté de que junto a la puerta principal había una pequeña cámara de vigilancia estratégicamente colocada. También hallé otras dos más enfocadas al patio interior, y otra en el despacho de la directora.

—¡Buena idea! Espero que pillen a ese gamberro.

—Sí, yo también lo espero. Quien quiera que sea, se va a acordar de mí por mucho tiempo— le aseguré enfadada—. De hecho voy a resolver este asunto ahora mismo.

Cerré la puerta bruscamente y me dirigí con paso firme hacia el despacho de la directora para hablar con ella. Entonces lo divisé de lejos, su silueta alta y delgada era inconfundible. Desde el otro lado del pasillo pude apreciar su sonrisa al ver que me acercaba más y más a él, ¿acaso me estaba esperando?

Sentía cómo los músculos de mi cuerpo se tensaban conforme avanzaba por el pasillo. Quise mantener mi paso firme, y cuando llegué a su lado, mi rostro expresaba furia y sospecha a la vez. Él continuaba sonriendo, esperando un saludo por mi parte; parecía incluso que deseaba hablar conmigo. Ansiaba echarle la bronca en aquel mismo instante, pero tuve que contenerme para hacer las comprobaciones oportunas antes de decir nada.

—Buenos días profesora— dijo tan feliz, como si la cosa no fuera con él.

Ni siquiera le contesté, tan sólo pasé por su lado creyéndole un cínico en toda regla. Cuando advirtió que pasaba de largo, su rostro cambió. Por el rabillo del ojo pude apreciar cómo su sonrisa se iba transformando en incertidumbre. Carraspeé inconscientemente —en el fondo me sentía incómoda— y le dejé atrás continuando mi camino hacia el despacho de Doña Maruja.

Tenía una sensación extraña, por un lado estaba furiosa con él, pero algo dentro de mí sentía cierta empatía al verlo allí, de pie, dispuesto a ser amable conmigo.

Al llegar a dirección, le expliqué a la directora lo que había sucedido el día anterior. Al principio me puso pretextos para revisar los vídeos de las cámaras de seguridad, decía que llevaría demasiado tiempo comprobarlos. Me pareció una excusa de lo más absurda y me ofrecí a revisarlos yo misma si ella no podía hacerlo. Por suerte mi insistencia la acabó convenciendo, y, finalmente expresó de manera un tanto forzada, que en un par de días me informaría de los resultados.

De vuelta al departamento, encontré de nuevo a Cristina esta vez acompañada por Rodrigo, que acababa de finalizar sus clases. Hablaban muy animadamente y al verme entrar, Rodrigo se puso en pie.

—¿Sabes ya quién te ha rallado el coche?— preguntó.

Miré a Cristina indignada. Le había contado todo el incidente a nuestro compañero sin mi permiso.

—Vaya, veo que aquí las noticias vuelan— inquirí con cierta ironía en la voz.

—Lo siento Raquel, creí que no te importaría si se lo contaba— se disculpó Cristina encogiéndome los hombros.

—Vamos, no hay que darle importancia, ella sólo quería ayudarte— dijo Rodrigo con su melodiosa voz.

—Bueno, es igual. Es que no quiero ir pregonando la noticia hasta que no sepa con seguridad quién es el culpable.

—¿Y quién crees que ha sido?— preguntó él.

—Supongo que alguien al que no le caigo muy bien.

—Pero, ¿quién puede querer hacer una cosa así? ¿Acaso has discutido con alguien?— quiso saber Cristina.

—Nada importante; lo típico, alumnos que no trabajan, que no paran de hablar en clase..., lo normal de todos los días— repliqué.

Percibí cierta preocupación por parte de Rodrigo, su rostro expresaba seriedad y se frotaba las manos pensativo.

—Tal vez sea mejor que lo dejes pasar y no intentes buscar un culpable— dijo al fin.

—Pero, ¿qué estás diciendo?— exclamó Cristina, tan sorprendida como yo.

—Veréis— explicó— si se descubre quién es el responsable, es posible que después tome nuevas represalias. Si ese sinvergüenza ha sido capaz de rallarte el coche por una tontería, imagina lo que puede hacer si lo denuncias a su familia.

—No puedo creer lo que estoy oyendo. ¿Pretendes que deje pasar la gamberrada y actúe como si no hubiese pasado nada?— sabía que las intenciones de Rodrigo eran buenas, pero no iba a tolerar que ese vándalo se saliera con la suya.

—Tal vez tenga razón— entonces Cristina se puso de su parte— es mejor dejarlo estar. Si olvidas el asunto es posible que no vuelva a molestarte.

Aquella situación me resultaba de lo más absurda. Tenía a dos de mis compañeros de departamento proponiéndome que ignorara el incidente, y que, aun sabiendo quién había sido el culpable, lo dejara marchar indemne. Desde luego eso no iba a pasar, Scandar se había reído en mi cara y yo fui una estúpida por creer sus palabras, por mi parte aquel chaval no iba a salirse con la suya. Sin duda alguna el hecho de ver que mis compañeros no me apoyaban, me dio más fuerza para seguir en busca del culpable.

—De eso nada, sólo faltaba que encima le tenga yo que tener miedo a un niño— contesté indignada—. Si todos los profesores se cruzan de brazos cada vez que pase algo, os aseguro que estos chavales nos comen vivos en dos días. Voy a descubrir quién ha sido el culpable y además... — me quedé pensativa unos instantes—, pienso hacerlo público.

Viendo mi monumental enfado, los dos decidieron no volver a hablar del tema.

—Está bien Raquel, si así lo crees, estoy seguro de que sabrás arreglarlo— expresó Rodrigo rozándome el brazo para tranquilizarme.

Tras la discusión con mis compañeros intenté olvidar el tema y regresé al trabajo. Cogí mis cosas y salí del departamento despidiéndome hasta más tarde. Fui al aula de segundo A para

empezar con la lección y, al llegar, me sorprendió descubrir que Rebeca había regresado después de varios días ausente.

Pude distinguirla al fondo de la clase. No tenía aspecto de haber sufrido ningún problema familiar o alguna enfermedad, de hecho, estaba más sonriente y animada de lo normal. Me alegró ver que estaba de palique con el resto de sus compañeros, no me gustaba verla siempre sola y sin hablar con nadie. Decidí que al finalizar la lección, hablaría con ella sobre mi propuesta. No todo iba a salirme mal aquel día.

La clase comenzó bastante animada, aquel día casi todos los alumnos hicieron sus tareas, y aunque estaban muy charlatanes, pude explicarles la multiplicación y división exacta de los números enteros. Al terminar, salieron del aula y le pedí a Rebeca que se quedara unos minutos más para comentarle algo. Me extrañó que después de verla tan animada durante toda la hora, de repente, su cara se tornara seria ante lo que le tenía que contar.

—Verás Rebeca, me gustaría que la discusión que tuvimos el otro día no se volviera a repetir.

No me contestó, tan sólo continuó mirándome igual de seria.

—He pensado que tal vez necesites ayuda con las matemáticas, y si quieres, puedo darte algunas clases particulares, por supuesto de forma gratuita— no quería contarle todo mi plan de golpe para que no agobiara.

—¿Y por qué ibas a hacer eso?— preguntó desconfiada frunciendo el ceño.

—Bueno, simplemente pienso que podrías sacar más partido a esa cabecita tuya— bromeé.

—Mi cabeza está muy bien como está, ¿acaso me estás llamando tonta?— me acusó.

—Para nada— repliqué de inmediato— sólo quiero ayudarte para que puedas aprobar la asignatura.

—Sí claro, ¿y por qué yo y no otro alumno?— empezaba a enfadarse y no entendía el motivo.

—Bueno... verás...— no sabía cómo decírselo de forma suave— es que creo que por tu situación familiar, quizás necesitarías algo de apoyo extra.

—¡Ah ya!— realmente estaba indignada—. Pues te puedes meter la ayuda por donde te quepa, no necesito la caridad de nadie.

Pensé que no había empleado las palabras correctas, y por eso se lo había tomado tan mal.

—No te enfades Rebeca, de verdad que quiero ayudarte. Sólo te pido que lo pienses, para nada pretendo ofenderte— alegué.

—¿Te crees que puedes meterte en la vida de los demás? Eres una simple profesora y nada más. Deja de jugar a ser Dios— sin decir nada más, me dio la espalda y salió del aula a toda prisa.

Me quedé sola en el aula inmóvil. Aunque sus palabras habían sido muy duras, intenté recapacitar en lo que me había dicho. Mi intención había sido ayudarla, pero tal vez el hecho de querer resolver una vida que era ajena a mí, a una alumna que ni siquiera había pedido mi opinión..., lo más probable es que se sintiera infravalorada. En el fondo no podía culparla por su reacción.

Me acerqué a la ventana intentando buscar respuestas, pensando en que lo mejor sería olvidarme del asunto, y no crearme falsas esperanzas, tal y como ya me había aconsejado la psicóloga.

Entonces observé en el patio la figura de un joven sentado en lo alto de un banco, a varios metros de la ventana. Estaba solo fumándose un cigarrillo con la mirada perdida. Aquella imagen

misteriosa del chico captó mi atención, parecía tan relajado. Me pregunté en qué estaría pensando el chaval en aquel momento de paz. Entonces giró la cabeza hacia donde yo me encontraba y clavó sus ojos sobre los míos. Era el mismo chico con el que me había cruzado por el pasillo una hora antes, el mismo que esperaba culpar del desperfecto de mi coche cuando el video saliera a la luz.

Por un instante olvidé el malentendido con Rebeca para regresar al desastre ocasionado por Scandar, sentí un remolino de emociones en el estómago al no entender por qué el chaval se había portado tan mal conmigo. Al verlo allí sentado solo, tan pensativo, me pareció que en el fondo no debía de ser tan mal chico, pero, ¿por qué narices había tenido que destrozar mi coche?

Viernes, 11 de Octubre

TRES días tardó la directora en darme la copia del vídeo de las cámaras de seguridad. Estaba ansiosa por destapar a Scandar, y hacer que se arrepintiera por comportarse como un niño maleducado y engreído.

—Buenos días Doña Maruja. Loli me ha avisado de que ya ha localizado el vídeo que necesito.

—Lo tengo aquí mismo señorita Montero— sacó un dvd del cajón.

—Gracias, le echaré un vistazo— lo cogí rápidamente antes de que se arrepintiera y cambiara de opinión.

—¿Qué medidas va a tomar usted?— preguntó en un tono un tanto recalcitrante cuando me disponía a salir.

—Aún no lo sé, dependerá de quién haya sido el causante de los desperfectos— aunque ya tenía una ligera idea de quién podía ser, no quise darle detalles sobre lo que iba a suceder, me negaba a que interfiriera en mis asuntos.

Desde el principio Doña Maruja no me cayó demasiado bien, era desagradable con el personal del centro en general y rara vez se mostraba agradable. La mayoría de mis compañeros lo achacaban a que el puesto de directora se le había subido a la cabeza, pero yo estaba segura de que había algo más detrás de aquella máscara.

—Bueno, en cualquier caso debe ser consciente de que esto es un centro educativo, y nosotros estamos aquí para enseñar a los alumnos comportamientos cívicos entre otras cosas. Por lo tanto, mi consejo es que denuncie al culpable para que este incidente no se vuelva a repetir.

—Lo tendré en cuenta— no me apetecía oír consejos de nadie, y mucho menos de ella.

Cerré la puerta despidiéndome con un pequeño movimiento de cabeza, y me dirigí con paso firme al departamento. No quería perder ni un minuto más, por eso me alegró comprobar que no había nadie en la sala. Me senté delante del ordenador e inserté el dvd.

Mientras se cargaba el vídeo, mi pierna nerviosa temblaba descontrolada. La sensación que me transmitía Scandar era un tanto desorientada; por un lado tenía la necesidad de escarmentarle, pero en el fondo, deseaba que fuese otra persona la que cometió el acto vandálico y así no verme en la tesitura de tener que denunciarle a él.

Al fin comenzaron a verse las primeras imágenes de la puerta del instituto. Mi coche estaba aparcado justo enfrente, bajo un árbol que lo tapaba parcialmente. Pasaron unos minutos sin que se

viera nada extraño en las imágenes, hasta que a las trece y cincuenta minutos apareció una figura femenina caminando junto a la puerta del centro. No pude ver su rostro, pero se apreciaba cómo la chica miraba de un lado a otro intentando averiguar si merodeaba alguien por la zona. En ese momento sacó unas llaves del bolsillo y rápidamente las pasó rayando el lateral de mi coche.

Noté cómo los músculos de mi cuerpo se tensaban al ver la escena, pero no tardarían en paralizarse por completo al ver lo que ocurriría a continuación. Antes de marcharse, la chica cometió el error de mirar hacia la entrada, y pude apreciar claramente de quién se trataba. Aquella muchacha a la que había pretendido ayudar unos días atrás, aquella joven a la que consideraba inteligente y despierta, por la que habría sacrificado mi tiempo con tal de sacarla adelante y aumentar sus posibilidades de futuro laboral. Mi mente no reaccionaba al comprobar que Rebeca había sido la culpable del incidente, pero, ¿por qué lo habría hecho?, ¿acaso quería vengarse de mí por algo?

Entonces recordé la pequeña discusión que habíamos mantenido unas semanas antes, cuando ella me gritó por pedirle que trabajara en grupo con sus compañeros. Además, había mandado una amonestación a su casa para informar sobre los hechos acaecidos y que tanto me habían disgustado. Mientras recapacitaba incrédula sobre las medidas que debía adoptar para con ella, alguien abrió la puerta del departamento. Se trataba de Salomé que venía de dar una de sus clases.

—Hola Raquel, ¿qué estás viendo ahí tan concentrada?— preguntó nada más entrar.

No me importaba contarle a Salomé lo que me había sucedido, de hecho, la consideraba una mujer muy sensata, y estaba segura de me ayudaría a resolver las dudas.

—¿Tienes cinco minutos para que te lo cuente?— le pedí.

—Claro que sí. Tengo una hora libre antes de la siguiente clase— afirmó—. ¿Qué es lo que ha pasado?

Le conté toda la historia desde el principio, incluyendo el tropiezo con Scandar y mis sospechas hacia él. Salomé escuchaba con interés, sin interrumpirme ni una sola vez. Cuando acabé me dijo:

—Bueno, es normal que sospecharas de ese chaval. No te sientas culpable por ello, al fin y al cabo, hiciste bien en no comentarlo con nadie antes de tiempo. En lo que se refiere a Rebeca, esa chica ya ha dado algún que otro problema a otros profesores en años anteriores, está considerada por los psicólogos como una niña conflictiva, y no es de extrañar que haya actuado de esa forma.

—No sé qué pensar de ella; unos días no quiere relacionarse absolutamente con nadie, y, en otras ocasiones, parece la chica más popular del instituto.

—Está claro que es una muchacha con muchos altibajos, en el fondo debe ser una chica insegura y supongo que intenta no parecerlo armándose con esa coraza— opinó Salomé.

—Ahora sí que no sé qué hacer con ella. Mi intención, en un principio, era denunciar al culpable, pero viendo que la gamberrada ha sido provocada por ella... no sé si debo tomar otras medidas.

—Desde luego estás en todo tu derecho de denunciarla, si así lo deseas— me aconsejó.

—Ya, pero creo que no es necesario llegar tan lejos— contesté un tanto acalorada, intuyendo ya las posibles consecuencias de tal sugerencia—. Supongo que conoces su situación familiar, y creo que una denuncia no haría más que empeorar las cosas en su casa. Tal vez lo mejor sería mandarle una nueva amonestación, advirtiéndole a la familia de lo sucedido, para que ellos mismos hagan lo que crean oportuno con ella.

—Tú misma, pero desde luego no debes dejarlo pasar sin más— replicó— esa chica tiene que aprender a comportarse, ya es mayorcita para saber lo que hace.

—Por supuesto, tiene que ser consciente de que sus malos actos traen consecuencias.

Tras la conversación, Salomé cambió de tema y me propuso salir por la noche al cine y tomar algo juntas, así dejaríamos de lado los temas de trabajo por un instante. La propuesta sonó divertida, últimamente no salía apenas de casa, salvo para visitar a mi familia, y tenía la certeza de que si pretendía tener pareja algún día, debería empezar por relacionarme más fuera del trabajo.

Cuando llegó la noche, cené algo rápido y me di una buena ducha. Me vestí con una falda corta color salmón, y una camisa blanca de manga larga, y por encima me eché una chaqueta vaquera por si refrescaba al salir del cine. Por último, me calcé unos zapatos de tacón a juego con la falda y me observé en el espejo satisfecha por mi elección.

Fuimos a ver una película con Natalie Portman como protagonista. El argumento era de lo más interesante, aunque debía admitir que salí de la sala con mal cuerpo a causa del oscuro desenlace.

A eso de las once, llegamos a un bar que estaba de moda por aquellos días. La música sonaba a tope y tenía que dar voces para que Salomé me escuchara, por lo que no duramos demasiado allí. Nos tomamos una copa y decidimos probar otro sitio más tranquilo.

Junto a la plaza central de la ciudad, habían abierto un nuevo café de estilo retro. Los viernes ofertaban el Happy Hour con cócteles a mitad de precio, así que decidimos ir a conocer el sitio. La decoración, propia de los años ochenta, mostraba unas paredes adornadas con cuadros estilo pop, y la música era la misma que sonaba hacía veinte años.

Nos sentamos en la barra y pedimos uno de sus famosos cócteles. Allí pudimos mantener una conversación tranquila, evitando hablar de trabajo para centrarnos más en nuestra vida personal.

Salomé me contó algunos detalles acerca de la última relación seria que había tenido. Por lo visto salió muy escarmentada y había perdido toda esperanza de encontrar a alguien compatible con ella. Yo, sin embargo, estaba segura de que algún día tropezaría con algún chico interesante.

—Quién sabe, lo mismo hoy es tu noche de suerte— me dijo señalándome hacia la entrada.

Me di la vuelta y vi a Rodrigo entrar acompañado de un amigo.

—Tú estás loca— le reproché entre bromas. Las palabras de Salomé no eran tan descabelladas, y la idea de verme por un segundo unida a Rodrigo, me resultó de lo más atractiva.

Entonces mi amiga se levantó de la silla e hizo una señal con la mano a los dos chicos para que nos vieran. Él y su amigo se acercaron enseguida.

—Hola guapas, ¿qué hacéis por aquí?— preguntó Rodrigo mirando hacia mí.

—Lo mismo que vosotros— contestó Salomé sonriente.

—Éste es mi compañero de piso, Daniel— nos presentó señalando a su amigo— y estás chicas tan encantadoras son mis colegas de departamento, Raquel y Salomé, ya te he hablado alguna vez de ellas.

Nos saludamos con un par de besos formales y entonces Salomé le respondió con cierta picardía:

—Espero que le hayas hablado bien de nosotras.

—Por supuesto— de nuevo dirigió su mirada hacia mí.

Empecé a notar cómo mis mejillas se ruborizaban. Rodrigo me caía muy bien, era un hombre inteligente y buen compañero en el trabajo. Pasamos gran parte de la noche charlando y riendo —

hacía mucho tiempo que no lo pasaba tan bien—. De vez en cuando observaba cómo Salomé me echaba alguna mirada cómplice reflejando su interés porque Rodrigo y yo acabáramos juntos, pero nada de eso ocurrió, y sobre las tres de la mañana decidimos regresar a casa.

Los chicos se ofrecieron a acompañarnos, pero Salomé y su agotadora e inoportuna ideología de la igualdad entre sexos, hizo que cada uno acabara marchándose por su lado. Tuve que aceptar la decisión, aunque de muy mala gana, por no discutir con ella.

Llegué a casa tan cansada por el largo día de trabajo y la salida de la noche, que ni siquiera me molesté en quitarme el maquillaje. Fui directa a la cama y me desplomé sobre esta. Me quedé un rato mirando el techo de la habitación pensativa. ¿Y si Salomé había visto en Rodrigo una buena pareja para mí? Lo único de lo que estaba segura es de que gracias a él y a su buen humor, el día acabó siendo completamente distinto a como empezó.

Lunes, 14 de Octubre

A la fantástica noche del viernes, había que sumarle un fin de semana esplendido. Aparte de la salida por la noche con Salomé y Rodrigo, pasé un domingo en familia muy reconfortante. La famosa paella de mamá resultó estar más sabrosa que nunca, tal vez fuera porque la preparó sobre un fuego de leña al aire libre, en el solárium de casa. Nos reunimos la familia al completo, mis padres, mi hermano David y yo, y estuvimos comentando la celebración del cumpleaños de papá.

Como siempre, mi madre intentó sonsacarme si había conocido a alguien interesante en el trabajo, pero evité entrar en la conversación hablando de los alumnos. No me apetecía tener que admitir que aún seguía sola, porque sabía que ella me taladraría la cabeza con el rollo de que se me iba a pasar el arroz. Mamá estaba impaciente por conocer mi vida íntima, y de vez en cuando me hacía preguntas sobre mis nuevos amigos para ver si reconocía algún ápice de ilusión en mis ojos. En cualquier caso no creí oportuno mencionar nada sobre Rodrigo hasta que no tuviera las ideas más claras.

Entré un segundo en el despacho de papá para coger un libro que necesitaba, y me percaté de que había colgado el cuadro que le regalé junto a la estantería. Me hizo especial ilusión que lo colocará precisamente allí, pues el despacho era su lugar privado, donde se refugiaba a cavilar en algunas ocasiones.

Tampoco quise contarles nada de lo que había sucedido con mi coche, puesto que la tarde prometía ser tranquila, no era mi intención preocuparles innecesariamente. No obstante, fue en lo primero que pensé nada más entrar por la puerta del instituto aquella mañana. Estaba decidida a hablar con Rebeca, y mandar una carta a su casa acompañada de una amonestación. Me esperaba una larga jornada de trabajo, ya que por la tarde además teníamos claustro, y tendría que pasar el día entero en el centro, así que traté de resolver el tema lo antes posible.

Tras dar la clase con los alumnos de primero, aproveché el cambio de hora para pasar por el aula de ella, y pedirle que me acompañara al departamento. Al llegar encontré a uno de sus compañeros en la puerta y le pregunté por Rebeca.

—No profe, hoy no ha venido por aquí a primera hora.

—Vaya, ya estamos como siempre— pensé en voz alta.

Sin decir más, me dirigí a jefatura de estudios para pedirle a Loli el número de teléfono de su casa. Creí que lo mejor sería hablar directamente con algún miembro de su familia e informarles de lo sucedido.

Apunté el número en mi agenda y fui al departamento, necesitaba tener algo de privacidad para hacer esa llamada. Marqué el número y no sonó más de dos timbrazos hasta que alguien contestó.

—Bueno días, mi nombre es Raquel, soy la profesora de matemáticas de Rebeca.

—Si dígame, ¿en qué puedo ayudarla?— la voz sonaba débil y temblorosa.

—Verá, quería hablar con el tutor o la tutora de Rebeca.

—Yo soy su abuela, puede hablar conmigo si lo desea.

—Verá, me gustaría comentarle algo sobre su nieta.

En aquel momento me sentí fatal queriendo involucrar a la pobre abuela. Supuse que no habría sido fácil para ella criar a una niña sin la ayuda de sus padres. Su voz sonaba cansada, lo cual hizo que me sintiera aún peor por añadirle una preocupación más. Entonces pensé que solo le comentaría lo sucedido sin darle la importancia que realmente tenía, y ni siquiera le mandaría la amonestación. La anciana escuchaba con resignación mi explicación, y de vez en cuando soltaba algún que otro «¡Ay esta chica!». Al final la señora me aseguró que hablaría con ella, y me pidió que no dudara en volver a llamarla si Rebeca causaba más alborotos.

No tuve tiempo de colgar el teléfono cuando Cristina apareció por la puerta más exaltada que nunca. Tuve que aparcas por un momento mis pensamientos sobre Rebeca.

—¡Ay Dios mío! ¡Casi me muero del susto!— dijo con la mano apoyada en el pecho.

—¿Problemas con los alumnos?— pregunté suponiendo cual sería la respuesta.

—¿Problemas? Ojalá fueran problemas, lo que yo tengo es un susto en el cuerpo que casi me caigo al suelo.

—¿Qué ha ocurrido?

—Resulta que estaba dando clase con los alumnos de segundo de Bachiller, y de repente han comenzado a discutir dos de ellos. No sabía cómo parar a esos dos grandullones— me explicó nerviosa.

—¿Acaso se han pegado?

—Casi. Se han puesto los dos como una furia y uno de ellos ha empujado al otro, entonces he intentado meterme en medio y yo no sé qué ha pasado que..., es que de repente yo..., no sé.

—A ver, a ver, cálmate un poco— le cogí de las manos para intentar tranquilizarla—. Cuéntame desde el principio lo que ha ocurrido.

—Bueno, a ver— se sentó en la silla—, yo estaba dando mi clase de siempre, y al fondo del aula estaban sentados Scandar y Pedro juntos.

Cuando escuché el nombre de Scandar mis sentidos se agudizaron.

—De repente— prosiguió—, yo no sé qué ha pasado entre ellos, que Scandar se ha levantado de su asiento y le ha dicho a Pedro que eso no se lo decía en la calle. Entonces Pedro se ha puesto en pie también, y se le ha encarado contestando que se lo decía donde hiciera falta.

—¿Y se puede saber de qué estaban hablando?

—Parece ser que Pedro le ha dicho a Scandar algo acerca de la estúpida de su madre o no sé qué, y este se ha puesto hecho una furia cuando ha oído el insulto. El caso es que cuando los he visto cara a cara, he intentado separarlos. Me he colocado entre los dos, y lo único que he conseguido ha sido llevarme parte del empujón que Scandar le ha propinado a Pedro.

—¿Te han hecho daño?— le pregunté.

—No demasiado. Lo que más me preocupaba era verme entre esos dos muros de piedra. A su lado parecía una hormiguita, no sé para qué me he molestado en separarlos.

—¿Y qué ha pasado después?

—Pues menos mal que en el aula de al lado se encontraba Álvaro, el profesor de Química, y al oír el alboroto ha venido enseguida. Está claro que aquí los únicos que parecen imponer algo son los hombres, porque por mucho que yo les decía que pararan, sólo lo han hecho cuando Álvaro ha entrado.

—Bueno, eso es lo de menos. Lo importante es que tú estés bien.

—Sí. Ha sido el susto más que nada— cogió un libreto y se abanicó con él para calmar el sofocón—. Yo no sé qué le pasa a ese Scandar, está que salta a la más mínima.

—Hombre, si alguien llamara estúpida a mi madre, yo también me enfadaría— le argumenté.

No supe por qué motivo le defendí, ya que supuestamente, a mí no me afectaba lo que hiciera ese chaval con su vida.

—Bueno, sí, tal vez tengas razón. Pero no se puede ir por ahí pegando a la gente por cualquier tontería. Los alumnos ya deberían estar acostumbrados a oír insultos los unos de los otros— replicó Cristina.

No quise dar mi opinión por si Cristina malinterpretara mis palabras, pero a mi parecer, ese tal Pedro se lo tenía bien merecido por ofender.

—El caso es que la directora se ha enterado del incidente, y los ha mandado a los dos a su casa— prosiguió.

—Es una buena solución, así tendrán tiempo para recapacitar sobre lo que han hecho— como siempre la directora había tomado medidas radicales.

Durante la siguiente hora aparecieron por el departamento algunos profesores preguntando a Cristina por su estado. Pensé que se le estaba dando más importancia de la que realmente tenía, al fin y al cabo, nadie había sufrido ningún daño.

El resto de la jornada transcurrió como siempre. A la hora de la comida me reuní con Salomé para tomar algo en la cantina, ya que a ella le pillaba un poco lejos marcharse a su casa para después tener que volver a la reunión que teníamos, me ofrecí a hacerle compañía durante esas dos horas antes de que comenzara el claustro.

A las cuatro y media ya estaba todo el profesorado reunido en la sala de conferencias del instituto. No faltaba nadie, la directora, los jefes de estudios, el secretario, y por supuesto los profesores de todos los departamentos habían tomado asiento mientras esperaban que Doña Maruja diera comienzo con la charla.

Durante unas tres horas se habló de los nuevos alumnos que habían sido admitidos de otros centros, de las actividades extraescolares planificadas para el trimestre, de los alumnos con necesidades educativas especiales, en fin, los típicos asuntos de un claustro.

A las siete y media se dio por concluida la reunión, así que todo el mundo se marchó a casa. Yo me quedé un rato más en el departamento, quería preparar unos exámenes que tenía para la semana siguiente. Sin darme cuenta se me hicieron las ocho y media, y cuando salí del centro, había oscurecido.

La calle estaba totalmente desierta, me resultaba bastante siniestro no ver a nadie por los alrededores. Estaba acostumbrada a esquivar alumnos por la acera cada vez que salía del instituto, pero esa noche sólo había un coche aparcado al otro lado de la calle.

En el interior se dibujaban las siluetas de cuatro personas. Advertí que una de ellas me estaba observando. La sombra se correspondía con la de una chica, pues su rostro era fino, y tenía el pelo

largo.

De repente las otras tres figuras salieron del coche y comenzaron a seguirme. Se trataba de tres chicos, calculé que tendrían entre dieciocho y veinte años. Vestían vaqueros y chaqueta, cada una de un estilo, y su cabello estaba totalmente rapado. No reconocí ninguno de los rostros, lo cual hizo que me inquietara más al verme sola en aquel lugar. Tampoco llevaba demasiado dinero encima, pero aún así, agarré el bolso fuertemente e introduje la otra mano para sacar el móvil por si tenía que llamar a la policía. Había escuchado casos de mujeres atracasadas o secuestradas, que gracias al teléfono habían conseguido salvarse.

Mi coche estaba aparcado en una calle paralela, y me llevaría algunos minutos llegar hasta él, así que intenté seguir con paso firme y no entretenerme comprobando la distancia a la que se encontraban los tres chicos. Escuché con atención sus pasos acelerados, ninguno de ellos decía nada, tan sólo se percibía el sonido de los automóviles a gran distancia. Me concentré en llegar al coche lo antes posible y aligeré la marcha.

Justo al doblar la esquina me dieron alcance, uno de ellos me frenó colocándose frente a mí. Su maliciosa sonrisa dejó entrever que tenía algo planeado, nada bueno, por supuesto. No pude evitar mirarle directamente a los ojos desafiándole; aunque estaba aterrorizada, no tenía la intención de dejarme amedrentar.

—¿Querías algo?— expresé con voz ronca.

Los otros dos chicos se colocaron a su lado impidiéndome el paso, y el más alto habló.

—Hola guapa, ¿dónde vas tan sola?

—A ti que te importa— notaba cómo la garganta se me iba secando.

Intenté esquivarlos caminado hacia el lado contrario, pero enseguida me volvieron a detener. Esta vez fue el más bajito el que se pronunció.

—Vamos profe, sólo queremos hablar contigo— estaba claro que me conocían, pero ¿de qué?

—Sí, queríamos comentarte algo acerca de una alumna tuya— masculló el tercero.

Mi mente estaba presa del pánico. No encontraba salida alguna, y nadie pasaba por aquella calle para poder auxiliarme. Si sacaba el móvil del bolso me lo arrebatrían de inmediato, así que tendría que salir de aquella situación sin la ayuda de nadie.

—Mirad, si queréis hablarme de algo relacionado con el instituto, podéis hacerlo en las horas de tutoría— me sentí ridícula al pronunciar esas palabras. Todos sabíamos que no se trataba sólo de una simple consulta.

Comenzaron a reírse entre ellos. El más alto me agarró del hombro mientras le hacía una señal a sus compañeros con la cabeza.

—Vamos profesora, déjanos que te lo expliquemos ahora.

Cerré los ojos esperando cualquier cosa, ni siquiera podía rezar o pedir que me dejaran marchar. Era tal el terror que se apoderó de mi cuerpo, que no pude ni gritar.

En ese instante una voz salió de detrás del edificio:

—¡Eh, vosotros!

El chico dejó de apretarme el hombro y me soltó. Entonces entreabrí los ojos y descubrí una esbelta figura acercarse.

—¿Qué coño estáis haciendo?— increpó la voz.

—Joder Scandar, que susto nos has dado— dijo el chico que me había agarrado.

Debería haberme alegrado al escuchar su nombre, sin embargo, me alarmé aún más. Estaba

claro que se conocían entre ellos, por lo que dudaba en si me echaría una mano, o más bien se uniría a los vándalos y me darían una paliza entre todos.

Scandar se acercó sigilosamente, llevaba entre los labios un cigarrillo que le daba cierto toque agresivo. Al llegar junto a los otros chicos lo tiró al suelo y soltando el humo les advirtió:

—Ya os podéis largar de aquí— hizo un gesto con la cabeza.

—¿Qué? Venga hombre, estás de coña, ¿no?— dijo el más alto encarándose.

Scandar dirigió su mirada hacia mí por primera vez desde que apareció. Seguramente se dio cuenta por mi expresión de que estaba realmente asustada.

—Vamos profesora, debe marcharse a su casa— me tendió la mano ignorando a los demás.

—De eso nada— el más bajo me agarró del bolso—. La profesora se queda aquí, tenemos que hablar con ella.

Scandar le encañonó con una mirada fría y amenazante, y sin decir nada más tiró de mí haciendo que nuestros cuerpos chocaran. Pude comprobar entonces que él también estaba alterado, su corazón latía a mil por hora al igual que el mío, y su pecho desprendía abundante calor.

—Te vas a arrepentir— arremetió uno de ellos.

No quería separarme de Scandar, me coloqué justo detrás protegiéndome con su cuerpo, y vi por encima de su hombro cómo los tres chicos se enfrentaban a él. El miedo que antes sentía por mi integridad física se fue desvaneciendo y sorprendentemente me invadió una sensación de seguridad. Me preparé para lo que pudiera pasar, no quería que Scandar se tuviera que enfrentar sólo a aquellos salvajes.

Pero nada de eso sucedió. La chica que se había quedado en el coche comenzó a tocar el claxon, y los tres chavales obedecieron a su llamamiento.

—Esto no va a quedar así— le amenazó el más bajito.

Scandar ni siquiera se molestó en contestarle. Les siguió con la mirada imperturbable hasta que se metieron en el interior del coche y se marcharon.

En ese momento pude respirar tranquila. Scandar se giró hacia mí y preguntó:

—¿Se encuentra bien profesora?

—Creo que sí, menudo susto me he llevado— me temblaba la voz.

—No se preocupe, ya se han marchado— sonrió.

—Menos mal que has aparecido. No sé qué habría pasado si...

Entonces Scandar me cogió de la mano y se la llevó al pecho.

—Yo también estaba nervioso. No crea que es fácil hacer de duro todos los días.

Consiguió sacarme una sonrisa a pesar de que aún me temblaban las piernas. Aunque me sentía profundamente aliviada, aparté la mano de su pecho algo ruborizada por la situación.

—¿Quiere que le acompañe?— se ofreció.

—¿Qué? ¿Dónde? Ah, ¿te refieres a mi coche?— no había duda, estaba más nerviosa de lo normal.

—Claro, ¿dónde si no?

—No gracias. Bueno, ya ha pasado todo, así que imagino que no me tienes que proteger más— intenté bromear mientras estudiaba su rostro en la oscuridad.

Entonces él me ofreció su mejor sonrisa.

—Puedes tutearme, después de lo que acabamos de vivir, creo que ya hay confianza— le propuse.

—Bien, así lo haré. Si no necesitas nada más, entonces hasta mañana— hizo una leve inclinación con la cabeza.

—Sí, claro. Eso... pues... hasta mañana— no entendía por qué no me salían las palabras con fluidez.

—¿Profesora?

Volví a mirarle y mi corazón se detuvo cuando su perfecto rostro se inclinó hacia el mío.

—Buenas noches— me susurró.

Observé aún aturdida y paralizada cómo se dirigía hacia su moto. Se colocó el casco dejando entrever sus ojos oscuros, y arrancó con un estrepitoso ruido. El sonido del motor se fue alejando poco a poco y su figura desapareció en la noche como si fuera parte de ella. Entonces reaccioné, saqué las llaves del coche, y me introduje lo más rápido posible en su interior. Ansiaba salir de aquel tétrico lugar cuanto antes.

Martes, 15 de Octubre

PASÉ una noche fatal. Cada vez que cerraba los ojos veía a esos tres gamberros acercarse a mí desafiantes. No sé qué habría pasado si Scandar no llega a aparecer en aquel momento para echarme una mano. Pero lo que en realidad me desveló del sueño, fue la identidad oculta de la chica que permaneció en el interior del coche durante el altercado. Mis conjeturas apuntaban a que Rebeca había sido la causante del encontronazo, después de lo sucedido en el instituto, no me quedaba otra sospecha. En cualquier caso recordé que no era la primera vez que cometía un error al culpar a alguien, así que decidí no juzgar a nadie y olvidarme de la historia.

Al llegar al instituto, pasé por el departamento de orientación, quería preguntarle a Silvia algunas cuestiones acerca de Scandar. Aquel chico me libró la noche anterior de ser apaleada frente al instituto, y me sentía en la obligación de devolverle el favor de algún modo.

—Buenos días Silvia, ¿estás ocupada?— pregunté desde la puerta.

—No, pasa. Sólo estaba tomando unas notas, pero puedo dejarlas para más tarde.

Entré en la sala y tomé asiento frente a ella.

—Perdona que te moleste de nuevo con más preguntas, pero quería consultarte algo acerca de otro alumno.

—¡Uy mujer! Para eso estamos, puedes hacerme todas las preguntas que necesites.

—Bueno, se trata de un alumno de último curso, Scandar. No es alumno mío, pero me gustaría saber algo más acerca de él.

—¿Qué quieres saber en concreto?— preguntó.

—Bueno..., quisiera conocer un poquito más a fondo su perfil, sus hábitos, sus calificaciones escolares, su familia..., ya sabes.

—Verás, en lo que se refiere a sus hábitos, te puedo adelantar que se pasa las tardes entrenándose en el gimnasio. Todo el mundo lo sabe, porque el chaval presume de ello. Tiene fama de ser un líder entre sus compañeros, nadie se mete con él porque el muchacho impone, y parece que algunos alumnos le tienen cierto temor.

De que el chico era sólido y entero, ya me había dado cuenta, sobre todo la noche anterior en la que me tuve que refugiar tras su atlética espalda.

—En cuanto a sus calificaciones— prosiguió—, déjame que las busque en su expediente, pero te puedo asegurar que bajó mucho su nivel desde hace un año más o menos.

Silvia se dirigió hacia un armario donde guardaba una serie de archivos clasificados por curso

escolar. Cogió el último de ellos que correspondía con el año anterior, y lo abrió por el grupo de primero de Bachillerato. Allí se encontraban todos los expedientes de los alumnos que habían estudiado en ese periodo.

Sacó la ficha de Scandar y la colocó sobre la mesa. Tras hacer un breve repaso me comentó:

—Fíjate en la diferencia tan abismal entre el primer trimestre y los dos últimos— me señaló con el dedo apuntando a sus notas.

Comprobé que las calificaciones finales no se parecían en absoluto con las de principio de curso. Había dado un bajón en las notas importante.

—¿A qué se debe este cambio tan drástico?— quise saber.

—No estamos seguros. Ahí donde lo ves Scandar es un chico que guarda su intimidad bajo llave. Es muy difícil hablar con él porque nunca cuenta nada de su vida fuera del centro. Pero por los comentarios que oímos de otros alumnos, parece que su cambio vino a raíz de un tema familiar.

—¿A qué te refieres?

—Verás, sabemos que el padre de Scandar falleció cuando él era tan sólo un niño. Su madre lo sacó adelante, y se preocupó mucho de su educación, de hecho, él ha sido siempre un chico ejemplar y muy buen estudiante. Pero ella se volvió a casar hace un par de años con otro hombre, y a raíz de ahí, la actitud del chico comenzó a desmejorar.

—¿Tal vez no aceptó la nueva relación de su madre?

—Posiblemente. El caso es que desde entonces se ha vuelto muy susceptible y lo resuelve todo a base de golpes. Aparte, como puedes comprobar, sus calificaciones han decaído considerablemente, y no estudia lo que debería.

—Vaya, es una pena.

—Desde luego. Si este muchacho no se pone las pilas no acabará el curso escolar, y es realmente un desperdicio, porque es un chaval muy inteligente.

Me quedé un rato pensativa. ¿Por qué habría dado un cambio tan drástico en su expediente y en su actitud? Supuse que el principal motivo había sido el nuevo matrimonio de su madre, pero no consideré que fuera excusa suficiente como para abandonarse en ese sentido. Por otro lado, se había mostrado muy protector cuando me auxilió de los vándalos, así que imaginé que detrás de todo aquello debía haber algo más.

—¿Has intentado hablar con él sobre este asunto?— le pregunté.

—Sí, claro. Pero ya te he dicho que siempre intenta desviar la conversación; no quiere hablar de su padrastro, y se excusa diciendo que simplemente, no le gusta estudiar.

—Tal vez se siente incomprendido. Si no tiene a nadie con quien desahogarse...

—Bueno, Scandar tiene un hermanito pequeño. Su madre lo tuvo poco antes de casarse con ese hombre, y por lo que tengo entendido, Scandar lo adora.

—Entonces no veo dónde está el problema.

El timbre anunciando el cambio de clase sonó interrumpiendo nuestra conversación. Decidí pasarme por el aula del chaval para hablar con él, y darle las gracias por su intervención la noche anterior. Me despedí de Silvia agradeciéndole su tiempo y salí de la sala.

Cuando llegué a la clase de Scandar, lo encontré junto a la puerta hablando con otras dos chicas. Estaba apoyado sobre la pared con los brazos cruzados, mientras sus compañeras lo acordonaban para contarle algo. Al verme aparecer por el pasillo se irguió y dejó de prestarles

atención. Las otras dos muchachas seguían charloteando sin darse cuenta de que él no les estaba prestando atención, entonces se apartó de ellas y se dirigió hacia mí. Las chicas se quedaron boquiabiertas contemplando cómo Scandar les dejaba en mitad de la conversación sin más, probablemente preguntándose qué mosca le habría picado.

Los alumnos fueron introduciéndose en sus respectivas aulas conforme llegaban los profesores, y Scandar y yo nos quedamos a solas en el pasillo.

—¿Puedo hablar contigo un minuto?— pregunté algo tímida ante su inquebrantable mirada.

—Sí, claro. Todo el tiempo que necesites, profesora— contestó sonriente, seguro de sí mismo. Parecía sentirse orgulloso de lo que había hecho la noche anterior.

—Verás, quería darte las gracias por lo de ayer.

—Ya lo hiciste.

—¿El qué?— pregunté perdida.

—Las gracias— aclaró—. Ya me las diste anoche, ¿no te acuerdas?

—¡Ah! Bueno..., claro..., también quería decirte que si hay algo en lo que pueda ayudarte, no dudes en pedírmelo— le ofrecí—. Te debo un favor.

—¡Mmm!— se llevó la mano a la barbilla pensativo—. Pues ahora que lo dices, no me vendrían mal unas clases particulares.

Me quedé atónita al oír su rápida respuesta. No sabía si lo estaba diciendo en serio, o sólo era una broma para vacilarme.

—¿De verdad quieres clases particulares?— pregunté incrédula.

—Pues sí. Últimamente mis notas han bajado mucho y no me vendría mal una ayuda extra, sobre todo viniendo de una profesora tan guapa como tú— me guiñó un ojo.

Viendo su descaro, llegué a la conclusión de que estaba de guasa, y eso hizo que me irritara.

—Sí bueno. Pues nada, si necesitas algo en serio me lo dices— di media vuelta para marcharme.

—¡Espera!— me sujetó del brazo—. Perdona, no pretendía molestarte.

Me giré de nuevo para escucharle. Otra vez observé en su rostro esa inocente sonrisa con la que se disculpó la primera vez.

—En serio, me encantaría que me echaras una mano con algunas asignaturas. Éste es mi último curso y la verdad es que voy de culo.— cuando él mismo utilizó esa expresión, intentó corregirla al ver mi poca aceptación por las palabras—. Vamos, que he empezado muy mal el año.

—¿Crees que puedes cambiar y ser constante con el trabajo? No me apetece perder el tiempo con alguien a quien no le interesan los estudios— le tanteé.

—Bueno, te prometo que lo intentaré.

Recapacité en el planteamiento. En cierto modo se trataba del mismo objetivo que pretendía con Rebeca, sólo que en este caso, era él el que me lo había propuesto. No me pareció tan mala idea si realmente tenía interés por sacar sus estudios adelante, pero tenía que ser cautelosa. Le respondí:

—Está bien, pero tendrás que seguir mis instrucciones y trabajar duro.

—Lo que tú digas jefa— dijo llevándose la mano a la sien como si de una orden militar se tratara.

—Bien, pues dame la dirección de tu casa y la semana que viene comenzaremos con las clases.

En ese instante su semblante se tornó serio.

—Si no te importa, sería mejor que yo fuera a la tuya. En mi casa hay mucho jaleo con mi hermano pequeño, y no nos dejará concentrarnos— se excusó.

No es que me hiciera especial ilusión que un alumno se plantara en mi apartamento, pero consideré que, dadas las circunstancias, podría hacer una excepción.

—Está bien, aquí tienes mi dirección— saqué un trozo de papel de la carpeta y escribí el nombre de la calle junto con mi número de teléfono—. Si tienes alguna duda o no puedes venir, llámame para avisar.

Cogió el papel con sus firmes dedos, y lo dobló introduciéndoselo en el bolsillo de los vaqueros.

—Muchas gracias profesora, no se arrepentirá— su voz denotaba satisfacción.

Contenta de haber llegado a un acuerdo con Scandar, volví a mi trabajo. En cierta manera me sentía feliz por aprovechar mis capacidades como profesora ante un alumno al que, si se esforzaba, creía capaz de responder. Además, se lo debía después de lo que había hecho por mí, y aunque me aterraba reconocerlo, algo dentro de mí esperaba con ilusión la llegada de aquellas clases.

Lunes, 21 de Octubre

NO volví a cruzar palabra con Scandar durante el resto de la semana, tan sólo le vi un par de veces por el instituto pero no llegamos a concretar el día para empezar con las clases particulares. Pensé en confirmar esa misma mañana una cita para la tarde, ya que estaba libre para dedicarle tiempo al chaval. No tuve que esperar demasiado, mientras corregía unos exámenes en el departamento llamaron a la puerta:

—Adelante— contesté al oír los golpes.

—Buenos días profesora— entró él saludando con una sonrisa mañanera.

—¡Qué casualidad!, precisamente estaba pensando en ti— al escuchar mis propias palabras, me di cuenta de que las había interpretado de modo distinto al que pretendía.

Viendo que la sonrisa de su cara aumentaba, quise aclararlo.

—¡Ejem! Me refiero a que estaba pensando en hablar contigo para confirmar las clases.

—Sí, claro. Para eso he venido precisamente— contestó.

—Bien, pues en ese caso ¿te parece bien si nos vemos esta tarde a las seis en mi casa?

—Genial. Allí me tendrás— contestó con un guiño de ojo.

En ese momento se hizo un silencio en la habitación, ninguno de los dos dijo nada mientras nos mirábamos como pasmarotes. Me fijé entonces en que Scandar llevaba una camiseta ajustada, dejando entrever sus fuertes brazos. Sus pantalones también eran ceñidos, lo que me pareció mucho más estiloso que esa absurda moda de algunos chicos por enseñar la marca de los calzoncillos, con pantalones anchos y semi caídos. Me ponía de los nervios cada vez que alguno de ellos salía a la pizarra para corregir problemas; se pasaban el rato sujetándose los pantalones para que no se les cayeran, en lugar de centrarse en los ejercicios.

—Bien...— dije al fin presa de la incomodidad por el silencio.

—Vale— añadió con su mirada cómplice.

—Pues... hasta esta tarde— no sabía a qué estaba esperando para marcharse.

—Sí. Hasta luego entonces profesora— se despidió al fin llevándose consigo su buen humor.

Lo vi cerrar la puerta tras de sí y me quedé pensativa. «Parezco tonta», me dije. «Espero que no se haya dado cuenta de que le he hecho una radiografía de arriba abajo con los ojos», pensé.

En la hora de recreo fui a la cantina para tomar un café y despejarme. Allí encontré a Cristina y Rodrigo charlando distraídos en la mesa del fondo. Al verme llegar Cristina me hizo una señal con la mano para que me acercara.

—Hola chicos, os veo muy animados, ¿de qué habláis?— quise indagar.

—Rodrigo me estaba comentando que esta tarde representan una obra de teatro en el Romea. Se trata de una comedia, y estamos pensando en ir juntos a verla. ¿Te apetece venir?— preguntó mirando a Rodrigo en señal de aprobación.

—¿Esta tarde? No, lo siento. Tengo otros compromisos— creí oportuno no dar explicaciones de mis planes por el momento.

Cristina no sabía nada de las clases particulares con Scandar. Quería esperar unos días antes de decírselo, ya que podía pensar que era una locura, después del altercado que tuvieron en su clase.

—Es una pena que no puedas venir— lamentó Rodrigo aparentemente decepcionado.

—Si. Tal vez otro día— dije arqueando los hombros.

Sin duda alguna, me apetecía mucho salir con él. Lo pasé muy bien la noche que coincidimos en el bar, pero no podía faltar a mi compromiso, y menos el primer día.

Al llegar a casa me dispuse a ordenar algunas cosas antes de que llegara Scandar, llevaba tanta prisa por las mañanas, que dejaba sin recoger los restos del desayuno. Estiré la colcha de la cama y limpié la mesa del comedor para poder trabajar allí. Barrí la cocina después de comer y rocié la casa con un suave ambientador, me gustaba tenerlo todo ordenado, sobre todo si iba a recibir visita.

Mientras esperaba, cogí un libro que me había prestado mi hermano y me acoplé en el sofá. El argumento era tan interesante, que cuando me di cuenta, ya eran las seis menos cuarto. No quería que Scandar pensara que lo estaba esperando ansiosa, así que encendí la televisión para que cuando llegara, se imaginara que estaba ocupada con otras cosas.

Volví a mirar el reloj que tenía colgado en la pared. Era una pieza antigua que perteneció a mi abuela, y mi madre me lo regaló con motivo de mi graduación universitaria. Lo guardaba con cariño, pues me recordaba a mi niñez, y a cuando iba a visitar a mis abuelos en su casa de campo. Cada vez que el reloj daba la hora, sonaban unas estrepitosas campanadas que se podían oír desde el exterior de la casa. Aunque los timbrazos ya no se escuchaban desde hacía un tiempo, aún seguía funcionando el mecanismo del reloj.

Las seis y cinco..., las seis y diez..., comencé a impacientarme. Habíamos quedado a las seis en punto y tenía todos los libros preparados sobre la mesa. Incluso había colocado un ramillete en el centro para darle un toque de color. Empecé a pasear inquieta de un lado a otro del salón, sin apartar la vista del minuterero del reloj.

Por fin, a las seis y veinte sonó el timbre de casa. Ni siquiera pregunté quién era, abrí la puerta de inmediato esperando encontrarle a él.

Allí estaba, de pie, sereno, sonriente. Vestía una sudadera gris y sus estilosos vaqueros ajustados. Se había cambiado de ropa, y además llevaba el pelo mojado, lo cual indicaba que también se había aseado antes de venir. Portaba entre sus manos los libros de matemáticas y alguna carpeta. Le invité a pasar.

—¿Qué tal profesora?— saludó con su voz ronca.

—Creí que ya no venías— le recliné con una sonrisa forzada.

—Sí, bueno..., supongo que tenía que haber llamado. Es que no he podido salir de casa hasta que mi madre no ha llegado para cuidar de mi hermano.

—Está bien, no pasa nada, al menos has venido— me daba la sensación de que se trataba de

una excusa, y que no quería admitir que se había pasado las horas frente al espejo del baño.

Estudió la entrada con descaro y se adentró en el salón sin esperar a que le invitara.

—Menuda chocita tienes— dijo mientras tomaba asiento—. Muy propia de una chica soltera.

La afirmación me sorprendió.

—¿Por qué dices eso?

—Está claro que no tienes hijos. Lo sé porque en mi casa hay juguetes del enano por todos lados— eso tenía sentido—. Por otra parte, la casa está muy ordenada y huele muy bien, lo que me lleva a afirmar que no vive ningún hombre aquí.

—¿Me estás diciendo que los chicos oléis mal?

—No, sólo pretendo sonsacarte si tienes novio.

Su atrevido comentario me ruborizó. La sinceridad de sus pensamientos llegaba a ser insultantemente descarada. Por supuesto no pensaba darle ninguna pista.

—Te equivocas. Además, mi vida privada no te interesa. Centrémonos en lo que has venido a hacer— dije seria.

Abrí el libro por la unidad dos, mientras observaba por el rabillo del ojo cómo abría el suyo sin borrar su pícaro sonrisa.

El resto de la hora se hizo muy corta. Repasamos los temas que había dado en clase con Cristina, y resolvimos las dudas que tenía sobre algunos problemas. Scandar se mantuvo concentrado durante toda la clase, y para mi sorpresa, demostró un gran interés por la asignatura.

Yo, por el contrario, estaba algo distraída. Al tenerlo sentado tan cerca, podía oler su masculina fragancia, y viéndolo allí, centrado en sus tareas, me pareció de lo más interesante. Como bien dijo Silvia, Scandar era un chico inteligente, resolvió todos los ejercicios sin problema una vez que se los había explicado. Era sólo cuestión de concentración, no me pareció que tuviera dificultades para entender lo que le decía, por eso no acababa de entender por qué no había aprovechado sus capacidades en el instituto.

Tras finalizar las actividades, nos tomamos un pequeño respiro. No parecía tener prisa por marcharse y se acomodó en la silla esperando algún tipo de conversación. Me levanté del asiento y le ofrecí algo de beber.

—¿Te apetece un refresco?

—No gracias, es pronto para beber— bromeó.

Por su expresión sabía que no hablaba en serio, pero por si acaso le aclaré:

—No te estoy ofreciendo alcohol, sólo algo para refrescarte.

—Ya lo sé— se levantó de la silla y se acercó a mí—. Me encantaría quedarme un rato más, pero toca gimnasio.

—Claro. Hay que estar fuerte para gustar a las nenas— dije en tono sarcástico.

—Bueno, eso también— replicó—. Pero sobre todo hay que estar preparado por si algún día tienes que sacar a alguien de un apuro.

En eso tenía razón, si no llega a ser un chaval tan fuerte y atrevido, seguramente me habrían hinchado a palos.

—En fin, debo marcharme. Gracias por la lección, ha sido interesante.

—De nada. Te debía una. ¿Nos vemos el miércoles a la misma hora?— necesitaba saber si lo de “interesante” lo había dicho en serio, o sólo por compromiso. Además su compañía me había gustado y quería volver a repetir la experiencia.

—Claro. Aquí estaré— y con una inclinación de cabeza se despidió.

Al cerrar la puerta tras de sí, no pude evitar sonreír al contemplarme satisfecha por echarle una mano, me sentía realizada como profesora. Volví a encender la televisión, y, aunque me pasé más de una hora mirando la pantalla, no me enteré de nada de lo que se decía. Mi mente vagaba por otro lugar.

Jueves, 7 de Noviembre

HABÍAN pasado más de dos semanas desde que Scandar y yo nos reuníamos un par de veces por semana para repasar los temas y resolver dudas. Además de las matemáticas, le ayudaba con algunos puntos importantes de física y química y entre los dos, aclarábamos ciertos aspectos de la gramática inglesa. Se había tomado muy en serio las clases, trabajaba duro y además, siempre llegaba puntual.

Al final comenté con Cristina las lecciones extra que Scandar estaba recibiendo por mi parte, y a pesar de preocuparse en un principio por el carácter conflictivo de él, me felicitó por mi esfuerzo desinteresado. También me confirmó que había notado cierta mejoría en él desde hacía unos días, no sólo en su trabajo, sino también en su comportamiento.

Por mi parte, yo seguía combinando las clases particulares con la programación de los distintos cursos. Para mi sorpresa, y por algún motivo que desconocía, Rebeca también cambió su comportamiento de forma repentina. Dejó de intentar llamar la atención en todo momento, e incluso su trabajo en el aula mejoró levemente. Fui consciente de que la chica no me dirigía la palabra ni tan siquiera me miraba en clase; tan sólo se dedicaba a tomar apuntes, y si tenía alguna duda, se la planteaba a alguno de sus compañeros. Aquella situación no me molestó, siempre y cuando se mantuviera callada y no retrasara el ritmo de la lección con sus ganas de alborotar, por mí podía no volver a hablarme el resto del curso.

Acababa de terminar la clase con el grupo de primero cuando el timbre sonó indicando la hora de recreo, todos salieron velozmente del aula. Antes de marcharme me asomé por la ventana para comprobar si las nubes que había visto por la mañana se habían disipado. El cielo estaba parcialmente cubierto, propio en aquella época del año, pero calculé que me daría tiempo de llegar a casa antes de que empezara a llover.

Observé al otro lado del patio un grupo de alumnos formando un círculo. Se hallaban rodeando a otros dos más altos, que por sus rápidos y amenazantes movimientos de manos, parecían estar discutiendo. Enfoqué la visión y por un instante me pareció advertir que uno de aquellos muchachos era Scandar. Quise asegurarme de que mi vista no me engañaba y me aproximé a otra ventana desde donde la visión era más clara. Comprobé que efectivamente se trataba de él. No dudé ni un segundo en soltar mis cosas sobre la mesa, y me apresuré en salir de allí para averiguar lo que estaba sucediendo.

Al llegar al exterior, el círculo de personas que los rodeaba se había multiplicado. Los gritos

de los estudiantes animando a uno u otro bando eran ensordecedores. Intenté adentrarme entre la multitud llevándome algún que otro empujón, y tardé unos segundos en llegar al centro. Encontré a Scandar y al otro estudiante discutiendo y encarándose. En sus ojos se reflejaba un profundo odio, y ambos apretaban sus mandíbulas con fuerza. Nadie hacía nada por detenerlos. Todo lo contrario, el resto de los alumnos los animaban para que comenzaran a pegarse.

—¡Basta ya!— grité con todas mis fuerzas sin resultado alguno.

Mi voz sonaba insignificante ante los estridentes rugidos de los estudiantes. Por mucho que gritara nadie me hacía caso, y pensé que la única solución sería interponerme entre aquellos dos cuerpos robustos, aún arriesgándome a ser apaleada y pisoteada por ambos.

Por fin había conseguido sacar algo positivo de Scandar los días anteriores, y ahora iba a tirarlo todo por la borda, por una simple discusión con un compañero. No estaba dispuesta a que la cosa fuera a más, tensé los músculos de mi cuerpo y me coloqué entre los dos jóvenes dándole la espalda a su contrincante.

—Vamos Scandar, déjalo ya— le supliqué colocando mis manos sobre su pecho rígido.

Estaba fuera de sí. Ni siquiera se percató de mi presencia, y soltó un “*eres un cabrón*” al otro chico. De repente, me vi aprisionada por ambos cuerpos, se agarraron del cuello el uno al otro con tanta fuerza que no pude mover ni un dedo, me costaba incluso respirar.

—¡Basta, parad ya!— conseguí gritar en un momento de desesperación.

Entre chillidos e insultos pude percibir algunas risas. Sin duda alguna los alumnos me vieron allí atrapada, y sin poder deshacerme de las garras de los dos chavales, motivo suficiente para despertar algunas carcajadas entre ellos. Finalmente sentí cómo los cuerpos de Scandar y su contrincante se separaban de golpe, haciendo que me desplomara en el suelo.

Entonces se hizo un silencio. Todos los estudiantes, incluidos Scandar y el otro chico, me observaban perplejos. No quería ni imaginar la visión que tendrían de mí allí tirada en el suelo, sucia por el polvo. Me incorporé de golpe ignorando el dolor que sentía en el trasero, y agarré a Scandar del brazo tirando de él para escapar de la multitud. Mi rostro escupía una acumulación de sentimientos, entre furia y bochorno. Ningún alumno se atrevió a hacer ningún comentario, tan sólo nos dejaron el camino libre para que pudiese salir.

Scandar se dejó arrastrar y nos dirigimos en silencio al aula en la que había estado antes de presenciar el altercado. Cerré la puerta de golpe presa del enfado. Notaba el pulso acelerado por los nervios, y sin embargo, la postura de Scandar se había vuelto despreocupada. Cruzó los brazos sobre el pecho, y se dejó caer sobre una silla mientras esperaba a que me pronunciara.

Quería calmarme, pero mi voz sonaba ansiosa:

—¿Estás loco?— le acusé—. Esta tontería puede llevarte a la expulsión definitiva del centro.

No decía nada. Tan sólo me miraba serio.

—¿No tienes nada que contar?— mi voz seguía sonando amenazadora—. Esto me pasa por ser una idiota— me llevé la mano a la cabeza apartándome el flequillo.

Tomé aire profundamente para tranquilizarme. No quería rendirme tan fácilmente e intenté hablarle en otro tono.

—¿Acaso quieres echar tu vida a perder?— le reproché.

Él seguía allí sin moverse. Esta vez apartó su mirada de la mía dirigiéndola hacia la ventana.

—Escucha Scandar. Sólo quiero ayudarte, por favor, dime ¿qué es lo que ha pasado?— me acerqué intentando que se sintiera comprendido.

—¡Qué ese tío es un gilipollas!

Y sin dar más explicaciones, se levantó y salió del aula dando un portazo.

Me apoyé sobre la mesa al sentir que mis piernas flaqueaban. Pensé que había sido una estúpida por no tratar el tema con más delicadeza, pero me había puesto realmente nerviosa al pensar que podrían haberlo expulsado del instituto. No dejaba de repetirme una y otra vez “*eres una estúpida, eres una estúpida*” mientras me golpeaba la frente con la mano.

En ese momento pasó por delante de la puerta Rodrigo. Me vio allí sentada sobre la mesa con las manos apoyadas sobre la cabeza y no dudó en entrar para preguntarme:

—¿Estás bien?

Me sobresalté al oír su voz.

—Sí, claro. Sólo me duele un poco la cabeza— me excusé.

—¿Quieres que te traiga algo para el dolor?— se ofreció preocupado.

—No, gracias. Creo que voy a marcharme ya a casa.

Tras decidir renunciar a una charla con Rodrigo, cogí mis cosas y salí del aula dejándole atrás. Supuse que debía darle alguna explicación a mi compañero, no se merecía que le ignorara de aquella manera después de mostrarme su afecto. Pero mi enojo estaba demasiado fresco y no tenía humor para hablar con nadie. Quizá pudiera hacerlo por la mañana, o al día siguiente, una vez estuviera en condiciones de serenarme. Justifiqué mi ausencia declarando que no me encontraba bien, y fui a casa para no salir de allí por el resto del día.

Viernes, 8 de Noviembre

TOC, toc. Llamaron con un golpe suave a la puerta del departamento.

—Adelante— contesté.

Rodrigo apareció mostrando su dulce sonrisa.

—¿Por qué llamas a la puerta? Este es también es tu departamento— comenté extrañada.

—Sí, bueno. Como ayer te marchaste tan enfadada, no sabía si...

Se quedó tenso esperando en la puerta a que dijera algo. Quiso ser precavido para no molestarme después de mi inexplicable reacción del día anterior, del cual no me sentía orgullosa precisamente. Le debía una disculpa.

—Perdona, no sé que me pasó. Debes estar enfadado conmigo— dije arqueando las cejas.

—No mujer. Si es que no sabía qué te pasaba, tal vez llegué en mal momento.

—Lo que ocurre es que estaba un poco descolocada, en serio, no tengo excusa. Perdóname por haber sido tan grosera.

Entonces entró en la sala y tomó asiento junto a mí.

—No hay nada que perdonar. Si necesitas hablar de algo, sabes que puedes contar conmigo— ya más relajado me acarició la mejilla con su cálida mano en señal de apoyo.

La noche anterior no había podido dormir. Seguía disgustada por lo sucedido con Scandar. Ese chico iba a volverme loca; primero se enfrentaba a mí en clase, y luego me pedía disculpas; días después tenía una bronca con el tal Pedro en el aula de Cristina, y a continuación aparece de la nada como un héroe auxiliándome de aquellos salvajes; y para rematar la situación, se mete en una pelea delante de todo el alumnado, y ni siquiera se digna a hablar conmigo para darme una explicación. Mis pensamientos, por suerte o por desgracia, estaban totalmente confundidos y centrados en Scandar, y no era mi intención involucrar a Rodrigo en mis problemas.

—Gracias por tu apoyo, pero no tienes por qué preocuparte, ya se me ha pasado— con una leve sonrisa le correspondí acariciándole la mano.

—Ya sabes que puedes contar conmigo más allá del trabajo— su voz se tornó seria—. También me gustaría que me considerases un buen amigo.

Empecé a sospechar que bajo las palabras de Rodrigo había algo más que una simple amistad. Siempre se mostraba amable y cordial, y sentía que mis problemas le preocupaban más de lo debido, lo cual me llevó a la conclusión de que tal vez, me viera como algo más que una compañera. Era consciente de que Rodrigo tenía todo lo que una mujer podría desear en un

hombre, era guapo, atento, inteligente, y además, su comportamiento era exquisitamente correcto, pero por alguna razón, aquello no era suficiente para mí.

Empezó a acercar su rostro poco a poco al mío con evidentes intenciones de besarme, pero al verme con los ojos abiertos como platos se recolocó en su silla. No supe qué decir hasta que me soltó de la mano y se levantó del asiento con síntomas de decepción.

—Oye Rodrigo— necesitaba tiempo para pensar, no quería que se marchase abatido—. Gracias, de verdad.

—Está bien— suspiró cabizbajo—. Nos vemos por aquí.

Al abrir la puerta para salir del departamento, se cruzó con Scandar. Observé cómo su mirada se había tornado humilde y serena mientras se saludaban el uno al otro. Empecé a escribir notas sin sentido sobre un folio para no mostrar la tensión que guardaba, no quería que se percatara de mi estado de nervios. Entró sin pedir permiso, y cerró la puerta con suavidad. Llevaba la mochila colgada de un solo hombro, y su rostro mostraba arrepentimiento (no era la primera vez que veía esa expresión en su cara). Fijé la vista en el papel intentando ignorarle. Después de lo que había sucedido, no tenía claro si quería hablar con él.

—Buenos días profesora— saludó con voz suave.

Seguí garabateando sin apartar la vista de la hoja. Al no recibir respuesta por mi parte continuó:

—Profesora, sólo he venido un momento para pedirte disculpas por mi mal comportamiento de ayer— parecía ansioso por obtener una contestación.

Su arrepentimiento me llevó a recordar a mi madre cuando me aconsejaba que no me dejara manejar por las amigas; y es que cuando nos enfadábamos por alguna tontería, yo era la que volvía a llamarles al día siguiente como si no pasara nada. También me decía que no tenía que ser rencorosa con las personas se mostraban arrepentidas, y debía darles una segunda oportunidad cuando sus disculpas fueran sinceras.

Algo parecido sucedía con Scandar. Me había decepcionado en varias ocasiones, y sin embargo, no podía enfadarme cuando me miraba con esos ojos inocentes y embriagadores a la vez. Acabé rindiéndome ante sus palabras, cerré los ojos por un segundo y dejé caer el bolígrafo en la mesa, girándome sobre la silla para mirarle de frente.

—¿Y cuánto tiempo crees que vas a aguantar sin meterte en más líos?— pregunté mostrando mi decepción.

—No profesora. Te prometo que no volveré a pelearme con nadie— aseguró llevándose la mano al pecho—. He hablado con Pedro y lo hemos aclarado todo, de verdad, no volverá a pasar.

Suspiré profundamente cansada de oír excusas, pero mi debilidad por él era más fuerte que la razón.

—Además, mi madre me ha pedido que te invite a casa a comer la semana que viene, para agradecerte por todo el esfuerzo que estás haciendo por mí.

Aquello me descuadró por completo. Conocía la imperiosa contundencia de Scandar por salvaguardar su intimidad, Silvia ya me había advertido sobre ello con anterioridad. Y nunca me vi con derecho a escharbar en sus orígenes, tal vez por miedo a que se sintiera traicionado por mi parte. Por eso, aquella muestra de confianza y amistad me sorprendió gratamente.

Utilizó su perfecta sonrisa de forma picarona para hacerme reír, consiguiendo que olvidara por completo todo el asunto, y le contesté:

—Está bien. Damos por zanjado este tema— me levanté de la silla y me acerque a él para darle un suave tirón de orejas—. Pero que no vuelva a pasar, ¿eh?

—Tienes mi palabra— me aseguró.

Tras un breve silencio le pregunté por qué motivo había decidido invitarme a su casa.

—Verás, mi madre se empeña en que vengas a comer, quiere conocer a la profesora que me está ayudando a sacar esto adelante— dijo señalando sus libros.— Ya sabes cómo son las madres, no aceptan un “no” por respuesta.

—¡Ah!— me decepcioné un poco al ver que la insistencia había sido por parte de la madre, y no porque a él le hiciera especial ilusión.— La verdad es que tengo mucho que hacer, no sé si me va a ser posible ir— mentí.

—Lo entiendo. No pasa nada, le diré a mi madre que estás liada— respondió arqueando los hombros.

—Quizá en otro momento— volví a tomar asiento para continuar con mi falso garabateo sobre el papel.

Se dio media vuelta para marcharse, pero por un instante no se movió de su sitio. Esperaba que saliera del departamento, pero no lo hizo. Se volvió y me dijo:

—La verdad profesora es que a mi madre le haría mucha ilusión que vinieras a casa.

—¿A tu madre?— no quería andarme con rodeos—. ¿Y qué me dices de ti?

—Bueno, a mí también me hace ilusión. Lo que pasa es que no sé si te va a gustar...

Por fin entendí su reacción. ¿Cómo no me había dado cuenta? Cualquier chico de su edad se sentiría cohibido si una profesora fuese a su casa a conocer a toda la familia. Pensé que tal vez se avergonzara por tener un hogar humilde, o por el desorden acumulado del padre, o por la constante insistencia de la madre por echar más comida en el plato.

Nada de eso podría importarme, y quería que él lo supiera.

—No preocupes. Si tu madre ha dicho que vaya, pues yo voy, no hay más que hablar.

De nuevo sonrió, aunque esta vez parecía un tanto forzado, o tal vez temeroso. En cualquier caso a mí me hacía especial ilusión conocer a su familia, y hablarles de lo inteligente que era su hijo y de las posibilidades que podría tener en el futuro.

—De acuerdo profesora, espero que no te lleses una decepción— se sinceró al final.

—Está bien. ¿Cuándo decías que era la comida?

—La semana que viene, tal vez el viernes, después de clase.

—Bien, en ese caso nos vemos el lunes para estudiar, y allí me confirmas lo del viernes.

—Gracias profesora.

—De nada.

Agarró su mochila, y salió del departamento feliz, dejando atrás su perfume.

Cuando cerró la puerta no pude evitar inspirar profundamente para que la fragancia se propagara por todos mis sentidos. Era realmente masculina y dulce a la vez.

Viernes, 15 de Noviembre

— ¿Estas lista?— preguntó Scandar mientras abría la puerta del departamento.

— Sólo un segundo, déjame coger mis cosas y nos vamos.

Tras una semana de trabajo intenso, llegó el día de la comida en casa de Scandar. Nos habíamos citado en el departamento de matemáticas al finalizar las clases, y vino a buscarme a los pocos minutos de sonar el timbre. No quería que nadie nos viera salir juntos, consideré oportuno evitar en lo posible las habladurías entre alumnos y profesores, así que cuando vino a recogerme, tardé más de lo habitual en guardar mis cosas. Mi intención era abandonar el centro cuando todo el mundo se hubiera marchado.

— Venga, nos van a cerrar las puertas del instituto— empezó a impacientarse.

— No te preocupes, tengo llaves— era obvio que no se había percatado de mis intenciones.— Bien, ya estoy— dije al fin—. Podemos marcharnos.

Agarré el bolso y saqué las llaves del coche mientras avanzábamos por el pasillo.

Aunque estábamos en el mes de noviembre, el frío se negaba a hacer su aparición. Tuve que entrecerrar los ojos al salir del edificio, porque la claridad del día se colaba entre las nubes y resultaba cegadora. Scandar sacó del bolsillo de su chaqueta unas gafas de sol y se las colocó. Entre la chupa de cuero negra y las gafas, su aspecto sugería que era un chico con un estilo macarra y sexy al mismo tiempo.

Subí al coche y vi por el retrovisor cómo Scandar se colocaba el casco y montaba en su moto. Se acercó a la ventanilla y a través del casco me dijo:

— ¡Sígueme!

Fui tras él hasta salir del casco urbano. Al llegar a la carretera principal aceleró con su moto y tuve que incrementar la velocidad para no perderlo.

Después de varios kilómetros de autovía llegamos a un camino empedrado rodeado por naranjos y limoneros. Quedé embriagada por el olor a azahar que desprendían los árboles, parecía que alguien había perfumado el ambiente. Sospeché que el camino de piedras nos llevaría a una casita perdida en mitad del campo, pero al llegar, me sorprendió descubrir que Scandar vivía en un enorme chalet.

La puerta principal se abrió automáticamente cuando hizo sonar el claxon de la moto. Al entrar, comprobé que el terreno era grande, calculé que tendría el tamaño de medio campo de fútbol. La parcela estaba rodeada por un muro elevado, que impedía la visibilidad desde fuera.

La casa se situaba justo en el centro de la finca. Se trataba de una construcción antigua, aunque totalmente reformada. Me recordaba a una de esas casas de estilo andaluz, con flores en los balcones y barandillas de hierro muy elaboradas. El color ocre de los marcos de ventanas y puertas resaltaba con el blanco de las paredes, que a su vez brillaba por su pulcritud sobre el césped verde del terreno.

Aparcamos en el garaje que había en un lateral de la casa y salí del coche. Scandar observó cómo miraba fascinada hacia el jardín. Había varios árboles frutales, rodeados por plantas estratégicamente colocadas para crear formas curiosas sobre la tierra, y un pequeño huerto con tomates, zanahorias, cebollas y lechugas en un rincón.

—¿No te gusta?— preguntó mientras se quitaba el casco.

—¿Bromeas? No me habías dicho que vivías en una casa tan bonita— admití sorprendida por la visión que tenía ante mí.

—Nunca me habías preguntado— contestó sin darle importancia—. Esta casa la construyó mi abuelo paterno hace muchos años, y mi padre la reformó antes de morir.

—Vaya— dije compungida—. Es una pena que no la haya podido disfrutar.

No quería entrar en ese tema por si se sentía incómodo, así que cambié de conversación:

—¿Dónde está tu madre?

—Estará en la cocina. Vamos, te la presentaré.

Fuimos por la parte de atrás para entrar directamente por la cocina. En ese lado de la parcela se escondía una piscina enorme con forma ovalada, y una especie de porche resguardaba una barbacoa de piedra y un columpio doble, posiblemente para la diversión del pequeño de la casa.

La madre de Scandar se encontraba en la cocina ultimando los preparativos de la comida. Al verla con el mandil me recordó a una actriz de una serie de televisión que había visto hacía unos meses. Le calculé unos cuarenta y pocos años, muy bien llevados por cierto. Debajo llevaba una falda gris y una camisa blanca. Los zapatos de tacón estilizaban su figura, pero me pareció que iba demasiado elegantemente vestida para una simple comida en casa.

Al entrar, Scandar se acercó a ella y le dio un beso en la mejilla.

—Hola mamá, ya estamos aquí. Te presento a mi profesora de matemáticas.

Me acerqué para saludarle.

—Puedes llamarme Raquel— dije estrechándole la mano.

—Hola Raquel, yo soy Eva. Estoy encantada de que hayas venido, Scandar habla muy bien de ti— contestó con una sonrisa cómplice a su hijo.

Noté cómo mis mejillas se ruborizaban. Por suerte en ese momento entró por la puerta un niño pequeño dando voces.

—¡¡¡Zcanda!!!— gritaba el chiquillo mientras corría a los brazos de su hermano.

Me agradó comprobar que el ambiente familiar en aquella casa era tan apacible. En pocos minutos fui testigo de la complicidad y el amor que se tenían entre ellos, por eso no entendía por qué la psicóloga me había comentado que la situación de Scandar no era muy buena en casa. A mi parecer, más bien se trataba de una familia adinerada, educada y además, se llevaban bien entre ellos. Achaqué el comportamiento rebelde del muchacho a la edad; la mayoría de adolescentes atravesaban por un periodo de rebeldía contenida y sólo era cuestión de tiempo hasta que su carácter madurase.

—¡Hola pequeñín! ¿Has sido bueno hoy?— dijo Scandar agitándole el pelo.

—¡Zi!— contestó él con su media lengua.

Al contrario que su hermano mayor, el niño era rubio y de piel muy blanca. Nunca habría adivinado que eran familia.

—Mira Angelito, esta es mi profesora— cogió al pequeño en brazos y lo acercó para que pudiera hablarme.

—¡Hola pofezora!

Comenzamos a reírnos de la espontaneidad natural del niño, pero nuestras risas se tornaron en silencio repentino cuando entró por la puerta un señor alto y rubio, con cierto sobrepeso. Miré a Scandar, y observé que su rostro se tornaba completamente serio.

—¡Vaya! Reunión familiar— dijo el hombre mirando a todos los que estábamos en la cocina.

—Hola cariño, creí que hoy no comías en casa— la madre de Scandar se acercó a él y le besó.

—Sí bueno, he cambiado de opinión— dijo examinándome de arriba a abajo con la vista.

Dirigí mis ojos hacia Scandar incómoda y sin saber que decir.

—¿Y bien? ¿A qué debemos esta maravillosa visita?— preguntó el hombre refiriéndose a mí.

—Es mi profesora— contestó Scandar secamente antes de que yo pudiera presentarme por mí misma.

—Encantado de conocerte preciosa— me cogió de la mano y la besó—. Yo soy Jacobo, el padre de Scandar.

—Padraastro— le corrigió él.

Sus miradas se cruzaron, y ninguna de ellas despedía afinidad precisamente.

La tensión en el ambiente se podía cortar con un cuchillo. Menos mal que el pequeño de la casa no se percataba de nada, y enseguida comenzó a hacer monerías para llamar la atención.

—La comida está lista— anunció Eva.

No tardó en servir los platos sobre una mesa delicadamente colocada. Se había esmerado en poner una refinada vajilla, y doblar cada una de las servilletas formando una flor sobre el vaso correspondiente.

Los cuatro nos sentamos formando un cuadrado, Scandar se colocó frente a mí, y los padres a ambos lados. Mientras, el pequeño Ángel, que ya había comido, se fue al sofá para ver la televisión, y no tardó ni dos minutos en quedarse dormido.

—Bueno Raquel, cuéntanos, ¿qué tal va Scandar en el instituto?— preguntó Jacobo clavando sus ojos descaradamente sobre mi escote.

—La verdad es que está progresando mucho. Se ha tomado muy en serio las clases particulares, y las está aprovechando con mucho esfuerzo— dije sonriendo a Scandar orgullosa por su evolución.

—¡No me extraña!— susurró Jacobo para sí.

—¿Cómo?— replicó Scandar mirándole con cara de pocos amigos.

—Hombre, es normal. No es lo mismo explicar para veinticinco que para uno solo— se excusó.

—Sí, claro. Tienes toda la razón— quería quitar importancia al asunto—. Está comprobado que cuanto menos alumnos hay en un aula, el nivel de concentración aumenta.

—Pues a eso me refería yo— dijo con la boca llena—. ¡Nena, tráeme un poco de pan, que esta bazofia no hay quien se la coma!

Abrí los ojos de par en par sorprendida por lo que mis oídos habían escuchado; casi me atraganté con la comida ante la forma tan grosera en la que Jacobo de había dirigido a su mujer. Conociendo el fuerte genio de Scandar, temí que saltara de un momento a otro, y se liara una discusión en torno a la mesa, pero no fue así. Todos se mantuvieron sentados en sus sitios, excepto la madre que se levantó sin replicar, y se dirigió a la cocina para coger un poco de pan y entregárselo a su marido. Scandar estaba en silencio con la mirada fija en el plato, pero pude apreciar cómo su mandíbula mascaba con violencia la comida.

El hombre agarró el trozo, y siguió engullendo como si nada. Yo miraba atónita a Scandar, esperando a que dijera algo, pero él continuó masticando sin levantar la cabeza.

—¿Y cómo es que te hiciste profesora?— continuó preguntando Jacobo con la boca llena.

Después de lo que había visto, no me apetecía contestar a sus preguntas, pero preferí no ser grosera delante de la madre.

—Mi padre también es profesor, y desde pequeña me ha cautivado la idea de enseñar todo lo que sé a otras personas.

Scandar levantó la vista del plato para devolverme una mirada amable.

—¡Qué bien! Debe ser reconfortante ayudar a los chavales— habló Eva por primera vez desde que nos sentamos a la mesa.

—Sí bueno, seguro que tendrás que pelearte con más de uno para que atienda— replicó Jacobo llevándose el vaso de vino a la boca—. Estos chavales de hoy en día están muy mal educados, y son todos unos cafres.

—La educación de los chicos depende de los padres, nosotros sólo nos dedicamos a ampliar sus conocimientos— respondí firmemente.

Después de conocer a Jacobo entendí a qué se refería la psicóloga con lo de que “el chaval tiene problemas en casa”. No era de extrañar que los tuviera, ese hombre era un machista insoportable, y la madre no tenía carácter suficiente para protestar. Lo que no comprendía era la razón por la que Scandar permitía que su padrastro hablara en ese tono a su madre, no era propio de él achantarse e ignorar cosas como esas. Sospeché que detrás de aquella fachada de chico duro, había algo más que yo desconocía.

Terminamos de comer pronto y ayudé a Eva a recoger la mesa y meter los platos en el lavavajillas. Scandar también echó una mano a su madre colocando de nuevo las sillas, mientras que Jacobo se sentó en el sofá del salón junto al niño, esperando a que su mujer le trajera un café.

Me quedé en la cocina con Eva y Scandar, hablando de distintos asuntos relacionados con la vida en el instituto. Desde allí se podían escuchar los ronquidos de Jacobo, que en pocos minutos se había amodorrado. Me preocupó que pudiera despertar al pequeñín, pero no fue así, el niño estaría acostumbrado a escuchar los ronquidos de su padre.

—Estoy encantada con que eches una mano a mi hijo con sus estudios— agradeció la madre—. No pasa mucho tiempo en casa, así que me preocupaba mucho lo que estuviera haciendo fuera.

—Venga mamá, no empieces— protestó Scandar.

—Tu madre tiene razón. Estás en el último curso y si no te pones las pilas, no podrás graduarte.

—Sí, bueno, aún no sé para qué quiero graduarme. No creo que tenga muchas salidas— contestó encogiendo los hombros.

—¿Por qué dices eso hijo?— preguntó Eva.

—Venga mamá, tú sabes perfectamente que después del instituto me marcharé fuera.

—¿Piensas estudiar en el extranjero?— quise saber.

—No sé lo que haré. Sólo sé que quiero marcharme de aquí— replicó.

—Pero hijo, no tienes por qué hacerlo. Sabes que yo te apoyaré en lo que decidas estudiar.

—No quiero estudiar más, sólo quiero largarme— parecía estar enojado.

—No tienes por qué decidirlo ahora. Aún te queda todo el año para pensar en lo que quieres hacer— intenté calmar los ánimos.

Entonces me dirigí a la madre.

—Tú no te preocupes, que yo haré todo lo posible para que tu hijo se gradúe. Es un chico listo, y lo va a hacer muy bien.

Más tarde Scandar me llevó a una salita rodeada de estanterías llenas de libros, y algunas fotografías de su familia colgadas en las paredes. Me explicó que a su padre le encantaba leer, y por eso había llegado a coleccionar tantos ejemplares. Según me contó, aquella sala era el único recuerdo que le quedaba de él.

—Jacobó cambió casi todos los muebles cuando se vino a vivir con nosotros, pero jamás le permitiré que toque esta habitación. Algún día yo también seré capaz de leer todos estos libros— los ojos le brillaban mientras recorría las estanterías con la vista.

—¿Este de aquí es tu padre?— pregunté señalando una fotografía que había sobre una de las estanterías.

—Sí, esta foto se la hizo antes de que yo naciera, le encantaban los deportes acuáticos.

En la imagen se veía a un hombre atractivo, de unos treinta años, junto a un pequeño velero. Llevaba un bañador a cuadros y sonreía mientras agarraba el timón. Se parecía mucho a su hijo, su piel también era oscura, y su pelo negro azabache.

Estaba concentrada observando la foto del padre de Scandar, cuando inesperadamente sus manos me rodearon la cintura desde atrás. Di un pequeño respingo al sentir cómo me agarraba firmemente para arrastrarme hacia el otro lado de la habitación. Advertí cómo el corazón se me aceleraba al rozarme con sus cálidas manos.

Me dirigió hacia la fotografía de un niño de tres años subido a hombros de su padre. Ambos sonreían felices en un día soleado.

—Esta es la última foto que nos hicimos mi padre y yo juntos— cogió el marco y me lo acercó para que pudiera verlo mejor.

—¿Qué le pasó?— pregunté señalando a su padre.

Creí que era un buen momento para que se sincerara conmigo. Habíamos congeniado muy bien hasta aquel momento, y sentía interés por saber algo más de su vida privada.

—Tuvo un accidente de coche al volver de uno de sus viajes— respondió abatido.

—Vaya, lo siento mucho— le cogí de la mano en señal de duelo.

—Yo sólo tenía cinco años cuando falleció, pero aún le recuerdo perfectamente.

No sabía qué decirle para consolarlo, tan sólo le acaricié la mano para que pudiera sentir mi pesar. Perder a su padre a esa edad no debió ser nada fácil para él, y tampoco debió de serlo para la madre, que tuvo que criar ella sola a un niño tan pequeño.

También me contó cómo su madre y él salieron adelante tras la pérdida del padre. Este había sido dueño de un famoso bufete de abogados, y gracias al trabajo de los compañeros, habían conseguido sacar el negocio adelante. Aunque Eva no trabajaba, uno de los empleados se encargó

de dirigir el negocio, y parte de los beneficios sirvieron para mantener a Scandar y su madre.

Me complació enormemente que Scandar se sintiera cómodo para contarme aquella historia. La serenidad con la que me habló dejó claro que deseaba desahogarse, sus palabras eran tan sinceras que me prometí que jamás le defraudaría. Ahora más que nunca necesitaba mi ayuda y yo quería ofrecérsela, le aconsejaría en todo lo que me pidiera y le proporcionaría la confianza que quizá necesitaba encontrar en alguien.

Pronto se hicieron las siete de la tarde, y decidí que era hora de volver a casa. El padrastro seguía durmiendo, por lo que me libré de despedirme de él.

—No recuerdo bien el camino de vuelta. ¿Me acompañas hasta la autovía?— le pedí a Scandar.

—Claro. Mamá, vuelvo enseguida— le informó a Eva.

Me despedí de la madre agradeciéndole por la comida, y le deseé mucha suerte con sus hijos.

Scandar se adelantó con su moto para que yo pudiera seguirle. El cielo había oscurecido y el aire comenzaba a ser frío.

A mitad del camino el coche golpeó con algo, algún tipo de explosión sonó desde el suelo. Me detuve para comprobar lo que había sucedido, y al verme parar, Scandar dio la vuelta para reunirse conmigo.

—¿Qué ha pasado?— preguntó.

—No lo sé. Creo que el ruido ha venido del lateral derecho.

Una de las ruedas había pinchado. Tendría que cambiarla en mitad de aquel camino oscuro, por suerte estaba acompañada de Scandar. De repente me llevé las manos a la cabeza al recordar las palabras de mi hermano la última vez que cogió mi coche:

“He tenido que cambiar la rueda delantera por un pinchazo. No olvides sustituir la rueda de repuesto en cuando puedas”

Y claro, dos meses después era demasiado tarde.

—¡Qué faena! Justo aquí en medio del campo— dije desesperada.

—No te preocupes, te puedo llevar a casa en moto, y una grúa se encargará de remolcar tu coche hasta el taller más próximo.

—Sí, supongo que será lo mejor— recogí mi bolso del coche—. Menos mal que estabas tú aquí. No sé que habría hecho si me llega a pillar sola.

Llamé por teléfono a la compañía de seguros y me garantizó que se encargarían de todo. Al día siguiente podría recoger el coche en su taller.

—Vamos, sube— Scandar me tendió la mano para que montara en la moto.

El rugido del motor al arrancar rompió con el silencio que había en mitad del campo. Al escuchar el estridente sonido, me agarré inconscientemente a su cintura.

—¿No tendrás miedo?— su voz casi no se podía escuchar por el ruido.

—No, sólo ha sido una reacción instintiva, perdona— sentí vergüenza y aparté las manos.

—No te preocupes, es más seguro si vas agarrada— y agarrándome de las muñecas, volvió a colocarlas alrededor de su cintura.

Al llegar a la carretera principal y acelerar, sentí cómo el viento me golpeaba suavemente la cara dándome una sensación de libertad que nunca antes había sentido. Por otro lado, hacía tanto frío, que los músculos de mis brazos se encogieron haciendo que me abrazara fuertemente a Scandar. Su cuerpo despedía calidez, y era casi imposible no tener la sensación de querer

agarrarlo.

Finalmente llegamos a casa.

—Muchas gracias por la invitación— dije al bajar de la moto.

—La verdad es que no ha salido como esperaba. No creí que Jacobo fuera a aparecer.

—¿Qué dices? A mí me ha encantado. Tu madre es una cocinera excelente, y tu hermanito es una ricura.

—Sí, bueno..., dejémoslo estar ahí.

—Está bien. ¿Nos vemos en casa el lunes para continuar con las clases?— después de lo que le había oído decir a su madre, temí que decidiera no continuar con los estudios.

—Claro que sí. Me vendrá bien despejarme un poco— contestó.

—De acuerdo, pues entonces nos vemos el lunes.

—Adiós profesora.

De nuevo arrancó la moto y se alejó dejándome junto al portal de casa.

Lunes, 9 de Diciembre

EL ambiente en los pasillos por aquellos días era sumamente alborotador. Pronto llegarían las vacaciones de Navidad, y los chavales estaban nerviosos por las notas finales de la evaluación, sobre todo esperaban con ansiedad la fiesta que se preparaba todos los años con motivo de las vacaciones de Pascua.

Aquella mañana me encontraba en el departamento con Scandar explicándole un par de dudas que le habían surgido. Salomé entró a los pocos minutos, y tomó asiento, esperando a que terminara la explicación para hablar conmigo.

—Gracias profesora, esta tarde podemos terminar con la lección— se despidió Scandar viendo que Salomé comenzaba a impacientarse.

—De acuerdo, hasta luego entonces— contesté.

Salomé me miraba con cara de sorpresa.

—¿Estás dándole clases particulares a Scandar?— preguntó.

—Así es.

—Creí que era alumno de Cristina.

—Sí, bueno. El muchacho me pidió ayuda y no se la pude negar— contesté sin darle la menor importancia.

Seguía con sus ojos clavados en mí sin pestañear.

—¿Qué?— le reproché.

—Ese chico puede resultar muy convincente.

—¿A qué te refieres?— no entendía a dónde quería llegar.

—Pues que hace un par de años yo también le di clases aquí en el instituto. Te digo yo que ese chaval es un listillo, sabe usar sus armas estratégicamente para camelarse a la gente.

—Conmigo ha sido muy amable— confesé.

—¿Ves? A eso me refiero. Sólo necesita esbozar una de sus sonrisas picaronas para conseguir lo que quiere.

—No sé. Yo sólo le estoy ayudando con las asignaturas. No creo que haya nada de malo en eso.

—Sólo te digo que te andes con ojo. ¡Ese se las sabe todas!

Salomé me dejó desconcertada. Era cierto que el chico había sido muy convincente conmigo, y no tuvo que insistir para conseguir que yo aceptara echarle una mano. Pero también había sido

testigo de su progreso en los días que habíamos dedicado a estudiar, por lo que no encontré motivo alguno de preocupación. Intenté olvidar las palabras de Salomé, para que no entorpecieran mi relación académica con Scandar., habíamos conseguido llevarnos bien y eso era lo importante.

—En cualquier caso no he venido a hablarte de eso— continuó diciendo mi compañera.

—¿Qué quieres contarme?

—Rodrigo.

—¿Qué le pasa a Rodrigo?

—¿Aún no te has dado cuenta?

—¿De qué?

—¡Ay Raquel! Pues de que ese hombre se muere por tus huesos— dijo agitando las manos.

—¿Y qué te hace pensar eso?

—Venga ya. ¿No te has percatado de cómo te mira cada vez que pasas por su lado?

—Pues no, la verdad— intenté disimular lo que ya sospechaba.

—Además, ayer estuvo hablando conmigo.

—¿Qué?— exclamé sorprendida.

—Lo que oyes. Ayer a la hora del café hablé con él.

—Pero bueno, ¿no tenéis mejores cosas que hacer un domingo por la tarde?— repliqué atónita.

—¿Qué querías que hiciera? El hombre me llamó por teléfono y me pidió que si podíamos vernos para hablar— dijo arqueando los hombros.

—Esto sí que no me lo esperaba.

—Quedamos en la cafetería que hay junto a la Plaza Mayor. Estuvimos comentando algunos temas sobre las lecciones, y, de repente, sin venir a cuento, me preguntó por ti.

—¿Qué quería saber? ¿Acaso no podía hablar conmigo directamente?

—Bueno, al principio quiso asegurarse de que tú y yo teníamos una relación de amistad más allá de las aulas. Supongo que para poder preguntarme lo que vino a continuación.

—Vamos Salomé, suéltalo ya, no tengo toda la mañana— dije precipitada.

—Quiso saber si tú sentías algo por él— soltó con cautela al comprobar que no me agradaba el hecho de que ambos hablaran de mí a mis espaldas.

Nos quedamos en silencio. Ella esperaba una respuesta por mi parte, y yo intentaba asimilar lo que acababa de escuchar. Reflexioné unos segundos sobre la situación: Rodrigo, un hombre apuesto, inteligente, educado, que estaba enamorado de mí, o al menos así lo entendí después de hablar con Salomé. Y yo, una chica soltera de veintiséis años, ansiosa por mantener una relación seria con un hombre que fuera capaz de hacerme feliz, y que compartiera mis aficiones y mis gustos. Además, pertenecía al mismo gremio que yo, con lo que podríamos colaborar juntos en distintos proyectos.

Todo parecía perfecto, pero había un pequeño problema, y es que yo no sentía nada por él.

—¿Qué le contaste?— quise saber.

—Le dije la verdad; que no conocía cuales eran tus sentimientos hacia él, y que lo mejor sería que se tomara las cosas con tranquilidad.

—No deberías haberle dado esperanzas— dije mientras notaba como mis piernas comenzaba a moverse nerviosamente.

Salomé se levantó de la silla de un golpe y me enfocó con sus ojos directamente a los míos.

—Mira Raquel, está claro que ese hombre te importa, si no, no estarías tan interesada en lo que él opine. Además, él te conviene.

—Anda, mira tú quién habla, la experta en relaciones sentimentales— dije con cierta voz de ironía.

—Bueno, una cosa no quita la otra. El que yo no haya tenido suerte en el amor, no quiere decir que no vea claro lo que otras parejas tienen.

—No sé Salomé. Yo no lo veo tan claro.

No acababa de entender cómo Salomé se había prestado a ejercer de celestina, pues su actitud hacia los hombres era más bien indiferente. En cualquier caso me hizo recapacitar por un instante, y llegué a la conclusión de que quizás debería darle una oportunidad a Rodrigo. Creí que sería oportuno estar atenta ante cualquier señal de acercamiento que tuviera hacia mí; aunque por mi parte, no había ninguna intención de forzar nada.

Viernes, 20 de Diciembre

— ¿Qué te vas a poner esta noche?— me preguntó Cristina dando saltitos de emoción.

—No sé, aún no lo he decidido.

—Yo pienso llevar un vestido con un escote de infarto— interrumpió Salomé.— Así más de uno se quedará con las ganas de ver lo que hay debajo.

Cristina y yo nos quedamos mirando a Salomé boquiabiertas.

—No me miréis así. A mí también me gusta llamar la atención.

Tras un segundo de silencio, las tres rompimos a reír a carcajadas. Casi se me saltaron las lágrimas cuando Salomé se puso en pié y empezó a caminar cómo si de una pija cursi se tratara, contoneando las caderas de forma llamativa y poniendo cara de besugo. No tenía remedio, cada vez que se hablaba de algún tema relacionado con el papel de la mujer, ella siempre sacaba su lado feminista.

No quería admitir que la fiesta de fin de trimestre me ponía nerviosa. Desde el día que hablé con Salomé sobre Rodrigo, no había cruzado palabra con él, salvo para resolver algún tema de trabajo. Era como si ambos hiciéramos todo lo posible por no coincidir a solas en el departamento. Pero finalmente, y después de dos semanas, llegó el día de la celebración, y sabía que todos, tanto alumnos como profesores, asistirían al evento. Podía hacerme una leve idea de cómo acabaría la fiesta, con más de la mitad de los asistentes medio bebidos, y dejándose llevar por la falsa autoestima del alcohol.

—Bueno, yo me voy a clase— dije cuando sonó el timbre.— Cris, ¿te recojo en tu casa a las nueve?

—Vale, estaré lista.

Dejé a mis compañeras en el departamento y salí al pasillo. Allí encontré a los alumnos exaltados y ansiosos por ser el último día de clase. Las chicas hablaban de los modelitos que llevarían aquel día, y planeaban citas esa tarde para hacer las últimas compras antes de la gran noche. Los chicos, sin embargo, se regocijaban sobre lo ciegos que se iban a poner en la discoteca.

Irónicamente, todos estaban felices, incluso aquellos que habían suspendido el trimestre. Ví a Scandar esperándome frente a la puerta del aula de segundo. Estaba tan guapo como siempre, pero aquel día tenía un brillo especial en los ojos.

—Vaya, te veo feliz— le dije.

—Sí, es que ya me han dado las notas.

—¡Uf! A ver, suelta— esperaba buenos resultados después de todo lo que habíamos trabajado.

—He aprobado todo excepto lengua— dijo mostrando una amplia sonrisa.

—¡Estupendo! Enhorabuena, sabía que lo conseguirías— me alegró saber que sólo le había quedado una asignatura, que le di un abrazo sin pensar en que estábamos siendo observados por el resto de los alumnos.

—Gracias, no lo habría conseguido sin tu ayuda.

—Eso no es cierto. Tú tienes un gran potencial, ya verás cómo el próximo trimestre apruebas también la lengua.

Esta vez fue él quien me abrazó. Fue un gesto sincero, cariñoso.

—¡Uuuuuhhhh!— se empezó a escuchar entre los alumnos al ver que nuestro abrazo duraba más de lo normal.

Al escucharlos, reaccioné rápidamente y me separé de él.

—¡Venga, meteos en clase!— les reprendí.— Tú también deberías ir a la tuya, ¿no querrás que el profesor te ponga una falta?

—Claro— me contestó.— ¿Irás a la fiesta esta noche?

—Por supuesto.

—Te veré allí entonces— dijo mientras se alejaba.

Le vi marcharse alegre por el pasillo imaginando lo divertido que podría ser estar en la misma fiesta que él. Quería comprobar cómo sería su actitud fuera de las aulas, estando rodeado de sus amigos. De alguna manera supuse que no se comportaría con la misma cordialidad con la que me había tratado en las últimas semanas, pero creí interesante observarlo en un ambiente menos serio.

A las nueve menos cinco Cristina estaba de pie, esperándome en la puerta de su casa. Estaba más guapa que nunca: llevaba un vestido largo de color negro, un diseño sencillo y sobrio que le sentaba como un guante. Iba ajustado a la cintura con un fajín de raso y la falda le hacía un ligero vuelo. No estaba acostumbrada a ver a Cristina tan arreglada, y descubrirla tan elegante me impresionó. Me hizo pensar que tendría que haber cuidado más mi aspecto para aquella noche, al contrario que ella, decidí ir más casual a la fiesta: unos pantalones de pitillo y una blusa blanca, acompañados de una chaqueta color pardo.

—¡Madre mía! Estas guapísima— le dije a través de la ventanilla del coche.

—Gracias, pero ¿no crees que me he pasado un poco?

—¡Qué va! Seguro que esta noche triunfas— contesté guiñándole un ojo.

Subió al coche y una vez dentro no pude evitar fijarme también en sus pies. Llevaba unos tacones de infarto en piel de serpiente rosa.

—Cris, esos zapatos son increíbles. Sin duda hoy estás deslumbrante— se aplicó una capa de brillo de labios mirándose en el espejo retrovisor—. ¿Decidida a impresionar a alguien en particular?

—No. Sólo quería estar guapa para mí, nada más.

La mirada que me lanzó dejaba claro que no se lo creía.

En pocos minutos llegamos a la sala de fiestas. Fuimos de las primeras en aparecer, tan sólo habían unos cuantos alumnos y tres profesores más.

Poco a poco el local se fue llenando. Salomé y Rodrigo no tardaron en hacer su aparición, y

me alegró comprobar que ninguno de ellos venía excesivamente emperifollado, como había hecho Cristina. Por supuesto todos los piropos fueron dirigidos a ella, lo cual me alegró, pues al contrario que mi compañera, yo prefería pasar desapercibida.

Rodrigo estaba también muy guapo. Llevaba un traje de chaqueta, aunque sin corbata, para quitar ese aire de formalidad innecesario para la ocasión. Al verme junto a la barra se acercó para saludar.

—Estás especialmente guapa esta noche— dijo apoyando el codo sobre la barra.

Se le veía contento y además, muy seguro de si mismo.

—Gracias, he cogido lo primero que he pillado del armario— mentí.

Aunque esperaba que la presencia de Rodrigo en la fiesta me pusiera nerviosa, lo cierto es que en aquel instante me sentía tranquila a su lado. Tal vez fuera por el ambiente relajado del momento, pero parecía que todo volvería a la normalidad y podríamos seguir con nuestra extraordinaria relación de amistad.

—Tú también estás muy guapo— señalé agarrándole de la solapa de la chaqueta.

—Me alegra que te guste. No sabía si la ocasión merecía corbata o no.

—Estás perfecto— repliqué sin dejar de sonreír.

—¿Te apetece una copa?— preguntó mirando al bar.

—Claro. Habrá que celebrar el final de trimestre.

La música sonaba y muchos de los alumnos ya se habían lanzado a bailar. Algunos incluso se atrevieron a sacar a la pista a sus profesores para bailar con ellos en grupo. Rodrigo y yo estábamos riendo al ver cómo algunos de los estudiantes hacían el payaso en la pista. Cuando de repente lo vi bajar por las escaleras.

Fue como un puntapié a mis ojos. Estaba radiante, guapo, perfecto. Parecía un modelo de catálogo. Su aire informal lo hacía aún más atractivo, pantalones vaqueros, camisa blanca por fuera y corbata negra estratégicamente mal colocada. Pelo desaliñado, mano izquierda en el bolsillo y con la otra sostenía el casco de su moto. Parecía estar buscando a alguien mientras bajaba las escaleras.

—¿Qué me dices?— interrumpió Rodrigo mi abstracción.

—¿Qué?— pregunté sin poder apartar la vista de las escaleras.

—Que si te apetece bailar.

—¿Bailar? Quizás más tarde— dejé la copa sobre la barra—. Perdona, ahora mismo vuelvo.

Sin pensarlo abandoné a Rodrigo en la barra para acercarme a saludar a Scandar, pero cuando llegué junto a las escaleras, estaba rodeado de un montón de chicas dispuestas a tomarse algo con él. Al ver el revuelo que se había formado a su alrededor, me di media vuelta. No creí oportuno interrumpir su momento de éxito.

—¡Profesora!— le oí gritar desde atrás.

Salió del círculo de chicas a trompicones y se acercó suspirando.

—¡Uf! Creí que no saldría de allí nunca— dijo secándose el sudor de la frente.

—Eso te pasa por venir tan guapo a la fiesta— bromeé.

—Tú tampoco estás nada mal— señaló con la mirada el botón de la camisa que se me había desabrochado en algún momento de la noche.

Sus ojos sobre mi escote me produjeron tal sofoco, que mis dedos no acertaban a volver a abotonar la camisa. Él, sin embargo, seguía sin borrar esa sonrisa picarona de su cara mientras yo

sentía mis mejillas enrojecer.

—¡Ejem! En fin, voy a buscar a mi compañera que hace tiempo que no la veo— mentí presa de la incomodidad.

—Claro profesora.

—Eh, bueno, pásalo bien, ya nos veremos por aquí— sin más dilaciones me alejé de él en busca de Salomé.

Crucé el escenario tan rápido como pude, y encontré a mi compañera junto a la barra. Preferí observar desde allí el panorama el resto de la noche, ya que por un momento sentí que a mi cerebro no le llegaban las ideas con claridad.

Una hora más tarde, muchos de los alumnos y algún que otro profesor, comenzaron a desvariar. A pesar de estar prohibido para los menores de dieciocho años, algunos habían bebido más de la cuenta y andaban haciendo el gamberro en mitad de la pista de baile. Otros, sin embargo, se postraban en los sofás que había en un lateral de la discoteca, y algunas chicas, por el contrario, se subían a las plataformas destinadas a gogos intentando imitar, a muy duras penas, los sensuales bailes de estas.

Llevaba un buen rato sin ver a Cristina, y eso que no era fácil perderla de vista por su distinguido vestido. Me acerqué a la zona de los sofás por si había decidido sentarse a descansar sus pies entalonados, pero sólo encontré a un par de chicos dormitando uno apoyado sobre el hombro del otro; otras tres chicas hablando entusiasmadas sobre uno de los profesores, y una pareja de adolescentes besuqueándose en el rincón.

¿Una pareja?

Volví la cabeza de nuevo para confirmar lo que mis ojos creían haber visto. Los froté con empeño para no equivocarme, ya que estaba oscuro y no se distinguían bien las caras.

Sentí un puñetazo en el estómago, el pulso se aceleró descontroladamente y mi mente se paralizó cuando vislumbré a Scandar besándose con una chica.

Ella estaba sentada sobre sus rodillas y lo besaba con tal intensidad que parecía que se lo iba a comer, y él tenía sus manos apoyadas sobre las piernas de la chica.

Las ordenes que mi cerebro enviaban a mis extremidades no respondían: “vete, vete” me decía una y otra vez. Pero mis piernas seguían sin contestar. “Vamos Raquel, te van a pillar mirando descaradamente”.

De repente una música espantosamente estridente me pellizcó el cerebro haciéndome reaccionar. Antes de que pudieran verme, di la vuelta y eché a andar hacia el centro de la pista de baile. Una vez allí, giré la cabeza para comprobar que me había alejado lo suficiente, y fue allí cuando descubrí la identidad de ella.

Ella. No podía ser otra, más que ella. ¿Por qué? De todas las chicas guapas que había en la discoteca tenía que ser ella. Ella, la que menos le convenía. Ella, la chica más problemática de todo el instituto. Rebeca había conseguido ligarse al chico más deseado de todo el centro.

La rabia se apoderó de mí. Me sentía engañada, traicionada. Scandar no sabía nada del encontronazo que habíamos tenido Rebeca y yo meses antes. ¿O sí?

Entonces alguien me rozó el hombro interrumpiendo mis pensamientos. Al girarme, vi a Rodrigo con un par de copas en las manos.

—¿Te apetece?— preguntó levantándolas.

—No— dije tajante—. Tenemos un baile pendiente.

Le agarré del brazo firmemente y lo arrastré hacia un lado de la pista. Comencé a bailar como una posesa y agarré una de las copas que llevaba en la mano. No tardé ni un minuto en bebérmela por completo mientras Rodrigo me observaba desconcertado, intentando seguir mis movimientos.

Los alumnos alrededor nuestro comenzaron a formar un círculo para vernos bailar. O mejor dicho, para verme bailar a mí, que parecía una loca desvariada. Debía parecer realmente ridícula intentando insinuarme a Rodrigo con mis atrevidos movimientos, pero nada me importaba. Él estaba allí y yo sabía que le gustaba.

Minutos más tarde empezó a sonar una balada y todo el mundo se calmó. Me vi envuelta de un montón de gente bailando en pareja y Rodrigo esperando a que dijera algo.

—Tengo que marcharme— fue lo único que alcancé a decir.

—¿Quieres que te acompañe?— se ofreció.

Debía estar muy mal. La cabeza me daba vueltas y el corazón me latía acelerado de bailar tan impetuosamente. Fue uno de esos momentos en los que deseé que la tierra me tragara, cuando me di cuenta de lo infantil de mi comportamiento. Quería desaparecer, me daba vergüenza que Rodrigo me viera así.

—No, no te preocupes. Cogeré un taxi— de nuevo otra mentira.

No le di opción a insistir, ya que me marché de allí rápidamente. Salí al frío de la noche pensando «Otra vez lo he hecho. De nuevo de dejado a Rodrigo con la palabra en la boca». Pero es que me sentía tan frustrada, no podía entender por qué me había sentado tan mal ver a Scandar besándose con Rebeca, al fin y al cabo, eran dos adolescentes en edad de ligotear.

Y yo, ¿no se suponía que era una mujer madura, con un cargo responsable en mi trabajo, comprensiva con mis compañeros y entendida en asuntos del corazón? Bueno, esto último habría que analizarlo, ya que no era precisamente una experta en parejas estables.

En cualquier caso me había comportado como una chiquilla.

—¿Te marchas sin despedirte?— una voz en la oscuridad interrumpió mis pensamientos haciendo que me sobresaltara.

Al darme la vuelta, vi su figura apoyada bajo la tenue luz de una farola. Estaba fumándose un cigarrillo.

—Sí, ya he tenido suficiente— desvié la mirada abochornada por mi ridículo comportamiento sobre la pista.

—¿Por qué lo haces?— preguntó Scandar serio.

—¿Por qué hago el qué?

—Huir.

Me quedé petrificada. ¿Acaso él se había dado cuenta de que su presencia me ponía nerviosa? ¿Realmente sentía algo por él? Cierto es que su perfume me embriagaba, su voz me estremecía y su presencia me inquietaba. Y él parecía estar tan tranquilo, tan seguro de sí mismo, que sus palabras sonaban sensualmente convincentes.

—No sé— contesté al fin.— No es fácil...

—Vamos, sólo tienes que dejarte llevar— fue acercándose lentamente hacia mí.— Eres una mujer maravillosa, y es normal que un hombre se fije en ti.

Casi se me sale el corazón por la boca cuando me cogió de la mano.

—Rodrigo es un buen hombre, y creo que deberías intentarlo con él— concluyó.

—¿Qué?— mi pulso dejó de latir.

—Vamos, te he visto bailar con él, y, por la forma que tiene de mirarte, es más que evidente que él te considera como algo más que una compañera de trabajo.

Sacudí la cabeza de un lado a otro intentando aclararme. Me llevó unos segundos volver a estar en condiciones de contestar.

—¡Qué sabrás tú!— le solté la mano bruscamente, y me dirigí a trompicones al coche indignada.

—Venga profesora, no te pongas así, sólo quería ayudar— dijo siguiendo mis pasos.

—Déjame en paz Scandar. Vuelve a la fiesta con Rebeca, que es donde tienes que estar— entré en el coche y cerré de un portazo.

—¡Profesora!— me llamó desconcertado a través de la ventanilla.

No quería escuchar su voz. Arranqué antes de que se percatara de las lágrimas que corrían por mis ojos.

Y allí se quedó de pie, visiblemente perplejo y confundido por mi actitud.

Y yo, enfurecida, avergonzada, traicionada, apenada... sola.

Martes, 7 de Enero

DÍA de verano, sol, playa, calor. Estaba sentada bajo la sombra de un chiringuito viendo a los niños jugar con la arena y escuchando las olas romper en la orilla. Sentía calor, aunque de vez en cuando corría una suave brisa con olor a mar. Scandar estaba sentado junto a mí, en bañador, dejando ver su atlético y bronceado torso.

—Esto es una locura— le decía.

—Sí. Y yo estoy loco por ti— respondía mirándome directamente a los ojos.

—¿Qué dirán los demás?— continué.

—No me importa lo que piense la gente. Yo te quiero a ti.

Y entonces acercó su rostro al mío para besarme. Fue un beso suave, tierno. Sus jóvenes y carnosos labios rozaban los míos con tal sutileza, que me hacía querer beber de ellos más y más. Era como una droga imposible de renunciar. La piel se me erizaba y el estómago se me encogía. Mi cabeza decía “para”, y mi cuerpo respondía “sigue”.

Me desperté sobresaltada, jadeante y acalorada por el sofocón que me había producido el sueño. No era la primera vez que soñaba con Scandar durante las vacaciones de Navidad, pero en ninguno de esos sueños me había llegado a besar. La escena de la última noche que hablé con él, se me había quedado grabada en la mente, y me sentía frustrada por no poder olvidar el malentendido.

Aún no había amanecido, aunque no faltaba mucho para que sonara el despertador, así que decidí levantarme y darme una buena ducha para enfriar mis pensamientos.

Los días de vacaciones habían transcurrido como otros años: reuniones y comidas en familia, celebraciones en los días festivos, salidas hasta las tantas de la noche. Mi madre, para no perder la costumbre, aprovechaba aquellas reuniones para sonsacarme información sobre mi vida privada.

—¿No tienes con quien celebrar la Noche Vieja?— me preguntó una tarde antes de fin de año.

—Claro que sí. Lo haré con vosotros, como siempre— contesté con cierto sarcasmo.

—Vamos hija, ya sabes a lo que me refiero.

—¡Ay mamá!— estaba cansada de tener que decir siempre “no”.— No, no tengo con quien celebrar la Noche Vieja.

—¿Qué me dices de ese compañero tuyo del instituto?

—De momento ese asunto está en *stand by*— repliqué.

—¿No se te ha declarado aún?

—¡Mamá! Esas cosas ya no se llevan. “Declararse”, que anticuado suena— dije burlona.

—Bueno hija, así es cómo lo hizo tu padre. Él se me declaró una noche mientras dábamos un paseo por la plaza de la ciudad. Me pidió que me sentara en un banco y allí mismo, en mitad de la calle, se arrodilló para declararse— su mirada se dirigió a la ventana recordando aquellos momentos.

—Seguro que fue muy bonito mamá. Ojala las cosas fueran tan fáciles ahora, pero todo se complica según pasa el tiempo.

—Tú no te preocupes, que todo llegará— dijo para tranquilizarme.

Mi hermano, por otro lado, aprovechó aquellos días para disuadir a mi padre de que le comprara un coche nuevo. Siempre se quejaba de lo viejo y destartado que estaba el suyo, y en una de las reuniones en que mi padre había bebido más de la cuenta, David, muy inteligentemente, utilizó sus convincentes armas de persuasión para que mi padre acabara diciéndole que le pagaría la mitad de lo que costara un coche nuevo. Aunque no era lo que mi hermano esperaba, tuvo que conformarse con la oferta, que a mi parecer, era muy generosa.

Aunque David trabajaba en sus horas libres en una tienda de deportes y su sueldo era bastante decente, gastaba la mayor parte del dinero en renovar su material deportivo. Siempre quería llevar lo último en equipos de windsurf y snowboard, estaba obsesionado con el deporte.

Los fines de semana aprovechaba para coger su viejo coche y poner rumbo a la playa, donde algunos de sus colegas lo esperaban para meterse en el agua. Las estaciones de invierno las dedicaba también a la nieve, por eso necesitaba un coche más amplio; para trasladar las tablas.

Aquel día mamá advertía con la mirada a papá de que no le pusiera las cosas tan fáciles a David, pero él estaba tan feliz con la reunión familiar, que hizo caso omiso a lo que mi madre le insinuaba. Se sintió generoso y sin pensarlo demasiado, le tendió un cheque con la mitad de lo que costaba el nuevo coche.

Aparte de aquello, nada más interesante sucedió en todo el tiempo que duraron las vacaciones de Navidad.

Los días pasaron rápido, y una mañana más, me preparaba para ir al instituto. Me preocupaba lo que Rodrigo pudiera pensar sobre mi actitud la última noche que nos vimos; siempre había sido amable conmigo, y yo no hacía más que darle calabazas. Tendría que poner mis sentimientos en orden si no quería acabar mal con todo el mundo.

Por otro lado, la idea de volver a ver a Scandar me inquietaba, por lo que tomé la decisión de que lo primero que haría al llegar al instituto sería hablar con él. Le diría que estaba muy ocupada para seguir con las clases particulares, de ese modo no tendría que pasar tanto tiempo a solas con él. En segundo lugar, hablaría con Rodrigo para quedar alguna noche los dos solos, y ver si por fin surgía algo entre nosotros.

Llegué al centro muy decidida a seguir con mi propósito, y entré con paso firme intentando disimular mi nerviosismo. Los alumnos por el contrario, caminaban desganados hacia sus respectivas aulas, tras lo que ellos consideraban unas cortas vacaciones. Entonces vi algo en la puerta del aula que echó por tierra todo mi plan. Rebeca estaba en un estado muy cariñoso y achuchándose con un chico de su misma clase.

«Esta chica nunca dejará de sorprenderme» pensé desconcertada. ¿Qué se suponía que debía entender en ese momento?, ¿acaso ya no estaba con Scandar?, o, si lo estaba, ¿sabría él de su

conducta provocativa con otros chicos?

Sólo quedaba clara una cosa: Rebeca no era mujer de un solo hombre. La única duda era que Scandar estuviera al corriente de ello, y no le importara, pero entonces, arrastraría por tierra el buen concepto que tenía de él.

De repente sonó el timbre, y todos los alumnos corrieron hacia sus aulas. Salí de mi estado de shock y decidí no pensar más en lo que había visto hasta que encontrara a Scandar y hablara con él. Otra vez me olvidé por completo de Rodrigo para centrarme en mi nuevo objetivo, averiguar si Scandar y Rebeca seguían juntos.

La mañana pasó rápida. Aparte de saludar a mis compañeros de departamento tras las vacaciones, no tuve tiempo más que de impartir clases con mis grupos.

Intenté localizar a Scandar durante la hora de recreo, pero no lo divisé por ningún lado. «Qué raro» pensé. «Tal vez no haya venido hoy» Tendría que pasarme por su aula en un cambio de clase para confirmar si había venido, pero la idea no me convencía del todo, puesto que no quería mostrarme ansiosa por verle. Lo mejor sería esperar a cruzarme con él.

Al finalizar la jornada, salí del centro con intención de subir al coche, y en ese momento su voz sonó detrás de mí.

—Hola profesora.

Me di la vuelta y allí estaba, de pie, sujetando la mochila sobre un solo hombro. Su aspecto me resultó dolorosamente perfecto, como siempre, pero esta vez, algo no cuadraba en su rostro; la mirada parecía perdida, triste. Nunca antes lo había visto así, y, aunque yo estaba trastornada por dentro, no me gustó verlo en ese estado.

—Hola Scandar, ¿cómo estás?— ciertamente me preocupaba.

—Bien. Te he estado buscando toda la mañana— dijo con la cabeza agachada.

«Yo también» quería confesarle.

—¿Ocurre algo?— quise saber.

—No. Bueno, sólo quería quedar contigo para continuar con las clases particulares.

Ya había tomado una decisión al respecto, y la mejor idea era no echarme para atrás. Aunque sentía una gran curiosidad por saber qué le ocurría a Scandar, no debía retroceder en mi decisión. Pasar tanto tiempo con él no haría más que empeorar mi estado. Además, sospeché que su actitud depresiva estaba relacionada con Rebeca, y me negaba a ejercer de pañuelo por ella.

—Lo siento, pero esta semana estoy muy ocupada— ya buscaría otra excusa para las semanas siguientes—. Si no te importa, hablaremos otro día.

Seguía con la cabeza agachada. No pude evitar que se me hiciera un nudo en la garganta.

—Está bien profesora. Ya hablaremos— dijo con voz estrangulada.

Se dio media vuelta y avanzó con paso lento hacia su moto. Era evidente que no le había gustado mi respuesta, porque arrancó la moto con violencia y la hizo acelerar de manera temerosa entre la multitud. Antes de marcharse, una imagen me taladró el cerebro. Mientras se había colocando el casco, me pareció ver cierta humedad brotar de sus ojos negros.

Al reaccionar, me deslicé al interior del coche y cerré la puerta. Un sollozo escapó de mi pecho, y sentí que el corazón se me hizo un puño al verlo marchar en aquel estado.

Sábado, 11 de Enero

FIN de semana. Frío, viento, lluvia. Ni se me pasó por la cabeza hacer planes con un tiempo tan deprimente. Sólo me apetecía pasar el día en pijama, tirada en el sofá, leyendo un buen libro o viendo la televisión. Tampoco tenía ganas de cocinar, y tiré de lo primero que encontré en el frigorífico; un sándwich de atún y una lata de mejillones. Además, no había sobrellevado la semana demasiado bien después de ver a Scandar tan afligido, ni siquiera había intentado volver a hablar con él. Por un lado sentía que había tomado la decisión correcta, estar con aquel chico me afectaba demasiado, y aunque le echaba de menos, no podía dejar que influyera tanto en mi estado de ánimo.

Eran más de las diez de la noche. Estaba tumbada en el sofá, viendo una película de los años sesenta y con un cuenco de palomitas apoyado sobre las piernas. Estaba tan embelesada con la escena, que me sobresalté cuando de repente, sonó el timbre. Algunas palomitas se desperdigaron por el suelo como si de copos de nieve se trataran.

No esperaba a nadie aquella noche, por lo que me planteé ignorar la llamada. Pero entonces comenzaron a golpear la puerta insistentemente, y tuve que levantarme del sofá de mala gana para comprobar quién era el pesado que osaba molestarme a esas horas de la noche.

Me figuré que algún vecino desesperado aparecería al otro lado de la puerta pidiendo un poco de sal, o tal vez se tratara de alguna amiga con ganas de dar una vuelta. Pero cuál fue mi sorpresa al ver la desgarrada figura de Scandar de pie bajo el marco de la entrada. Su semblante estaba destrozado, respiraba con ansiedad y en sus ojos sólo se reflejaba angustia.

Me percaté de que no estaba solo, agarraba con fuerza la mano de su hermano Ángel, el cual parecía estar a punto de caer dormido.

—¿Podemos pasar?— dijo con voz resquebrajada, intentando que el pequeño no se percatara de su aflicción.

—¿Cómo?— aún no había salido de mi asombro—. Sí, claro que podéis entrar.

Sus ojos no se apartaron ni un instante de los míos mientras ambos se adentraban en el salón. Intentaba decirme algo con la mirada, pero no lograba acertar el qué. Presentí que algo iba mal, no obstante, lo único que parecía preocuparle en ese momento, era que su hermanito no se percatara de nada.

—Mira Angelito, esta es Raquel— se arrodilló para hablarle—, ¿recuerdas que estuvo en casa comiendo con nosotros?

El niño estaba tan cansado, que sólo acertaba a asentir con la cabeza.

—Pues esta noche vamos a quedarnos aquí. Ya verás que bien lo pasamos— intentaba persuadir al pequeño con una sonrisa forzada.

—¡Claro que sí!— imité su conducta—. Ven conmigo, te voy a enseñar una cama tan grande como un castillo.

Cogí al niño de la mano y lo conduje a mi habitación. Fue sencillo convencerlo para que viniera conmigo, estaba tan soñoliento, que habría aceptado cualquier propuesta. Le senté sobre la cama para quitarle los zapatos. Medio dormido se dejó sacar el abrigo, y él solito se tumbó bajo el edredón cerrando los ojos a los pocos segundos. La escena me pareció tan conmovedora, que sentí la necesidad de darle un beso de buenas noches.

Siempre había oído que los niños pequeños tenían un olor especial, un aroma suave e inocente, propio de la infancia. Al acercar mi rostro al de Angelito, percibí esa nota que me hizo recordar la fragancia de talco que mi madre utilizaba conmigo cuando era una niña.

Salí del dormitorio intentando no hacer ruido, y cerré la puerta despacio para no despertar al niño con nuestra conversación. Scandar tendría que darme alguna explicación sobre lo que estaba ocurriendo. No era normal que se presentara en mi casa un sábado por la noche, con su hermano pequeño de la mano, y con la cara desencajada.

Me acerqué al salón y lo vi sentado en el sofá esperando paciente.

—Gracias por cuidar de mi hermano— dijo cabizbajo.

—No tienes por qué agradecérmelo. El niño es un encanto, no ha tardado ni dos segundos en caer rendido.

Me senté junto a él aguardando a que se sintiera con fuerzas para seguir hablando.

—No sabía a quién acudir. No tengo más familiares en la ciudad, y mis amigos están de fiesta.

«¿Y qué hay de Rebeca?» pensé para mis adentros.

—Además, Angelito ya te conoce, y seguro que se siente más cómodo contigo— continuó.

—Está bien. No tienes por qué darme explicaciones, puedes acudir a mí siempre que lo necesites— dudé un instante—. Pero tendrás que contarme qué está pasando.

—¡Esto es un desastre!— dijo echándose las manos a la cara.

La impaciencia por saber lo que había sucedido me corroía, pero seguí esperando con paciencia.

—Mi madre está ciega. No es capaz de poner fin a esta puta situación y me va a volver loco— gruñó desesperado—. Ese cabrón nos está amargando la vida a todos.

Así que se trataba de eso. Ya me había imaginado que algo así sucedería tarde o temprano. Sólo necesité una tarde para darme cuenta de que el padrastro de Scandar era un auténtico cretino. La forma de tratar a su mujer y la manera descarada de dirigirse a mí no hizo más que evidenciar que la convivencia junto a él no sería fácil.

—¿Sabes que te has ido con el pequeño?— lo último que deseaba era ser cómplice de la desaparición del pequeño.

—Sí, no te preocupes. Mi madre me pidió que lo sacara de allí. No quería que Ángel presenciara la discusión.

—¿Qué ha ocurrido exactamente?— necesitaba más detalles.

Miró al techo y tomó aire con una profunda inhalación.

—Todo ha comenzado con lo mismo de todas las noches. Mi madre estaba preparando la cena

para los cuatro, cuando Jacobo entró en la cocina para hincarle el diente uno de los platos que había sobre la mesa. Empezó a decir que la comida era una mierda, y que después de tantos años, iba siendo hora de que mi madre aprendiera a cocinar.

No me sorprendió que ese comentario viniera de un hombre tan maleducado. Al menos, esa fue la sensación que me dio.

—No es la primera vez que lo hace— continuó—, pero esta vez se me ha tocado los cojones y he saltado sin pensarlo.

—¿Qué has hecho?— pregunté temiéndome lo peor.

—Me he enfrentado a él. Le he dicho que era un jodido cabrón, y que dejara de tratar a mi madre como a una mierda— hizo una breve pausa, su mandíbula comenzaba a tensarse—. Estoy harto de que no aprecie lo que mi madre hace por él, siempre la trata como a una basura.

—¿Qué ha dicho él cuando te has encarado?— fruncí el ceño no queriendo imaginar la respuesta.

—Nada— soltó un bufido—. Me ha visto tan cabreado, que no ha podido ni articular palabra. El muy jodido se ha ido al salón y se ha puesto a ver la televisión como si nada.

No me extrañó. Aunque Jacobo era un tipo grande, Scandar le sacaba un palmo en altura, y además, él era más joven y vigoroso que su padrastro. La energía y la potencia de un adolescente enfurecido no se podían comparar con la fuerza de un hombre entrado en edad.

—Si mi madre no se llega a interponer, no sé lo que le habría hecho a ese desgraciado— apretó su puño contra la otra mano—. Ella ha sido la que me ha pedido que cogiera a mi hermano y lo sacara de casa. Sabía que iban a seguir discutiendo y no he preferido no volver, porque seguro que acabo partiéndole la cara a ese imbécil.

—Bueno, no te preocupes. Aquí estaréis bien tú y tu hermano— le agarré las manos para que intentara calmarse.

—Ese hombre no ha hecho más que empeorar las cosas desde que llegó.

—¿Por qué se casó tu madre con él?— quise saber.

—Mi madre sabía que yo echaba muchísimo de menos a mi padre— me explicó—. Un día conoció a Jacobo y pensó que sería un buen sustituto. Al principio era un tipo amable y cariñoso con ella, pero en pocos años salió su lado oscuro.

—¿Y por qué ha seguido con él después?

—Porque ya estaba embarazada de mi hermano. Yo ya había perdido a un padre, y no quería que Ángel creciera también sin el suyo.

—¿Por eso aguanta tu madre a ese bruto?

Asintió tristemente con la cabeza.

Todo empezaba a cuadrar. Eva se estaba sacrificando por su hijo pequeño, y Scandar intentaba no entrometerse entre ellos para no calentar más el ambiente y perjudicar a su hermanito. Era una situación realmente angustiada; me imaginaba a Scandar soportando las insolencias de ese hombre hacia su madre, y ella a la vez tolerándolas para no deteriorar la relación del padre con su hijo pequeño.

—Llevo más de dos años viendo a mi madre sufrir por ese cretino, y estoy harto de callarme la boca— un suspiro salió de su garganta.

Se tapó la cara con las manos para que no le viera, fui consciente de que estaba reteniendo su rabia contenida.

Agarré sus manos y las aparté suavemente para que no tuviera ningún reparo en mostrar sus sentimientos. Vi sus ojos envueltos en lágrimas, unas lágrimas que jamás pensé que saldrían de un chico tan duro e impetuoso como él. Se me hizo un nudo en la garganta al verlo tan vulnerable en aquel momento, no pude más que acariciar su rostro y secarle las lágrimas que caían por sus mejillas. Entonces me miró directamente a los ojos, se acercó lentamente hacia un lado de mi rostro y me besó junto a la oreja.

—Gracias— susurró lloroso.

No pude contestarle, antes de hacerlo ya me había besado también en la mejilla, y después en el mentón, y poco a poco fue acercándose a mis labios, suave, delicado, dulce...

Por un eterno segundo dejé de sentir el suelo sobre mis pies. Estaba flotando, sintiendo sus jóvenes labios sobre los míos. No podía ver ni sentir nada que no fuera él.

Fue un momento de confusión; un alumno del instituto estaba besándome, en mi casa, sobre mi sofá. No estaba bien. No estaba bien pero... yo me sentía tan bien. Entonces aparté mis labios de los suyos, y rápidamente me incorporé del sofá sin atreverme a mirarle a la cara.

—Lo siento— se disculpó cogiéndome de la mano para que no me marchara—. No pretendía hacerlo, ha sido el momento...

—Me voy a dormir. Te he dejado una manta, podrás acostarte en el sofá sin problemas— dije dándole la espalda.

Temía que si volvía a mirarle no me marcharía del salón, y no podía permitirme semejante debilidad. Yo era una profesora, y él, un alumno. Un alumno especial, pero seguía siendo un alumno.

Me dirigí con las piernas temblorosas a mi habitación, dejando a Scandar en el salón. Me tumbé junto al pequeño Ángel que dormía apaciblemente, sin problemas, sin ataduras.

¿Por qué no podía ser mi vida tan fácil como la de un niño? Ciertamente es que Scandar despertaba en mí algo que jamás antes había sentido, tenía una aureola especial que me embrujaba, su personalidad, su físico, todo ello me seducía. Y después de ese beso... ese beso me había hechizado. Fue un beso como uno de esos besos que nunca se olvida.

Pero era imposible, esa relación era totalmente inviable. Sería un escándalo que la gente se enterara de que yo, una profesora de matemáticas, tenía un idilio con un estudiante de segundo de Bachiller. Podría incluso ser expulsada del centro, y eso sí que sería un disgusto, tanto para mí como para mi familia.

Tenía que creer que lo que había sucedido esa noche, no había sido más que fruto de la circunstancia. El muchacho estaba resentido por los problemas familiares, y se había desahogado conmigo. Tendría que dejar de darle importancia y seguir con mi vida, como lo estaba haciendo hasta entonces. Cerré los ojos y me propuse no pensar en nada más hasta la mañana siguiente.

Por supuesto, me resultó imposible.

Domingo, 12 de Enero

A la mañana siguiente me despertó el ruido del niño jugando en el salón de casa. Tardé un par de segundos en ordenar las ideas dentro de mi mente, ni siquiera estaba segura de a qué hora había conseguido dormirme, tras pasar la noche en vela recordando una y otra vez el beso de Scandar. Aún podía sentir el calor de sus labios sobre los míos. Me estremecí al darme cuenta de que aún seguiría en casa. Metí la cabeza bajo la almohada deseando de todo corazón que la tierra me tragara antes de tener que enfrentarme de nuevo a su mirada. ¿Qué le diría? ¿Cómo reaccionaría él? Mentalmente ensayaba las palabras que pronunciaría cuando me cruzara con él a la vez que me levantaba de la cama.

«Vamos Raquel, seguro que está tan avergonzado como tú. Demuéstrale que eres una mujer madura y que el hecho de besarte no te ha afectado» intentaba convencerme a mí misma.

Agarré una rebeca y me la coloqué por encima, sentía cierto escalofrío mientras me arrastraba hacia el salón. Allí encontré al pequeño Ángel jugando con un cochecito que le había traído su hermano la noche anterior, estaba tan distraído con el juguete que ni siquiera se percató de mi presencia.

De la cocina venía un suave olor a café recién hecho. Me recordó a la época en la que estudiaba en la facultad, y mi madre preparaba el desayuno por las mañanas para que fuera con energía a las clases. Nadie desde entonces me había preparado café.

Entré en la cocina y allí estaba él, con un mandil alrededor de la cintura, y peleándose con la tostadora a la par que vigilaba el café. Parecía tranquilo, sosegado, como si no hubiera pasado nada.

—¡Buenos días profesora!

Su tono despreocupado me confundió. Se suponía que debía estar nervioso, incómodo, sofocado como yo, pero su actitud no transmitía nada de eso. Se movía de un lado a otro por la cocina como si de su propia casa se tratara. Había preparado sobre la mesa un desayuno completo: tostadas, fruta, café y zumo de naranja. Estaba realmente impresionada, además de atrevido, se defendía a la perfección en la cocina.

—Buenos días— pronuncié con una voz más débil.

—Te he preparado el desayuno, espero que no te importe— dijo—. Quería recompensarte por habernos dejado pasar la noche en tu casa.

—No te preocupes, no tienes que agradecerme nada. No tenía intención de permitir que el

pequeño durmiera en la calle.

Me regaló una de sus blancas sonrisas tras el comentario. Tenía que pararle los pies como fuera; otra vez lo estaba haciendo, siempre conseguía camelarme.

—Escucha Scandar, yo...

—¿Prefieres las tostadas con mermelada, o sólo mantequilla?— me interrumpió.

—No, bueno, eso da igual... Lo que quería decirte es que... ¡ay! No sé qué es lo que quería decirte— se me trababan las palabras.

—Vamos, deja eso ahora. Siéntate aquí y disfruta de tu desayuno— me ofreció una silla y me acomodé en ella mientras cavilaba en cómo decirle que su beso había sido un error y que esperaba que no se repitiera.

Se sentó frente a mí y se dispuso a echar unas cucharadas de azúcar en el café.

—¿Dos?— me preguntó mientras sostenía la cucharilla en la mano.

—No, sólo una por favor.

Noté que me miraba fijamente mientras añadía la leche caliente al café, entonces me sentí incomoda al imaginar el aspecto desaliñado de recién levantada que tendría, e intenté recogerme el pelo con disimulo.

—Estás muy guapa esta mañana— dijo como si me hubiese leído el pensamiento.

Definitivamente aquel chico desbarajustaba mis intenciones. Era un experto en expresar abiertamente lo que pensaba con absoluta naturalidad y aquella actitud me desorientaba.

—¡Ejem! Sí, claro... veras, lo que quería decirte es que...

—He hablado con mi madre hace un momento— volvió a interrumpirme—. Me ha dicho que Jacobo se ha marchado con unos amigos de caza, así que parece que todo vuelve a la normalidad de momento. Al menos no tendré que verle la cara hoy a ese capullo.

Una tregua. Al menos eran buenas noticias. Quizá la única solución a aquel problema fuera que, tanto Scandar como Jacobo, pasaran el menor tiempo posible en el mismo habitáculo.

—Me alegro— contesté con la boca aún llena. Me tomé unos segundos para tragar la tostada y proseguí—. Tendrás que ser paciente Scandar, hazlo por tu madre y tu hermano. Es ella la que debe decidir lo que quiere hacer con su vida.

—Supongo que tienes razón. Sólo espero que abra los ojos y deje pronto a ese desgraciado— se llevó la taza de café a la boca con cautela comprobando que no abrasara.

—Dale tiempo— puntalicé.

Me cogió la mano y la besó. De nuevo ese silencio incómodo. Entonces cogí aire para decirle lo que intentaba expresar desde hacía un rato.

—Scandar, lo de anoche no puede volver a repetirse— solté al fin—. Eres un alumno y además, eres menor de edad. ¿Sabes en qué lío podría meterme si alguien se enterara de que nos hemos besado?

—Lo sé— respondió—. Anoche estaba confundido y me dejé llevar. No tienes que preocuparte por nada, no volverá a pasar.

Su respuesta me dejó algo más tranquila, noté cómo los músculos de mi cuerpo se destensaban y solté un suspiro de alivio.

—Me alegra oír eso, porque no quisiera que nuestra relación estudiante-profesora se entorpeciera.

—¿Podremos seguir con las clases particulares?— preguntó sorprendido.

—Sí, claro— no pude negarme ante su entusiasmo—. Pero me temo que tendremos que reducir el número de clases por semana. Sólo tengo disponibles los lunes a partir de ahora.

Tenía la firme determinación de evitar estar a solas con él en repetidas ocasiones, así que disminuir los días por semana sería una buena opción. Por otro lado había conseguido que aprobara casi todas las asignaturas el trimestre anterior, y sería una pena no seguir ayudándole para que se graduara a final de curso. Un único día intensivo por semana sería suficiente.

—No sabes cuánto te lo agradezco. Te aseguro que me voy a esforzar todo lo que pueda por sacar el curso adelante.

—Bien.

Se levantó de la silla dejando su desayuno a medias, y se dirigió al salón.

—Vamos Angelito— le oí decir—. Tenemos que marcharnos ya.

Cogió a su hermano en brazos y lo llevó hacia la puerta. El pequeño no dejaba de reírse cuando Scandar le subió en volandas como si fuera un avión. Les acompañé hasta la salida y me despedí del pequeño con un beso.

—Hasta el lunes profesora.

Al cerrar la puerta no pude más que sonreír al recordar la situación en la que me había visto envuelta. Me pareció incluso ridículo pensar en lo intranquila que me había sentido, y sin embargo, él se había comportado con absoluta naturalidad y calma. ¿No se suponía que era yo la madura en toda esta historia? Sólo había sido una chiquillada, y yo me lo había tomado como algo realmente serio. Debería relajarme y no ser tan alarmista.

Aquel día terminé de recoger el desayuno, y a continuación me arreglé para ir a comer con mis padres. Por algún motivo me apetecía verme guapa, así que decidí acicalarme más de lo que solía hacerlo cada domingo.

Lunes, 13 de Enero

— **BIEN** chicos, no olvidéis traer los deberes hechos para mañana— intenté decir a los alumnos nerviosos por salir a toda prisa tras escuchar el último timbrazo de la mañana.

Esperé a que estuvieran todos fuera para cerrar el aula con llave. El griterío y los empujones que se producían en los pasillos eran insostenibles, y prefería esperar y salir más tarde, antes que ser empujada y pisoteada por aquellos insensatos. Por mucho que se les advertía, los más jóvenes sobre todo seguían actuando de forma imprudente en el centro.

Mis compañeros también se marcharon apresuradamente, y me tocó cerrar el departamento con llave hasta el día siguiente. Cuando salí del centro no quedaba prácticamente nadie por los alrededores, por eso me sorprendió ver a Scandar esperándome sentado sobre su moto.

—Hola profesora.

—Hola Scandar, ¿qué tal te fue ayer cuando volviste a casa?— pregunté.

—Bien— respondió—. Jacobo no volvió hasta la hora de la cena, así que tuve mucho tiempo para conversar con mi madre.

No quería ser chismosa, pero me moría de ganas por saber de qué habían hablado.

—Me ha dicho que discutió con él y que le amenazó con separarse si volvía a tratarle de esa manera— se le escapó una sonrisa de satisfacción—. Anoche volvió de caza más suave que un guante.

—Parecen buenas noticias— me alegré mucho de oír aquello—. Sólo espero que no se le olvide.

—Yo también lo espero. Aunque el tío sea una bestia, sé de sobra que no puede vivir sin mi madre. Si es listo, será consciente de que no le conviene pasarse con ella.

Aquel día Scandar se veía especialmente contento, parecía un niño al que acababan de regalarle el mejor de los juguetes. No lo había visto tan feliz desde el día en que le dieron las notas, de lo cual me sentía responsable en cierta manera. Gracias a mi ayuda y a su perseverancia, había conseguido su objetivo. Pero no debía despistarse ahora que estaba mejorando.

—¿Nos vemos esta tarde en casa para comenzar con las clases?— le sugerí mientras sacaba las llaves del coche de mi bolso.

—Por supuesto. No quiero desperdiciar esta buena racha.

—Bien, pues te espero a las seis, como siempre.

—Allí estaré.

Arrancó la moto con el estrepitoso ruido habitual, y tras colocarse el casco, se alejó velozmente por la carretera.

Ese día llegué a casa con un hambre atroz, y no me conformé con un simple sándwich y una ensalada. Aunque me llevó algo de tiempo, preparé un guiso de pollo con mucha salsa, y unas patatas para acompañarlo. Como complemento saqué del frigorífico algo de salmón ahumado y junto con una ensalada de canónigos, aliñé todo con aceite y limón. En lugar de comer sobre una bandeja tirada en el sillón, preparé la mesa como si fuera a tener invitados: un bonito mantel, servilleta a juego, una copa de vino y los cubiertos bien colocados. ¡Qué pena que estuviera sola para disfrutar de aquella comida tan succulenta!

Al final no pude comérmelo todo, había preparado demasiada comida, así que al terminar, guardé el resto en el frigorífico, para disponer de ella al día siguiente.

A eso de las seis llegó Scandar tan puntual como siempre. Me había dado tiempo a hacer la digestión, pero por algún motivo desconocido, volvía a tener hambre a aquella hora. Se sentó en la mesa del comedor donde solíamos preparar las actividades y le ofrecí un café con unos bizcochos para no tener que comer yo sola.

El ambiente era distendido. Fui consciente de que los dos nos sentíamos cómodos al regresar a la rutina diaria, pero algo en nuestro comportamiento había cambiado. Parecíamos dos amigos que habían vuelto a verse tras un largo periodo de tiempo, él no dejaba de hacer chistes, y yo no podía evitar reírme de ellos. Me sentía despreocupada, tranquila, y estaba tan dicharachera como él.

Observando el corpulento cuerpo de Scandar sentado frente a mí, no pude evitar pensar en cómo se sentiría una chica entre sus fuertes brazos, en qué aspecto tendría su torso desnudo, en qué pasaría si me dejara llevar por toda aquella impetuosa energía...

“¡Maldita sea!” pensé alarmada por la dirección que estaban tomando mis pensamientos. Me obligué a centrarme en el trabajo y entonces recordé que mi hermano competía en una regata de windsurf el fin de semana siguiente. Creí que sería buena idea pedirle a Scandar que me acompañase. No pensé en las consecuencias, simplemente me dejé llevar por lo afable del momento; ignoré mi papel como profesora y sin saberlo, me lancé a un pozo sin fondo.

—El sábado iré a una prueba de windsurf que se celebra en la playa— le comenté.

—¿Ah sí?— inquirió relajando su cuerpo y apoyándose sobre el respaldo del asiento.

—Mi hermano es uno de los competidores, no se le da nada mal cabalgar sobre las olas. Tal vez te gustaría probar un deporte al aire libre, es mejor que encerrarse en un gimnasio, mientras respiras el aire tóxico de otros— me tapé la nariz al visualizar en mi mente a un montón de tíos sudando y oliendo mal en un recinto de ochenta metros cuadrados.

Hacer ejercicio era una buena forma de mantenerse en forma, pero además, estaba muy recomendado en estudiantes para salir del sedentarismo y la inactividad, ya que pasaban largas horas en una posición desfavorable para la espalda.

—Está bien, iré— dijo sin pensárselo—. ¿Y cuando dices que es?

—El sábado por la mañana. Podemos quedar allí directamente— me levanté para recoger las tazas de la mesa y las coloqué en el fregadero de la cocina—. Estoy segura de que va a gustarte.

—De acuerdo, pero si me ahogo ¿me harás el boca a boca?— bromeó desde el salón.

Asomé la cabeza por la puerta de la cocina y le eché una mirada sagaz.

—¡Anda ya!— repliqué acercándome a él y dándole un suave manotazo en el hombro—. Tú procura no ahogarte, porque si no, te dejo ahí tirado.

La tarde avanzaba e intentamos centrarnos en las tareas que tenía pendientes. De vez en cuando soltaba algún comentario que me hacía reír, pero enseguida le cortaba diciendo que no se desviara del tema. Cuando se marchó, me alegré de haber pasado una tarde tan distraída y animada con él. Al verme sola de nuevo, me di cuenta de que en realidad no quería que se fuera.

Sábado, 18 de Enero

— ¡Vamos David, tú puedes!— gritaba como una histérica para animar a mi hermano.

Iba el segundo en la competición, y estaba a pocos metros de alcanzar al primero. Aunque era consciente de que no me podía escuchar desde tan lejos, la emoción me embargaba, y mis gritos de ánimo superaban a los de la gente allí reunida viendo el Tercer Campeonato Nacional de Windsurf.

David se había entrenado duro para la prueba, todos los años quedaba entre los diez primeros de la competición, pero ese año se había propuesto con todas sus fuerzas llegar el primero. Scandar estaba sentado junto a mí, en las gradas que habían montado para la ocasión, junto a la orilla de la playa de Campoamor. Nunca antes había asistido a un campeonato de ese estilo, pero estaba tan animado como cualquier otro asistente, él también daba gritos de apoyo a mi hermano para que adelantara al chico que iba en cabeza.

El tiempo nos había dado por fin una tregua después de tantos días de lluvia, y aquella mañana, aunque hacía bastante frío, el sol nos deleitó con sus intensos rayos de sol. Tuvimos que abrigarnos bastante, ya que el viento alcanzaba los veinte nudos — al menos eso escuché decir a los expertos— y yo me protegí la cabeza con una gorra para que el pelo no se me enredara. Aún así sentía tanto frío, que no pude evitar agarrarme del brazo de Scandar para que me diera algo de calor.

—¿Tienes frío?— preguntó.

—Estoy helada— contesté tiritando—. No sé si es por el viento o por los nervios de ver a mi hermano.

—Déjame ver.

Me cogió de las manos y las colocó entre las suyas. Pronto sentí la calidez que desprendían cuando las frotó.

—¿Mejor?— preguntó.

—Sí, gracias— contesté.

—La verdad es que las tienes congeladas, y ya sabes lo que dicen: manos frías, corazón caliente— se burló.

Volví la mirada hacia la playa para que no viera la sonrisa que se había dibujado en mi cara. Era palpable que Scandar se sentía cómodo y bromeaba conmigo como si de una amiga se tratara, no me habría importado dejarme llevar y actuar con naturalidad, sobre todo después de haber

aclarado el asunto del beso. Pero mi cabeza seguía advirtiéndome de que debía mantener una pequeña distancia.

—Esta es la última vuelta, como David no adelante al otro ahora, se va a tener que conformar con la segunda posición— me estaba poniendo realmente nerviosa ver que mi hermano no alcanzaba a su contrincante.

—Mira, ahora lo va a intentar— señaló Scandar.

Llegaron a la última señalización que indicaba la vuelta del recorrido. David intentó una maniobra por el interior de su competidor, con tan mala suerte, que acabó chocando contra la tabla del otro. Ambos cayeron al agua junto con sus velas, y los demás winsurfistas aprovecharon el momento para adelantarles. Temí que al estar tirados en el agua algún competidor pudiera pasarles por encima provocando un accidente. Me levanté de golpe del asiento para visualizar a mi hermano con mayor claridad, pero no llegué a vislumbrarlo. Hasta que no pasaron las demás tablas por la zona donde él y su contrincante habían caído, no se volvieron a ver ninguna de sus cabezas asomar del agua. Suspiré aliviada cuando ambos hicieron una señal con sus manos para indicar que se encontraban en buen estado. Afortunadamente no hubo daños que lamentar.

David consiguió llegar a la orilla en décima posición, no menos enfadado que su adversario, que había llegado el noveno por su culpa. Aún así, ambos se dieron la mano al terminar, y David le pidió disculpas por la caída. ¡Todo un ejemplo de compañerismo!

Scandar me acompañó para recibir a mi hermano en la orilla.

—¡Muy bien hermanito, has estado genial!— le di un abrazo sin importarme que estuviera mojado.

—La he pifiado al final— contestó quitándose los guantes de neopreno.

—Yo creo que has estado de puta madre. Si no arriesgas, no ganas— intervino Scandar.

—Tú sí que sabes chaval— dijo David guiñándole el ojo—. Este alumno tuyo tiene madera de campeón— señaló dirigiéndose a mí.

—Sí, es una buena pieza— bromeé.

—Deberías probar un rato, a ver qué tal se te da— David le ofreció su tabla a Scandar para que lo intentara, y este no dudó ni un segundo en contestar.

—¡Guay! Seguro que me gusta, pero no tengo traje de neopreno para el frío.

—No te preocupes, tenemos más o menos la misma talla, te prestaré uno que llevo en el coche.

Ambos se marcharon hacia los vestuarios para cambiarse. Después se dirigieron a la orilla con la tabla y una vela, y allí mismo David le explicó a Scandar cómo debía posicionarse para agarrar la vela con fuerza. Tras unos minutos de teoría sobre la arena, se metieron en el agua, y Scandar intentó seguir las instrucciones que le habían dado. Quedé realmente asombrada al comprobar que desde el primer momento fue capaz de mantener el equilibrio sobre la tabla; sujetaba la botavara con fuerza, tensando los músculos de sus brazos, y empezó a desplazarse lentamente mar adentro. Viendo que no se le daba nada mal, se pasó la siguiente hora metido en el agua navegando de un lado para otro.

David y yo le observamos desde las tribunas.

—Parece un buen chico— comentó.

—Sí, es un buen alumno. Me he empeñado en que se gradúe este año y le estoy ayudando con las materias.

—Pues ándate con ojo— soltó de repente.

—¿Qué?— no entendía a qué se estaba refiriendo.

—Vamos, ¿acaso crees que no me he dado cuenta de cómo le miras?

—No sé por qué dices eso— empecé a moverme inquieta sobre la silla.

—Raquel, ese chico te gusta.

—¿De dónde sacas esas tonterías? Sólo es un alumno al que estoy echando una mano— los acertados comentarios de mi hermano comenzaban a enfurecerme.

—Raquel, te conozco desde hace bastantes años, y sé perfectamente reconocer cuándo un chico te gusta. No te estoy recriminando nada, sólo te digo que tengas cuidado. Yo también he sido alumno y me han atraído algunas de mis profesoras, ¡imagina si me llego a liar con una de ellas! Habría sido toda una hazaña de la que presumir delante de mis amigos.

—Eso no va a pasar— dije apartando la vista de él para enfilarla al mar.

—Bien, porque si te enamoras de un chico así, la que acabará sufriendo serás tú— viendo que no tenía la menor intención de hablar de ello, se levantó de su asiento y se encaminó de nuevo a los vestuarios.

No podía creer cómo mi hermano había sido capaz de acertar con sus comentarios sin ni siquiera conocer el tipo de relación que manteníamos Scandar y yo, pero tenía que admitir que tenía toda la razón. Me estaba engañando a mí misma, cualquier otra persona se habría alejado de Scandar si le hubiese ocurrido lo que a mí. Sin embargo, yo continuaba mi relación de profesora con él haciéndome creer que el beso no había tenido ninguna importancia. Pero sí que la tuvo. En el fondo tenía miedo de que se alejara y por eso no quise dejar las clases particulares con él.

Finalmente Scandar salió del agua satisfecho por haber logrado navegar el primer día, yo seguía esperando en la tribuna pensativa.

—¿Qué te ha parecido?— preguntó feliz mientras se acercaba.

—Muy bien, has estado genial. Veo que esto del windsurf no se te da nada mal— pronuncié aún un tanto distraída.

—Bueno, lo complicado ha sido mantener el equilibrio. Supongo que con un poco de práctica lo podré hacer mejor.

—¿Quiere eso decir que vas a intentarlo de nuevo?— quise saber.

—No me importaría seguir otro día. La verdad es que engancha bastante.

Las gotas saladas de agua resbalaban por su cara. Era agradable verlo feliz y divertido con el nuevo descubrimiento, su rostro reflejaba entusiasmo y era fácil contagiarse de su estado de ánimo. Tomó asiento a mi lado provocando un remolino de sensaciones en mi interior.

—Me alegro mucho de que te haya gustado el plan— repuse con una sonrisa cautelosa.

El viento procedente del mar me golpeó de frente, haciendo que el pelo se me viniera a la cara. Scandar lo apartó suavemente con su mano antes de que pudiera hacerlo yo.

—Gracias por todo lo que estás haciendo por mí— susurró mientras colocaba el mechón de pelo tras la oreja con una caricia.

—Scandar no hagas esto— murmuré bajando la vista al suelo.

Me rozó el rostro para atraer de nuevo mi mirada hacia la suya.

—Quiero hacerlo— su voz desprendía sensualidad—. No quiero esconderme más. Me da igual quien seas, o lo que opinen los demás.

—Scandar yo...

No sabía que decir. Me temblaban las piernas. De nuevo esa angustia por no poder expresar lo

que sentía. Se me encogía el corazón cuando pensaba en mi trabajo, en mi familia y en quien era. Sólo necesitaba dos palabras. Dos palabras para decirle lo que sentía por él, pero un cúmulo de culpabilidad y remordimiento me impedía pronunciarlas.

—Vamos, dime algo— insistía—. Sólo quiero saber qué piensas.

Pero la respuesta no llegó.

—Debo marcharme— mi voz era ahogada.

Me levanté del asiento antes de que pudiera decir nada más, y sin despedirme de él me apresuré por refugiarme cuanto antes en el interior de mi coche.

El viento frío secaba las lágrimas que corrían por mis mejillas. Temí que pudiera seguirme y se percatara de que estaba llorando, así que caminé lo más deprisa que pude maldiciendo la accidentada arena de la playa que me impedía avanzar con naturalidad. Vi a mi hermano salir del Club de Windsurf, pero desvié la mirada y continué mi camino para no tener que darle ninguna explicación.

Por fin llegué al coche. El incesante ruido del viento se desvaneció cuando cerré la puerta, podía ver cómo las alborotadas olas rompían en la orilla, y las hojas de las palmeras se agitaban con fuerza por el viento. Algunos viandantes se sujetaban las gorras con las manos para que no se les volasen, y otros se resguardaban los ojos para impedir que les entrase arena.

Sin embargo dentro del vehículo se estaba en absoluta calma, sólo se escuchaba un suave silbido del viento. Contemplé a Scandar que seguía allí sentado, sobre la tribuna y sin moverse, observando el mar pensativo. Me sequé las lágrimas y decidí firmemente que aquello se tendría que terminar para siempre; no volvería a relacionarme con él fuera del instituto. Me dolían las cuencas de los ojos. «¡Dios!», murmuré y me odié con todas mis fuerzas.

Arranqué el coche, y con suma rabia contenida pisé el acelerador para salir de allí lo antes posible.

Lunes, 20 de Enero

— **CHICA**, menuda cara traes hoy, ¿qué te ha pasado?— preguntó Cristina al verme entrar en el departamento.

—Sí, es que no he descansado muy bien esta noche— ya tenía preparada una excusa desde el día anterior, porque sabía que mis ojeras no iban a pasar desapercibidas—. He tenido problemas de estómago y no he podido dormir bien.

—Seguro que ha sido un virus, hay muchos rondando por ahí ahora. Vas a tener que hacer algo con esas ojeras, si quieres te puedo prestar algo de maquillaje.

La ignorancia de Cristina y sus ansias por arreglarlo todo me exasperaba. Aquella mañana no tenía humor para aguantar comentarios de nadie, y menos aún si provenían de su retumbante voz. Ni siquiera me molesté en contestarle, había tenido suficiente con pasarme el fin de semana llorando en casa.

David me llamó al día siguiente para preguntarme por qué me había marchado tan rápido sin despedirme de él, y tuve que contarle que comencé a sentir nauseas, y que fui a casa corriendo para tomarme algún medicamento. Aparentemente creyó mi excusa, porque no insistió en mi repentina desaparición.

Me pasé el domingo encerrada en casa, la misma excusa me sirvió para librarme de la reunión familiar de todas las semanas. Mi madre incluso se ofreció a llevarme a casa algo suave para comer, pero le dije que prefería estar tranquila en la cama y pasarme el día a base de zumos y manzanillas.

No sé qué habría pasado si se llega a enterar de que me pasé la tarde tomando helado de chocolate sentada frente al televisor; era lo único que me podía consolar en aquel momento. Hundía con desazón la cuchara dentro de la crema medio derretida con la esperanza de que los efectos antidepressivos naturales del chocolate apaciguaran mi estado de ánimo.

El timbre sonó indicando el comienzo de las clases. Cristina ya estaba lista para comenzar el día, y yo sin embargo, sólo deseaba que la jornada acabara cuanto antes para poder regresar a casa y tirarme de nuevo en el sofá.

—Anda, vamos. Anima esa cara chica, ¿qué van a pensar los alumnos? Creerán que has estado de juerga todo el fin de semana.

«Si tú supieras la marcha que tengo yo en el cuerpo ahora mismo...» me dieron ganas de responderle.

—Sí, vamos. Acabemos cuanto antes— suspiré.

De muy pocas ganas cogí los libros y me dirigí a la primera clase del día. Iba literalmente arrastrando los pies, lo último que me apetecía aquella mañana era explicar la lección y hacer callar a los alumnos durante varias horas.

Al llegar a la puerta del aula vi a Scandar acercarse por el pasillo hacia donde yo estaba. Venía dispuesto a hablar conmigo, pero yo ya había decidido no intercambiar nada más con él, entré en el aula y cerré la puerta antes de que él llegara. Se me quedó mirando a través del cristal, preguntándose con la mirada por qué lo estaba esquivando.

—Vete— aunque no podía oírme, sabía que leería mis labios a través del cristal.

Le di la espalda y me dirigí al pupitre. No quise volver la mirada hacia atrás, pero supe que tardó unos segundos en marcharse porque los alumnos observaban la ventanilla preguntándose qué hacía aquel alumno allí plantado.

Con el ánimo por los suelos, se podría decir que aquella lección fue la peor de las lecciones que había dado como profesora; no acertaba a resolver los problemas que mandé a los alumnos, y cuando alguno me preguntaba algo, tenía que volver a repetírmelo, porque no estaba centrada. Realmente fue patético.

El resto de las clases fueron del mismo estilo; mi cabeza daba vueltas, me sentía cansada, y sin fuerzas en todo momento.

Por fin llegó la hora del recreo. En un intento desesperado por reavivar mi estado de ánimo fui a la cantina para tomarme un café bien cargado, al menos me haría reaccionar para no seguir comportándome como un muerto viviente.

Al terminar, me dirigía de nuevo al departamento cuando una mano me agarró del brazo por detrás y me arrinconó contra la pared del pasillo.

—¿Otra vez tú?— le recriminé sorprendida.

—¿Pretendes esquivarme continuamente?, sólo quiero hablar contigo— el tono de su voz transmitía enfado.

Estaba atrapada entre su sólido brazo apoyado contra la pared y su cuerpo, no tenía salida. Miré a un lado y a otro del pasillo para asegurarme de que no había ningún profesor observando. Temí llamar la atención, y opté por dejar a Scandar que expresara lo que quisiera. Después me marcharía pacíficamente.

—Dime, ¿por qué no quieres hablar conmigo?— insistía.

—Mira Scandar, te tiene que quedar bien claro que yo soy profesora, y tú eres un alumno. Y creo que estamos pasando los límites.

—Me importan un huevo los límites— dijo enfurecido—. ¿Acaso no estás a gusto conmigo?

—Esa no es la cuestión. Sabes perfectamente que lo del otro día fue un error. Yo tengo la culpa de que te hayas tomado tantas confianzas conmigo, y ahora soy yo la que tiene que parar esta locura.

—¿Lo del otro día?— hizo una breve pausa—. Sí, te besé, ¿y qué? Es lo que hacen dos personas cuando se gustan.

—¿Cuándo se gustan? Pero, ¿quién te crees que eres?— solté una risita nerviosa— Me parece que te lo tienes muy creído.

—Bien, pues entonces mírame a los ojos, y dime que tú no lo deseabas tanto como yo.

Estaba tan seguro de sí mismo que el estómago se me cerró en un puño. No sabía cómo salir

de aquella prisión. Siempre se me había dado mal mentir a la gente, y mi madre me decía que se pillaba antes a un mentiroso que a un cojo. Sin embargo, aquella vez era indispensable que lo hiciera bien, no podía permitir que Scandar sospechara que su aliento sobre mi cara se me hacía irresistible, que el calor de su cuerpo aplastándome contra la pared me abrasaba por dentro, o que intuyera que me moría por estrellar mis labios sobre los suyos.

Tragué saliva e intenté mantener los ojos bien fijos en los suyos mientras pronunciaba las palabras:

—No lo estaba deseando.

Aquello fue como un disparo en todo el centro del pecho. La sangre se me congeló al escuchar mi propia mentira, y Scandar debió sentir lo mismo al comprobar mi actitud imperturbable.

—No te creo— dijo al fin soltando el brazo que me retenía contra la pared.

La seriedad de su rostro me hacía suponer que no estaba satisfecho con mi respuesta, o al menos que no quería créela.

En ese momento, un grupo de estudiantes pasó a nuestro lado. Ninguno de ellos se percató de la escena, iban charlando animadamente sobre un partido de fútbol que retransmitieron la noche anterior. Desvié la mirada hacia aquellos chicos para no tener que seguir enfrentándome al desconcertado rostro de Scandar, que continuaba igual de serio y pensativo. Ni siquiera estaba segura de que se hubiera percatado de la presencia de aquellos estudiantes.

—El viernes es mi cumpleaños— soltó de repente—. Mi madre y Jacobo se marchan el fin de semana por un viaje de negocios de él, así que no tengo con quien celebrarlo— de nuevo aquella tristeza reflejada en su cara.

—Lo siento mucho por ti, pero...

—Te espero el viernes a las diez en casa— sus ojos se abrieron de par en par—. Sé que no me fallarás.

—Scandar, yo no...

Y sin esperar respuesta alguna, se marchó.

—¡Maldita sea!— exclamé en voz alta dando un puntapié a la pared.

No sabía si estaba enfadada con él, o con el mundo entero, sentía la necesidad de liarme a patadas con cualquier cosa que se me pusiera por delante. Se me ocurrían toda clase de maldiciones y calumnias para lo que estaba sintiendo en aquellos instantes, y me juré a mí misma que no volvería a dejar que Scandar me pillara por sorpresa en otra encerrona.

La decisión estaba tomada.

Viernes, 24 de Enero

TRAS una eterna semana, llegó el viernes. Deseaba que la jornada acabara lo antes posible, y no tener que pisar el centro al menos en un par de días. Definitivamente necesitaba un poco de tranquilidad, y pensé que una pequeña escapada a alguna casita en el campo me ayudaría a olvidar a Scandar y nuestra última conversación.

Sin duda alguna aquellos cinco días habían sido demasiado incómodos para mí; cruzarme con él por los pasillos del instituto, y agachar la cabeza o desviar la mirada cada vez que sus penetrantes ojos se cruzaban con los míos, no fue fácil. Agradecí que no me dirigiera la palabra en aquella semana, pero estaba segura de que él esperaba un cambio de actitud por mi parte, y decidiera ir a su casa esa misma noche. Tal vez estuviera esperando a que le felicitara por su cumpleaños en algún momento de la mañana, pero ni siquiera eso hice.

Al acabar la clase de primero, fui en busca de Cristina. Necesitaba algo de distracción, y ella era una buena anfitriona en ese aspecto. La encontré en la cantina, sentada en la mesa de siempre manteniendo una conversación con Rodrigo, que en los últimos días parecía su compañero inseparable.

—¿Qué tal chicos?— pregunté mientras tomaba asiento.

—Bien, estamos hablando del plan para esta noche— contestó Cristina con su habitual entusiasmo.

—¿Vais a salir?— me sorprendió que nadie me hubiese comentado nada al respecto.

—Sí, hemos quedado también con Salomé. Iremos a tomar algo al mismo sitio de la otra vez— añadió Rodrigo con discreción.

Se me hacía extraño verle más prudente que de costumbre, aunque pensándolo bien, después de la que le monté en la fiesta de fin de Pascua, no debería extrañarme que se hubiese distanciado. Desde hacía unas semanas, sólo se dirigía a mí para comentar temas del trabajo o preguntar por algún alumno. En cualquier caso, me resultó raro que Salomé tampoco me comentara nada de aquella salida. ¿Estarían haciendo planes a mis espaldas? Podía esperármelo de Rodrigo o incluso de Cristina, pero no de Salomé. De todos modos lo aclararía en unos segundos, ya que en ese preciso instante, ella hizo su aparición en la cantina.

—Hola Salomé, ¿no tienes clase ahora?— preguntó Cristina al verla llegar.

—Sí, sólo he venido a por un poco de agua, tengo la garganta seca— contestó agarrando una botella que se había dejado sobre la mesa.

—Le hemos comentado a Raquel lo de esta noche— le anunció Cristina.

—Bien, perfecto. Nos vemos a las nueve— y dirigiendo una rápida mirada hacia mí, salió disparada de la sala.

—¡Vaya prisa lleva esta!— replicó Cristina.

—Entonces, ¿te apuntas esta noche?— me preguntó Rodrigo mostrando un pequeño ápice de entusiasmo.

—Sí, claro. ¿Por qué no?— me vendría genial seguir distraída hasta que finalizara el día—. Estaré allí a las nueve.

—¡Genial! Ya veréis lo bien que lo pasamos los cuatro— Cristina se levantó de su asiento dando un pequeño salto de alegría.

Observé la expresión de Rodrigo, que también parecía ilusionado con la idea. Me preocupó que aún albergara alguna esperanza conmigo, después de lo sucedido con Scandar, lo último que pretendía era crear otro malentendido. Pero tenía que reconocer que el hecho de salir con amigos, me haría olvidarle por un rato y no sentir el impulso de presentarme en su casa aquella misma noche.

Por suerte no volví a cruzarme con él en los pasillos del instituto aquella mañana, incluso llegué a pensar que ni siquiera se había presentado a las clases. Mi corazón seguía intranquilo, parecía un estanque a punto de desbordarse, y algo dentro de mí, me decía que no volvería a estar en calma hasta que no acabara el día.

Por la tarde en casa, me sentía más inquieta aún, cada diez minutos miraba el reloj, deseando que llegaran las nueve para encontrarme con mis compañeros. No podía sacarme de la cabeza a Scandar en su casa esperando que apareciera, sólo.

Fui a mi habitación para elegir el vestuario que llevaría aquella noche; procuré elegir algo que no fuera demasiado llamativo, además, tampoco tenía demasiados ánimos para pensar en qué ponerme. Al final elegí una falda de vuelo roja con una camisa blanca, e intenté darle algo más de gracia colocándome un cinturón ceñido a la cintura.

A las ocho decidí que no aguantaba ni un minuto más en casa, así que agarré el bolso, y me coloqué un abrigo blanco por los hombros. Aunque aún faltaba una hora para nuestra cita, me detendría a observar algunos escaparates de camino.

Pero por cada minuto que pasaba recorriendo la calle a pie, el corazón se me encogía más y más. No podía evitar dar por hecho que si no aparecía por su casa, lo perdería para siempre, y aquella sensación me comía por dentro.

Finalmente, y tras pasear por diversas calles del centro, me dirigí al pub donde había quedado con mis compañeros. La noche era fría, y el cielo anunciaba lluvia, pero al menos, estaríamos protegidos bajo techo.

Cuando llegué, vi que Cristina y Rodrigo ya estaban sentados junto a la barra. Cristina me hizo una señal para que me acercara a ellos, ambos tenían sus bebidas servidas sobre uno de aquellos posavasos de cartón anunciando una marca de cerveza.

—¿Qué tal chicos?— avisé de mi llegada—. Habéis venido pronto.

—Sí, hemos llegado hace unos diez minutos— aclaró Cristina—. Rodrigo ha pasado a recogerme por casa antes de tiempo.

Ambos se miraron tímidamente.

—Si lo llevo a saber, vengo antes, llevo una hora dando vueltas por el centro— repuse

mientras me quitaba el abrigo, y lo dejaba sobre una silla.

—Pasaba por delante de la casa de Cris con el coche, y pensé en traerla para que no tuviera que caminar con este frío— se excusó Rodrigo.

—Muy amable por tu parte— dije con cierto tono de sarcasmo.

En ese preciso instante, mis ojos se bloquearon, y no podían ver lo que tenía delante. Alguien desde atrás me los había tapado con las manos. Mi aparente estado de calma se exaltó al imaginarme por un segundo que podría ser Scandar el que me había tapado la visión. Pero no tardé en darme cuenta de que la única persona que faltaba era Salomé, que aún no había hecho su aparición aquella noche.

—¡Al final has venido!— dijo aparentemente sorprendida por mi presencia.

—Claro, ¿por qué no iba a hacerlo?— respondí.

—No sé chica, últimamente te noto un poco rara— masculló mientras alcanzaba un taburete para sentarse.

—¿Rara yo? No sé por qué lo dices.

Salomé tenía la mala costumbre de decir todo lo que pensaba, y, aunque en ocasiones resultaba hasta gracioso, en aquel momento me parecía inoportuno que se sincerara. Por descontado que no iba a contar mis problemas delante de ellos, ya me sentía lo bastante frustrada como para encima aguantar a mis compañeros recriminarme por la excesiva confianza que le había dado a un alumno.

—Es que últimamente estás en las nubes— soltó haciendo gestos con las manos hacia el cielo.

—Vamos Salomé, deja a Raquel tranquila, no le des tanta caña— interrumpió Rodrigo con sus sabias palabras.

—No, está bien— me dirigí a él—. Salomé tiene razón. He tenido unos problemillas personales, pero no quiero hablar de eso ahora. Mañana estará todo solucionado.

—Espero que no sea nada grave— dijo Cristina mostrando cierta preocupación.

—No, no... es una tontería. Nada de qué preocuparse— inquirí.

—Bueno, venga. Tomemos algo y disfrutemos de la noche— Salomé intentó cambiar de tema viendo que su comentario me había resultado incómodo.

Cuando el camarero nos sirvió a todos las bebidas, brindamos por el departamento de Matemáticas. Ahora sí el ambiente se había tornado agradable y aparentemente cómodo para los cuatro. Sin embargo, por mucho que me esforzara, en el interior de mi cabeza Scandar se me seguía apareciendo. Lo volvía a imaginar sólo en su casa esperando.

Las nueve y media. Ojeaba el reloj de vez en cuando, las agujas parecían pesar tanto, que la maquinaria apenas podía empujarlas; era como si estuvieran agotadas por cada paso que daban. Debía reconocer que, a pesar de intentar conversar con mis compañeros, estaba ausente. Observaba a las personas que había a mi alrededor; grupo de amigos hablando y riendo, chicos bebiendo sin soltar sus cervezas de las manos, chicas susurrándose pequeños secretos al oído para que las demás no escucharan...

Me detuve a observar una mesita que había junto a la puerta de salida. En ella, una pareja de enamorados se besaban y acariciaban con ternura. Me llamó la atención el anillo que la chica lucía en su mano izquierda, y en cómo el chico se la sujetaba con suavidad. Daba la impresión de que acabara de declararse.

“Qué bonito” pensé. Solté un suspiro de compasión por mí misma. Soñé en lo maravilloso que sería poder estar con alguien al que amara ciegamente, y que él sintiera lo mismo por mí. Y claro,

volví a sentir aquel nudo en el estómago al pensar de nuevo en Scandar. Quería llorar, gritar, salir de allí corriendo e ir en busca de él. Él podría hacerme sentir todo lo que yo necesitaba, ¿y qué si sólo tenía diecisiete años y yo veintisiete? ¿y qué si era menor de edad? También a los diecisiete se podía amar con intensidad, y yo sabía que ambos lo deseábamos.

De repente, el bullicio que había a mi alrededor desapareció. Mi mente se paralizó por completo al reparar en algo que había pasado por alto hasta aquel preciso instante. Ese día Scandar cumplía dieciocho años.

Dieciocho.

Dieciocho.

No dejaba de repetírmelo una y otra vez.

Dieciocho.

Ya era mayor de edad.

Y si era mayor de edad...

Una sonrisa se dibujó en mi cara al darme cuenta de que ya no existían motivos para huir de mis sentimientos. Ya no tenía por qué hacerlo. Legalmente él era mayor de edad, y yo... yo ni siquiera era su profesora oficialmente. ¿Qué podría impedirnos estar juntos entonces? Todo lo que me retenía, las razones que me impedían estar con él, de repente me parecieron una soberana estupidez. Quería estar con él. Él me hacía vibrar, me hacía reír... ¿cómo no iba a querer estar con alguien como Scandar? ¿Cuánto tiempo más iba a luchar contra ello? ¿Cuánto tiempo más me iba a seguir mintiendo a mí misma? Estaba enamorada de él, de un niño que de golpe se había convertido en hombre. Sí, él ya era un hombre, y yo deseaba estar con él. Quería verle, quería decirle todo lo que sentía. Ya no podía negar mis sentimientos y decirme a mí misma que no debía pensar en él.

Miré de nuevo el reloj. Las diez menos cinco. Aún estaba a tiempo de llegar a su casa a la hora que habíamos quedado, salté de mi taburete y agarré mi bolso y el abrigo.

—Lo siento, me ha surgido algo. Tengo que marcharme— anuncié a mis compañeros sin poder esconder mi entusiasmo.

Se quedaron tan atónitos, que ni siquiera tuvieron tiempo de contestar, y antes de salir por la puerta escuché de lejos como Salomé les decía:

—Ya os dije que está muy rara.

Pero a mí me daba igual. Nada en el mundo podía borrar la sonrisa de mi rostro. Fui tan rápido como pude en busca de mi coche. Empezaron a caer algunas gotas de lluvia mientras caminaba, pero pronto alcancé el garaje de casa, subí al coche y salí de allí tan rápido como pude.

Esperaba acordarme del camino de piedras que conducía a la casa de Scandar. Eran las diez y cuarto cuando alcancé la salida hacia su chalet. La lluvia empezaba a ser copiosa, y casi no se distinguían los laterales del tortuoso camino, no tenía más remedio que aminorar la velocidad si no quería estrellarme contra algún árbol.

Estaba impaciente por llegar. Ya había pasado la hora de nuestra cita, y temí que, al no verme aparecer, se hubiera marchado de casa. Pisé el acelerador a pesar del peligro, y justo en ese instante, el mismo chasquido de la otra vez hizo su aparición, ¡pluf!

—¡Joder!— dije golpeando el volante con rabia.

Otra vez había pinchado la rueda.

“¡Mierda!, ¿qué hago ahora?” pensé.

No había luz suficiente para cambiarla. Además, llovía tan intensamente que el barro me impediría hacer bien el trabajo, y encima, para qué negarlo, no tenía ni idea de cómo se cambiaba una rueda.

Miré el reloj. Las diez y media. Decidí que iría andando hasta su casa, no quedaba demasiado lejos y calculé que en un par de kilómetros llegaría. Eché a caminar bajo la lluvia, e intenté protegerme como pude con el abrigo.

Tras avanzar a paso rápido un par de kilómetros bajo la oscuridad, vi a lo lejos la luz de un porche. Por fin. El abrigo ya se había empapado por completo, y el frío se me había metido hasta los huesos. Estaba temblando, pero sólo unos pocos metros me separaban de la casa.

Cuando finalmente alcancé la verja, vi que la entrada principal estaba abierta. Una cascada de lluvia golpeaba con fuerza la puerta metálica. Accedí al jardín, y me encaminé a la parte de atrás, por donde habíamos entrado días antes. El frío y los nervios hacían casi imposible mantener el pulso estable para hacer sonar el timbre, así que opté por golpear la puerta directamente. Fueron los diez segundos más largos de mi vida, ya pensé que no habría nadie, pero al final, la puerta se abrió.

Su rostro reflejaba asombro. Dudaba si era por la sorpresa de verme allí, o por la visión que tenía ante él. Las gotas de lluvia caían por mi rostro, y todo mi cuerpo estaba calado. Allí estábamos los dos, como pasmarotes, sin saber qué decir. Dejé de sentir frío, mi organismo había reaccionado ante su imagen, y un calor abrasante recorrió mi cuerpo. Seguía jadeando por la agitación de ir corriendo hasta la casa, pero poco a poco, fui recuperando la respiración normal.

Sin pronunciar palabra alguna, extendió su mano hacia mí, y yo, tímida, alargué la mía para cogerla. Al percibir la calidez que desprendía, una sensación de ternura invadió mis sentidos. Sus ojos, profundos y embriagadores, me observaban con admiración. Quería decirle todo lo que sentía, lo que mi corazón experimentaba cada vez que estaba con él, pero las palabras no fluían. Estaban paralizadas por el hipnotismo de sus ojos.

—Estás empapada— dijo al fin mostrando su preciosa sonrisa blanca.

—Sí, he tenido un pequeño percance con el coche— la voz salió de mi cuerpo a duras penas.

—Vamos— me atrajo al interior de la casa mientras seguíamos cogidos de la mano—. No querrás pillar una pulmonía.

—Claro que no— contesté algo cortada.

Debía estar horrible con el pelo y las ropas mojadas. Supuse que incluso el maquillaje se me habría corrido, así que intenté secarme la cara con la manga de la blusa, pero no sirvió de nada, pues ésta también estaba empapada.

—Ven. Te daré algo de ropa seca para que puedas cambiarte.

Obedecí sin rechistar. Estaba tan embriagada con la amabilidad y la delicadeza con la que me hablaba, que habría hecho cualquier cosa que me pidiese en aquel momento. Se acercó a la habitación de su madre, y sacó del armario un jersey y unos pantalones vaqueros, me acompañó hasta el baño, y los colocó sobre un pequeño taburete.

—Tómate tu tiempo— dijo cerrando la puerta tras de sí.

Estando allí sola, aproveché para echar un vistazo rápido a mi aspecto. Al ver mi reflejo en el espejo, me arrepentí de haber corrido bajo la lluvia, estaba realmente deplorable. Como ya suponía, el maquillaje se me había corrido por toda la cara, y tenía los ojos manchados de rimmel. Cogí papel para secarme bien la cara, y quitar el resto de maquillaje.

A continuación me despojé de la ropa húmeda, y me vestí con lo que me había dado Scandar. Su madre y yo debíamos tener la misma talla, porque los pantalones se ajustaban perfectamente a mi figura. Fue todo un gozo volver a estar seca.

Antes de salir del baño, tomé aire profundamente. Me había concienciado de que aquello era lo que deseaba, y por fin podía estar a solas con él y sincerarme. No estaba segura de las palabras que utilizaría para decírselo, pero no podía esperar un segundo más para volver a verle.

Abrí la puerta del baño y me encaminé hacia el salón. Advertí que sobre la mesa había preparada una cena para dos. Ambos platos se hallaban tapados, supuse que se habrían quedado fríos por mi tardanza. También había dos copas de vino servidas y unas velas apagadas, lo que me hizo imaginar que Scandar estaba seguro de que aparecería tarde o temprano.

Me dirigí al porche, y lo vi sentado sobre uno de los balancines meciéndose suavemente.

—Hola— susurré.

Se dio la vuelta.

—¿Estás mejor?— quiso saber.

—Sí, gracias. Parece que he dejado de temblar.

—Pues parece que también ha dejado de llover— señaló al cielo.

Desde el porche se veía el reflejo de las estrellas sobre la piscina, la noche se había teñido de azul mientras me había cambiado de ropa.

—¡Es increíble!— exclamé mirando al cielo. Parecía que los vientos se hubiesen puesto de acuerdo para retirar de un soplido las gruesas nubes que descargaban su agua.

—Sí que lo es— pronunció Scandar sin apartar sus ojos de mí.

Le dediqué una sonrisa amplia. Me acerqué a él y me senté sobre el balancín que había a su lado. Ambos nos mecíamos suavemente, mientras el silencio se apoderaba de nuestros oídos. Al final, no pude evitar pronunciar en alto lo que pensaba:

—Esto es una locura.

Scandar continuaba con los ojos posados sobre mí. Aguardó en silencio dejando que continuara con mi declaración.

—Hace unos días que no duermo— confesé—. Y cuando lo hago, me despierto, y te echo de menos. Parece que el tiempo que pasábamos juntos, nunca fue suficiente para mí.

Entonces me cogió de la mano y la besó. De nuevo aquel intenso cosquilleo en la boca de mi estómago.

—¿En qué piensas cuando nos separamos?— pregunté sin más dilaciones.

—En que me siento solo— contestó mirando a las estrellas.

Otro breve silencio.

—¿Puedes sentirlo?— preguntó volviendo de nuevo sus ojos hacia mí.

—¿El qué?

Llevó mi mano hacia su pecho, igual que hizo la noche en que me salvó de aquellos gamberros, y pude sentir el intenso latido de su corazón.

—Yo también estoy nervioso— confesó.

—¿Tú? No te creo. Siempre te muestras tan seguro de ti mismo...

—Esto es diferente— me interrumpió—. Estás aquí, conmigo. Creí que ya no vendrías, y cuando te he escuchado llamar a la puerta...— se detuvo por unos segundos.— Raquel, tú consigues cambiar mi mundo.

Era la primera vez que le escuchaba pronunciar mi nombre. De pronto, dejó de ser aquel alumno sexy del instituto, para convertirse en el chico del que me había enamorado.

—¿Acaso pretendes decirme que tú...?— necesitaba saberlo, mi cuerpo temblaba ahora por miedo a su respuesta, pero realmente necesitaba saberlo.

Sus profundos ojos examinaron mi rostro, mis labios, mi mirada... Se acercó lentamente a mi oído y susurró:

—Todo el tiempo Raquel, todo el tiempo.

Nos detuvimos en aquella postura. Los balancines dejaron de moverse. Le tenía tan cerca, que el olor de su perfume penetró por todos mis sentidos. Sentí cómo su rostro rozaba mi pelo, y toda mi piel se estremeció ante su contacto.

Acercó poco a poco sus labios a los míos. Su cálido aliento comenzaba a agitarse ante la proximidad de nuestras bocas.

Aún tenía el pelo mojado por la lluvia, y una inoportuna gota resbaló por mis labios. Entonces sentí la humedad de su beso. Fue como un chispazo eléctrico que atravesó todo mi cuerpo, desde la cabeza, hasta los pies. Era suave, delicado.

Dejé de sentir todo aquello que no fuera parte de mi boca, sólo era capaz de percibir sus labios sobre los míos. Deseaba ir más allá, una fuerza interna me pedía más y más. Llevé mis manos hacia su cuello, y lo atraje hacia mí con intensidad. Entonces nuestras lenguas se rozaron. Ya no sentía el frío de la noche, tan sólo un sofocante calor barría todo mi cuerpo. Nuestras respiraciones se intensificaron, y justo cuando parecía que mi mente se elevaría al cielo, Scandar suavizó su ritmo para volver al suave y sedoso roce de sus labios.

Al separar nuestras cabezas, observé en su rostro una blanca sonrisa. Sus dientes eran tan perfectos como perlas y deseaba volver a besarlo. Acarició mi mejilla con sus cálidos dedos, y noté en su mirada cierto sentimiento de admiración y ternura.

—Me vuelves loco— dijo aún con la respiración agitada.

Apoyé mi frente sobre la suya mientras los columpios se balanceaban de nuevo suavemente.

—¿Qué va a pasar ahora?— solté con un suspiro.

—No se preocupe profesora, le guardaré el secreto— bromeó.

Le di una palmada en el brazo mientras nos reíamos de su comentario sarcástico. Me sentía como en una nube y quería alargar el momento lo máximo posible. Pero algo dentro de mí decía que no debía ir demasiado deprisa, necesitaba hablar con él, que me confesara todos y cada uno de sus sentimientos, y yo confesarle también los míos. No deseaba que la noche acabara.

—Bueno, ¿y qué hay de esa cena a la que me ibas a invitar?— pregunté ya más relajada.

Eché un vistazo hacia el salón y añadió:

—Si te gusta la pasta fría...

—¡Me encanta!— exclamé sin quitarle los ojos de encima.

—Pues vamos allá.

Me cogió de la mano, y caminamos hasta el salón. Me ofreció asiento y colocó la copa de vino en mis manos para que pudiéramos brindar. El interior de la casa era cálido, y la atmósfera que se respiraba transmitía paz y tranquilidad.

—Por nosotros— dijo alzando su copa.

Era imposible apartar la vista el uno del otro mientras bebíamos, parecíamos dos enamorados que acababan de declararse. Mientras saboreaba el suave vino, una sonrisa se dibujó en mis

labios al percatarme de que... éramos dos enamorados que acababan de declararse.

Lunes, 27 de Enero

— **V**AYA, vaya. Pero mira quién está aquí— dijo Cristina con una sonrisa irónica.

Todos mis compañeros estaban en el departamento preparándose para comenzar las clases del lunes; sus caras eran largas, y ninguna de ellas se dirigió a mí para darme los buenos días. Tan sólo Cristina, con su habitual inocencia, parecía no percatarse de la fría situación.

—¡Qué carita de felicidad traes hoy! Ni que fuera viernes— inquirió.

Al menos ella captó mi estado de alegría. Estaba tan emocionada, que ni siquiera la indiferencia de mis compañeros podría estropear mi estado de ánimo.

—Pues sí, hay que empezar la semana con buen humor— y sin decir más, cogí mis libros y salí del departamento dando saltitos de alegría.

A pesar de que los pasillos estaban congestionados de alumnos, yo parecía estar caminando sobre una nube. Ni siquiera escuchaba el jaleo y el vocerío de los chavales frente a sus aulas, tan sólo la dulce voz de Scandar susurrándome al oído “Todo el tiempo Raquel, todo el tiempo”.

Caminaba totalmente ensimismada en mis recuerdos, en cómo pasamos la noche hablando y riendo, y besándonos. Fue tan dulce y delicado conmigo, jamás pensé que alguien al que todo el mundo temía en el instituto, famoso por meterse en peleas y siempre salir ganando, conocido por ser uno de los chicos más deseados entre las alumnas, pudiera fijarse en mí y además, comportarse con la dulzura con la que lo hizo aquella noche. No ocurrió nada más allá de lo que debía ocurrir, simplemente consiguió que me sintiera cómoda, sin sobrepasar los límites que consideraba en aquel momento, y esa sensibilidad y delicadeza provocó que lo deseara más aún.

El resto del fin de semana lo pasé en casa sin salir. No me apetecía ver a nadie, tan sólo quería soñar con él, con sus besos, su sonrisa resplandeciente, sus caricias y sus profundos y brillantes ojos negros. Incluso olvidé el mal trago que pasé con el coche aquella noche. Gracias a que Scandar se ofreció a ayudarme con el cambio de rueda, pude volver a casa antes de que amaneciera. Su familia llegaría esa misma mañana, y puesto que no estuvieron presentes el día de su cumpleaños, Scandar pensó que sería apropiado pasar el día con su madre y su hermano. Me pareció una buena idea, de ese modo yo también tendría tiempo para pensar y reflexionar sobre lo que había ocurrido, aunque estaba segura de que la única conclusión clara que sacaría, era la de que estaba enamorada hasta las trancas.

Mi corazón se agitaba cada vez que rememoraba su cálido beso. Apenas probé bocado en dos días porque hasta mi estómago parecía estar pensando en él. Jamás había sentido algo así por

nadie, aunque había tenido otras relaciones con anterioridad, aquella sensación con Scandar era totalmente nueva para mí. Me encontraba pletórica, entera, resuelta, quería gritar al mundo mi felicidad. Por ese motivo no me incomodó encontrar las caras largas de mis compañeros — aunque comprendía que había sido una desfachatez por mi parte dejarlos plantados sin explicaciones en el bar —, para mí, aquella ocasión justificaba los medios.

Continué caminando sobre mi nube de pensamientos, no me planteé cómo iba a afrontar la primera clase de la mañana sin desviar la atención hacia Scandar. Sabía que debía centrarme en el temario, y es que estaba tan ensimismada, que apenas era consciente de los empujones que recibía de algunos alumnos mientras atravesaba el corredor atestado. Parecía que estuviera yo sola en el instituto, hasta que lo divisé al fondo.

Allí estaba de pie, apuesto, estilizado, irresistiblemente atractivo. Una amplia sonrisa se dibujaba en su rostro al verme avanzar por el pasillo, tan sólo estaba a unos metros de mí, pero parecía tan inalcanzable en aquel momento... Me imaginé a mí misma corriendo hacia él, saltando encima suya, abrazándolo y besándolo una y otra vez sin importarme lo que hubiese a nuestro alrededor.

Según me acercaba, el corazón me latía más y más fuerte, llegamos a estar enfrente el uno del otro, y pese a que nuestras bocas no pronunciaron palabra alguna, nuestras miradas lo dijeron todo. En mi mente seguíamos estando solos, pero la realidad era totalmente distinta. No pude más que mostrarle una pícaro mirada, seguida de una suave sonrisa mientras agachaba la cabeza en un intento de esconder mi rubor. Al pasar por su lado, su mano rozó la mía, y una electrizante sensación subió por mi brazo agitando todo mi cuerpo. Sentí cómo la piel se me erizaba cuando enredó sus dedos entre los míos por un eterno segundo.

Al soltarme, regresé a la cruda realidad, y estudié a los demás alumnos de mi alrededor por si alguno se había percatado de lo sucedido. Por más que me creyera el centro del universo junto a él, la verdad es que cada uno estaba más preocupado por llegar a tiempo a sus respectivas clases tras el toque del timbre. Dejé a Scandar atrás, y me dirigí al aula con paso lento y despreocupado. Todos estaban sentados en sus pupitres esperándome.

—Profesora, que feliz vienes hoy— soltó un alumno.

También ellos se habían dado cuenta de mi satisfacción al ver la permanente sonrisa de mi cara.

Las siguientes tres horas de clase se me pasaron volando, y al llegar la hora del recreo pensé en ir a desayunar a la cantina, y ver si encontraba allí a mis compañeros para darles una pequeña explicación. En el fondo se habían portado muy bien conmigo al invitarme a salir aquella noche, y les debía una disculpa. Allí encontré a Salomé sentada sola en nuestra mesa habitual. Leía el periódico de la mañana mientras tomaba un café.

—Hola Salomé— dije pletórica.

Ni siquiera levantó la cabeza para devolverme el saludo, realmente estaba enfadada conmigo.

—¿Puedo sentarme?— pregunté prudente al comprobar su cabreo.

—Las sillas son de todos— contestó indiferente pasando la página y sin apartar la vista de esta.

Lo tomé como un sí. Agarré la silla y la coloqué junto a ella para sentarme lo más cerca posible.

—Tengo que contarte algo— de nuevo no pude controlar mi entusiasmo.

—¿Ah sí? Pues qué bien— aquello me sonó a ironía, pero no me importó, en cuanto supiera lo que tenía que decirle, seguro que le cambiaba el humor.

—¡Estoy saliendo con alguien!— dije por fin reprimiendo las ganas de chillar.

Sus ojos se depositaron sobre los míos con expresión de sorpresa, tal y como había imaginado. Le cogí de la mano y la apreté con fuerza mostrando mi nerviosismo por lo que acababa de contarle.

—¿No me vas a decir nada?— pregunté al ver que se había quedado sin palabras.

—¡Vaya! ¿Y es por ese motivo por el que te largaste del bar el otro día?

Asentí con la cabeza mostrando cierto arrepentimiento por haberlos abandonado sin explicaciones aquella noche.

—Bueno, supongo que fue por una buena causa— guardó silencio durante unos segundos antes de continuar.— Bien, y dime ¿quién es el afortunado?

Por alguna estúpida razón no contaba con aquella pregunta. Me sentí como una completa idiota al no suponer que Salomé me plantearía aquella cuestión, lo más normal era que quisiera conocer la identidad del chico con el que estaba saliendo, pero no estaba preparada para decírselo. No sabía cómo reaccionaría si le confesaba que me había enamorado de Scandar. Por muy liberal que ella se considerara, estaba segura de que se habría escandalizado y lo mismo hasta me habría denunciado por salir con un alumno del instituto. Definitivamente no podía decírselo.

—Pues... es alguien que no conoces, un amigo de la infancia— respondí con lo primero que me vino a la cabeza.

—¡Ah, qué bien! Mejor si es alguien que ya conoces de hace tiempo, así no te llevaras sorpresas.

—Sí, sí... claro, así no me llevaré sorpresas— me salió una risilla nerviosa al pensar en la impresión que se llevaría si supiera su autentica identidad—. Bueno pues ya te lo he contado, espero que no te molestaras en el bar, pero es que tuve que salir corriendo para encontrarme con él.

—No te preocupes. Ahora que ya está aclarado, todo tiene sentido. Creí que te había dado un ataque de locura o algo por el estilo.

De nuevo me reí nerviosamente.

Aunque un tanto atolondrada por el cúmulo de emociones, finalmente pude dar por concluida una mañana repleta de trabajo. Entre las clases, la reunión de departamento, una guardia y una visita de padres, apenas tuve tiempo de volver a ver a Scandar. Salí del centro tras la última campanada y allí tampoco lo divisé por ningún lado. Me extrañó que se hubiera marchado tan rápido sin despedirse, pero en cualquier caso sabía que lo volvería a ver a la mañana siguiente.

Al subir al coche advertí que había una nota en el parabrisas, saqué la mano por la ventanilla y lo alcancé inquieta imaginando que sería de él. En ella pude leer: Avisa a tu familia de que estarás fuera todo el fin de semana. No olvides traer ropa de abrigo. Será inolvidable.

Scandar quería asegurarse de que me tendría para él solo todo el fin de semana. Estaba entusiasmada con la idea de pasar dos días enteros con mi chico, sin temor a ser descubiertos por nadie, y volver a sentirme tan maravillosamente seducida por él.

Tenía claro que nada podría estropearnos aquella mini luna de miel, así que nada más llegar a casa, y con cinco días de antelación, me aseguré de llamar a mi madre para que no contara conmigo en la comida del domingo.

Aquella misma tarde salí a comprar algo de ropa de abrigo. No estaba segura de si debía llevar vestuario casual, o más bien elegante, así que opté por adquirir una mezcla de ambos estilos; ropa de sport para el día, y un par de vestidos para la noche. Estaba tan exaltada como cualquier adolescente comprando su vestido para la fiesta de fin de curso. No podía creer que me sintiera tan energética y ligera mientras recorría las calles a pie en busca de prendas de vestir.

Me detuve en un escaparate y observé que hasta mi rostro parecía haber borrado las pequeñas manchas de la piel, los ojos me brillaban con gran intensidad y en general me veía mucho más guapa que de costumbre. En ocasiones había escuchado ridículas historias sobre que el amor vigorizaba a las personas y les hacía tener un aspecto mucho más espléndido que de costumbre. Aquel día confirmé que aquellas leyendas urbanas eran incuestionablemente palpables.

Viernes, 31 de Enero

OTRO fantástico día soleado, el termómetro de mi coche marcaba diecinueve grados a pleno sol, era lo bueno que tenía vivir al sur del país, los días de frío intenso se podían contar con los dedos de una mano. Con un poco de suerte, el tiempo no cambiaría en los próximos dos días, y pensé que la ropa de abrigo que me recomendó Scandar llevar, no sería realmente necesaria. En cualquier caso seguí su consejo y la eché a la maleta junto con un par de camisas más ligeras por si acaso.

Después de aquella semana en el instituto intentando pasar desapercibidos, por fin Scandar y yo podríamos estar juntos sin temor a ser descubiertos. Quedé con él junto a un bar a la salida de las clases para encontrarnos. Esperó a que se marcharan todos sus compañeros para aproximarse a mi coche, portando una bolsa de mano bien cargada. Se acercó con paso firme exhibiendo su irresistible sonrisa, y se acercó a mi ventanilla.

—¿Estás lista preciosa?

En lugar de responder, le devolví una ruborizada sonrisa. Entonces subió al coche trayendo con él su penetrante y masculino aroma.

—Bueno, tú dirás a dónde vamos— aún no sabía cuál era el destino final de nuestra escapada, Scandar lo había mantenido en secreto hasta el último momento.

Se quedó en silencio durante unos segundos, mirándome cómo si hubiera encontrado algo extraño en mi cara, incluso palpé mi rostro pensando que tal vez tuviera algún resto del desayuno alrededor de mi boca.

—Estás muy guapa hoy— dijo al fin.

Aquella frase consiguió que mis mejillas enrojecieran. Sin lugar a dudas había estado esperando impaciente toda la semana para volver a verle a solas, y estaba ansiosa por pasar unos días a su lado. Puede que aquella felicidad fuera la culpable de que mi rostro se viera más radiante que de costumbre.

—¡Oh vamos Scandar! ¿Intentas coquetear conmigo?— dije en broma para disimular mi rubor. De nuevo aquel silencio acompañado de su profunda mirada.

—No. Lo único que quiero es que en estos días te enamores más de mí con cada beso que te dé.

Esta vez consiguió dibujar una amplia sonrisa en mi cara.

—Yo también lo deseo— contesté mientras le agarraba de la mano mostrando mi regocijo.

Sin más demora arranqué el motor del coche y puse rumbo a una montaña que había a unos trescientos kilómetros de donde vivíamos. Aquella montaña estaba a unos mil ochocientos metros por encima del nivel del mar, por lo que todos los inviernos una capa blanca de nieve la cubría. No sabía cómo, pero Scandar había conseguido las llaves de una pequeña cabaña de madera que había junto al pueblo de aquella montaña. Según me contó después, un amigo le debía un favor y en aquella ocasión se lo devolvió prestándole las llaves de la casa de sus padres. En cualquier otra situación me habría negado en rotundo a invadir el hogar de unos desconocidos, pero nada más lejos de mi intención, pues aquella ocasión merecía cualquier locura.

Pasamos la mayor parte del viaje charlando, contándonos qué tal nos había ido la semana, y lo complicado que había sido para ambos disimular delante de todo el mundo. Scandar se echó a reír cuando le conté la reacción de Salomé al confesarle que estaba saliendo con alguien, y cómo me las tuve que apañar para no desvelar su identidad.

—Lo malo es que aún nos quedan unos meses por delante, y me será complicado pasar a tu lado y no poder comerte a besos— poco a poco fui sintiéndome más confiada, y aproveché la ocasión para transmitirle lo difícil que era para mí aquella situación.

—Eso tiene arreglo— dijo seguro de sí mismo—. La próxima vez nos esconderemos en el cuarto de limpieza y nadie se dará cuenta. Esa habitación sólo la utilizan las asistentas cuando vienen a limpiar al centro por las tardes.

—Vaya, parece que estás muy enterado del funcionamiento del instituto— estaba claro que él mismo ya había estado en aquel cuarto anteriormente, pero no me importó, inclusive me pareció graciosa la ocurrencia.

Tras más de cuatro horas de viaje, por fin alcanzamos la cima de la montaña. El viaje se había hecho más lento a la subida, ya que la carretera era muy estrecha, y había poca visibilidad. Llegamos de noche al pueblecito, donde se apreciaban algunas luces brillando con claridad. A pesar de todo alrededor estaba oscuro, la luna reflejaba sobre la nieve blanca, dibujando una perfecta silueta de la montaña al fondo. Salimos del coche sintiendo el golpe de frío. Un frío tan limpio y puro, que no me importó respirar hondo para sentir cómo penetraba en mis pulmones.

—Aquella debe ser la casa— dijo Scandar señalando una cabaña que había a unos trescientos metros de donde habíamos aparcado.

Abrió el maletero del coche y sacó nuestras mochilas, y yo me encargué de sacar los abrigos del asiento de atrás. Ofrecí a Scandar el suyo, pero se negó a ponérselo. Yo, sin embargo, no era tan valiente, y no dudé ni un segundo en echármelo sobre los hombros. Me cogió de la mano y fuimos andando hasta la casita de madera.

—Creo que me está entrando nieve en los pies— dije sintiendo cómo el frío penetraba por mis zapatos.

—No te preocupes, sólo son unos metros, allí podrás entrar en calor.

El dueño de la casa (quien quiera que fuese), había dejado la luz del porche encendida, era evidente que sabían de nuestra visita. Scandar sacó una llave gruesa de su bolsillo derecho y la introdujo en la cerradura. Yo esperaba tiritando para entrar, no sabía si me embargaban más los nervios, o si estaba temblorosa por el frío. Cuando por fin abrió la puerta, todo estaba a oscuras, no se veía más que el reflejo de las luces de afuera. Scandar buscó el contacto de la luz para poder encenderla, y cuando lo hizo, tan sólo una suave y cálida bombilla iluminaba la entrada. Dejé las mochilas sobre el suelo y fue hacia el interior para buscar otros interruptores. Cerré la

puerta y fui tras él. Llegamos al salón, donde otra cálida lámpara iluminaba la habitación. Allí tan sólo había una antigua chimenea de piedra, una alfombra y un sofá. No era muy grande, pero aquello no me importó demasiado, sólo podía pensar en el frío que hacía en el interior de aquella casa, y en cómo nos las apañaríamos para calentarla.

—¡Madre mía, qué frío hace aquí dentro!— dije escondiendo las manos en los bolsillos de mi chaqueta.

—Lo sé, mi amigo me advirtió. Dijo que había un montón de leña en la parte de atrás de la casa para poder encender la chimenea— se decidió a coger su chaqueta y se la puso para salir de nuevo—. Vuelvo en un minuto.

Me quedé allí sola tiritando. Me entraron ganas de reír al pensar en los dos finos modelitos que había traído por si hacía calor. “Como para cambiarme de ropa estoy yo” pensé. Fui a mi mochila y saqué otra chaqueta que había traído, me la coloqué encima de la primera y me senté en el sofá encogida, esperando a que Scandar volviera para encender el fuego.

Cuando por fin regresó, trajo consigo un montón de troncos que depositó junto a la chimenea.

—Debo llevar un mechero por algún sitio— rebuscó entre sus bolsillos hasta que lo encontró—. Bien, vamos allá. Voy a conseguir que haga tanto calor aquí dentro, que no querrás ni llevar una simple camiseta.

Comenzó a sonreír de forma pícaro cuando vio mi reacción al abrir de par en par los ojos sorprendida por el comentario.

—Vaya, no sabía que fueras tan directo— contesté.— A lo mejor eres tú el que acaba sorprendiéndose.

Me levanté del sofá guiñándole un ojo, y le dejé tranquilo para que pudiera centrarse en encender la chimenea. No quería reconocerlo, pero yo también estaba deseando que la casa entrara en calor.

Fui a cotillear un rato el resto de la choza. Entré a una pequeña cocina amueblada con piezas rústicas de madera; la lumbre era una de aquellas hornillas a gas que había normalmente en las casas de pueblo, y el fregadero en azul, estaba hecho de algún tipo de piedra caliza. Abrí uno de los armarios y encontré una vieja vajilla de cristal verde, exactamente igual que la vajilla que mi madre tenía en casa cuando éramos pequeños. Las cacerolas eran de un cobre oxidado y las sartenes colgaban de unos ganchos sobre la pared.

A continuación me dirigí a la habitación principal y única de la casa, tendría más o menos los mismos metros que el salón. En el centro había una enorme cama de matrimonio con dosel de forja, vestida con varias mantas de lana, y sobre una pared se apoyaba un gigantesco armario de madera labrada con espejo central. Comencé a percibir un extraño olor a humedad dentro del dormitorio. Observé que había una puerta en la pared contraria al armario y supuse que el olor venía de ahí. Al abrirla encontré un viejo baño que aparentemente estaba limpio, pero eso no impedía que el olor a rancio se propagase por el dormitorio. No había ventana alguna por la que ventilar, así que todo el vapor y la humedad se quedaban allí acumulados. Volví a cerrar la puerta y regresé al salón.

El fuego ya comenzaba caldear la casa, y al menos pude quitarme una de las dos chaquetas que llevaba. Scandar se había quedado en manga corta, llevaba una camiseta blanca ceñida al cuerpo que dejaba entrever la silueta de sus músculos, y sus fuertes brazos se tensaban cada vez que removía la leña.

—¿Mejor ahora?— preguntó.

—Sí, ya se va notando el calorcito— dije quitándome la segunda chaqueta.

—¿Tienes hambre?— preguntó mientras se secaba el sudor de la frente causado por la proximidad del fuego.

—Pues ahora que lo dices... sí, la verdad es que me empieza a gruñir el estómago. ¿Dónde podemos comprar algo de comer?— pregunté.

—He traído algunas provisiones— se acercó a su mochila y comenzó a sacar bolsas de patatas fritas y otros snaks.

—¡Vaya! A eso lo llamo yo una alimentación sana— bromeé.

—Mañana ya tendremos tiempo de comprar algo más, hoy está todo cerrado. Además, no creas que me he olvidado del postre— sacó una botella de vino del interior de su bolsa.

—Y yo que creía que llevabas la mochila llena de ropa...— dije estupefacta.

Una mezcla de nervios y emoción me embriagó al comprobar su sentido del detalle. Scandar hizo que entrara en calor y me sintiera más cómoda encendiendo la chimenea, y además, se había acordado de traer comida, y por supuesto una botella de vino, perfecto para aquella ocasión.

—¿Por qué me miras así?— dijo al darse cuenta de que no le quitaba los ojos de encima.

—Porque eres perfecto— me acerqué a él para besarle, y noté el fuerte calor que desprendía el fuego de la chimenea.

Cuando su lengua rozó la mía, el calor se hizo más intenso aún, pero esta vez, el ardor provenía de mi interior. Sus cálidas manos se posaron sobre mi cintura, arrastrándome contra su duro cuerpo. Posé mis manos, aún destempladas, sobre sus desnudos y ardientes brazos, y palpé el perfecto molde de sus músculos. Estaban tensos y fuertes, pero transmitían un movimiento suave a sus manos, que comenzaron a subir por mi espalda atrayéndome hacia él con un intenso abrazo. Acaricié sus hombros y su cuello hasta alcanzar su cabello para enredar mis dedos en él.

Comenzamos a besarnos con un hambre tan salvaje, que el calor que tanto anhelaba antes, ahora se me hacía insoportable. Cada beso hacía que le deseara más y más, me sentía insaciable, imparable, incontrolable, sólo era capaz de pensar en la sed que me producía el roce de su lengua. Quería morder sus carnosos labios y saborear su boca. Entreabrí los ojos para ver cómo su potente mandíbula se movía al ritmo de su lengua, tan sensual, tan masculina...

Sus labios se deslizaron por mi cuello hacia abajo, hasta llegar a mis hombros haciendo que un suave gemido escapara de mi boca. Empecé a tener la necesidad de desprenderme de toda la ropa, le deseaba con ardor y me sentía consumida por el placer. Entonces separé mi cuerpo del suyo para darme un respiro, ambos jadeábamos de manera incontrolada.

—Parece que ya has entrado en calor— dijo mostrando sus perfectos dientes blancos—. Hay algo en ti que hace que me sienta terriblemente perverso, logras que desee hacer cosas escandalosas.

Tenía ganas de gritarle lo descontroladamente loca que me volvía con sus besos y sus envolventes abrazos, pero en lugar de eso le contesté:

—Vuelvo enseguida.

Regresé a la habitación a trompicones para cambiarme de ropa. Las piernas me temblaban sin control, y los nervios me invadían por todas partes. Deseaba entregarme a él por completo; su cara, sus ojos, su boca, sus brazos, su pecho... todo él me atraía de manera desbocada, como nunca antes alguien lo había hecho. Ejercía un poder físico sobre mí que jamás habría pensado que

podiera ser posible.

Al llegar al dormitorio respiré profundamente para recuperar el aliento. Rebusqué entre mis cosas hasta encontrar una camiseta de tirantes que había cogido como ropa interior; el calor frente a la chimenea se me había hecho tan insoportable, que era la única opción que tenía para cubrir mi cuerpo. Necesité un par de inhalaciones profundas para controlar la agitación de mis piernas y deshacerme de los vaqueros, sustituyéndolos por unas finas mallas de color negro.

Me acerqué al baño para comprobar frente al espejo que todo estaba en su lugar. De nuevo se me empezó a acelerar la respiración al pensar en lo que irremediamente iba a suceder a continuación. Le deseaba con todo mi corazón, era mi decisión, nuestra decisión, y los dos queríamos que ocurriera. Sentía un cúmulo de sensaciones, entre inseguridad y miedo, pero ninguna de ellas conseguiría que me arrepintiera de entregarme a él.

Solté mi pelo recogido y lo dejé caer libremente sobre mis hombros, agitándolo para que estuviera lo más suelto posible, pensé que daba a mi rostro un aspecto informal, pero sexy a la vez. Volví a respirar profundamente antes de salir del baño y me repetí a mí misma “Vamos Raquel, tú puedes hacerlo”. Abrí la puerta y me dirigí al salón donde Scandar esperaba.

Allí estaba él, recostado sobre la alfombra frente a la chimenea, con una copa de vino en una mano y otra preparada junto a él. Su mirada parecía estar perdida en las hipnotizadoras llamaradas del fuego; y su pecho desnudo brillaba con la tenue luz del fuego.

Allí estaba mi chico, tan pensativo, tan apuesto, tan sexy... Las suaves líneas de su espalda se giraron al oírme llegar. Todas mis inseguridades y mis miedos desaparecieron por completo cuando su profunda mirada se clavó en la mía, invitándome a acercarme a su lado. Una sonrisa se perfiló en mis labios al recordar la nota que me había dejado días atrás: “Será inolvidable”.

Lunes, 3 de Febrero

LOS primeros rayos de sol hicieron su aparición a través de los ventanales de mi habitación. ¿Realmente estaba de vuelta en casa, o aún seguía sumergida entre los cálidos abrazos de Scandar? Temí por un segundo que todo hubiese formado parte de mi imaginación y nuestro maravilloso fin de semana hubiese sido sólo un sueño... No, imposible. Jamás un sueño habría sido tan intenso y apasionado como los dos días vividos junto a él.

Rodé sobre la cama y clavé los ojos sobre el techo al tiempo que reflexionaba sobre los acontecimientos que habían tenido lugar el fin de semana. Aún podía sentir cómo la piel se me erizaba con cada una de sus caricias, y cómo nuestros cuerpos, desnudos, se rozaban bajo una electrizante sensación que recorría todo mi ser. Sólo tenía que cerrar los ojos para recordar su agitado aliento entremezclarse con el mío, y cómo la sed de mi boca se saciaba con sus ardientes besos. Me encontraba sumergida en una paz absoluta, ni el frío ni la nieve de aquella montaña pudieron calmar el fuego de nuestro interior, y ahora, de vuelta a la realidad, sólo podía pensar en lo maravillosamente afortunada que me sentía.

Una nueva semana de trabajo comenzaba para ambos, y de nuevo tendríamos que disimular nuestro amor, esta vez ya consumido. Pero no me importaba, estaba segura de que los días pasarían rápido, y volvería a disfrutar del calor de Scandar cada fin de semana.

Me levanté de la cama pronto para darme una buena ducha; dejé que el agua caliente bañara mi cara y recorriera todo mi cuerpo, percibiendo todas y cada una de las cálidas gotas que caían por mi piel. Me apetecía estar especialmente guapa aquella mañana, por lo que dediqué más tiempo de lo habitual a maquillarme y vestirme, debía estar radiante por si me cruzaba con mi chico en el instituto.

Cuando entré en el edificio, reparé en que aún no había borrado la sonrisa de mi cara desde que abrí los ojos aquella mañana, y es que aunque no quisiera, no podía parar de sonreír. Según bajaba las escaleras de la entrada principal, me imaginé a mí misma como una estrella brillante capaz de cegar a todos con la luz de mi felicidad; es más, las personas que se cruzaban conmigo me parecían más pequeñas de lo que en realidad eran.

Cuando llegué al aula de Primero, encontré a los alumnos esperando en la puerta, susurrando y chismorreando algo que parecía inquietarles aquella mañana.

—¿Ocurre algo?— pregunté aún medio ensimismada en mis pensamientos.

—¡Mira profesora! ¡Mira la que han liado en clase!— me asusté al sospechar que el aula

podría estar sumida en algún caos ocasionado por alguien.

Con mucho esfuerzo obligué a mi mente a regresar a la realidad. Intenté llegar hasta el interior de la clase apartando a todos los chavales que se agolpaban en la puerta.

—¿Qué ha pasado? Dejadme entrar— les pedí preocupada.

Pero cuál fue mi asombro al descubrir un paisaje completamente distinto al que había imaginado; todo el aula, desde paredes, ventanas, pizarra, mesas y sillas, estaba cubierto con carteles y notas escritas a mano. En ellas se podían leer mensajes de “te quiero”, “eres asombrosa”, “me fascinas”, “te adoro”, “me vuelves loco”... y así un sinfín de copias por cualquier lugar que mirase.

Casi me dio un ataque al corazón al reconocer aquella letra. Supe que las notas iban dirigidas a mí en cuanto divisé sobre la mesa principal otro papel que decía “y fue inolvidable”. Mis ojos no daban crédito a lo que estaban viendo, la boca se me abrió de par en par y los alumnos me observaban atónitos, ¿cómo habría conseguido Scandar entrar en el centro sin que nadie se diese cuenta, y organizar todo aquel despliegue en el aula? Aquella manifestación de amor fue realmente mágica, y aunque él ya había conseguido enamorarme en la casita de la montaña, la nueva declaración no hizo más que multiplicar mi deseo de estar de nuevo junto a él.

Los alumnos seguían susurrando y se preguntaban los unos a los otros quién habría sido el responsable de aquella locura; las chicas sobre todo estaban maravilladas, y escuché cómo una de ellas hacía sus conjeturas intentando averiguar si los mensajes irían dirigidos a ella.

En aquel preciso instante hizo su aparición Doña Maruja, caminaba con paso firme y con cara de pocos amigos, aunque aquello ya era normal en su persona. Apartó a todos los alumnos que se agolpaban en la puerta a base de empujones, y cuando llegó al interior del aula su rostro se enfureció más si cabía.

—¿Quién demonios ha hecho semejante estupidez?— preguntó en tono serio dirigiéndose a mí.

—No tengo ni idea, lo encontré así cuando llegué— contesté sin ni siquiera mirarla sabiendo de sobra que jamás delataría a mi amor.

—Quiero que todos ustedes recojan esto ahora mismo— ordenó a todos los allí presentes.

—Vamos, no creo que sea para tanto, sólo es una declaración de...

—¿Una declaración? ¿Sabe lo que esto supone?— amenazó acercándose a mí.

—No es tan grave, los chicos están encantados, y la verdad es que yo también.

—Usted no tiene ni idea ¿verdad? Alguien ha entrado en el centro a media noche para montar todo este jaleo, y quién sabe qué más habrá hecho. Este allanamiento al centro es intolerable— dijo apuntando con el dedo.

—Está bien, no le demos más importancia, le pediré a los chicos que me ayuden a recoger y ya está— contesté sabiendo que la directora sería capaz de buscar al culpable si no le hacíamos caso.

—Como me entere de quién ha hecho esto, se le va a caer el pelo— desafió al resto de alumnos.

Bajo un exagerado estado de nervios, Doña Maruja se marchó de nuevo a su despacho. Vi cómo algunos alumnos se mofaban de ella al verla tan exaltada.

—Pues a mí me parece una pasada— decían unos.

—Esa señora es una amargada, seguro que está celosa— comentaban otros.

—Bueno chicos, vamos a clase y retiremos entre todos los mensajes de las paredes— les

sugerí.

—Pues a mí me gusta más así, da un toque romántico al aula— opinó una alumna.

—Lo sé, pero ya has oído a la directora— contesté encogiéndome los hombros.

Los alumnos se pusieron manos a la obra para despegar todos los carteles. Yo me encargué de retirar los que estaban sobre mi mesa, no sin antes guardarme uno de ellos en el bolso; sería un bonito recuerdo que me acompañaría por el resto de mis días.

La clase concluyó sin más interrupciones. Por suerte aquel suceso no hizo más que aumentar el interés de los alumnos por atender aquel día, quizás fuese porque en el fondo estaban ensimismados en la idea de averiguar el nombre del autor, o tal vez fuera por el ímpetu con el que transmití la explicación del tema aquel día.

La mañana avanzó muy rápida, y por la tarde me quedé en casa preparando unos exámenes que tendría la semana siguiente. Me sentía tan feliz que decidí darle una alegría a los alumnos y preparé las preguntas más fáciles que de costumbre.

Justo al terminar con el último de los ejercicios, el timbre de la puerta sonó. No tardé ni dos segundos en abrir, tenía la certeza de que Scandar pasaría por casa aquel lunes, como de costumbre, para continuar con las clases particulares.

—Buenas tardes profesora— dijo esbozando una sonrisa ladeada—. Vengo a mi clase particular de todas las semanas, espero que no tenga ningún inconveniente, no sé, quizás le pillo ocupada con alguien..

—Cállate y entra— dije dándole un tirón de la manga para atraerlo hacia el interior.

Cerré la puerta para que ningún vecino chismoso nos espicara, y comenzamos a besarnos como locos. Resultaba tan embriagador y apetecible, que no sabía cómo había sido capaz de aguantar toda la mañana sin sus besos.

—¿Sabes en el lío que me has metido esta mañana?— dije entre beso y beso.

—Habría pegado los carteles por todo el centro, pero no me dio tiempo— contestó bromeando.

—Estás loco, ¿lo sabías?— repuse dándole un suave manotazo en el pecho.

—Pues sí, lo sabía, pero es culpa tuya. Si no te tuviera en mi mente todo el tiempo, estas cosas no pasarían.

Una amplia sonrisa se dibujó en mi cara.

—Bien chico listo, y ¿puede saberse cómo has conseguido colarte en el instituto a media noche para organizarlo?

—Un maestro nunca desvela sus secretos— contestó.

—No sé cómo lo consigues, pero cuando ya creo que no puedes sorprenderme más, vas y haces estas cosas... eres increíble.

—Increíble es lo chiflado que me tienes— pronunció con un brillo especial en los ojos.

El resto de la tarde la pasamos entre besos y libros. No debíamos olvidar el motivo inicial por el que Scandar venía a verme todos los lunes, aún nos quedaban un par de meses para conseguir que aprobara todas las asignaturas en el segundo trimestre, y tanto él como yo, estábamos más motivados que nunca en procurar que así fuera.

De vez en cuando nos tomábamos un descanso para beber algo y reponer energías, y tras un par de cariñosos besos, continuábamos con las materias. Me complació ver lo profundamente concentrado que estaba con cada una de las tareas, es más, apenas necesitaba mi ayuda para

resolver las cuestiones más enrevesadas. Él mismo hacía un esfuerzo por recordar lo que los profesores habían explicado en clase, y junto con los libros de texto, se apañaba perfectamente solo.

Sábado, 8 de Marzo

HABÍA pasado algo más de un mes desde que Scandar y yo estábamos juntos. Las semanas se convirtieron en excitantes aventuras por tratar de vernos a escondidas entre aulas, departamentos o incluso, cómo ya me advirtió él, en el cuarto de limpieza. A veces me resultaba imposible no arrancarle la camiseta o prenderle fuego a sus pantalones cuando lo veía deambular por los pasillos.

Los fines de semana eran mucho más relajados; solíamos escaparnos de la ciudad a algún pueblecito cercano, o simplemente lo pasábamos en mi apartamento. En algunas ocasiones no tuve más remedio que pasar el día con mi familia, ya que ellos no sabían nada de mi nueva relación, y esperaban que apareciese por su casa para compartir la habitual paella de mamá. Scandar, por su parte, parecía gozar de mayor libertad. Su madre era consciente de la mala relación que había entre él y Jacobo, y no ponía pegas a la hora de dejar a Scandar pasar un par de días fuera de casa para evitar disputas entre ellos.

Aquel sábado por la tarde decidimos coger su moto para dar un paseo por las afueras de Algezares. El tiempo comenzaba a mostrarse primaveral, y quisimos aprovechar el momento para respirar el aire fresco. Me aseguró que su madre había llevado a Angelito a la celebración de un cumpleaños, por lo que fuimos juntos a su casa para recoger allí la moto.

—Voy a por los cascos, vuelvo enseguida— dijo mientras yo esperaba en el salón.

Estaba tan entusiasmada con la idea de pasar el día juntos, que no me percaté de que alguien entró por la puerta de atrás.

—Vaya, vaya, pero mira a quien tenemos aquí— la inconfundible grave voz de Jacobo hizo que me sobresaltara cuando estaba observando una de las fotografías que había sobre la repisa.

—Ho... hola, ¿qué tal?— las palabras casi no me salían al verme sorprendida por su inesperada presencia.

—Si es la profesora de Scandar— dijo con una sonrisa a mi parecer despiadada.

—Sí, bueno, he venido a ayudar a Scandar con unos temas— fue lo primero que se me ocurrió como excusa.

Se adentró en el salón mirando a su alrededor en busca de algo. Llevaba una camisa blanca mal cerrada y manchada de un líquido rosado. La barba de varios días le daba un aspecto fúnebre y desaseado, como si llevara un tiempo sin pasar por la ducha.

—Claro, claro, seguro que le estás ayudando muchísimo— comenzó a acercarse a mí

tambaleándose y borrando la distancia normal entre dos personas—. ¿Y puede saberse dónde está mi hijo?

—Creo que ha salido un momento al garaje a coger algo— apunté con el dedo hacia fuera. Creí que si sabía que Scandar andaba cerca, no se aproximaría más a mí, pero no pareció importarle.

En aquel momento me percaté de que su aliento apestaba a alcohol. Le tenía tan cerca, que empecé a sentirme acorralada, no encontraba forma alguna de deshacerme de él sin ser grosera.

—Y dime preciosa, ¿qué tal se porta Scandar cuando está contigo?— cogió un mechón de mi pelo y se lo llevó a la nariz inhalando profundamente el aroma.

Quería gritar para que Scandar acudiera a sacarme de allí, pero la voz no me salía del cuerpo. Estaba tan atemorizada, y a la vez tan sorprendida por el comportamiento de ese hombre, que por un momento pensé que estaba teniendo un mal sueño.

—Sabes guapa, ojalá yo hubiese tenido una profesora tan dedicada como tú, seguro que me lo habría pasado muy bien.

Aquella frase tan insultante me hizo reaccionar al fin.

—Oiga, está borracho, déjeme en paz— intenté apartarlo de un empujón, pero él era mucho más grande y fuerte que yo, y no le costó demasiado retenerme contra la pared.

—Vamos profesora. No se me ponga nerviosa, que yo sólo quiero que me dé unas lecciones a mí también.

Cerré los ojos y giré la cabeza a un lado al ver que su rostro se acercaba demasiado al mío. Estaba atrapada por completo entre su cuerpo y la pared, y no podía defenderme ante su agresiva y abusiva actitud.

—¡Déjala en paz!— aquella voz fue mi salvación.

Ví a Scandar de pie, bajo el marco de la puerta del salón. Sus ojos parecían salirse de las orbitas al contemplar la inaudita escena que tenía delante. Con paso veloz y firme, avanzó hacia nosotros.

Al verle apretar con fuerza los puños, supuse que acabaría dándole un golpe a su padrastro, e instintivamente cerré los ojos para no ver la violenta escena. Pero en lugar de eso, me agarró fuertemente de la mano y tiró de mí para liberarme de las garras de Jacobo. El odio que emitía su mirada podría haber taladrado los muros de la casa. Jamás lo había visto contener la rabia de aquella manera, y aunque yo misma le habría dado una paliza a aquel desgraciado si pudiera, en el fondo suspiré aliviada al ver la capacidad de autocontrol que Scandar demostraba en aquellos instantes.

Salimos a toda prisa de la casa dejando a Jacobo atrás escupiendo toda clase de barbaridades por su boca.

—¡Scandar, cabrón, dale un buen meneo a tu profesora de mi parte!— gritaba ebrio desde el interior de la casa. — Y cuando te canses de ella me la pasas...

Sin mediar palabra, Scandar me pasó el casco de la moto y cuando subí, aceleró rápidamente para alejarse cuanto antes de las voces de su padrastro. Indudablemente no disfruté del paseo en moto, tal y como habíamos planeado. La imagen de Jacobo rozándome el pelo mientras se insinuaba me venía a la cabeza una y otra vez. Supuse que Scandar iría pensando en lo mismo, ya que en cada recta apretaba el acelerador con rabia.

Cuando llegamos a una zona ajardinada le pedí que parara. Tenía miedo de que en alguno de

aquellos acelerones tuviésemos un accidente, y además, el paseo no me estaba resultando nada agradable, así que preferí bajar de la moto y hablar sobre lo que había sucedido.

—Siento mucho que hayas tenido que pasar por esto— dijo sin moverse de su posición sobre la moto.

Le agarré de la mano y lo conduje hacia un banco que había junto a un parque infantil. Estaba vacío así que nos sentamos allí para hablar.

—Scandar, esto no puede seguir así, ¿cómo va a tomarse tu madre el asunto si se entera de lo que ha pasado?

—Ella no lo sabrá.

—Debes decírselo, tiene que conocer la clase de hombre que es Jacobo— insistí.

—¿Crees que no se da cuenta?— preguntó elevando el tono de voz.

—¿Me estás diciendo que tu madre sabe la clase de hombre que tiene a su lado y no hace nada por evitarlo?

Scandar respiró profundamente para intentar calmarse y poder responder.

—Sí Raquel, así es. Ya te he comentado en alguna ocasión que mi madre está luchando por su matrimonio por mi hermano pequeño. No quiere que crezca como yo, sin un padre— comentó con rabia contenida.— No voy a meterme por medio, porque si lo hago, acabaré con los sueños de mi madre de formar una familia estable. Ya sé que es una puta mierda, pero quiero que ella sea feliz, nada más.

—Scandar, de verdad que te entiendo, pero en este caso creo que tu madre sería mucho más feliz estando sola que con ese gorila.

—¿Crees que no me doy cuenta? Pero es ella la que tiene que tomar la decisión.

Le acaricié la mejilla intentando consolar su frustración.

—Estoy muy orgullosa de ti— le confesé.— Por un momento creí que ibas a pegarle una paliza a Jacobo, y sin embargo, te has abstenido de hacerlo.

—Sí, bueno. Si te digo la verdad he estado a punto de romperle la cara a ese desgraciado, si no llega a ser porque tú estabas delante... no creo que me hubiese controlado.

—¿Y qué va a pasar si tu madre se entera de que estamos juntos?— aquel asunto también me preocupaba.

—No creo que Jacobo le diga nada, no tiene pruebas y además, si yo hablara con mi madre, estoy seguro de que lo entendería. Ella sólo quiere que esté bien, y es evidente que desde que estoy contigo... estoy muy bien— hizo una breve pausa y a continuación esbozó una sonrisa.— Me siento eufórico cuando estoy contigo Raquel, tengo ganas de acabar este curso y marcharme de casa lejos. Contigo. Y no lo digo sólo porque me ayudes con los estudios, me gusta que hagamos cosas juntos, que nos divirtamos, que exploremos sitios nuevos. ¡Eres la leche!

Suavemente colocó un mechón de mi pelo tras la oreja mientras clavaba su dulce mirada sobre la mía.

—Te quiero Raquel— y entonces pronunció las palabras mágicas. Aquellas palabras con las que siempre había soñado, aquellas dos palabras que hicieron que mi corazón se agitará con frenesí.

Un beso suave y cálido se posó sobre mis labios a continuación. Aquel beso supuso el principio de una eternidad, la ilusión esperada durante años de desengaños y soledad, el primer “te quiero” que mis oídos habían escuchado con sinceridad. Los ojos se me empañaron de

felicidad ante aquellas palabras, y sentí la necesidad de abrazarlo fuertemente para que jamás se marchara de mi lado.

Yo también le amaba, le necesitaba, quería que aquella sensación no acabara nunca, y quería gritar al mundo mi amor por él. El miedo que había sentido aquella tarde frente a Jacobo, hizo que me diera cuenta de lo mucho que necesitaba su protección. El calor de su cuerpo no sólo despertaba en mí una sensación física, sino que también me proporcionaba seguridad, apoyo, confianza. Jamás olvidaría aquellas palabras declaradas de sus labios, ni el dulce aliento de su boca al besarme con ternura, ni la cálida caricia de sus brazos al estrecharme fuertemente entre ellos.

Nunca supe el tiempo que pasamos en aquella postura, pero debió de ser mucho, porque al separarnos ya había anochecido.

—¿Quieres que paseemos un rato?— sugirió al fin.

—Claro.

Como una niña hipnotizada me abracé a él mientras caminábamos por el parque. La noche era oscura y serena, no había demasiadas luces de farolas, ni ruidos de gente paseando. Las palabras entre nosotros tampoco se escucharon, nos bastaba con disfrutar de la presencia el uno del otro, y lo único que deseábamos era empaparnos de nuestra propia compañía.

Después de media hora caminando empecé a sentir algo de frío. La humedad de la noche se hizo palpable y le pedí a Scandar que regresáramos a por la moto antes de que no pudiésemos resistir el frío. Estaríamos mucho más cómodos al calor del sofá de casa.

Divisamos la moto a unos cincuenta metros de nosotros, cuando de repente, una voz salida de la oscuridad nos sobresaltó:

—Vaya, vaya. Pero mira quién está aquí— aquel tono me resultó familiar.

Tres figuras emergieron del solitario parque infantil. Cuando se encontraron lo suficientemente cerca, mis piernas flaquearon al descubrir que se trataba de los tres tipos que intentaron atemorizarme aquella noche a la salida del instituto. Miré a Scandar en busca de una reacción, ignoraba la relación que había entre él y aquellos chavales. Sabía que se conocían de antes, pero no tenía ni idea de hasta dónde llegaba la afinidad entre ellos. Tan sólo me bastó advertir la tensión en los ojos de Scandar para darme cuenta de que nada bueno se avecinaba.

—¿Qué hacéis aquí?— preguntó Scandar serio.

—¿Nos preguntas a nosotros qué hacemos aquí?— dijo el más alto—. Más bien eso lo tendríamos que preguntar nosotros.

—Sí— replicó otro—. Además, veo que vas muy bien acompañado, ¿no es esta la profesora del instituto?

Sus maliciosas sonrisas dejaban al descubierto sus pérfidos pensamientos.

—Dejadnos en paz, o llamaré a la policía— fue lo único que acerté a decir mientras intentaba buscar sin éxito el móvil en mi bolso.

Parecía que había contado algún chiste, porque los tres comenzaron a reírse de manera estruendosa. Entonces Scandar, intuyendo lo que se nos venía a continuación, dio un paso adelante protegiéndome de las eventuales amenazas.

—De eso nada— dijo el primero.— Aún tenemos algo pendiente contigo profesora, ¿no creéis que Rebeca se alegrará de saber que finalmente hemos cumplido con lo pactado?— preguntó a sus compañeros.

Así que Rebeca estaba detrás de todo aquello. Ella era la figura femenina que divisé aquella noche dentro del coche de donde salieron los tres delincuentes. Estaría resentida por las amonestaciones que le había puesto, y por la llamada que hice a su casa cuando rayó la carrocería de mi coche. Pero aquello ocurrió hacía ya varios meses, y yo ni siquiera me acordaba de ello. Tampoco había vuelto a tener ningún problema con Rebeca en clase, y lo último que pensé, fue que aquellos chavales aún tuvieran ganas de salirse con la suya.

—Scandar, tienes dos opciones— amenazó el cabecilla—, te apartas y nos dejas que nos divirtamos un ratito...

—¿O qué?— desafió Scandar apretando los puños con fuerza.

—Vamos, no seas estúpido, nosotros somos tres, y tú sólo uno— añadió el más bajito.

—No vais a tocarle ni un pelo— respondió él con voz grave.

Los tres se miraron los unos a los otros antes de abalanzarse sobre Scandar. Noté un fuerte empujón que me hizo caer a un lado de la calle. Una espesa nube de polvo me impidió divisar por unos instantes lo que estaba sucediendo, y tuve que apartarme unos metros para poder ver a Scandar. La imagen que tenía ante mis ojos era infernal; los tres amigos lo rodeaban para intentar inmovilizarle, y él se defendía con fuertes golpes a unos y otros. Al final dos de ellos consiguieron sujetarlo por detrás, y el más grandullón aprovechó para darle un puñetazo sobre el ojo izquierdo partiéndole la ceja.

—¡Basta! Dejadlo en paz— grité con todas mis fuerzas al ver la sangre caer por su rostro.

Pero como si de un susurro se tratara, mi voz no llegó a producir ningún efecto sobre sus ansias de pelea. A continuación, lo empujaron hacia delante haciéndole caer sobre la tierra, casi de inmediato descargaron sobre su espalda un sinfín de puñetazos y patadas, y fue entonces cuando, milagrosamente, un coche hizo su aparición a lo lejos.

Salí corriendo para pedir ayuda al conductor, grité e hice señales con los brazos para que parara y socorriera a Scandar de la paliza que estaba recibiendo. El coche aceleró hacia nosotros cuando vio la escena, y con fuertes y repetidos pitidos de claxon consiguió llamar la atención de los tres bastardos. Al ver las luces del coche acercarse a gran velocidad, decidieron concluir el apaleamiento.

—Rápido, vámonos de aquí— gritaron a la vez.

Salieron corriendo hacia un montículo que había cerca, y allí les perdí de vista. Corrí hasta Scandar que aún seguía tendido en el suelo, e intenté darle la vuelta para ver su rostro. Apenas podía moverse por sí sólo.

—Dios mío, ¿pero qué te han hecho esos desgraciados?

Su cara estaba toda ensangrentada, y la camiseta desgarrada dejaba ver profundas heridas en la espalda.

—Raquel, ¿estás bien?— alguien me preguntó, pero la voz no provenía de Scandar.

Levanté la cabeza y junto a nosotros vi al hombre que conducía el coche. El cúmulo de emociones que sentía en aquel momento no me hizo reaccionar ante la presencia de Rodrigo. Lo único que ansiaba era socorrer a Scandar, y sacarlo de allí cuanto antes.

—Rodrigo, por favor, ayúdame a levantarlo— pronuncié desesperada.

—Vamos chaval, te llevaremos a casa.

Entre los dos intentamos erguirle, pero sus piernas parecían cederle. Casi no podía caminar, así que tuvimos que dejar la moto allí, y montar en el coche de Rodrigo. A duras penas

conseguimos introducirle en el coche sin producirle ningún daño, su cuerpo estaba enteramente dolido y cualquier movimiento le perjudicaba.

—Os llevaré a mi casa, vivo aquí al lado— señaló Rodrigo refiriéndose a dos calles más adelante.

En el asiento de atrás Scandar se secaba la nariz con la camiseta hecha jirones. Alargué la mano temerosa a su ceja, y en silencio le acaricié el rostro suavemente para no hacerle más daño. Entonces me percaté de que Rodrigo nos estaba observando por el retrovisor, y retiré la mano de inmediato. Entendí que tendría que darle ciertas explicaciones sobre el por qué me encontraba un sábado a esas horas con un alumno del instituto.

Llegamos enseguida a su casa, y de nuevo entre los dos ayudamos a Scandar a subir hasta el segundo piso. Allí Rodrigo lo acompañó hasta la habitación de invitados, y le recostó sobre la cama mientras yo buscaba en el baño algún producto para desinfectar sus heridas. Los nervios hacían que mis manos tropezaran con todos los botes que había dentro del armario, y tardé unos minutos en dar con el algodón y el agua oxigenada.

—No te preocupes, ya lo hago yo— dijo Rodrigo quitándome el botiquín de las manos al verme tan angustiada.

Desde la puerta observé a Scandar que, grande y vulnerable al mismo tiempo, parecía un león abatido. Rodrigo curó la herida profunda de la ceja, necesitó unas cuantas gasas antes de que dejara de sangrar. Su espalda también estaba llena de magulladuras y moratones, y tras desinfectársela, mi compañero le prestó una camiseta limpia para que se despojara de la otra rota y desaliñada. Scandar estaba tan hecho polvo por la paliza, que acabó rindiéndose al sueño sobre la cama de Rodrigo, así que le dejamos descansar y nos retiramos al salón de la casa.

El silencio de mi compañero durante los minutos siguientes comenzaron a inquietarme, no sabía qué decirle, cómo iba a explicarle mi paseo con Scandar. No tendría más remedio que confesarle mi relación con él — eso si ya no lo había adivinado por sí mismo— en cualquier caso, lo menos que podía hacer, era justificarlo.

—¿Quieres tomar algo caliente?— me ofreció antes de que pudiera pronunciarme.

—Sí, claro. Una tila me vendrá bien— necesitaba tranquilizarme.

Me sirvió una taza mientras él se preparaba un café bien cargado, parecía que las sensaciones de cada uno eran del todo diferentes. Me senté sobre el sofá mientras daba un sorbo a la infusión, y Rodrigo hizo lo mismo en el sillón que había al lado. Tomé aire profundo antes de hablar:

—Rodrigo, verás... creo que debo darte una explicación sobre...

—Déjalo— me interrumpió— no necesitas explicarme nada. Ya eres mayorcita para hacer lo que quieras con tu vida.

Su aparente indiferencia me sentó como un puñetazo en el estómago. Ni mucho menos esperaba aquella reacción, más bien suponía que me soltaría un “¿cómo se te ocurre?”, “estás loca”, “¿en qué estabas pensando?”. Sin embargo, ninguna de aquellas declaraciones salieron de su boca, simplemente se dedicó a seguir sorbiendo su café mientras permanecía en silencio, pensativo, lo cual me hizo sentir aún más culpable.

Tuvimos que pasar el resto de la noche en su casa, esperaríamos a que Scandar se recobrar para montar de nuevo en la moto a la mañana siguiente y poder regresar.

Después de tantas emociones vividas aquel día, recordaría aquella noche, como la noche más larga de mi vida.

Lunes, 10 Marzo

“**P**OR DIOS, qué mal trago. Y aún nos quedan dos semanas hasta las vacaciones de Semana Santa” pensaba mientras caminaba hacia el interior del instituto, y observaba a los chavales revolucionados por los exámenes de fin de trimestre.

Tendría que enfrentarme a la mirada acusadora de Rodrigo durante aquellos días antes de tomarme un par de semanas de descanso— que sinceramente, los necesitaba más que nunca— y aparentar que nada había ocurrido frente al resto de mis compañeros. Scandar, por otro lado, tendría que quedarse un par de días más en su casa hasta que se sintiera con fuerzas para volver a las clases, así que me tocaría sobrevivir a las jornadas sin su presencia. Apenas acababa de entrar a mi primera clase, cuando alguien me agarró del brazo por sorpresa.

—Hola Salomé, ¿necesitas algo?— le pregunté al verla con cara de llevar prisa.

—¿Qué si necesito algo?, más bien esa pregunta te la tendría que hacer yo— contestó apretándome con fuerza.

—No sé qué...

—Calla y escucha— me interrumpió mientras se aseguraba de que no hubiese nadie cerca— ahora tengo clase, pero a segunda hora quiero que me esperes en el departamento, vas a tener que aclarar muchas cosas.

La voz de Salomé era del todo severa, me soltó bruscamente y se marchó con paso ligero y firme. Me quedé inmóvil frente a la puerta del aula mientras los alumnos desde dentro se preguntaban por qué no comenzábamos con la lección. El tono de mi compañera me hizo presagiar lo peor, era obvio que Rodrigo no había tardado ni dos días en ponerla al día, y aquello realmente me enfureció. Maldije en silencio a su traicionera lengua, jamás pensé que revelaría mi relación secreta con semejante rapidez.

Siempre creí que Rodrigo me guardaba cierta simpatía, aunque nunca llegó a aflorar abiertamente, quizás porque yo tampoco le había dado pie a hacerlo. En cualquier caso, cuando pasamos la noche en su casa, ni siquiera creí necesario pedirle que no contara nada, ya que daba por hecho que su afecto por mí no pondría en peligro mi integridad como profesora.

Tendría que esperar a terminar la clase para escuchar el rapapolvos de Salomé, y rezar porque nadie más, aparte de ella y Rodrigo, supiera lo que estaba sucediendo. Por suerte tenía examen durante aquella hora, y lo único que debía hacer era vigilar que ningún alumno se copiara, al menos me daría tiempo para pensar en lo que le contaría a Salomé a continuación. Aunque por

muchas vueltas que le di, no se me ocurrió nada más que confesarle la verdad.

—Vamos, pasa y cierra la puerta— me ordenó cuando llegué al departamento.

Entré cabizbaja, como una adolescente cualquiera que espera la charla sobre responsabilidad de su madre, y me senté al otro lado de la mesa para no tener que soportar su acusación de cerca.

—¿Eres feliz?— preguntó con uno de los tonos más afables que jamás le había oído pronunciar.

Había estado conteniendo la respiración esperando un bombardeo de preguntas en plan interrogatorio policial, pero la actitud con la que se dirigió a mí, fue algo más parecido al de una amiga tratando de entender aquella situación.

—Lo era, hasta que esos cretinos nos estropearon el día— fue mi sincera respuesta tras soltar el aire que había reprimido.

—Raquel, ¿realmente sientes algo por ese chico, o sólo se trata de un capricho?— continuó mirándome directamente a los ojos en busca de la verdad.

—No Salomé, no es un capricho. Sé que puede parecerlo, él es más joven que yo, es guapo, atractivo... pero hay mucho más que eso. Me he enamorado de él— me di cuenta de que necesitaba desahogarme con alguien, ya que no podía contárselo a mi familia, sólo ella parecía poder entenderlo.— Soy consciente de que es una locura, pero no puedes imaginar cómo me siento cuando estoy con él. Me he visto vacía todos estos años, ninguna relación con otros chicos me ha aportado nada, y ya creía que el amor no estaba hecho para mí. Scandar me hace sentir viva, hace que todo a mi alrededor cobre sentido, me impulsa a mejorar como persona; los problemas desaparecen cuando estoy con él, pero sobre todo, me hace sentir una mujer realizada.

Las palabras brotaban solas de mi garganta, y Salomé escuchaba en silencio.

—Por favor, no me odies por la decisión que he tomado— continué mirándole directamente a los ojos.— No puedo dejarlo ahora que sé quién soy, y qué es lo que quiero. Conozco las consecuencias si alguien más se entera de esto, por eso te pido de corazón que no desvelas mi secreto.

—¿Realmente sabes que pueden echarte del sistema educativo si esto sale a la luz?— preguntó.

—Sí Salomé, lo sé. Pero en este momento él es mucho más importante que mi trabajo. Le necesito.

Mi compañera no sólo escuchaba con atención mis palabras, sino que además, se mostraba interesada por ser capaz de entenderlo. Tras unos segundos de silencio concluyó:

—Está bien, hablaré con Rodrigo para que lo mantenga en silencio, el pobre está bastante afectado, ya sabes que estaba encaprichado contigo, y esto le ha descuadrado por completo— aquello me hizo sentir mal. — Por mi parte puedes estar tranquila, pero te advierto que si no tienes más cuidado, alguien se acabará enterando tarde o temprano.

—Gracias Salomé— dije dándole un fuerte abrazo.— Te prometo que seremos cautelosos, sólo tenemos que aguantar otros tres meses hasta que Scandar se gradúe, y ya no habrá problemas de ningún tipo.

—Confío en ti, no seáis estúpidos e intentad veros lo menos posible en estos meses. Ya tendréis tiempo de estar juntos el resto del año— me aconsejó devolviéndome el abrazo.

Aunque aún estaba preocupada por la situación, y sobre todo por el estado físico de Scandar, hablar con Salomé consiguió que respirara tranquila por unos momentos. Terminé mi jornada

pronto, y fui directa a casa para llamar a mi chico por teléfono y ver qué tal estaba.

—Hola mi amor, ¿cómo te encuentras hoy?

—Bueno, he tenido días mejores. Aún me duele la cabeza, pero creo que se pasará pronto.

—Deberíamos denunciar a esos desgraciados— sugerí despechada.

—No, es mejor dejarlo así. No quiero que mi madre se enteré, sufrirá pensando que me he metido en algún lío o algo por el estilo. Además, ella ya tiene bastante con cuidarnos a toda la familia— hubo un breve silencio—. Te echo de menos.

—Yo también te he echado de menos en el instituto, se me hace muy raro no verte por allí. Ha sido un día muy largo, la verdad.

—Pues imagina cómo he estado yo. Mi madre se ha creído lo de la caída en la moto, y no me ha dejado mover ni un dedo. Ha estado todo el día pendiente de mí, trayéndome la comida a la cama y pasándose cada cinco minutos por mi habitación para ver cómo me encontraba. Por cierto, ¿has hablado con tu compañero?, ¿cómo se llamaba? ¿Rodrigo?

—No exactamente. Verás, Rodrigo le ha contado todo a Salomé.

—¡Será cabrón! Menudo compañerismo— dijo enfadado.

—No, no tienes de qué preocuparte. Salomé lo ha entendido todo perfectamente. Le he dicho la verdad y me apoya al cien por cien.

—Vaya, eso sí que es una sorpresa.

—Sí, la verdad es que se ha mostrado muy comprensiva— dije.— Pero también me ha advertido de que debemos vernos lo menos posible, al menos hasta que te gradúes. Ya sabes que esto sería un escándalo si saliera a la luz.

—¿Me estás diciendo que no podemos estar juntos?— protestó cabreado.

—Bueno, creo que de momento deberíamos apartar lo de las clases particulares, es mejor no tentar a la suerte; y por supuesto, nada de volver a escondernos por el instituto.

—Veo que lo tienes muy claro— replicó con un ápice de decepción en su tono—, pero no creo que sea tan fácil.

—Lo sé, soy la primera que odia esta situación y esta mierda de sistema, pero sólo serán tres meses Scandar. Tenemos que hacerlo, por nosotros— deseé que lo entendiera.

Durante unos segundos sólo se escuchó silencio a través de la línea. Después Scandar volvió a hablar:

—Esto es una mierda, pero si eso es lo que quieres, así lo tendrás. Volveré a salir con mis amigos, la verdad es que no paran de llamarme y preguntar por qué no quedo con ellos— su resentimiento era palpable.

—Claro, así no sospecharán.

—En cuanto a las clases particulares, no te preocupes, ya me las apañaré yo sólo— inquirió con ironía.

—Sé de sobra que podrás hacerlo Scandar, siempre puedes darme un telefonazo para consultarme cualquier duda— intenté disimular mi preocupación.

—Sí, claro. Un telefonazo— repitió resignado.

—Por favor Scandar, esto es igual de duro para ti que para mí. Sólo serán tres meses, después podremos hacer lo que queramos. Te prometo que te recompensaré— creí que estimulando sus sentidos acabaría por acceder a mis peticiones.

Conseguí escuchar lo que pareció una leve risa a través de la línea.

—Está bien. Pero ten por seguro que esto me lo voy a cobrar muy caro— bromeó al fin.

—¿Ah sí? Y, ¿qué vas a hacer?— le pregunté mientras jugueteaba con el cordón del teléfono.

—Para empezar te voy a llevar a un lugar muy lejos, un sitio cálido. Allí te quitaré toda la ropa a mordiscos y... — se interrumpió.

—¿Y qué?— pregunté hambrienta de detalles.

—Ya lo sabrás cuando llegue el momento— respondió pícaro.

—¡Oh vamos! ¿Vas a dejarme con la duda?

—Es mejor así, la carne es débil y no te será fácil resistirte si te doy más detalles.

—¡Serás creído!

—No lo digo yo, puedes preguntar a todas las chicas que han estado conmigo antes— soltó seguido de una carcajada.

No pude evitar reírme de aquel comentario pedante, típico de cualquier adolescente presuntuoso. Pero sabía de sobra que Scandar no era así, él no era como los demás chicos de su edad. La pérdida de su padre cuando era tan sólo un niño lo había hecho madurar antes de tiempo, siempre se había sentido responsable del cuidado de su madre, y más tarde de su hermano pequeño. En el poco tiempo que había estado con él me había demostrado ser un chico responsable, capaz de tratar a una mujer con total delicadeza y sensatez, intuía perfectamente mi estado de humor y mis deseos, y siempre se había mostrado atento a la hora de satisfacer mis necesidades. Era cariñoso y pasional a la vez, pero también sabía escuchar cuando le contaba mis inquietudes. Pensé en lo duro que se me haría pasar aquellos tres meses sin su sentido del humor, siempre conseguía sacar una sonrisa en mí cuando más estresada estaba en el trabajo, y por supuesto también echaría de menos su serenidad en momentos de inquietud.

—No sé que voy a hacer sin ti todo este tiempo— ahora era yo la que se mostraba débil.

Su tono se volvió de nuevo serio:

—No te preocupes preciosa, estaré ahí cuando me necesites.

—Contaré los días hasta las vacaciones de verano.

—No será necesario, pasarán más rápido de lo que crees. Siempre puedes mandarme “notitas” a casa— otra vez consiguió dibujar una sonrisa en mi rostro.

Cuando finalmente colgué el teléfono, un leve dolor en el pecho me hizo presagiar que no sería tan sencillo superar aquella etapa, como había creído desde un principio.

Miércoles, 16 de Abril

LOS días siguientes avanzaron muy lentos. Cada vez se me hacía más insoportable no poder hablar con Scandar o tan siquiera cogerle de la mano unos segundos. Vernos a escondidas en el instituto era demasiado arriesgado, y pedirle que viniera a casa me resultaba cada vez más complicado, ya que casi siempre tenía el teléfono apagado o sencillamente no respondía a mis llamadas. Empecé a sospechar que estaba enojado conmigo por haber tomado la decisión de no vernos.

Una mañana, a la hora del recreo, me acerqué a un grupo de alumnos de primero que había formado un círculo, mientras hablaban de temas triviales:

—Hola chicos, ¿habéis visto a María? Su madre ha venido a buscarla para llevarla al médico — les pregunté.

En ese preciso instante, una figura firme y alta se colocó detrás de mí haciéndome sombra. Al girar, me llevé una grata sorpresa al comprobar que se trataba de él, sus ojos se clavaron firmemente en los míos mientras esbozaba una sonrisa en su cara. El corazón empezó a latirme tan fuerte, que por un momento creí que los demás alumnos notarían cómo se me salía del pecho, pero me obligué a girar la cabeza de inmediato al grupo para que no percibieran mi estado de excitación.

—Pedro, avisa a tu madre de que tu hermano se viene conmigo esta tarde en la moto, tenemos que terminar un trabajo de Física en mi casa— oí como le decía a uno de los chicos que había en el mismo grupo.

Quise pensar que había utilizado aquella excusa para estar un instante junto a mí sin levantar sospechas. Su cuerpo estaba tan cerca del mío, que podía incluso sentir su calor sobre mi espalda. De repente noté como su dedo comenzó a caminar despacio por mi cintura trazando un corazón, y aquello hizo que la piel de todo mi cuerpo reaccionara ante el tacto de su roce. Sólo duró unos segundos, pero el gesto consiguió que mis pequeñas dudas se disiparan por unos días.

Las vacaciones de Semana Santa también habían pasado sin poder estar juntos, Scandar aprovechó unos días para llevar a su madre y a su hermano a la playa; por lo visto, Jacobo tenía que hacer diversas gestiones y no quería que el pequeño Ángel le molestara con sus juegos y carreras por toda la casa. Tan sólo hablé con él por teléfono cuando me llamó para comunicarme sus planes, y que había conseguido aprobar todas las asignaturas de la segunda evaluación. No pude evitar que las lágrimas brotaran de mis ojos con la estupenda noticia, necesitaba darle un

abrazo y decirle lo orgullosa que estaba de sus resultados.

Decidí pasar aquellos días de fiesta con mi familia. Puesto que no podía disfrutar de la compañía de mi chico, nada me vendría mejor que distraerme un poco al lado de mi hermano y mis padres. Solíamos juntarnos de vez en cuando en casa de unos u otros, aunque David no siempre aparecía; para su suerte, él tenía mejores planes con los amigos.

—¿Por qué no te vienes hoy conmigo? Así podrás practicar algo de deporte— me propuso una mañana.

—No tengo ánimos hermanito, me temo que el ejercicio físico y yo no somos buenos aliados— contesté apoltronada en el sofá.

—Vamos, seguro que te sentirás mejor en cuanto respires la brisa del mar— intentaba convencerme mientras tiraba de mi brazo para levantarme.

Me deshice de su agarre con suavidad para volver a acomodarme en el hueco del sofá.

—Déjalo, de verdad. No tengo ganas de ir a ningún sitio. Sólo quiero ver la tele tranquila.

—Últimamente estás muy rara. ¿Se puede saber qué te pasa? No te había visto así desde tus exámenes finales.

—No es nada, simplemente me interesa la película que están poniendo hoy— mentí.

Pero David no era tonto. Él sabía que algo no iba bien, y quiso indagar.

—¿Las cosas en el trabajo van bien?— preguntó.

—Sí, claro. Mejor que nunca— contesté de manera escueta.

Por unos instantes se quedó callado y tomó asiento en el sillón de al lado. Por el rabillo del ojo pude observar su atenta mirada clavada en mí.

—¿Qué?— le reproché presa de los nervios.

—¿No será por ese chico?— acertó de lleno.

—¿Qué chico?— intenté hacerme la despistada, aunque estaba impactada por su intuición tan precisa.

—Ya sabes, ese alumno tuyo que vino a la playa, ¿no se llamaba Scandar?

—¡Ah Scandar! Bueno en realidad él no es alumno mío— no sabía cómo disimular mi inquietud, y David pareció darse cuenta cuando me vio removerme incómoda en el sofá.

—¿Así que es eso?

—Oh vamos, no seas tonto. ¿Qué tendrá que ver Scandar con mi estado de ánimo?

—¡Lo sabía!— se levantó del sillón de golpe—. Te lo advertí, te dije que no te hicieras ilusiones con ese chico.

—Te he dicho que no...

—A mi no me engañas. Estás colada por ese chaval— su tono era de indignación—. Te dije que ese tipo de chicos sólo buscan una cosa. ¿Qué pasa, ya ha conseguido lo que quería y te ha mandado al cuerno?

Aquel comentario consiguió enfurecerme.

—David no te pases. Scandar no es así. No ha pasado nada de lo que tú crees, simplemente intentamos llevar esto lo mejor posible— le levanté la voz.

—Así que estás con él— al final me había delatado yo misma.

—David no te metas. No es asunto tuyo en cualquier caso— estaba tan enfurecida conmigo misma que no quise seguir hablando del asunto.

Volví a dirigir la mirada hacia la televisión ignorando su presencia.

—Muy bien hermanita. Tú sabrás lo que haces. Sólo intento ayudarte, pero veo que es imposible hablar contigo— y sin más, salió de la habitación y cerró de un portazo.

En aquel momento no creí que compartir mis preocupaciones con mi hermano fuera a ayudarme en algo. Sin embargo, anhelaba alguien con quien hablar y desahogarme, y pocos minutos después de que se marchara me arrepentí de no haberle confesado mis inquietudes.

Y es que los días pasaban, y yo me sentía cada vez más y más sola. Cuando tenía un rato libre intentaba visualizar a Scandar desde la ventana de algún aula en la hora de recreo, y casi siempre lo hallaba en el patio rodeado de sus compañeros de clase. Me era inevitable sentir cierta inquietud cuando se trataba de chicas avasallándole al sentarse sobre sus rodillas con muestras de cariño descaradas. Aquellas escenas eran de lo más común entre compañeros de instituto, pero para mí, él no era otro alumno más. Me sentía frustrada por tener que aguantar sin poder acercarme a aquellas niñas y mandarles a paseo, pero no tenía más remedio que morderme la lengua y no protestar.

Nuestras miradas se cruzaban por los pasillos constantemente, y al principio siempre le devolvía la casi imperceptible sonrisa que me dedicaba. Pero cada vez me costaba más hacerlo, y llegó un momento en el que incluso desviaba la vista para no tener que enfrentarme a sus interrogantes ojos. Me dolía el alma evitar aquel diminuto gesto que tanto significaba para ambos, pero tenía que hacer grandes esfuerzos por no lanzarme a sus brazos y echar por tierra nuestros planes.

Para colmo, si ya de por sí me resultaba complicado pasar las horas en el centro, aquella mañana apareció Cristina por el departamento más exaltada que nunca mientras yo preparaba unos exámenes.

—¡Ay Raquel! ¡Qué bien que estés aquí!— dijo dando pequeños saltitos de alegría—. No sabes lo que me ha pasado.

—Debe ser algo bueno, porque te veo muy contenta— respondí sin entusiasmo alguno.

—No sé por dónde empezar, no te lo vas a creer— me cogió de las manos nerviosa.

—Prueba— contesté segura de que se trataría de alguna de sus ilusiones triviales.

Tomó aire profundamente para soltar el notición de golpe:

—¡Estoy saliendo con Rodrigo!— gritó eufórica apretando mis manos.

—¿Qué?

—¡Sí! Anoche fuimos a tomar algo al bar de siempre, y allí me pidió que saliera con él, ya sabes, en plan novios.

Si en aquel momento me hubiesen puesto un espejo delante, tendría la certeza de que mi cara habría sido todo un cuadro. Me imaginaba a mí misma como uno de esos dibujos animados al que le desencajan la boca hasta el suelo y los ojos se le salen de las orbitas, porque no di crédito a lo que estaba escuchando. Rodrigo y Cristina, ¿quién lo iba a decir? La más recatada de todo el instituto saliendo con uno de los profesores más atractivos.

—Vaya, no sé qué decir— me esforcé por ocultar mi perplejidad, aunque no resultó fácil.

—Pues di que te alegras por mí— sugirió con una sonrisa de oreja a oreja.

No podía decir que me entusiasmara aquella noticia; aunque tenía claro que Rodrigo y yo nunca llegaríamos a tener nada serio, sí que me sorprendió que eligiera a Cristina. Más bien le veía emparejado con alguien con más carácter, tal vez alguien como Salomé, mucho más madura e inteligente. Pero estaba claro que el amor era algo imprevisible, y jamás se podía dar nada por

hecho. En el fondo sentí envidia al ver a Cristina tan ilusionada con su nuevo amor, y deseé mentalmente que mi dramática situación acabara lo antes posible.

—Bueno, pues... ¡enhorabuena! Espero que os vaya muy bien juntos— fue lo único que acerté a decir en aquel momento.

Tras recibir la “gran noticia” me marché directamente a casa. En el camino de vuelta fui haciéndome a la idea de lo ilusionada que debía estar Cristina con su nueva pareja. Sentí cómo un pequeño ápice de envidia nacía en mi interior, en el fondo era consciente de que mi vida habría sido menos complicada si hubiese dejado que Rodrigo entrara en ella, en lugar de enredarme con una relación que debía llevar a escondidas. Intenté no pensar en Scandar aquella tarde, pero me era inevitable recordarle cada vez que cerraba los ojos.

Abatida y absorta en mis propios pensamientos tomé una ensalada bastante sosa y decidí ver una película tirada en el sofá mientras ahogaba mis penas en un bol de helado de chocolate. No pude estar menos acertada al decantarme por un drama romántico en el que la chica amada acababa muriendo en los brazos de su novio por una enfermedad incurable, y acabé con dos paquetes de pañuelos arrugados sobre la mesa y un segundo bol de helado terminado.

Las horas pasaban lentas, y acabé por rendirme al sueño que llevaba retrasado por las noches en vela.

No supe el tiempo que estuve en aquella postura, cuando un ruido estridente me hizo saltar del sofá; se trataba del timbre de la puerta sonando nerviosamente. Tardé unos segundos en despejar mi cabeza y comprender que alguien estaba intentando obtener respuesta.

—¡Ya voy, ya voy!— dije mientras daba traspiés con los muebles intentando llegar hasta la puerta.

Al abrirla creí que aún estaba soñando. Tuve que frotarme los ojos para asegurarme de que estaba bien despierta. La imagen de Scandar al otro lado del vestíbulo, dedicándome una de las más maravillosas y resplandecientes de sus sonrisas, me paralizó los sentidos.

—¡Scandar!— grité lanzándome a sus brazos como una niña pequeña.

Estuvimos en aquella postura durante varios minutos, temía volver a separarme del calor de su cuerpo y quise empaparme del aroma de su inconfundible perfume.

—Raquel cariño, necesito respirar— bromeó tomando aire profundamente.

—¡Ay perdona! Es que te he echado tanto de menos, justo en este momento estaba pensando en ti— confesé.

—Yo también te echaba de menos, me he escapado de casa sólo para robarte un beso.

Volví a abrazarle con tanta intensidad, que no fui consciente de que era yo la que casi no podía respirar abrigada por sus brazos.

—Ven, pasa. No vaya a ser que algún vecino cotilla se quiera enterar de todo— le susurré al oído.

Cuando cerré la puerta me cogió en brazos y me llevó hasta el sofá, donde, sin el menor esfuerzo se sentó colocándome sobre sus piernas.

—¿Qué tal te va?— preguntó mientras me acariciaba la mejilla con suavidad.

—Fatal. No llevo nada bien el que estemos tanto tiempo separados, los días se me hacen eternos— contesté—. Pero no hablemos de mí, quiero saber cómo estás tú.

—A mí me ocurre más o menos lo mismo, la verdad es que no siento estímulo alguno cuando voy al instituto y tengo que pasar de largo por tu lado. Nada es igual, incluso en casa mi madre no

deja de preguntarme qué me sucede.

—No sabes cómo lo siento.

—Raquel, tenemos que acabar con esto, quiero seguir viéndote como hacíamos antes— dijo tras un breve silencio.

—No sé— contesté pensativa— es muy arriesgado. Ten en cuenta que está en juego mi trabajo. Ya hemos conseguido aguantar un mes, y creo que deberíamos esperar hasta el verano.

—Yo ya no lo soporto más, quiero que estemos juntos— dijo con cierta aflicción—. ¿Sabes lo difícil que me resulta verte por los pasillos y no poder hablar contigo?, ¿o no poder llamar a la puerta de tu casa y pasar la noche juntos?

—Lo sé Scandar, a mi me ocurre exactamente lo mismo, pero ya sabes que no puedo arriesgar mi...

—¿Tu trabajo?— me interrumpió.— ¿Qué van a hacer, despedirte? Vamos Raquel, ni siquiera eres mi profesora.

—Lo sé, pero es que... no creo que sea bueno para la imagen del centro.

—¿El centro? ¿O más bien para tu imagen?— me acusó severo.

La conversación estaba tomando un rumbo inesperado. Nunca había visto a Scandar tan serio y enfadado conmigo, y aquella imagen de él comenzó a inquietarme. Para nada me gustó que me hablara en aquel tono, ya habíamos discutido el tema con anterioridad, y ambos acordamos esperar hasta fin de curso para volver a estar juntos. Por muy cabreado que estuviera, yo también lo estaba pasado mal aquellos días, pero era consciente de que si queríamos que nuestro plan funcionara, Scandar tendría que ser más paciente. Creí que ya había escuchado suficiente por aquel día, y lo último que necesitaba era que me acusara por pensar sólo en mí, y no en ambos.

—No te consiento que digas eso. Me ha costado mucho llegar hasta donde estoy ahora, y no voy a jugármela sólo por un capricho con un alumno de Bachiller— mis propias palabras resonaron en mis oídos produciéndome cierto dolor en los tímpanos.

Sus ojos se abrieron de par en par mientras un incómodo silencio se apoderó de la habitación. Supuse que mi malintencionada charla había ido demasiado lejos, y ni siquiera comprendía que aquellas duras palabras hubiesen salido de mi boca.

—Así que eso es lo que soy para ti; sólo un capricho— dijo al fin.

—Vamos Scandar, no te pongas así. Te he visto tontear con otras chicas en el instituto, y a saber lo que haces por las tardes con tus amigotes, ¿les has contado ya que te has enrollado con la profesora de matemáticas?

Frunció los labios y me estudió con la mirada. Examinó mi rostro durante mucho tiempo y de repente, apartó mis piernas de su regazo para levantarse del sofá.

—Veo que tienes muy claro tu concepto sobre mí— replicó dándome la espalda—. No te preocupes, no he contado nada a nadie, tu trabajo no se verá afectado por mi culpa.

Salió de la casa dando un portazo, y yo me quedé paralizada sobre el sofá sin saber qué hacer o qué decir. Dejé que se marchara y ni siquiera fui tras él para disculparme, era consciente de que la sinceridad con la que le había hablado había sido demasiado cruel. En el fondo, la conversación con mi hermano semanas atrás no se me había olvidado, e inconscientemente una parte de mí siempre había temido que Scandar sólo estuviera interesado en mí por sumar una nueva conquista a su currículum de seducción. Lo malo era que su reacción ante mis severas palabras, me había dejado con la duda; ¿sería posible que Scandar estuviese realmente enamorado

de mí?, ¿acaso no me lo había demostrado ya?

Comencé a agobiarme al pensar que podría perderlo para siempre, la sola idea de no volver a sentir sus besos y sus abrazos hizo que la angustia se apoderara de mi ya machacado estado de ánimo. Un cúmulo de emociones, entre miedo y ansiedad, empezaron a provocarme una repentina aceleración del pulso.

De un salto me levanté del sofá y me apresuré a comprobar si Scandar aún seguiría en el descansillo del edificio, pero llegué demasiado tarde; el ascensor ya había bajado al primer piso y no había rastro de él frente a mi puerta. De muy mala gana me introduje en el interior de la casa creyendo que sería mejor dejarlo marchar y tomarme un tiempo para pensar en lo que realmente debía hacer. Tendría que poner en orden mis pensamientos y mis dudas, tan liados como una madeja de lana. Scandar no se iba a conformar con una simple disculpa. Por otro lado tendría que elegir entre acceder a su petición de no esconder nuestro amor, o dejar que se marchara sin más explicaciones.

Me llevé las manos al rostro para tapar mis ojos mientras deseaba que todo fuera producto de una horrible pesadilla, demasiadas emociones juntas para un sólo día. Sentía todo mi cuerpo tenso por la cantidad de pensamientos que se agolpaban en mi cabeza; a primera hora de la mañana me había sentido deprimida, después Cristina me arrolló inesperadamente con su fantástica noticia, más tarde en casa conseguí relajar mi estado de ánimo por unos minutos, hasta que llegó Scandar, y todo sucedió demasiado deprisa como para ni siquiera darme cuenta de en qué punto nuestra conversación se había tornado discusión.

Decidí irme a la cama pronto y desconectar por completo, ni siquiera me planteé cenar algo antes de acostarme, tenía el estómago totalmente cerrado. Me puse el pijama y sin mayores dilaciones me dejé caer sobre la cama. Sentí el suave tacto de las sábanas sobre mi cara cuando me escondí bajo éstas, creí que así podría hacer desaparecer todos mis problemas.

Nada más lejos de la realidad.

Jueves, 17 de Abril

POR alguna inexplicable razón, los planetas parecían haberse alineado en contra mía para que no pudiera llevar a cabo los planes que con tanta urgencia necesitaba realizar. Cada vez que pretendía acercarme a Scandar para pedirle disculpas por mis inoportunas palabras, lo encontraba hablando con algún compañero de clase. Incluso en la hora del recreo salí al patio para intentar explicarme, pero su profesor de Lengua se me adelantó pidiéndole un ensayo para clase. Fui consciente de que en ningún momento él intentó buscar mi mirada entre la multitud, y aquello me inquietó aún más, me sentía como una mujer fría y calculadora, incapaz de comportarme con naturalidad y simplemente acercarme a él, tal y como lo haría cualquier otra persona.

Di por imposible hablar con él durante el recreo, por lo que reuní fuerzas y decidí presentarme directamente en su clase con algún tipo de excusa para reclamar su presencia ante el profesor.

—Perdona que te interrumpa la clase Gerardo, necesito hablar con uno de tus alumnos, será sólo un segundo— me dirigí al profesor que en aquel momento estaba impartiendo la clase.

—Claro, no hay problema— contestó— ¿con quién deseas hablar?

Busqué con la mirada entre las últimas filas intentando localizar a Scandar, pero lo único que hallé fue su pupitre vacío, ni tan siquiera su mochila estaba colgada de la silla.

—¿No ha venido Scandar a clase?— volví a preguntarle a Gerardo.

—Me temo que no. Yo he llegado hace unos minutos y no lo he visto entrar. ¿Alguno de vosotros sabe algo de Scandar?— preguntó al resto de compañeros.

Nadie dijo nada, los alumnos se miraban entre ellos intentando encontrar respuesta, pero nadie lo había visto desde la hora de descanso. Me despedí de Gerardo con una disculpa por la interrupción, y cerré la puerta con suavidad.

Regresé al patio para comprobar que no se había quedado allí rezagado, pero tampoco tuve suerte. También pasé por el departamento de lengua pensando que tal vez su profesor se había reunido con él allí para el ensayo, pero tampoco hallé rastro de él. Su desaparición comenzaba a inquietarme, ¿qué le habría pasado?

No tuve más remedio que rendirme ante la evidencia de que Scandar se había marchado del instituto por alguna extraña razón. Pensé que sería conveniente llamarlo por teléfono al terminar la jornada, aunque sólo fuera para saber que estaba bien. Ya trataría de tener una conversación más profunda con él en otro momento.

Pero entonces sucedió algo que alborotaría todas mis intenciones. Estando en el aula de

primero, una especie de pitido infernal comenzó a sonar por todo el centro. Tanto los alumnos como yo nos protegimos instintivamente los oídos de aquel silbido insoportable, ni siquiera podía escuchar mi propia voz cuando les pedí a todos que se mantuvieran sentados en los pupitres mientras yo me asomaba al pasillo para comprobar qué estaba sucediendo.

Observé cómo otros profesores sacaban a sus respectivos alumnos de sus aulas en filas coordinadas, y fue entonces cuando me percaté de que se trataba de un aviso de incendio en el edificio. Volví a clase, y entre señas y gritos les pedí a mis chicos que salieran ordenadamente del aula.

En tan sólo un par de minutos, todos los alumnos y profesores del centro habían salido a la calle, donde se formó un gran revuelo al desconocer el origen del incendio. Los profesores se reunieron con la directora Doña Maruja, quien tampoco supo contestar a la pregunta de quién había pulsado la alarma.

—Pero ¿dónde está el fuego?— preguntó Cristina intentando visualizar humo por algún lado.

—Yo estoy igual que vosotros, he escuchado la alarma y simplemente me he asegurado de que no quedara nadie en el interior del edificio— fue la respuesta de la directora.

—Esto debe de ser una broma pesada— inquirió el jefe de estudios.

—No puede ser, ¿quién iba a querer hacer una cosa así?— comentó otro profesor.

Mientras todos se debatían en un intento por averiguar qué diablos había ocurrido, dos coches de bomberos hicieron su aparición resonando con sus ensordecedoras sirenas. Uno de los bomberos se bajó del camión y se aproximó al grupo de profesores que seguían sin dar crédito a lo que estaba sucediendo.

En aquel momento una extraña sensación se apoderó de mí al darme cuenta de que precisamente Scandar se había ausentado del centro esa misma hora. Estaba convencida de que su estado de ánimo no sería particularmente bueno aquel día, y varias ideas comenzaron a darme vueltas en la cabeza hasta llegar a una inquietante conclusión que me hizo temer lo peor. Instintivamente empecé a buscarle entre el gentío dando empujones a los alumnos que se interponían en mi camino, llegué incluso a subirme a lo alto de un banco para poder visualizar desde allí a todo el mundo. Barrí con la mirada todas y cada una las caras de los allí presentes, pero nunca llegué a encontrar la suya.

Decidí entonces marcharme sin previo aviso, necesitaba averiguar urgentemente el paradero de Scandar.

Por suerte llevaba las llaves del coche encima, y no tuve que esperar a que los bomberos dieran el visto bueno para que todo el mundo volviera a sus respectivas aulas. Salí de allí tan pronto como pude, nadie pareció advertir mi marcha, ya que todos estaban pendientes de cómo los bomberos se colocaban los cascos y preparaban las mangueras en caso de ser necesario su uso.

Llegué a casa en veinte minutos, y tan pronto como dejé las llaves sobre la mesita de entrada, fui directa al teléfono que tenía sobre el televisor del salón. Marqué con dedos temblorosos el número de Scandar, estos parecían enredarse los unos con los otros mientras pulsaba los botones. Esperé a escuchar el primer tono de llamada, luego el segundo, después el tercero, y por fin al cuarto descolgó.

—¿Sí?— su inconfundible voz parecía serena, nada que ver con mi angustioso estado de ánimo.

—Scandar ¿dónde estás? Llevo todo el día intentando hablar contigo.

—¿Te ocurre algo?— preguntó sin mostrar la más mínima inquietud.

—¿Qué si me ocurre algo? ¿Se puede saber dónde te has metido?— era consciente de que mi voz comenzaba a sonar brusca.

—No sé qué es lo que te pasa, pero será mejor que te calmes si quieres seguir hablando conmigo— su todavía sosegado tono no hizo más que endurecer el mío.

—Scandar, sé que estás molesto por lo que te dije ayer, pero eso no te da derecho a poner en peligro a todos los miembros del centro— le acusé sin rodeos.

—¿Cómo? No sé a qué te refieres, ¿de qué coño me estás hablando?

—¿Acaso no has provocado tú la estampida haciendo sonar la alarma de incendios?— esperé a su respuesta, pero esta no llegó—. Te has marchado del centro a media mañana sin decir nada a nadie, y no te puedes imaginar la que has liado, incluso han venido los bomberos.

Por un segundo creí que me había colgado el teléfono, pero al fin Scandar respondió:

—Esto es el colmo. ¿Crees que estoy loco?, ¿qué voy por ahí provocando a la gente sin más, sólo porque esté enfadado contigo?— hizo una breve pausa para tomar aire—. Me parece que alguien se lo tiene muy creído, y esta vez no soy yo.

“*Touché*”. Scandar apuntó al centro y dio en la diana. Los roles habían cambiado y ahora era yo la que se había sobrevalorado inconscientemente.

—Pero entonces...

—Es verdad que llevo toda la mañana evitándote porque no tenía ganas de hablar contigo, pero después del recreo mi madre me ha llamado por teléfono y me ha pedido que fuera a recoger a Ángel a la guardería. Jacobo ha vuelto a..., bueno..., ya sabes, a discutir con mi madre.

Entonces fui yo la que no sabía que responder. Su tono era lo suficientemente afligido como para creer que sólo se trataba de una excusa. Por otro lado no entendí por qué no me avisó para que le echara una mano.

—¿Y por qué no has avisado a nadie de que tenías que salir del centro?— pregunté—. Podía haber ido contigo.

—¿Para qué? Ni que fueras mi niñera. Ya me lo dejaste bien claro ayer. Además, soy mayor de edad y no tengo por qué dar explicaciones a nadie— replicó.

Sabía que en el fondo tenía razón. Si por algo destacaba su personalidad, era precisamente por no dar explicaciones de sus actos a los demás, y menos aún después de cumplir los dieciocho. Sólo me quedaban dos opciones: creer su excusa, o pensar que se había inventado una falsa coartada.

Cerré los ojos para aclarar mis pensamientos, quería creerle por encima de todo, porque sabía que si no lo hacía podría perderlo para siempre. Entonces un relámpago de imágenes bombardearon mi mente: mi primer encontronazo con él, la noche en que me defendió de aquellos gamberros, las tardes que pasamos en casa estudiando, nuestro primer beso bajo las luz de las estrellas, sus profundos ojos mirándome fijamente, su eterna y maravillosa sonrisa...

En aquel momento me di cuenta de lo estúpida que había sido, y de cómo había sido capaz de dudar de su amor por mí. Él jamás había dado muestras de que nuestra relación fuera sólo un capricho pasajero, todo lo contrario, siempre me había tratado con respeto, se había esforzado por sacar el curso adelante sólo por complacerme, había llegado a seducirme con sus cálidas y suaves caricias, y jamás se mostró ansioso por el simple hecho de ligarse a una profesora. Las lágrimas comenzaron a brotar de mis ojos descontroladamente, y no pude retener los sollozos que

escapaban de mi garganta.

—Raquel, ¿estás bien?— preguntó Scandar alertado al escuchar mis gemidos a través de la línea.

—Perdóname, he sido una estúpida. No sé que me ha pasado— susurré entre gimoteos.

—Vamos cariño, no te preocupes, no estoy enfadado— su generosa comprensión hizo que me sintiera más avergonzada aún, y los sollozos pasaron a convertirse en un imparable llanto de desconsuelo.

—Lo siento— acerté a decir entrecortadamente—. De verdad no sé qué me ha ocurrido. Me siento fatal por haber dudado de ti.

—Es culpa mía, no tenía que haberte presionado ayer. No sé, estaba harto de no poder acercarme a ti.

—No cariño, tú no has hecho nada mal— declaré intentando calmarme—. Te he pedido demasiado, es verdad que sobrellevar a escondidas una relación no es fácil, creí que no sería tan complicado sacrificarse unos meses, pero no puedo pedirte que soportes una situación así por más tiempo. Soy consciente de que esto sólo me favorece a mí.

—No digas eso, tienes toda la razón, siempre la has tenido. No tendría que ser tan egoísta, y sí pensar un poco más en tu trabajo. Debería ser capaz de aguantar mis impulsos, al fin y al cabo sólo quedan dos meses para acabar el curso.

Poco a poco fui recobrándome del disgusto. Al parecer Scandar había recapacitado sobre nuestra relación, pero en el fondo sabía que era él y no yo, el que mayores sacrificios estaba asumiendo, al fin y al cabo él no tenía nada que perder si nuestro idilio salía a la luz.

—Gracias por ser tan comprensivo, eres mucho más maduro de lo que pensaba, siento haberte infravalorado— pude percibir a través de la línea como Scandar soltaba una pequeña carcajada.

—Pero qué dices, si la mitad de las veces no sé ni lo que hago.

—Te quiero— las palabras salieron de mi boca sin pensarlo.

—Yo también te quiero preciosa— fue su tierna respuesta.

Tras colgar el teléfono, una fuerte sensación barrió mi pecho. Sentía una pequeña punzada en el corazón que me obligó a tomar asiento. Aunque todo parecía haberse arreglado con Scandar, no dejaba de preguntarme por qué narices se habría enamorado él de mí.

Desde que estábamos juntos, no había hecho más que dudar de sus intenciones, y casi siempre me sentía a la defensiva por cualquier acción suya, incluso llegué a estar excesivamente pendiente de los comentarios que pudieran surgir de mis compañeros de departamento.

Sin embargo, Scandar siempre se había portado bien conmigo, y ni Rodrigo ni Salomé habían vuelto a pronunciar palabra alguna sobre mi relación con él. Definitivamente era yo la que estaba comportándose como una niña, y tendría que demostrarle pronto a Scandar que realmente lo amaba si no quería perderlo.

Miércoles, 22 Abril

EL equipo directivo del centro no tardó ni una semana en convocar un nuevo claustro para informarnos sobre la investigación que se estaba llevando a cabo con respecto al caos que se formó debido al falso aviso de incendio. La confusión vivida durante aquellos minutos no sentó nada bien, en especial a Doña Maruja, quien garantizó que ella misma se encargaría de averiguar quién había sido el sinvergüenza que causó semejante barullo.

El resto de los profesores tenían los ánimos irritados, y es que la directora nos había reunido de uno en uno en su despacho para hacernos algunas preguntas, incluso paralizó varias clases para interrogar también a los alumnos. En las reuniones de la cantina se podían escuchar diversas opiniones acerca de los métodos utilizados por Doña Maruja, que si esa señora estaba loca, que si se lo había tomado demasiado en serio, que si estaba alborotando el hábito de estudio de los alumnos... Intenté no entrar en las conversaciones cada vez que mis compañeros hablaban de ello; el temor a que el nombre de Scandar saliera a la luz me inquietaba, y prefería mantenerme al margen.

El claustro se organizó a las dos y media, cuando todos los alumnos se habían marchado a sus casas, y sólo quedamos los miembros oficiales del centro. Cuando llegué, la sala de juntas estaba abarrotada, el murmullo de los profesores podía escucharse desde el otro lado de la puerta. Divisé a Salomé en una de las esquinas mientras me hacía señales para que me acercara, bordeé la sala discretamente para no molestar a los que ya estaban sentados hasta llegar a ella.

—¿Cómo te ha ido la mañana?— preguntó cuando ya había tomado asiento.

—Bien, como siempre. Aunque algunos alumnos ya se están empezando a poner nerviosos con los exámenes finales— contesté.

—¿Tan pronto? Pero si aún falta un mes y medio para acabar el curso— replicó.

—Ya, pero los que han ido mal todo el año quieren recuperar ahora el tiempo perdido.

—Muy típico de los malos estudiantes, siempre dejándolo todo para el último minuto.

Aunque desee que la conversación con Salomé me distrajera de otros pensamientos, los nervios seguían apoderándose de mis sentidos. Incluso el tema de los alumnos me llegó a parecer banal en comparación con lo que auguraba que sucedería en aquella reunión.

—Bueno, no es ninguna novedad, todos los años nos encontramos con casos así— dije quitándole importancia.

Tras un breve silencio Salomé se lanzó a hacerme la pregunta que temía que me hiciera

precisamente en aquel momento:

—Bueno, ¿y cómo te va con tu chico?— me susurró al oído para que nadie de los allí presentes pudiera enterarse.

—Lo llevamos como podemos, la verdad es que no nos está resultando nada fácil estar tanto tiempo separados. No sé, es como si nos estuviésemos alejando poco a poco— confesé.

—No te preocupes— dijo dándome un suave codazo— ya verás cómo este veranito os lo pasáis estupendamente juntos.

—Eso será si llegamos— murmuré.

—Vamos, no será para tanto. Si de verdad os queréis, esto no debería suponer un impedimento para continuar juntos.

—Lo sé, pero la verdad es que está siendo mucho más complejo de lo que pensaba. No resulta sencillo pasar por delante de él y ni siquiera dirigirle la palabra. A veces se me forma un nudo en el estómago cuando le veo con sus compañeros de clase, y no puedo acercarme a él. Le necesito más de lo que creía, y a veces incluso se me pasan por la cabeza cosas que no debería ni pensar.

—¿Cómo qué?— quiso saber.

—No sé— dije agachando la cabeza— me da vergüenza decirte esto, pero es que a veces florece en mí cierto sentimiento de celos.

—¿Celos, tú?— exclamó acompañada de una risa entre dientes.

—Sí, ya sé que es una tontería, pero cuando veo que otras chicas flirtean con él... no sé, me pone nerviosa verlo así, rodeado de tantas chicas.

—Es normal Raquel, los chavales a esa edad hacen esas cosas, y sobre todo si no saben que ya tiene novia— dijo en tono burlón mientras me guiñaba un ojo.

—Venga ya, no tiene gracia— protesté riéndome al ver su cara de guasa.

En aquel preciso instante hizo su aparición el equipo directivo del centro, compuesto por Doña Maruja, y los dos jefes de estudios. Ninguno de ellos llevaba cara de buenos amigos, más bien parecía un desfile de altos cargos dispuestos a sacrificar a quien se pusiera por delante. Salomé y yo nos miramos dando por hecho que aquella reunión duraría más de lo esperado, y que seguramente no tendrían nada bueno que contarnos.

Tomaron asiento frente al profesorado, la directora se colocó entre los jefes de estudios y mientras estos pedían silencio a los allí congregados, ella barrió la sala con la mirada seria, como si quisiera asegurarse de que todos los profesores estaban presentes. El silencio se apoderó enseguida de la sala, tan sólo se escuchaba el movimiento de papeles que la directora hacía mientras los extendía de uno en uno sobre la mesa.

—Bien— comenzó—. Como todos sabéis, el pasado jueves fuimos víctimas de una desagradable gamberrada. Nadie, en los veinticinco años que llevo ejerciendo mi profesión, se había atrevido a causar semejante desconcierto entre los miembros de esta comunidad.

Hizo una breve pausa para tomar aire.

—Hemos iniciado una investigación en el centro para descubrir al culpable, y por eso os hemos ido reuniendo en mi despacho durante la semana. Se ha comprobado uno por uno los alumnos que en el momento del aviso de incendios se encontraban ausentes— tomó una de las listas en la mano— y hemos registrado en concreto doce nombres de alumnos que faltaron aquel día al instituto.

De repente comencé a notar un sudor frío en las manos. La directora se había referido a doce

alumnos que no habían asistido a clase aquel día, pero Scandar sólo se ausentó precisamente en la hora en la que el fatídico embrollo había tenido lugar. Miré a Salomé que seguía atenta a las palabras de Doña Maruja, y no pude evitar removerme inquieta sobre la silla.

—Bien, pues de estos doce alumnos que faltaron, siete han presentado un justificante médico de aquel día, así que por supuesto, no se les ha tenido en cuenta dentro de la investigación. Por lo tanto, ya sólo nos quedan cinco alumnos sospechosos— agarró entonces otro de los papeles—. Tras entrevistar a algunos profesores, nos llamó la atención una de las ausencias, que a decir verdad, casi se nos pasa por alto.

El corazón empezó a latirme más rápido de lo normal.

—Se trata de un alumno de segundo de Bachiller— afirmó contundente—. Este alumno acudió a clase aquel día, pero fue precisamente en una hora concreta, cuando desapareció del centro sin notificación alguna.

Las gotas de sudor comenzaban a deslizarse por mi rostro.

—Por supuesto hablaremos con sus padres para comunicarles la inmediata expulsión del centro. El alumno en cuestión es Don Scandar Medina Romero— dijo leyendo su nombre completo sobre el papel que sostenía.

El silencio de la sala se vio roto por un constante murmullo proveniente de algunos profesores que se vieron sorprendidos por la noticia. Salomé tardó unos segundos en dirigir su mirada hacia mí, temerosa de conocer mi reacción ante las palabras de la directora. Apreté los puños intentando disimular mi estado de nerviosismo, pero ella sabía perfectamente que si no lo evitaba, yo estallaría de rabia delante de todo el mundo.

—Vamos Raquel, tranquilízate, tiene que ser una confusión— me dijo en voz baja.

En aquel momento no pude contestarle. La rabia me consumía al pensar que iban a expulsar a Scandar del centro, sin ni siquiera darle una oportunidad para explicarse.

—Él no ha sido— fue lo único que acerté a decir.

—Estoy segura de ello, pero no debes alterarte. Ya verás cómo todo se aclara— respondió.

Los jefes de estudios volvieron a pedir silencio para que Doña Maruja continuara con su discurso.

—Para todos aquellos que no halláis tenido la ocasión de conocer personalmente a dicho alumno, os comunico que se trata de un chaval con cierta tendencia a buscar bronca. Si bien es cierto que en estos últimos meses ha dado un pequeño cambio de actitud, no debemos dejarnos engañar por su falso comportamiento. Como directora de este centro, no voy a permitir bajo ningún concepto que ningún alumno se burle de nuestro sistema, y mucho menos que ponga en peligro la integridad de este centro. Por lo tanto, la decisión está tomada, y mañana mismo se tramitarán los papeles para expedientar a Don Scandar Medina.

Aquellas fueron las últimas palabras de la directora antes de levantarse de su asiento y abandonar la mesa.

Salomé seguía centrando su mirada sobre mí intuyendo mis pensamientos, pero nada que pudiera hacer o decir, detendría lo que a continuación me disponía a realizar. No podía dejar que Scandar fuera acusado injustamente, sabiendo que él no había sido el culpable. Estaba completamente segura de que tendría que dar muchas explicaciones para demostrar su inocencia, pero creí que se lo debía. Él no había hecho nada malo, y no tenía por qué pagar injustamente con una expulsión, sobre todo después de todo el esfuerzo y empeño que había dedicado por mejorar

no sólo en su actitud, sino también en su expediente escolar.

Justo cuando Doña Maruja atravesaba la puerta para salir de la sala de juntas, me incorporé firmemente de la silla. Noté cómo la mano de Salomé me agarraba de la falda intentando hacerme entrar en razón para que volviera a sentarme, pero no le sirvió de nada.

—¡Scandar no ha hecho nada!— solté con voz alta y temblorosa a la vez.

De nuevo el murmullo de la sala se apagó, y observé cómo todas las miradas de los allí presentes se centraron en mí. Doña Maruja se detuvo bajo el marco de la puerta, y se volvió para mirarme con expresión de incertidumbre.

—¿Disculpe?— preguntó incrédula al verme de pie entre la multitud.

Tragué saliva al ser consciente de que no sólo tendría que justificarme ante la directora, sino que también el resto de profesores y demás miembros estaban pendientes de lo que tuviera que contar. Por el rabillo del ojo observé cómo Salomé se llevaba la mano a la frente, intentando disimular su preocupación. Ambas sabíamos que lo que se me venía a continuación daría mucho de qué hablar, y que no me resultaría nada sencillo salir inmune de aquel embrollo.

Tuve que carraspear para aclarar la garganta antes de volver a hablar, y es que por culpa de los nervios, la boca se me había secado en pocos segundos.

—He dicho que Scandar no tiene nada que ver con esto— repetí en un tono más bajo al experimentar el sofoco ocasionado por los centenares de ojos observándome.

Doña Maruja volvió a entrar en la sala atraída por la revelación que acababa de comunicarle.

—Bien señorita Montero, ¿y puede usted decirme entonces quién ha sido el desvergonzado en causar dicho desastre?— preguntó acribillándome con su mirada inflexible.

—No lo sé— acerté a decir después de agachar la cabeza sin encontrar respuesta a su demanda.

Entonces el sonido del murmullo volvió a manifestarse entre los profesores. Miré a mi alrededor, y advertí que algunos de ellos se encogían de hombros sin saber a dónde diablos quería llegar con mi inexplicable irrupción.

—Ya veo— contestó severa—. Y si no sabe usted quién ha sido, ¿puede entonces aclararme cómo está tan segura de que el señor Scandar es inocente?

Lo único que se me pasó por la cabeza en aquel momento, era si tendría que esperar la hoja de despido del centro, o directamente debía presentar mi carta de dimisión. Lo que me disponía a desvelar en presencia de todo el claustro de profesores, tendría unas consecuencias desastrosas para mi futuro, pero tenía la total certeza de que mi obligación era contar la verdad por encima de todo. Y la verdad era que Scandar no había sido el causante de aquel aviso de incendio. De un modo u otro me sentía responsable de defenderlo, no sólo porque lo amaba hasta lo más infinito, sino porque mi labor como docente era, entre otras cosas, contribuir a la rectificación de las injusticias sociales.

Miré a Salomé en busca de apoyo, pero lo único que encontré fue una mirada afligida pidiéndome con los ojos que no continuara, aunque por mucho que me rogara, ya nada podría detenerme.

—Bueno..., yo... he estado con...

—¡Lo que dice Raquel es cierto!— me interrumpió una voz familiar proveniente de una segunda entrada a la sala.

Todas las miradas cayeron entonces sobre la persona que había detenido mi testimonio, justo

en el momento en que me disponía a revelar los motivos por los que estaba tan segura de que Scandar no era culpable.

Su esbelta figura resurgió de la nada. Ni siquiera me había percatado anteriormente de que Rodrigo no estaba presente en la reunión, pero al verlo allí de pie, mientras sujetaba lo que parecía ser un DVD en una mano, provocó cierta distensión en la musculatura de todo mi cuerpo. Una sensación de tranquilidad me invadió cuando se dirigió a mí con una suave y astuta sonrisa a la vez. Supe entonces que mi compañero me salvaría el pellejo. Sospeché que desvelaría alguna cuestión que se les había pasado por alto al equipo directivo, y que con un poco de suerte, podría librarme de mi despeñamiento profesional.

—Aquí está el culpable, o mejor dicho, los culpables de todo este embrollo— apuntó alzando el DVD.

Lo que al principio era un inocente murmullo en el interior de la sala, pasó entonces a transformarse en un alborotado clamor. Me percaté de que ya nadie seguía fijando la vista en mí, sino que ahora todos observaban a Rodrigo avanzar por la sala en dirección a la mesa principal que originalmente había ocupado la directora minutos atrás. Pidió a uno de los compañeros que lo ayudara a conectar el proyector sobre la gran pantalla que había instalada en la pared. Tomé asiento de nuevo interesada en lo que Rodrigo habría descubierto, y desde allí divisé a Doña Maruja con expresión de fastidio, seguramente desconcertada con el inesperado giro que estaban tomado sus indagaciones.

—Por favor, les pido un poco de silencio para poder seguir el video— solicitó a todos los allí presentes.

Cuando se mostraron las primeras imágenes borrosas sobre la pantalla, la gente fue enmudeciendo poco a poco haciendo un esfuerzo por entender cuál era el interés por mostrar la entrada del instituto. En pocos segundos la grabación se aclaró, y enseguida me percaté de que se trataba de la cámara que había situada sobre la entrada principal del centro. Aquella misma a la que una vez recurrí para pescar al gamberro que me había rallado el coche, o mejor dicho, a la gamberra. Pronto mis recuerdos se vieron interrumpidos por la explicación de Rodrigo:

—Como todos habréis advertido, este video se corresponde con la grabación de la cámara de seguridad que hay instalada sobre el acceso principal al centro.

Todos, incluida la directora, seguían atentos su exposición.

—Si os fijáis, en un lateral de la cámara se puede apreciar el día y la hora en la que esta grabación tuvo lugar— señaló con la mano sobre la esquina de la pantalla—. Se trata precisamente del pasado jueves, día diecisiete, a las once horas y cincuenta minutos. En este momento hace su aparición el alumno nombrado por la directora, Scandar Medina, que como se aprecia en la imagen, sale del centro por la puerta sin que nadie se lo impida.

Los nervios volvieron a aflorar en mí cuando, claramente, observé su figura saliendo del instituto. Llevaba los mismos vaqueros y la misma camiseta blanca que aquel día, y por supuesto su mochila colgada de un hombro. Parecía llevar prisa por salir de allí cuanto antes, aunque después de escuchar los motivos por los que lo hizo, no me extrañó en absoluto.

—Bien hecho señor Castro— irrumpió la directora— me alegra saber que tenemos una prueba más de que el señor Scandar es un auténtico farsante. Después de esto, ya nada podrá salvarlo de una clara e irrevocable expulsión.

—¡No tan deprisa señora!— le detuvo Rodrigo cuando ésta se disponía a marcharse—. Si

espera tan sólo un par de minutos, será testigo de que el chaval es inocente.

Salomé se volvió hacia mí para comprobar si aún estaba entera. Le devolví la mirada junto con un suspiro de alivio, al que ella respondió con un apretón de mano.

—Les ruego que presten especial atención al fondo de la valla, justo donde ésta limita con el final del recinto— explicó.

Por la imagen calculé que, entre la entrada y la terminación de la valla, habría unos cincuenta metros. No sería sencillo reconocer a los culpables desde tan lejos con una cámara tan pequeña.

—Y bien, es precisamente ahora, a las once y cincuenta y dos minutos, cuando las siguientes figuras aparecen en el fondo de la imagen.

Fue entonces cuando cuatro siluetas emergieron del interior del instituto. Por la complexión, era fácil distinguir las siluetas de tres chicos y una chica. Vimos cómo uno de los chavales saltó la valla primero para sujetar desde fuera a la chica que a continuación se lanzó. Tras ellos, los otros dos muchachos saltaron sin aparente dificultad y una vez fuera, los cuatro salieron corriendo entre risas y carcajadas.

—¿Los conoces?— me preguntó Salomé al ver mi rostro desencajado.

Jamás podría olvidar la imagen de aquellos tres agresores que le dieron la paliza a Scandar. Exactamente las mismas siluetas, las mismas chaquetas de cuero, las mismas cabezas rapadas... ¿cómo no iba a reconocerlos?

En aquel momento me invadió una mezcla de sensaciones; entre alivio, al saber que Scandar por fin quedaría absuelto de las acusaciones del equipo directivo, y rabia contenida, al no haberme dado cuenta con anterioridad de que semejante idea de estropicio sólo podía originarse en uno de los más retorcidos cerebros del centro, el de Rebeca.

No tardé ni un par de segundos en reconocer su figura como la única chica que iba en el grupo, con su habitual cola de caballo y su excesiva delgadez. Daba la sensación de que la presencia de Rebeca en mi vida no era casual, siempre que sucedía algo funesto a mi alrededor, ella estaba presente, directa o indirectamente. Comencé a creer que se trataba de una maldición o algo por el estilo, como si su sombra se interpusiera siempre entre Scandar y yo, y no nos permitiera estar juntos bajo ningún concepto.

—Sí— respondí finalmente a Salomé—. La chica es alumna mía, y los otros tres que la acompañan son los que le dieron la paliza a Scandar el día que Rodrigo nos encontró.

—¡Vaya!— susurró con los ojos bien abiertos sorprendida con la noticia.

—Bien, en la imagen se ha podido identificar a Rebeca Robles, de segundo A, como la chica que va en el grupo— continuó Rodrigo con la aclaración—. Los otros tres chavales no se corresponden con ningún alumno que tengamos matriculado en este centro, así que suponemos que se trata de familiares o amigos extraescolares de dicha alumna.

Se escucharon algunos comentarios entre los profesores del tipo “esta chica siempre está igual”, “no va a cambiar nunca”, “deberían expulsarla de inmediato”...

—Además, y como ya he comprobado con el profesor que en aquel momento impartía clase en su aula, efectivamente Rebeca no estuvo presente durante esa hora. Por lo tanto, esto nos lleva a confirmar con certeza que ella es una de las responsables del falso aviso de incendios.

Inexplicablemente la gente comenzó a aplaudir el discurso de Rodrigo. Aunque me sentía eufórica con el giro que habían tomado los acontecimientos, no podía afirmar que estuviera de acuerdo con la reacción del resto de profesores. Si bien era cierto que muchos de ellos habían

tenido más de un altercado con Rebeca, siempre pensé que aquella chica necesitaba dar un cambio radical a su estilo de vida; buscar nuevas compañías y dedicarse a los estudios para no sentirse tan perdida.

Evidentemente, después de aquel altercado, mi alumna sería expulsada del centro, y quien sabe lo que le depararía el futuro si nadie hacía nada por ayudarla.

Jueves, 23 de Abril

AUNQUE mi cama era suave y confortable, aquella noche no habría habido diferencia alguna si hubiera dormido sobre una cama de tablones de madera. No dejé de rodar y girarme sobre el colchón, de tumbarme boca arriba y boca abajo. Me fue imposible encontrar una posición cómoda para mi cuerpo, y es que inexplicablemente, no había paz para mi mente torturada. Era extraño, pero de todos los problemas que me debían preocupar, lo que me impedía dormir eran los motivos por los que Rebeca habría llegado a hacer una cosa así.

La habitación estaba silenciosa y mal ventilada, y el aire se hacía más pesado a cada minuto. Deseando sentir un soplo de aire fresco, me levanté de la cama, me dirigí a la ventana y la abrí. Suspiré con alivio cuando una ligera brisa me envolvió llevándose consigo los malos pensamientos. Cerré los ojos y en aquel momento reviví los cálidos besos de Scandar junto a la chimenea, y volví a abrirlos despacio, con el deseo de que él estuviera de nuevo a mi lado.

Decidí no contarle nada de lo que había sucedido la tarde anterior en el claustro. No quería que se sintiera insultado o traicionado por las primeras acusaciones de los miembros del centro, y creí que lo mejor sería que continuara sus clases con total normalidad. Al fin y al cabo, su imagen no había sido dañada gracias a la intervención de Rodrigo, al que le estaría agradecida eternamente.

Cuando por fin parecía que podría conciliar el sueño, el estrepitoso despertador anunció la hora de comenzar un nuevo día. A trompicones me embutí en un vestido azul de estilo marinero, con botones al centro y un fino cinturón rojo. Pasó un cuarto de hora hasta que acabé de maquillarme intentando disimular las ojeras.

Aquel día llegué al trabajo antes de lo habitual, por algún motivo el tráfico estaba más despejado que de costumbre, y los semáforos parecieron ponerse de acuerdo para estar en verde cada vez que pasaba por delante de alguno de ellos.

Los pasillos del instituto se hallaban totalmente desiertos, aún faltaban unos minutos para que profesores y alumnos se presentasen. De camino al departamento, pasé por delante del despacho de la directora. Doña Maruja siempre era de las primeras en aparecer, y no me extrañó escuchar su voz desde el pasillo. Lo que me desconcertó de la conversación que estaba manteniendo, era el tono en el que lo hacía; percibí su voz rotunda, severa e imperturbable.

—Quiero que mañana mismo venga tu abuela y firme los papeles de tu expulsión— oí como le decía a alguien.

Quien quiera que fuese la otra persona, no se dignó a contestar, simplemente advertí cómo agarraba los papeles y salía del despacho a grandes zancadas. Irremediablemente no tardaría en averiguar que se trataba de Rebeca, y es que al cruzar el pasillo, no tuve más narices que encontrarme cara a cara con ella.

El encuentro entre ambas no debió de durar más que un par de segundos, pero su mirada fría y colérica detuvo el tiempo. Era imposible apartar mis ojos de los suyos, parecían retenerme sin control y por mucho que lo intenté, me fue imposible desviar la mirada. Sus ojos eran oscuros como el carbón, y sus pupilas estaban tan dilatadas por el odio, que parecía que en cualquier momento arderían en llamaradas. Sólo me bastó aquel instante para darme cuenta de que el asunto de la alarma no acabaría tan fácilmente; sus labios dibujaron una maliciosa sonrisa al verme pasar junto a ella, y pude leer en ellos algo parecido a un “prepárate”.

Un leve escalofrío recorrió mi cuerpo cuando la perdí de vista, sentí que mi cerebro dejaba de reaccionar ante cualquier otra cosa que no fuera su pérfido gesto. Llegué con paso lento y la mirada perdida al departamento, y de manera inconsciente deposité el bolso sobre el ordenador. Tuve que tomar asiento encogida por el desconcierto que reinaba en mi cabeza, y me recapacité durante unos minutos para averiguar qué habría querido decir con eso de “prepárate”.

El ruido originado por los primeros alumnos en llegar, se fue haciendo cada vez más alborotador. A los pocos segundos el timbre sonó, despertándome de mi aletargado estado mental con un sobresalto. Entonces alguien entró en el departamento. Se trataba de Rodrigo, con su acostumbrado buen estado de ánimo y su aire fresco.

—¡Buenos días Raquel!— pareció sorprendido al verme allí tan pronto.

—Buenos días Rodrigo— contesté aún medio embelesada.

—¿Estás bien?— preguntó al ver que no reaccionaba.

Con cierto esfuerzo tuve que centrar mi cabeza en la conversación con mi compañero, por nada del mundo quería que se enterara de lo que me acababa de suceder con Rebeca. Tal vez mi imaginación me estaba jugando una mala pasada, y él ya había hecho suficiente por sacarme de varios apuros.

—Perdona, es que no he dormido muy bien esta noche. Debe ser la falta de sueño que me tiene algo atolondrada.

—Vamos, ya queda menos de curso, tenemos que aguantar éstas últimas semanas.

—Tienes razón, ya falta poco para acabar— repetí con una leve sonrisa.— Oye Rodrigo, verás, quería darte las gracias por lo de ayer.

—¿A mí? Vamos, no fue nada. Cualquier otra persona habría hecho lo mismo, al fin y al cabo, el chaval no tenía nada que ver.

—Ya, pero sólo a ti se te ocurrió revisar los videos de las cámaras de seguridad.

—Pensé que ahí estaría la clave para pillar al culpable. No sabes lo que esas cámaras pueden llegar a mostrar en un solo día— aseguró arqueando las cejas.

—Si no llegas a revisarlos, Scandar estaría ahora expulsado del centro, y yo...

—Vamos Raquel,— me interrumpió apoyando su mano sobre mi hombro— de verdad que no tiene importancia, ya está solucionado, deja de darle vueltas.

Tuve que mirarle directamente a los ojos para darme cuenta de que su intención de ayudar era franca. Su mirada era amable y transmitía una paz sosegada. No pude contener la alegría al ver que Rodrigo seguía siendo la misma persona, aún después de conocer mi idilio con Scandar, e

instintivamente me levanté de la silla para darle un fuerte abrazo. Él respondió de la misma manera, y ambos nos fundimos en un apretón amistoso.

—Eres un sol— dije besándole la mejilla.

—Gracias— noté como su rostro se ruborizaba con tanta manifestación de cariño.

Entonces cogí mi bolso y mis libros, y me dirigí hacia la primera clase del día, no sin antes girarme en la puerta para comunicarle a Rodrigo lo mucho que me alegraba su relación con Cristina, y que esperaba que fueran muy felices juntos.

De camino al aula, tuve que sortear algunas mochilas de alumnos que andaban tiradas por el suelo mientras esperaban a sus profesores. Llegué a las escaleras que conducían a la segunda planta, y al elevar la vista para subir por ellas, me sorprendió muy gratamente contemplar la esbelta figura de Scandar en lo alto. Desde abajo su imagen se divisaba dominante sobre el resto de alumnos que pasaban por su lado. Al ver su resplandeciente sonrisa, supe que estaba esperándome allí a propósito. Subí las escaleras pausadamente para poder deleitarme con su sonrisa el mayor tiempo posible, sin apartar mis ojos de los suyos mientras él mantenía las manos en los bolsillos de una forma despreocupada.

Cuando llegué a lo alto de la escalinata, decidí no pasar de largo como solía hacer últimamente para no levantar sospechas. En aquella ocasión opté por detenerme frente a él, y saludarle como lo haría cualquier otra profesora con cualquier otro alumno.

—Hola— dije tímidamente abrazando los libros contra el pecho.

—Hola— susurró con su voz masculina.

Sentí los labios secos y tuve que humedecerlos con la punta de la lengua para poder hablar. Un escalofrío me recorrió de pies a cabeza cuando su mirada siguió aquel leve movimiento.

—¿Cómo estás?— las palabras se resistían a salir con fluidez.

Entonces acercó su rostro al mío para murmurar algo a mi oído:

—Esta noche pasaré por tu casa— y sin decir más, se alejó hacia su aula.

Sentí como cierto rubor me subía por las mejillas, haciendo que éstas enrojecieran. Intenté disimular mi estupor colocándome el pelo tras la oreja, y miré a mi alrededor para comprobar que nadie se había percatado de mi sonrojo. Tras obligarme a recuperar la compostura, continué mi camino hacia el aula, donde como ya suponía, los alumnos esperaban inquietos.

—Vaya, parece que estáis deseando comenzar con la clase— ironicé mientras abría la puerta con llave.

—¡Qué va profesora!— respondió uno de ellos.— Al revés, lo que estamos deseando es terminar cuanto antes.

—¿Por qué será que no me sorprende?— repliqué mirando al cielo.

La mañana pasó más rápida de lo habitual. Las clases resultaron bastante amenas, y la participación de los chavales fue mayoritaria. Supuse que el deseo de ver a Scandar al anochecer ayudó a que mis explicaciones fueran más claras y entretenidas de lo acostumbrado.

Al sonar el último timbrado del día me dirigí en un abrir y cerrar de ojos al departamento para dejar los libros y coger mi bolso. Planeé dejarme caer por la peluquería aquella misma tarde para estar radiante ante la visita de mi chico. Sentía como si se tratara de una primera cita. Otra vez. Y es que después de estar tanto tiempo separados, aquella noche tendría que ser perfecta.

De repente, el sonido de la puerta al abrirse irrumpió mis pensamientos. Retrocedí de forma instintiva al ver que Rebeca entraba en el departamento cerrando la puerta tras de sí

impidiéndome la salida. Su cara de pocos amigos me hizo sospechar que aquella inesperada visita tendría unas consecuencias desagradables. Su mirada era dominante, no había cambiado desde que me crucé con ella por la mañana, y sin poder evitarlo mis músculos se tensaron.

—¿Qué quieres?— pregunté mirándole directamente a los ojos disimulando mi rigidez.

—Buenos días profesora— saludó en tono irónico.— Parece que tienes prisa.

—Sí que la tengo, así que si no te importa, preferiría atenderte mañana. Déjame salir— dije señalando la puerta para que se apartara de ella.

Por supuesto aquello no pareció importarle en lo más mínimo. Siguió sin mover ni un sólo pie de su posición.

—Sólo será un minuto, no te preocupes, seré breve— repuso con una media sonrisa.

Presentí que no me quedaría más remedio que escuchar lo que tuviera que decirme. Darle de patadas y empujones con una alumna para que me dejara salir, no era una opción factible para alguien en mi posición. Además, ya no quedaría casi gente en el edificio, por lo que dar gritos como una histérica, tampoco se veía como una solución.

—A ver, ¿qué quieres contarme?— pregunté cruzándome de brazos.

—Verás, tengo un problemilla que quisiera que me ayudaras a solucionar— declaró mientras se iba acercando con paso lento.

Su aire arrogante no me sorprendió en absoluto, pero su descarada aproximación me incomodó hasta el punto de hacerme desviar la mirada a otro lado.

—Como ya sabrás, me han acusado de hacer sonar la alarma de incendios la semana pasada— añadió.

—¿Pretendes hacerme creer que no fuiste tú?— le reproché.— Por si no lo sabes, todo el profesorado vio el video en el que tú y tus amiguitos saltabais la valla segundos antes, así que no intentes engañarme.

—No es lo que pretendo. Esa vieja cabrona ya me ha mostrado las imágenes— continuó refiriéndose a Doña Maruja.— El video es muy claro, y sé perfectamente que no puedo hacer nada por borrarlo.

—Entonces ¿qué pretendes que haga yo?— pregunté sin entender adónde quería llegar.

—Necesito que convenzas a la directora de que yo no tuve nada que ver con el aviso.

—¿Qué?— declaré sorprendida.— Ni lo pienses. Tú has sido la responsable de este alboroto y tendrás que acarrear con las consecuencias. Además, no entiendo por qué has tenido que hacer una estupidez así.

—Eso no te importa— respondió tajante.

—Ah ¿no?, pues siento mucho decirte que tendrás que arreglártelas tú solita para salir de este embrollo.

Agarré mi bolso y pasé rozándole el brazo en busca de la salida. No estaba dispuesta a escuchar más sandeces.

—Me ayudarás te guste o no— le oí cómo me decía desde atrás.

Me detuve en la puerta sujetando el pomo para abrir mientras le daba la espalda. Una parte de mí gritaba a voces que saliera de allí lo antes posible, pero mucho me temía que Rebeca acabaría por convertir mi vida en un infierno si no la dejaba terminar.

—Yo no puedo hacer nada— admití por encima del hombro.

—Estoy segura de que encontrarás la manera— sentí como su maliciosa sonrisa volvía a

dibujarse en su rostro.

Me di la vuelta para mirarle de nuevo a la cara.

—¿Y qué pasa si me opongo?— aunque ya conocía la respuesta, quise oírla de su boca.

—Entonces no tendré más remedio que contarle a todo el mundo tu rollo con Scandar.

—Yo no tengo ningún rollo con...

—No te molestes— me interrumpió.— Mis contactos ya me han dado detalles de vuestro romántico paseo por el parque.

Rebeca se acercó a la puerta y apartó mi mano del pomo para abrirla. No supe reaccionar ante sus palabras, mi cabeza se quedó totalmente bloqueada con su amenazante declaración. Era indiscutible que aquel trío de desgraciados salvajes no se había conformado con darle una paliza a Scandar sin motivo aparente, sino que además estaban dispuestos a hacernos la vida imposible. Me arrepentí de no haberlos denunciado el día que dieron la brutal paliza a Scandar, pero él me pidió que no lo hiciera, y yo no pude más que cumplir sus deseos.

—¡Ah, por cierto! Tendrás que buscar una solución antes de que acaben las clases mañana por la mañana— añadió alzando la voz mientras avanzaba por el pasillo.

No recuerdo cómo regresé a casa aquella mañana. Estaba tan absorta en mis pensamientos, que me fue imposible recordar en qué momento cogí el coche para conducir hasta el garaje de mi edificio. Cuando por fin en el salón de casa salí de mi enajenamiento, temí haberme saltado algún semáforo en rojo o algún stop inconscientemente. Se me puso un fuerte dolor a ambos lados de la cabeza, era un dolor palpitante, sentía cómo las arterias de las sienes se me hinchaban con el ritmo acelerado del pulso. Tenía el cuello rígido y notaba una gran tensión en los hombros, así que decidí darme una ducha caliente para relajar toda la musculatura de mi cuerpo y apaciguar mi estrés.

Pasé la tarde sin salir de casa dándole vueltas a las amenazas de Rebeca, no sabía cómo diablos iba a salir de aquel lío. Me sentí como una estúpida al recordar el interés obsesivo que tuve a principio de curso por ayudarla a mejorar en sus estudios. No sólo no me lo habría agradecido jamás, sino que para más colmo ahora tendría que aceptar sus advertencias y buscar un remedio antes de la mañana siguiente.

A eso de las diez de la noche, el timbre de la puerta sonó haciendo que me sobresaltara. Había olvidado por completo que Scandar vendría a verme aquella noche, me culpé a mí misma por descuidar algo tan importante. Era obvio que mi cabeza estaba en verdad aturdida.

Su rostro reflejaba felicidad y entusiasmo por volver a verme, tenía los ojos colmados de una intensa luz. Por desgracia mi rostro no transmitía la misma exaltación, ya que mi estado de ánimo era más parecido al de una muñeca de trapo sacudida y aporreada. En cualquier caso Scandar ignoró mi malestar y me tomó en sus brazos para ofrecermelo uno de sus más apasionados besos. Al principio respondí tímidamente, pero poco a poco el sabor de su boca fue proporcionándome un intenso calor por el cuerpo, que me hizo olvidar por unos instantes mi desasosiego.

—Vaya, yo también me alegro de verte— acerté a decir cuando me soltó.

—Estás preciosa— aseguró mientras me sujetaba entre sus brazos.

—No lo creo, tenía intención de haber ido a la peluquería esta misma tarde, pero todo se me ha complicado— admití.

Apartó un mechón de pelo que caía sobre mi rostro, y lo colocó detrás de la oreja.

—Tú no necesitas ir a ninguna peluquería, eres la profesora más sexy del mundo— deslizó sus

manos con suavidad por mi espalda transmitiéndome un efecto relajante.

Al menos aquello consiguió dibujar una sonrisa en mi cara antes de decidir que le contaría todo lo sucedido en los últimos dos días. Sentí la necesidad de desahogarme con él y hallar algo de claridad en mis pensamientos. Aunque Scandar fuese más joven que yo, tenía la fuerza mental que a mí me faltaba, suponía un gran apoyo para mi ya desgastado cerebro y tenía la firme convicción de que juntos, encontraríamos una solución.

—Tengo que contarte algo— le cogí de la mano para dirigirle obedientemente hacia el sofá.

Al verme fruncir las cejas, Scandar se temió lo peor. No era raro escuchar decir a una mujer aquello de “tenemos que hablar” y rezar para que la popular frase no se refiriera a un “lo siento, pero tenemos que dejar lo nuestro”. Para nada pretendía acabar mi relación con él, pero por la forma en que lo dije, debió de suponerse que se trataba de algo similar. Su rostro se puso serio mientras escuchaba con atención mi relato sobre lo sucedido en el claustro, y la inesperada visita de Rebeca a continuación. Cuando terminé de contarle lo ocurrido, observé que sus hombros cayeron hacia abajo en señal de alivio. Era como si hubiese estado conteniendo la respiración mientras mi historia avanzaba, hasta que por fin le pregunté por su opinión.

—Vaya, nunca pensé que Rebeca fuera tan lista— su comentario me exasperó tanto, que las mejillas se me enrojecieron de rabia.

Le di un suave codazo en las costillas mostrando mi enfado.

—Vamos Raquel, estoy de broma— su amplia sonrisa puso de manifiesto que lo que acababa de contarle no le suponía ningún problema.— La solución es muy sencilla.

—¿Ah sí?, pues ya me contarás que tienes pensado, porque yo llevo toda la tarde dándole vueltas.

—Primero déjame hacer una cosa.

Entonces colocó una mano sobre mi nuca y acercó su cabeza a la mía. Supe que besarme en aquel momento no era lo más apropiado, en especial porque aún conservaba parte de la tensión acumulada durante todo el día. Pero sus labios estaban suaves y calientes, como las llamas de una hoguera. Poco a poco fui subiendo las manos por sus hombros hasta enredar mis dedos entre su cabello, y la tensión se fue transformando en excitación. Scandar hundió sus dedos en mi cabello y tiró de él hacia atrás hasta que el peso de mi cabeza quedó apoyado en su mano. Mi fino cuello quedó a la vista y Scandar buscó el latido de mi pulso para arrastrar sus labios con dulzura por él.

Scandar separó su boca de mi cuello cuando más hechizada estaba.

—¿Mejor ahora?— preguntó con un destello de burla en su voz.

—Sí, lo sé— admití.— Estoy bastante estresada con este asunto, no debería afectarme tanto, pero tengo miedo a lo que pueda suceder si alguien se entera de lo nuestro.

—Lo único que tenemos que hacer es admitir que fui yo el que pulsó la alarma— su sugerencia me hizo dar un respingo del sofá.

—¿Estás de broma? Eso no es una solución— gruñí.

—Claro que lo es. Si dices que las cámaras me vieron salir del instituto minutos antes, entonces no hay más que hablar.

—No pienso permitir que acarrees con la culpa— le dije disgustada.— Sólo porque diera la casualidad de que tú salieras del centro a la misma hora, no te hace responsable de lo sucedido.

—Lo sé, pero es la única solución posible que tenemos. Además, ¿no dices que me culparon en un principio? Lo único que tengo que hacer es pasarme por el despacho de la directora mañana

y confesar que fui yo el causante de la gamberrada.

—No Scandar, olvídate. No es una opción— confirmé rotunda.

—Vamos cariño, piénsalo bien— dijo mientras me acariciaba el rostro para calmarme.— Lo único que me puede pasar es que me expulsen del centro, pero no tengo más que matricularme en otro instituto para acabar lo que me queda de curso. Sin embargo, si Rebeca saca a la luz nuestra relación, tu situación se podría ver bastante más afectada.

En cierto modo tenía razón. Sería mucho más sencillo para él trasladarse a otro centro y olvidar el asunto, que dejar que aquella desvergonzada pusiera en peligro mi trabajo. Aún así la idea de que Scandar se sacrificara por mí, no me convencía del todo.

—Pero, ¿cómo vas a cambiarte de instituto?, ¿qué dirá tu madre?

—Mi madre está demasiado ocupada con Ángel como para preocuparse por algo así. Además, últimamente la situación se está complicando cada vez más con Jacobo. Creo que se está planteando por fin separarse de él, así que estará demasiado ocupada como para que eso le preocupe— hizo una pausa—. Ya no puede seguir aguantando sus humillaciones y malos tratos.

—Desde luego debería hacer algo— opiné.

—Anoche mismo estuve a punto de abalanzarme sobre él. Como de costumbre, Jacobo empezó a poner pegos con la cena y mi madre harta ya de sus quejas le dijo que si no le gustaba se preparara él mismo la comida.

—¿Y qué paso?

—El muy imbécil tiró el plato a los pies de mi madre, y le dijo que ni los perros podían tragarse una bazofia como esa.

—Cómo lo siento— me imaginé como debió sentirse Eva al escuchar semejante desprecio por parte de su marido.

—Si no llega a estar Ángel delante, le habría dado un puñetazo. No sabes la rabia que sentí al ver a mi madre recoger el plato del suelo con lágrimas en los ojos.

—¿Qué pasó después?

—El canalla se marchó a un bar cercano a cenar, y ayudé a mi madre a recoger lo que quedaba en el suelo.

—Debe ser muy duro convivir con una persona así.

—Sí que lo es. Al final no pude callarme y le planteé la idea de divorcio a mi madre. No soporto verla de esa manera, y por mucho que Ángel no vea a su padre a diario, creo que será mejor para todos que Jacobo se marche de una vez por todas.

—Desde luego que sí. ¿Y qué le pareció a tu madre la idea?

—Dijo que ya lo había pensado antes, y que después de aquello, tenía la firme convicción de acabar con su matrimonio en breve.

—Menos mal. A mí tampoco me gusta veros sufrir por culpa de ese dichoso Jacobo. Desde el primer día que le conocí, ya me cayó fatal.

—Ya verás como todo se arregla— dijo estrechándome entre sus brazos.

Pero lo que más me preocupaba en aquel momento era la solución que Scandar había propuesto para evitarme problemas. Tuve la necesidad de estrujarme entre su pecho para sentir el latido de su corazón. Definitivamente, y por razones obvias, aquel chico era la persona más importante en mi vida. Dispuesto a sacrificarse por mí, y siempre con una sonrisa en los labios después de todos los problemas que tenía en casa.

Pero Scandar dio por zanjados ambos temas, y aquella noche hicimos el amor de una forma dulce y delicada, memorizando a través de las caricias cada una de las sensaciones que nos producía el contacto el uno con el otro.

Viernes, 24 de Abril

A la mañana siguiente, tuve que hacerme a la idea de que sería el último día que vería a Scandar deambular por los pasillos, con su inconfundible caminar desenfadado, su cabello negro alborotado, sus brillantes ojos oscuros siempre atentos a todo lo que había a su alrededor, y su mochila colgada a un lado del hombro.

Según me comentó la noche anterior, iría al despacho de la directora tras finalizar las clases. Ese mismo día tenía un examen de Física que había preparado con mucho empeño, y no quería desaprovechar la oportunidad de demostrarle al profesor sus constantes avances con la asignatura.

—De verdad que no tienes que pasar por esto— le había dicho una y otra vez la noche anterior.

Pero siempre me replicaba con la misma respuesta: me silenciaba apoyando sus dedos sobre mis labios y a continuación los besaba con dulzura. No me daba más opción que permitirle asumir la embestida que supondría dar la cara frente a Doña Maruja. Seguía negándose a que yo me responsabilizara de todo lo sucedido, y no aceptaba ninguna otra sugerencia.

—Déjame disfrutar de esta noche a tu lado— me rogaba entre beso y beso.

A pesar de concentrar mis sentidos en el suave tacto de sus caricias, la imagen de Rebeca con su maliciosa sonrisa no dejaba de emerger entre mis pensamientos. Me sentía utilizada y engañada únicamente para que ella saliera impune de su propio error. Para más colmo, un error causado a propósito por pura diversión.

En mi cabeza tenía la horrible sensación de que mi existencia no suponía más que un monumental obstáculo para Scandar. Desde mi posición se suponía que tenía que ser yo, y no él, la que buscara una solución justa; y verlo aceptar la responsabilidad con estoicismo y sin rechistar, no hacía más que acrecentar mi malestar.

Por supuesto aquella mañana me sentía desfallecida. No tenía ánimos ni energías para afrontar las horas de clases con los alumnos, y les pedí que aprovecharan para adelantar el trabajo que por costumbre les mandaba terminar en casa.

—Así tendréis la tarde libre— era la única excusa justificable para que no pensaran que estaba eludiendo mis obligaciones.

Más de un alumno reclamó mi atención en repetidas ocasiones queriendo consultar sus dudas con los ejercicios. La mayor parte del tiempo la pasé mirando absorta a través de los ventanales del aula, y me sobresalté un par de veces al apreciar sus risotadas cuando no escuchaba sus

llamadas a la primera:

—¡Profesooooooraaaaa!— bromeó un alumno en tono fantasmagórico al verme con la mirada perdida.

—Sí, Miguel. ¿Qué necesitas?— atiné a decir resignada a aguantar sus comprensibles risitas.

—Necesito que me expliques cómo se resuelve este problema— me pidió.

Me levanté de mala gana de mi asiento y me acerqué a su pupitre para aclararle las dudas. Me sentía culpable por no estar centrada en clase, al fin y al cabo, ellos no eran responsables de lo que me sucedía, y tenían todo el derecho a reclamar mi atención cada vez que lo requirieran.

Las horas pasaron más lentas de lo habitual, y mi desesperación se agudizaba más y más según avanzaba la mañana. Estuve tan ocupada aquel día, que ni siquiera tuve tiempo de pasar por delante del aula de Scandar, aunque sólo fuera para verlo de lejos y enviarle con una mirada mi amor y mi apoyo.

Cuando el temido último timbrado de la mañana sonó, sentí como el vello del cuerpo se me erizaba. El tiempo que Rebeca nos dio, se había agotado y ya no habría marcha atrás. Sólo existían dos opciones: o Scandar asumía la culpa, o ella le contaría a la directora nuestra relación. Salí a toda prisa de clase hacia dirección para llegar antes que él, ni siquiera estaba segura aún de que aquella fuera la solución apropiada. Una parte de mí rezaba porque naciera en Rebeca un ápice de piedad y tal vez, con mucha suerte, cambiara de opinión. Pero sospechaba que aquello sería improbable, así que me dirigí al despacho de la directora para ver qué ocurría.

Había una gran multitud de alumnos que se apiñaban en el pasillo para marcharse a casa y tuve que soportar varios empujones al abrirme paso entre ellos. Divisé a lo lejos la estilizada figura de Scandar con su aire despreocupado, estaba de pie junto a la puerta de la directora.

Aquel día la primavera nos desafió con una fuerte subida de temperatura, y el ambiente que se respiraba en el centro comenzaba a ser insoportable. De repente el aire se transformó en una cargante masa de oxígeno difícil de inhalar, y el atropellado pasillo sólo servía para acentuar la opresión que estaba sufriendo en el pecho.

Giré la cabeza hacia las puertas de salida en busca de ventilación, y lo único que hallé fue a Rebeca en lo alto de un escalón esperando a que yo entrara en el despacho para salvar su detestable pellejo. El sonido del ajeteo de la gente desapareció de mis oídos por completo cuando distinguí en su rostro aquella malévola sonrisa. Sus ojos apuntaban a los míos descaradamente adoptando un gesto mandatario, y su actitud soberbia consiguió que la sangre me hirviera por todas las extremidades. Quise imaginarme a mí misma acercándome a ella para darle una buena bófeta y enseñarle quién era la que mandaba allí, pero por mucho que lo deseara, la que al final conseguiría su propósito sería ella.

Volví a dirigir la vista hacia Scandar, que parecía haberse percatado del cruce de miradas entre Rebeca y yo. Probablemente se habría dado cuenta de mi rabia contenida, y por eso movió lentamente la cabeza de un lado a otro indicándome que no se me ocurriera acercarme a ella. Pero de nuevo volví a mirarla, y fue entonces cuando su desprezible sonrisa se tornó pura severidad. Apuntó secamente con el dedo hacia el despacho de la directora, y aunque probablemente nadie se percató de aquel gesto, para mí supuso la gota que colmó el vaso. Estaba harta de ser manipulada por una niñata de quince años, no podía dejarme exprimir de esa manera, y mucho menos permitir que otra persona diera la cara por mí. ¿En qué clase de mujer me había convertido? Cuando comencé mi relación con Scandar sabía a lo que me estaba exponiendo, y nada de lo que pudiera

pasarme me frenó en aquel momento. Scandar estaba por encima de todo, le quería con todas mis fuerzas y ese amor era correspondido.

Entonces, y sin saber por qué, me vino a la memoria la imagen de mi padre el día de mi graduación. Habíamos pasado un largo día de celebraciones, cuando al final de la noche nos encontramos en su reconfortante despacho; me pidió que tomara asiento para hablarme antes de que regresara a mi apartamento. Se sentía muy orgulloso de mí y de lo que había conseguido hasta entonces, y me recordó que debía ir siempre con la cabeza bien alta para que nadie ni nada se interpusiera en mi camino. Sus palabras resonaron una y otra vez en mi cabeza “ya eres mayor hija, a partir de ahora emprenderás tu propio camino, en el que deberás ser consecuente con tus actos. Ve siempre con la verdad por delante, y no olvides que tu obligación a partir de ahora será enseñar, educar, y sobre todo ser justa con quienes te rodean”.

Bajé la mirada al suelo. Ver a Scandar de pie frente al despacho de la directora me producía un dolor agudo en el pecho, como si me estuvieran clavando una aguja. Había olvidado que para ser justa las cosas deberían ser de otra manera, y sólo yo podía cambiarlas. Pensé que si me dejaba achantar por Rebeca nunca sería capaz de afrontar otro tipo de problemas que pudieran venirme en el futuro. Me consideraba una mujer justa con quienes me rodeaban, una mujer capaz de afrontar amenazas con total madurez, una mujer enamorada de un chico que se había ganado todo mi respeto.

Algo aturdida por el cúmulo de emociones que sentía en aquel momento, noté como mis piernas avanzaban despacio una detrás de la otra. La cara de Rebeca parecía satisfecha al comprobar que me encaminaba hacia el despacho. Scandar frunció ligeramente el ceño preguntándose qué diablos estaba haciendo. Ni siquiera yo misma sabía lo que hacía, sólo tenía claro que no iba a dejarle dar la cara por mí.

Doña Maruja salió de su despacho, y vi cómo se acercaba a Scandar para preguntarle qué deseaba. Sin pensarlo me arremoliné entre el gentío y comencé a dar empujones para que me permitieran pasar entre ellos. Mis pasos se aceleraron a toda prisa mientras el corazón me latía con más y más fuerza.

—¡Scandar!— grité cuando ya estaba cerca.

Todo el mundo se giró hacia mí para ver qué ocurría. Debí clamar su nombre con tanta fuerza, que el alboroto que había en el pasillo no acalló mi grito de desesperación. Por suerte los alumnos se abrieron paso para dejarme llegar hasta él, y di varias zancadas hasta llegar a sus brazos. De un salto le rodeé por el cuello mientras mis piernas abrazaban su costado. Mi peso sobre su cuerpo no pareció importarle cuando estampé mis labios sobre los suyos con un apasionado beso, y aunque al principio su respuesta fue algo tímida, no tardó en reaccionar agradeciéndome el gesto. Entonces sus fuertes manos agarraron mi trasero con tal descaro, que todos los alumnos comenzaron a silbar y a gritar impresionados con la escena.

El mundo a mi alrededor dejó de existir, en mi mente sólo había espacio para Scandar y para mí. Alumnos, profesores, Rebeca, Doña Maruja... durante unos segundos todos se esfumaron de mi consciencia, y no llegué a percatarme de que habíamos sido rodeados por un tumulto de personas curiosas hasta que Scandar no me soltó y mis pies tocaron de nuevo el suelo. Fue entonces cuando una explosión de gritos arrancó de los más jóvenes animándonos a que volviéramos a besarnos.

Sin apartar mis ojos del rostro de Scandar, me percaté de que la mayoría de los allí presentes, incluido el conserje que se encontraba tras el mostrador de la recepción, habían sido testigo que

mi locura. Inevitablemente un calor intenso subió por mi cuerpo llegando a mis mejillas hasta hacerlas enrojecer. Me negué a recorrer con la mirada lo que estaba sucediendo a nuestro alrededor, sólo de pensar lo que se nos venía encima, hizo que mis pestañas descendieran ligeramente hacia el torso de Scandar en busca de refugio; sin embargo él alzó la vista para comprobar el alboroto que había a nuestro alrededor. Un destello de diversión se reflejó en sus ojos oscuros mientras parecía considerar la situación con detenimiento.

—Esta vez sí que la has hecho buena— me susurró al oído.

—No me importa— contesté aún sonrojada.— Ya sé que estoy loca, pero es culpa tuya. Me importas demasiado.

Una sublime sonrisa apareció en los labios de Scandar, a continuación me rodeó los hombros con su firme brazo y nos dirigimos a la salida. Al igual que los alumnos, la mayoría de los profesores formaron juntos un pasillo para dejarnos marchar; algunos aplaudían a nuestro paso, otros silbaban, otros comentaban, también sonreían o abrían sus ojos de par en par sorprendidos..., sólo una persona reflejaba odio contenido en sus ojos, meforcé a desviar la vista hacia otro lado para no enfrentarme al iracundo rostro de Rebeca, pero no llegó a ser necesario ya que ella se marchó de allí rápidamente.

Nuestra salida del centro fue plétórica, Scandar no podía dejar de sonreír satisfecho, y algunos de sus compañeros de clase le ofrecían la mano en señal de masculinidad. Aunque en cualquier otro momento habría pensado que presumía de forma descarada de su conquista, en aquel instante me pareció oportuno; de hecho, yo también me sentía eufórica y llena de gozo. Por fin, después de tanto tiempo, había encontrado la fuerza suficiente para demostrarle al mundo, y en especial a Rebeca, que no se podía jugar con alguien como yo. Ya no tendría que esconderme ni mentir, a partir de ahora podría disfrutar del amor y la compañía de mi chico cada vez que me viniera en gana.

O al menos así lo creía.

Monté en la moto de Scandar bajo una lluvia de aplausos y gritos, rumbo a la playa de Campoamor para celebrar nuestro “triumfo” bajo los rayos del sol. Por desgracia no tardaría en saber que otra persona, a la que había pasado por alto en aquel momento, me estaría esperando próximamente para darme una de las peores noticias que recibiría.

Lunes, 27 de Abril

CUALQUIERA podría pensar que Scandar y yo tuvimos un fin de semana romántico acurrucados el uno contra el otro en algún lugar lejos de Algezares.

Nada más lejos de la realidad.

Tras montar el número en el instituto, pasamos la tarde sentados a la orilla del mar charlando y riéndonos mientras recordábamos las caras de sorpresa de todos los que habían presenciado nuestro escandaloso beso. Aunque resolver el problema con Rebeca en tan poco tiempo había sido un arduo trabajo y un comedero de cabeza, ambos estábamos pletóricos de felicidad ante la nueva etapa que se nos avecinaba. Una etapa libre de remordimientos, engaños, falsas explicaciones..., por fin habíamos gritado nuestro amor a los cuatro vientos y podríamos llevar una vida normal en pareja.

Decidimos entonces hacerlo público en su totalidad. Aún quedaban nuestras familias por enterarse de la nueva situación, así que nos tomamos el fin de semana cada uno por su lado para hablar con nuestros respectivos progenitores.

Scandar por su parte no tuvo ningún reparo en ir directo al grano cuando le comentó a su madre que mantenía una relación conmigo. Tal vez el hecho de que Eva fuese una mujer muy experimentada, hizo que apenas encontrara impedimento alguno al hecho de que yo fuera unos años mayor que su hijo.

—El amor es importante— le había dicho su madre—, si de verdad os queréis, no veo por qué no debéis estar juntos. Además, no creas que no lo sospechaba ya, sólo con la forma que tenías de mirarla, te delatabas tú solo.

—Vamos mamá, no lo dices en serio— le había contestado Scandar.

—Sí hijo, cuando hay amor, se palpa en el ambiente. Por otro lado, no hay más que mirar tus notas; han mejorado mucho desde que ella apareció en tu vida, y eso significa algo.

Scandar deleitó a su madre con una sonrisa amable.

—No hay quien te engañe pequeña bruja. Dime, ¿dónde escondes la bola de cristal?— le replicó.

—Ay hijo, por algo soy tu madre.

Scandar me contó que tras aquella conversación su madre y él se dieron un fuerte abrazo, y que por alguna razón, tuvo la necesidad imperiosa de dedicarle el tiempo que nunca le dedicaba a Eva, por lo que no dudó en pasar el fin de semana poniéndola al día sobre su vida en el instituto.

—Hacía tiempo que no sentía a mi madre tan cerca. A veces creo que debería estar más pendiente de ella; aunque no lo sepa, aún me necesita— me comentó Scandar más tarde.

Por mi parte, sin embargo, la noticia no sentó tan bien. Aproveché la comida familiar del domingo para contarles mi situación. Como ya esperaba, mi padre se levantó de la mesa sin esperar al postre, y sin pronunciar palabra alguna, se encerró en su despacho durante el resto de la tarde; era su habitual manera de demostrar que algo no le gustaba. En cierto modo preferí que se marchara y calmara su mal humor a solas, en lugar de soportar su fulminante mirada. Tarde o temprano recapacitaría y dejaría de darle tanta importancia al asunto.

Mi madre, por el contrario, no pudo reprimir su malestar disparándome con un millar de preguntas para intentar comprender mi postura. Mientras yo recogía la mesa, ella caminaba nerviosa de un lado a otro de la cocina.

—Pero hija, es mucho más joven que tú— fue su primera réplica una vez que mi padre se hubo marchado.

—Lo sé mamá, pero en el amor, la edad no importa— di una contestación fácil, pero indudable a la vez.

—No me vengas con esas, es una respuesta demasiado sencilla viniendo de ti. Sabes perfectamente que en el amor tiene que haber más cosas, recuerda si no tus anteriores relaciones — durante unos instantes guardó silencio mientras reflexionaba—, y ¿qué opinan sus padres de esto?

—Imagino que la noticia habrá supuesto una sorpresa para ellos, pero desde luego no creo que se lo hayan tomado a la tremenda. Ya es mayorcito para saber lo que se hace.

—Por Dios hija, si ni siquiera ha terminado el instituto, ¿qué futuro puedes esperar junto a ese chico?— continuó desesperada.

—Mamá, de momento estamos disfrutando del presente. Nadie puede saber lo que va a pasar en el futuro. Lo que ahora importa es que termine sus estudios con buenos resultados, y después... ya se verá.

—¿Y qué va a pasar en el instituto?, ¿qué pensarán tus compañeros de esto?

—Me da igual lo que piense la gente. No voy a vivir mi vida pendiente de lo que opinen los demás.

Podía entender las dudas que le surgían a mi madre en aquellos momentos. Al igual que a la mayoría de las madres, la mía también había imaginado una relación estable para su hija, con un hombre de provecho y estabilidad profesional. Pero por desgracia para ella, ese no era mi caso. Me había enamorado de un chico joven con un futuro incierto, y aquello no me importaba. Sólo quería vivir junto a él y empaparme de sus ganas de vivir, de su fortaleza interior, de su mente despierta y de su personalidad indómita. Cualquiera que fuese nuestro futuro juntos, se iría comprobando más adelante, conforme pasaran los días, las semanas o los meses.

—Hija de verdad que no te entiendo, pudiendo elegir a uno de tus compañeros de profesión, alguien así..., como tu padre. Y vas y te fijas en un chavalín— seguía insistiendo.

—No es un chavalín, mamá. Es un chico muy maduro para su edad, ojalá lo conozcas algún día y te des cuenta de que tengo razón.

—Pero hija...

—Déjalo mamá— le interrumpí—, no insistas. Le quiero y deseo estar con él.

Por muchos motivos que le diera a mi madre para hacerla entender que no iba cambiar de

opinión, ella continuó durante horas, incluso días, intentando convencerme de que no habría futuro para esa relación. En más de una ocasión la pillé buscando información por internet acerca de relaciones entre mujeres que superaban en edad a sus hombres. Podría resultar desesperante ver a tu madre entrometerse de esa manera en una relación, si no fuese porque de alguna manera comprendía su inquietud. Por eso le permití hacerme todas las preguntas que necesitara hasta que entendiera mi punto de vista; y, aunque ni mucho menos se acercó una pizca, me consoló comprobar que al menos dejó de insistir para hacerme cambiar de parecer.

Ese fin de semana también recibí la llamada de Salomé. Serían las diez de la noche cuando me encontraba tirada en el sofá viendo un programa de humor y disfrutando de un delicioso bol de helado de chocolate, cuando el teléfono resonó varias veces hasta que decidí cogerlo. Suponía que la noticia también había llegado a oídos de mi hermano, y seguramente querría que le detallara la reacción de mamá y papá al escuchar la noticia. Pero me equivoqué.

—Definitivamente estás loca— la voz de Salomé sonaba incrédula al otro lado de la línea.

—Hola Salomé, veo que ya te has enterado— contesté despreocupada mientras me introducía una cucharada de helado en la boca.

—¡Pero entonces es verdad!— exclamó sorprendida—. No me lo podía creer cuando Cristina me lo contó, creí que era una de sus disparatadas alucinaciones.

—Me temo que esta vez no— contesté a duras penas con la boca llena.

Por lo visto Salomé se había marchado antes de que montara el espectáculo y no se había enterado de nada, pero Cristina, que sí estaba presente, la llamó al poco tiempo exaltada para contarle lo sucedido.

—De veras pensé que me estaba tomando el pelo— argumentó.

—Resulta que esta vez Cristina no se ha equivocado. No sabes la vergüenza que pasé cuando volví a poner los pies sobre el suelo— un destello de diversión se escapó de mis labios—, tenías que ver la cara que pusieron los demás.

—No quiero ni imaginármelo. Me puedo hacer una idea del cachondeo que habrá entre los alumnos, seguro que el lunes le hacen la ola a Scandar, pensarán que es un fenómeno de la seducción.

—Realmente eso no me importa— volví a meterme otra cucharada de helado en la boca—, me preocupa más lo que vayan a pensar el resto de profesores.

—Ya te lo puedes imaginar, te aseguro que más de uno, y en especial más de una, estará muerta de envidia. ¿Acaso crees que los profesores no tenemos fantasías en secreto con alguno de los alumnos de último curso?

—¿Tú también Salomé?— pregunté incrédula ante lo que estaba escuchando.

—Bueno, no te voy a negar que en alguna ocasión no haya tenido algún sueño subidito de tono con algún alumno— contestó en tono pícaro—. A esa edad los chavales son peligrosos en ese sentido, cuando uno de ellos atrae tu atención, lo único que sabes es que se trata de una de las criaturas más provocativas y pasionales que has conocido en tu vida. Y por mucho que intentes negar lo evidente, más tarde descubres que no puedes esperar para volver a verlo. Como si se tratara de una obsesión incurable, ese sentimiento se extiende de un órgano a otro.

Abrí los ojos de par en par ante la increíble e inesperada confesión de mi compañera.

—Entonces empieza una a sufrir de ansiedad, los demás hombres de mayor edad empiezan a parecerte insulsos y aburridos, y una lo desea tanto que cree volverse loca y no puedes dejar de

pensar en...— se interrumpió al darse cuenta de que se había llegado a un punto demasiado íntimo.

—¿En serio? Esto sí que es una sorpresa, nunca hubiera imaginado que tú...

—Bueno, bueno, sólo ha sido un sueño, tampoco hay que darle más importancia de la que tiene.

Tras un breve silencio en la línea, ambas rompimos a reír a carcajadas. El helado casi se me cayó del regazo cuando, a causa de las risotadas, me entró un hipo incontrolado. Después de varios minutos sin parar de reír, la voz de Salomé se tornó algo más seria.

—¿Por qué lo has hecho? Sólo tenías que esperar unas semanas más— preguntó expectante.

Entonces tuve que ponerla al día sobre lo ocurrido con Rebeca, desde su visita sorpresa al departamento, hasta sus amenazas de contarlo todo. Una vez escuchada la versión, Salomé comprendió mi postura. Confesó que si ella se hubiese visto en la misma situación, habría respondido de la misma manera.

Entre explicaciones a unos y a otros, el fin de semana pasó rápido. Lo más difícil aquella mañana del lunes, sería lidiar con las miradas curiosas de profesores y alumnos. No es que me preocupara ser el centro de críticas en el instituto, más bien me inquietaba la cantidad de horas que debía pasar con mis alumnos intentando centrar su atención hacia la lección. Sería complicado mantener la clase en silencio para atender mis explicaciones, y sospechaba que más de uno haría algún comentario inoportuno que arrancarías las risas de los demás. Por suerte me había preparado mentalmente para ello, así que intenté pasar la mañana lo más normal que pude.

A cuarta hora, y tras el recreo, el profesor que había de guardia irrumpió en mi clase para pedirme algo:

—Buenos días Raquel. La directora me ha enviado para sustituirte.

—¿Sustituirme? ¿Para qué?

—Ah ¿no lo sabes?— dijo—. Doña Maruja te está esperando en su despacho para hablar contigo.

El corazón se me paralizó al escuchar su nombre. Era consciente de que tendría problemas tarde o temprano por mi comportamiento, pero a decir verdad, creí que llevaría un tiempo hasta que la directora diera parte a la Consejería de Educación. Jamás pensé que los trámites serían tan rápidos.

—Uhhhhhhhh— vociferaron los alumnos con sarcasmo para mayor colmo.

—Está bien— contesté inquieta mientras me encaminaba hacia la puerta con piernas temblorosas—. Por favor, encárgate de que los alumnos terminen las actividades— le pedí a mi compañero.

Atravesar aquel pasillo vacío en los siguientes minutos fue el esfuerzo más grande que tuve que hacer en años. Mis piernas parecían pesar el triple que de costumbre, y la respiración entrecortada me dificultaba para colocar un pie frente a otro. Por un instante creí que no llegaría al despacho y me desmayaría por el camino. Mi fin estaba cerca, sólo a unos pasos, ya no habría marcha atrás. Había decidido asumir mis responsabilidades y no vivir en una mentira, y ahora tendría que pagar por ello. Definitivamente habría sido más fácil enfrentarme a una manada de leones hambrientos, que tener que verle el rostro malhumorado a aquella mujer. Podía imaginar esos ojos arrugados escupiendo fuego de las pupilas, y sus labios inalterables a los que nunca había visto sonreír.

Cuando llegué a su puerta, tomé aire profundamente con la pretensión de entrar decidida y no

mostrarme débil ante su imagen. Estiré el cuerpo todo lo que pude y pasé con la cabeza bien erguida.

—Buenos días, ¿me ha mandado llamar?— le pregunté intentando mostrarme impasible.

Doña Maruja se encontraba en aquel momento sentada en su escritorio relleno de impresos. Al escuchar mi voz levantó la vista del papel, colocó sus gafas viejas sobre la nariz para mirarme por encima de estas y dejó caer el bolígrafo sobre la mesa. Sus ojos me examinaron de arriba abajo antes de hablar:

—Se la ve muy bien señorita Montero— soltó con un destello de ironía en su voz.

—No veo por qué no debería estarlo— fue mi cortante respuesta.

Pude apreciar una diminuta sonrisa lateral en sus labios, y no precisamente una sonrisa amistosa; sino más bien una sonrisa maquiavélica, como si hubiera estado esperando aquella ocasión durante mucho tiempo. Mientras ella seguía sentada, yo estaba apoyada sobre el marco de la puerta intentando dar un aire despreocupado a mi actitud temblorosa.

—¿Es usted consciente de la que se le viene encima?— preguntó rotunda.

—Sí, lo sé. Pero es lo que hay y no tengo intención de cambiarlo— contesté sintiendo una fuerte presión en el pecho.

—¿Y no le importa sacrificar su empleo por algo tan banal?

—¿Banal?— repliqué ofendida—. Me parece que usted no entiende que...

—Lo entiendo perfectamente— me interrumpió—. No sólo se ha saltado las normas del profesorado, sino que además ha puesto en ridículo el nombre de este centro. No puedo creer que haya sido tan inconsciente, al menos podía haber llevado este asunto lo más discretamente posible y no montar espectáculos ridículos como el del otro día.

Mis réplicas se vieron achantadas por su discurso autoritario. Aquella mujer no estaba dispuesta a tolerar el más mínimo escándalo en su instituto, y por mucho que intentara convencerla de que no se trataba de algo pasajero, ella jamás entendería mi relación con Scandar.

—Por supuesto he dado parte de su caso a las autoridades competentes— cerré los ojos desesperada visualizando el final de mi carrera—, ¿o acaso pensaba usted que este asunto iba a pasar inadvertido?

—No, ya sé que no— respondí agachando la cabeza.

—En dos semanas deberá usted dejar libre su puesto. Una sustituta vendrá a reemplazarle mientras la Consejería decide qué hacer con usted— se recoló de nuevo las gafas para continuar escribiendo y sin esperar respuesta dio por zanjada la conversación.

Cerré los puños con fuerza presa de la rabia ocasionada por su indiferencia. La sangre me hervía por las venas y comencé a respirar con bocanadas profundas y contenidas. Acalorada y con una furia que rivalizaba con la de la directora, contesté en voz baja y trémula:

—Debe ser triste vivir siempre en soledad. No espero que lo entienda, al fin y al cabo se trata de algo de usted no comprendería ni aunque pasara toda una vida buscando una razón.

Aunque no me sentí orgullosa de mi respuesta, pude apreciar que su gesto se volvió desafiante al escuchar mis palabras; su mano agarró el bolígrafo con cierta presión, como si le estuviese costando un verdadero esfuerzo no dejarse llevar por la rabia. Me miró con ojos desafiantes y a continuación siguió escribiendo como si no hubiese escuchado nada. Me marché de allí con lágrimas en los ojos, no por las dañinas palabras de Doña Maruja, sino por el hecho de que iba a perder aquello por lo que había dedicado gran parte de mis esfuerzos: mi trabajo.

Lunes, 11 de Mayo

MUY a mi pesar, aquellas dos semanas pasaron demasiado rápido. Apenas tuve tiempo de dejar preparados los exámenes finales para que mi sustituta pudiera evaluar a los alumnos en el último trimestre. Tampoco entendía por qué Doña Maruja no había esperado hasta fin de curso para ponerme de patitas en la calle, ya que conocía el trabajo diario de los estudiantes, y les había evaluado durante la mayor parte del curso. Lo más lógico era que fuese yo quien acabara poniendo las notas finales a los alumnos, y no una desconocida que no sabía ni el nombre de cada uno de ellos. Contemplé la posibilidad de que la directora recapacitara y al menos me permitiera finalizar el curso, pero todos mis intentos por convencerla resultaron en vano. Ella tenía muy claro que no soportaba mi presencia indecorosa en el instituto, así que por mucho que me doliera, serían los propios chavales los que saldrían perjudicados en aquel proceso de última hora.

Cuando fui al departamento a recoger mis últimas pertenencias, me llevé una grata sorpresa al encontrar allí a mis tres compañeros de Matemáticas. Salomé, Cristina y Rodrigo me esperaban para despedirse. Cristina agarraba entre sus manos un ramo de flores multicolor, y al verme entrar me lo ofreció de parte de todos ellos.

—Te vamos a echar de menos— sollozó mientras se llevaba un pañuelo de papel a la nariz.

—Vaya, esto no me lo esperaba— dije paralizado frente a la puerta al ver la imagen de mis amigos con caras afligidas.

Cristina dio un paso adelante para ofrecerme el ramo de flores. Durante unos segundos me quedé mirándolo fijamente, sin poder evitar que se me hiciera un nudo en la garganta al considerar que aquel gesto suponía una despedida final. Nunca más volvería a trabajar junto a ellos. Jamás pensé que las tres personas que tenía delante mía llegaran a suponer una parte importante de mi vida; Cristina con su candidez y su sonrisa perenne, Rodrigo con su saber estar y su porte perfecto, y Salomé con su carácter energético y sensible a la vez. Hacía mucho tiempo que dejé de considerar a mis compañeros como tales, la relación entre nosotros había sobrepasado los límites de la profesionalidad para convertirse en una amistad muy valiosa bajo mi punto de vista.

Salomé había supuesto una gran consejera a la hora de indicarme el mejor camino para que mi idilio con Scandar no tuviera peores consecuencias, y gracias a la oportuna aparición de Rodrigo aquel día, Scandar aún seguía entero tras la pelea. Por su parte, Cristina se había ganado el amor de Rodrigo, que en realidad era con quien debía de estar. En las pocas semanas en que los había visto juntos, me di cuenta de que mi compañera conseguía hacer feliz a Rodrigo, mucho más de lo

que yo hubiera podido hacerlo; y a su vez Rodrigo le transmitía la seguridad y la confianza que ella necesitaba.

Agarré el ramo de flores y sentí como los ojos se me empañaban. Sabía que aunque no volviera a trabajar en el mismo centro que mis compañeros, nuestra amistad no se vería afectada por ello, y confiaba en que pronto volviésemos a reunirnos en un bar para tomarnos una cerveza y contarnos futuras experiencias.

—Yo también os voy a echar de menos chicos— acerté a decir con voz temblorosa.

—Oh vamos, no hagamos de esto un drama. Nos volveremos a ver antes de lo que creéis— Salomé con su típico tono indiferente agarró a Rodrigo y a Cristina y les obligó a acercarse a mí para fundirnos en un abrazo múltiple.

—Salomé tiene razón— continuó Rodrigo—. Somos un equipo y seguiremos siéndolo. Debes luchar por lo que has construido Raquel, no dejes que nada destruya tus sueños.

—Gracias chicos, no sabéis lo importante que es para mí vuestro apoyo. Sé que esto ha supuesto un escándalo para el centro, pero espero que al menos sirva para abrir los ojos a más de uno— repuse en referencia a Doña Maruja.

—Raquel, métete en la cabeza que tú no has hecho nada malo. Scandar ya tiene edad suficiente para saber lo que hace, y además, oficialmente tú no eres su profesora, así que no pueden hacerte nada— me animó Salomé—. Digan lo que digan, vuestra relación es legítima se mire por donde se mire. El consejo escolar tendrá todo el derecho a decidir si te quieren o no en este centro, pero no creo que esa bruja pueda hacer nada por la vía judicial. Ya verás como pronto estarás trabajando en otro instituto.

—Claro que sí, y con un poco de suerte estarás cerca de nosotros— me animó Cristina.

—Nada me gustaría más que seguir trabajando por esta zona, aquí tengo mi casa y mi familia, y por supuesto os vería más a menudo— señalé.

—Claro que sí preciosa, ya verás como todo se arregla— me alentó Rodrigo seguido de un cálido beso sobre la frente.

Después de despedirme de mis amigos, salí del edificio acompañada de Scandar. En las últimas dos semanas solíamos regresar a casa en su moto, puesto que ya no teníamos motivo alguno para esconder nuestra relación, entrábamos y salíamos del centro sin importarnos los comentarios que pudiésemos suscitar.

—Llévame a casa por favor, hoy no estoy con humor de hacer nada— le pedí mientras me colocaba el casco.

—¿Quieres que me quede contigo esta noche?— me sugirió.

—La verdad es que me vendría muy bien algo de compañía, no me apetece estar sola.

—Eso está hecho, ya verás como hago que desaparezcan las malas vibraciones— dijo deslizando su mano bajo mi camisa a la altura de la cintura.

El tacto de sus cálidos dedos acariciándome con suavidad la piel hizo que el vello en esa parte se erizara. Bajo su casco advertí una pícaro sonrisa dibujada en su rostro acompañada de un guiño que me hizo presagiar lo que me esperaba aquella noche.

—¡Siempre estás pensando en lo mismo!— dije dándole un suave manotazo en el hombro intentando reprimir la risa.

—Es culpa tuya. No estaría pensando siempre en lo mismo si no fueras tan sexy— replicó.

Tenía que reconocer que de un modo u otro Scandar siempre se las arreglaba para arrancar una

sonrisa de mis labios. Tal vez fuese su buen humor y su refrescante picardía, o simplemente el hecho de saber que estaba ahí. Pero de lo único que estaba segura era de que cada día que pasaba lo amaba más y más, y sin duda alguna le necesita junto a mí.

—Déjame que pase por casa para recoger algo de ropa, y después nos iremos donde tú quieras — me propuso.

Subimos a la moto y salimos de allí dejando atrás lo que para mí había supuesto una gran decepción en mi carrera. No quería ni pensar en lo que me esperaba al día siguiente cuando la directora me diera el resultado de la decisión tomada por la Consejería. Mi futuro andaba colgado de una cuerda demasiado floja, y aunque daba por hecho que aquella mujer se encargaría por todos los medios de hacer que el Consejo Escolar votara por mi expulsión inmediata, lo que más miedo me daba era la decisión que tomaran los altos cargos del sistema educativo. Podía soportar un cambio de centro, o incluso de ciudad; pero jamás sobrellevaría una vida alejada de la enseñanza.

Desde muy pequeña había deseado seguir los pasos de mi padre, siempre me acercaba a él para ayudarlo con la preparación de sus clases. Al principio me mandaba a jugar con mis muñecas, a las que usaba como alumnas, pero más adelante, cuando llegué a cierta edad, me consultó en más de una ocasión qué tipo de actividades nos resultaban amenas a los estudiantes, para así utilizarlas él en sus clases.

Durante el trayecto en moto a casa de Scandar tuve tiempo de recordar mi primer día de clase como profesora; lo que más miedo me daba era que se me acabara la materia que había preparado para aquel día, o que algún alumno me hiciera preguntas que no supiese contestar. Siempre intentaba aparentar que todo estaba bajo control, pero los primeros días resultaron ser muy tensos. Poco a poco y con el paso del tiempo, aquella tensión fue disminuyendo, empecé a coger seguridad en mí misma y por fin a disfrutar de mi trabajo. Ser útil a los demás me hacía sentir libre en cierto modo, y para mí, aquella sensación no existiría con ninguna otra ocupación que no fuera la de la enseñanza.

Serían cerca de las tres de la tarde cuando llegamos a casa de Scandar. La primavera había hecho su aparición estelar por aquellos días y gran parte de la vegetación de la zona había brotado dejando a su paso diversos colores y fragancias que admirar y percibir. En especial la flor de azahar desprendía un aroma peculiar que se expandía por toda la superficie. Al llegar al interior del recinto, Scandar aparcó la moto en el garaje.

—Si quieres puedes esperar aquí— dijo quitándose el casco—. No tardaré demasiado.

Supuse que su familia estaría en mitad de la comida, así que preferí permanecer allí para no interrumpir.

—De acuerdo, estaré...

De repente nos vimos sobresaltados por un fuerte golpe en el interior de la casa, algo parecido al sonido de cristales cayendo al suelo. Scandar agudizó el oído para averiguar de dónde provenía aquel estrepitoso ruido, y yo me quité el casco para poder escuchar con mayor claridad.

—¿Qué ha sido eso?

—Shhh ¡calla!— me ordenó inquieto.

Scandar me observaba con los ojos muy abiertos, como si pudiera encontrar explicación en mi rostro a lo que estaba sucediendo. Entonces escuchamos el llanto del pequeño Ángel desde el interior de la casa. Scandar lanzó su casco sobre la moto y salió disparado de allí, como si de una

bala se tratara. Intenté darle alcance empujada por la preocupación. Aunque me imaginaba que el pequeño habría tirado algún objeto de cristal al suelo y estaría siendo reprendido por ello, la cara de Scandar al escuchar el llanto de su hermano lo había puesto demasiado nervioso para tratarse de una simple gamberrada del pequeño, por lo que decidí seguirlo hasta el interior de la casa.

Según nos íbamos acercando, varias voces se entremezclaban de manera que resultaba imposible entender lo que decían. Sólo fui capaz de reconocer la voz grave de Jacobo en un estado muy alterado, y la de Eva intentando explicarse de manera entrecortada, pero en ningún momento supe de qué estaban discutiendo. Pensé no adentrarme más allá del salón y dejar que Scandar se encargara de la situación, pero al ver su rostro desfigurado por la furia me di cuenta de que aquello no se trataba de una discusión más. Los sollozos de Ángel se hacían cada vez más fuertes y desesperados, y temí por la escena que descubriríamos en la cocina. Scandar atravesó a grandes zancadas el salón y yo le seguí a duras penas.

Al llegar a la cocina mis peores temores se hicieron realidad. Scandar se quedó paralizado frente a la puerta al encontrar a su madre tendida sobre el suelo protegiendo su rostro con el brazo y a Jacobo amenazándole con un cuchillo en la mano.

—¡Eres una puta zorra, prefiero verte muerta antes de que me dejes!— le gritaba con los ojos fuera de las órbitas.

—¡Para por favor, no lo hagas!— le suplicaba ella.

Divisé al niño escondido bajo de la mesa de la cocina. El pequeño se hallaba asustado y acurrucado con el rostro entre las piernas, evitando el tener que soportar la macabra escena.

Volví de nuevo la vista a Scandar, su respiración se había acelerado de tal manera que su boca despedía fuertes bufidos, similares a los de un toro embravecido a punto de embestir. Sus pupilas se habían dilatado a causa del odio contenido, y sus brazos se tensaron de tal manera que las venas parecían a punto de explotar. Cuando le vi cerrar los puños con fuerza, supe que nada de lo que hiciera podría detenerlo para lo que estaba a punto de suceder.

—Te juro que voy a matarte— susurró entre dientes apretando con fuerza la mandíbula.

En aquel instante Jacobo se dio cuenta de que no estaban solos en la casa y levantó la vista hacia Scandar. Su rostro palideció al verlo bajo el marco de la puerta, estaba a punto de ser atacado por una bestia congestionada por el odio contenido, y sabía que por mucho que intentara defenderse, su contrincante le sobrepasaba en fuerza y potencia.

Aún siendo consciente de ello, Jacobo no se sintió intimidado, y en lugar de resignarse ante la evidente diferencia de dominio físico, se encaró a Scandar.

—Esto es lo que queríais ¿no?— dijo desafiante—. No os vais a salir con la vuestra cabrones.

Agarró a Eva por la muñeca para obligarla a levantarse.

—¡No la toques hijo de puta!— ladró Scandar.

A la velocidad de un rayo se abalanzó hacia Jacobo, quien al verle acercarse soltó a la madre e intentó escapar al jardín por la puerta trasera. En lugar de rodear la mesa de la cocina, Scandar la sorteó de un salto y aterrizó al otro lado como un gato. Lo que siguió a continuación fue a penas un borrón de movimientos. Jacobo trató de escapar, pero Scandar se arrojó sobre él, lo agarró por las piernas y lo hizo caer. Lucharon cuerpo a cuerpo, Scandar retenía a Jacobo mientras le asestaba puñetazos demoledores hasta que este trató de darle una patada a su hijastro en la cabeza. Scandar rodó para tratar de evitar la pesada bota y se vio forzado a soltarle durante un segundo. Jacobo aprovechó ese instante para dirigirse a toda prisa hacia el exterior y Scandar corrió tras

él. No tardaron en quedar fuera de la vista, así que aproveché la coyuntura para acercarme a Ángel. Lo agarré del brazo y tiré de él hacia fuera, lo acogí en mi regazo con la intención de protegerle y consolarlo, pero ni aún así conseguí aliviar su llanto. Las lágrimas del pequeño resbalaban desmesuradas por sus mejillas redondas, y pequeños espasmos respiratorios escapaban de su pecho. Apoyé su cabeza contra mi torso con el fin de reconfortarlo, pero él se deshacía en mirar por encima del hombro en busca de su madre.

—Mami— la llamó entre llantos.

Eva se incorporó del suelo y se arrastró hasta nosotros con síntomas de dolor. Su ojo derecho había sido golpeado con algún objeto contundente y estaba hinchado y enrojecido. Bajo la ceja se abría una pequeña brecha de la que caían unas gotas de sangre que le tapaban la visibilidad parcialmente. Como si de una leona dando cobijo a su cría se tratara, envolvió al niño bajo el abrigo de su cuerpo y lo consoló con besos y caricias sobre la frente.

Los golpes en el jardín seguían sucediéndose uno tras otro. Dejé al niño y a su madre acurrucados en el rincón de la cocina y salí al exterior para ver qué sucedía. Las piernas temblorosas me impedían avanzar con normalidad a través de la estancia, y tuve que buscar apoyo en los muebles para mantener el equilibrio. Al alcanzar el marco de la puerta asomé la cabeza con cautela, el sonido de los insultos y los golpes me aterrorizaban, y sentía miedo lo que pudiera encontrar al otro lado.

Jacobo estaba tirado en el suelo y Scandar lo golpeaba en la cara mientras lo aplastaba con la pierna sobre su estómago. El hombre hacía esfuerzos imposibles por esquivar sus puñetazos, pero Scandar era mucho más fuerte y rápido que él. La cara de Jacobo comenzaba a mostrar las marcas de los golpes y con cada impacto sus energías se veían debilitadas por el dolor. El agotamiento se hizo palpable cuando el hombre dejó de moverse bajo el peso de su hijastro. Sin embargo, Scandar no parecía ser consciente de ello y seguía golpeándolo con la misma intensidad.

—¡Scandar para ya!— grité desde la puerta.

Sus ojos reflejaban el odio y la furia contenida durante tanto tiempo, y ni siquiera escuchó mis palabras.

—¡Vamos Scandar, déjalo, vas a matarlo!— me acerqué a él con precaución temiendo recibir uno de los golpes—. ¡Por favor, para!

Pero él seguía sin hacer caso a mis súplicas.

De repente una tímida voz salió del interior de la casa.

—Papi— el pequeño se asomó con recelo por la puerta y vio a su padre tendido en el suelo.

De pronto los golpes dejaron de sonar. Scandar se quedó inmobilizado al escuchar la voz de su hermano y detuvo las embestidas contra el padre de este. Miró al pequeño desconcertado y a continuación dirigió la vista al hombre mutilado que tenía bajo su cuerpo. La rabia le había provocado cierta enajenación mental, y al escuchar la llamada del niño, su cabeza recobró la cordura. Se observó los nudillos ensangrentados por los golpes asestados a Jacobo e inmediatamente se retiró de su posición dejando que este pudiera respirar con normalidad.

Al darse cuenta de lo sucedido, salió corriendo sin mediar palabra en dirección al garaje, arrancó su moto y desapareció.

Martes, 12 de Mayo

LOS primeros rayos de sol se colaron entre las láminas de las persianas de aluminio. El guardia las hizo girar de modo que el ángulo de estas dejara entrar la luz del día.

—Bien señorita, por hoy hemos terminado, puede marcharse a casa— recogió el montón de papeles que tenía sobre la mesa y los introdujo en una carpeta clasificadora—. Pero recuerde que podemos volver a llamarla para más declaraciones, no debe marcharse de la ciudad sin avisar.

—No se preocupe, no creo que vaya a ir muy lejos— repliqué con voz cansina.

Después de pasar toda la noche prestando declaración en la comisaría, sentía los huesos de mi cuerpo entumecidos. Casi me costaba trabajo levantarme de la silla tras finalizar el interrogatorio, y a base de arrastrar los pies, conseguí alcanzar la salida. La claridad del día me deslumbró, tardé unos segundos en reconocer la calle. Por suerte aún llevaba las gafas de sol del día anterior, así que me las coloqué para disminuir el resplandor anaranjado que había a aquella hora de la mañana. Supuse que ocultando mis ojos, nadie se percataría de lo hinchados que los tenía después de pasar horas llorando desconsolada.

Después de que Scandar se marchara precipitadamente, Eva llamó a la policía para dar parte de lo sucedido. Cuando los agentes llegaron, nos vimos asaltados por un millar de preguntas. Según les había contado la madre de Scandar, Jacobo la increpó cuando ella le anunció que quería separarse de él. Este se puso violento y no aceptó un rechazo por parte de su mujer, así que comenzó a insultarla y golpearla delante de su hijo pequeño.

Una ambulancia se llevó a Jacobo, semi inconsciente y gravemente herido, al hospital. Las magulladuras de Eva fueron atendidas en la misma casa, y una psicopedagoga cuidaba del pequeño mientras le entretenía con cuentos y juegos. Mi estado de nervios estaba sumamente alterado, y los agentes no hacían más que intentar tranquilizarme para poder contestar a sus preguntas con claridad. Aunque algunas imágenes de la pelea se me presentaban confusas en la mente, pude describirles con precisión la escena que Scandar y yo encontramos al llegar a la casa. La única pregunta que no fui capaz de contestar, fue la del paradero de Scandar. Ni su madre ni yo sabíamos dónde se habría metido tras huir de aquella forma repentina.

Intenté llamarlo varias veces al móvil, pero siempre aparecía apagado. La policía me insistió varias veces para que pensara en dónde podría estar Scandar, no se explicaban por qué el chico no daba señales de vida ni a mí ni a su madre. Aquella circunstancia no hacía más que complicar las cosas, los agentes necesitaban su declaración para corroborar lo sucedido, pero su huida sólo

ocasionó comentarios sospechosos acerca de lo que Eva y yo habíamos contado.

Hubo un momento en el que dos guardias se adentraron al salón, y pude oír sus interpretaciones desde la cocina:

—Seguro que se trata de otro de esos casos en el que la madre defiende a su hijo por encima de todo— decía uno.

—A mí me da que el chaval ha pillado un cabreo monumental con el padrastro y se ha liado a golpes con él— continuaba el otro.

—No sé, pero si realmente ha sido en defensa propia como cuentan las mujeres, no entiendo por qué se ha marchado sin dejar rastro.

—A mí me da que esto va para largo— concluyeron al final.

La policía decidió finalmente que continuaría con su interrogatorio en la comisaría, así que me llevaron hasta allí en su coche patrulla, donde pasé el resto de la noche rellenando documentos y firmando papeles entre lágrimas. No podía creer que Scandar no se hubiese dignado a contactarme o al menos responder a mis infinitas llamadas. Temía que hubiese cometido alguna locura, y el simple hecho de no saber nada de su paradero me desquiciaba. ¿Y si no volvía a verle nunca más?

Aunque era temprano, decidí pasar por el instituto antes de que los profesores y los alumnos llegaran a su lugar de trabajo. Suponía que Doña Maruja ya estaría allí y no quería retrasar por más tiempo la decisión del consejo. Fuera cual fuera la resolución, estaba preparada para escucharla. Nada más podía ir peor de cómo estaban las cosas, y lo único que deseaba era encerrarme en casa cuanto antes y no volver a ver a nadie en mucho tiempo.

En la calle se manifestaban los primeros signos de vida matinal. La gente caminaba con prisa hacia sus trabajos, y algunas madres llevaban de la mano a sus hijos aún soñolientos al colegio. El instituto no quedaba lejos de donde estaba, así que decidí ir dando un paseo mientras contemplaba los jardines junto a las aceras y sus flores recién trasplantadas.

Al llegar, reflexioné sobre lo lamentable que se veía el edificio sin la acostumbrada vida agitada de sus alumnos. Tan sólo se escuchaban el trinar de los pájaros y el motor de algún que otro coche pasando cerca, nada que ver con los chillidos y el alboroto de los adolescentes al entrar y salir del centro. Daba la misma sensación que contemplar un parque infantil sin niños o un centro comercial vacío, definitivamente desolador.

La puerta principal estaba abierta, entré y encarrilé mis pasos hacia el despacho de la directora. Allí estaba la señora buscando un libro sobre su estantería, no pareció escuchar mi llegada, ya que cuando carraspeé para notificarle mi presencia, se sobresaltó.

—Ah señorita Montero, ya está usted aquí— intentó disimular su sorpresa mientras se recolocaba el moño—. Es usted muy madrugadora.

—Sí, claro— por supuesto no tenía ninguna intención de contarle lo sucedido el día anterior.

—No tiene usted buen aspecto— acertó en tono irónico tras estudiar las ojeras que se marcaban bajo mis ojos.

—Ya, digamos que he tenido una noche difícil— me vi en la tesitura de contestarle.

—Bien, supongo que querrá ir directa al grano.

Asentí levemente con la cabeza, sin esperar ningún tipo de clemencia por su parte, incluso diría que se alegraba por mi decrepitado estado físico. Lo más probable es que creyera que no había pegado ojo en toda la noche por su culpa, y su continua sonrisa ladeada no dejaba lugar a dudas de que así lo creía.

—Bien, como podrá imaginar el Consejo Escolar ha decidido expulsarla del centro definitivamente— tomó asiento y se colocó sus viejas gafas de leer—. Por otra parte ha tenido usted suerte.

¿Había dicho suerte? Definitivamente Doña Maruja no sabía de lo que hablaba, aquella palabra no encajaba por ningún lado en mi lamentable situación. ¿Qué suerte podría yo tener después de perder mi trabajo, haber sido testigo de un caso de violencia de género y encima tener un novio al que la policía buscaba por toda la ciudad? Sin mencionar el hecho de que ni siquiera sabía si lo volvería a ver. En aquel momento se me pasaron por la cabeza una serie de ideas siniestras, como la de abalanzarme sobre aquella bruja y hacerle tragar su montón de papeles uno a uno hasta que reventara, o pegarle fuego a su cabellera blanca para que su rostro resultara más espeluznante de lo que ya era.

Sacudí la cabeza para borrar aquellas imágenes descabelladas de mi mente, y me centré en lo que la bruja... quiero decir, Doña Maruja, intentaba explicarme.

—Sorprendentemente, y por algún motivo que aún no acierto a entender, la Consejería de Educación ni siquiera se ha molestado en contestar a mis denuncias. Por lo visto piensan que el caso no merece ninguna atención, está claro que su descarado comportamiento no supone un problema para seguir cumpliendo con sus obligaciones.

Supuse que la noticia debía alegrarme, sin embargo mi rostro mostraba la misma indiferencia que tenía hacía unos minutos.

—Por otro lado, espero que esto le sirva de lección, y sepa que uno no puede saltarse las reglas sólo para pasar un buen rato— continuó con un gesto de repulsión en su rostro.

Aquel comentario consiguió sacarme de mis casillas. ¿Cómo se atrevía a descalificarme de aquel modo? Aquella señora se creía con todo el derecho a opinar lo que le pareciera, y decidí que era momento de pararle los pies.

—Usted no tiene ni idea de lo que dice— ladré encolerizada.

La presión que había sentido en las últimas horas causó una gran explosión en mi interior. Noté como mi cara enrojecía a causa de la exasperación; la directora consiguió sacar lo peor de mí y por unos instantes me sentí violenta.

—Ojalá algún día pague por lo que me ha hecho. Ha destruido mi futuro. Viejas locas como usted no deberían seguir ejerciendo esta profesión. No hace más que reprimir los sentimientos de la gente, y todo porque es una pobre desgraciada que algún día morirá en soledad— sus ojos se abrieron de par en par—. Jamás ha conocido el amor, y espero que jamás lo conozca. Nadie podría vivir con una vieja reprimida como usted.

Sin esperar respuesta por su parte, me di la vuelta y avancé por el pasillo en busca de la salida. La ira contenida había desaparecido en gran parte, y me sentí aliviada después decirle a Doña Maruja lo que muchos desearían haberle dicho.

Abandoné apresurada el edificio y bajé la cuesta rumbo a casa. Al darme cuenta de que había llegado hasta allí a pie, recordé que la tarde anterior estacioné el coche cerca antes de marcharme con Scandar a su casa, así que el vehículo estaría a tan sólo unos pasos tras doblar la esquina. Saqué las llaves que llevaba en el bolso, y pulsé el botón para desbloquear el cierre automático. Todo a mi alrededor se hizo silencio cuando me introduje en el interior y cerré la puerta. Dejé caer la cabeza sobre el asiento y cerré los ojos en busca de paz, necesitaba relajar el cuello tenso durante unos segundos antes de arrancar.

No podría explicar los millones de imágenes que se me cruzaron por la mente en aquel momento, fue como ver una película pasar a modo de sueño. Tan real pero tan lejana. Me sentía tan confundida que ni siquiera sabía qué rumbo debía tomar a esas horas; ir a trabajar no era una opción y visitar a mis padres quedaba descartado hasta que todo volviera a la normalidad (si es que algún día volvía). Mis amigos estarían rumbo a sus puestos de trabajo y tampoco Scandar daba señales de vida.

Volví a ojear mi teléfono por si me había llamado durante mi breve tertulia con la directora, pero no había ningún indicio en el móvil.

—Maldita sea Scandar, ¿dónde estás?— no dejaba de repetirme una y otra vez.

Pensé que tal vez habría ido a la playa. Aquel era un buen sitio para perderse, y estaba segura de que eso era lo él buscaba. Tardé una media hora en llegar a Campoamor, pero lo único que encontré allí fue a unos cuantos turistas tempraneros paseando por la playa con sus perros.

Volví a la ciudad y pasé por su gimnasio, tal vez estuviera descargando la adrenalina que necesitaba soltar diariamente, pero allí tampoco lo encontré. Entonces regresé al parque donde Scandar había recibido la paliza aquel día que paseábamos juntos, y tampoco hallé rastro de él allí. Parecía como si se lo hubiese tragado la tierra.

De repente se me ocurrió algo. Si lo que realmente deseaba era alejarse de todo, lo más probable era que se marchara a la montaña. La misma en la que comenzó nuestra historia. Imaginé que habría pasado allí la noche y al no haber señal por aquella zona, no habría podido localizarme. Tardaría algo más de tres horas en llegar, pero tenía la certeza de que lo encontraría allí.

Para cuando llegué por la tarde, el sol aún iluminaba los restos de nieve que quedaban del invierno. La temperatura era bastante más baja que en Algezares, pero no lo suficiente como para hacerme temblar al salir del coche. Corrí hasta la casita de madera en la que habíamos pasado nuestro maravilloso fin de semana y golpeé la puerta con fuerza.

—Scandar ¿estás ahí? Abre por favor, soy yo— rezaba por que contestara a mis llamadas—. Vamos Scandar, soy Raquel, déjame entrar.

Pero allí no se escuchaba nada. No había ni un sólo signo de habitabilidad dentro de la casa, sólo quietud y silencio.

—Scandar por favor— golpeaba la puerta con más y más fuerza poseída por la desesperación de no saber de él.

¿Y si le había pasado algo? ¿Y si realmente no volvía a verlo? El corazón se me cerró en un puño y sentí una fuerte punzada en el pecho. Las lágrimas de desconsuelo resbalaban por mis mejillas mientras seguía golpeando la puerta como si la vida se me fuera en ello.

—¿Dónde estás Scandar?— fue mi último grito antes dejarme abatir por la tristeza y la desesperanza junto a la puerta, sentía mi cuerpo débil y no tuve voluntad para levantarme.

Entre lágrimas y sollozos pasé varias horas bajo el cielo frío que comenzaba a apagarse. Cuando noté mi cuerpo entumecido por la humedad y el helor, abrí los ojos despacio. Los tenía hinchados y doloridos, y reseco por las bajas temperaturas. Me auto convencí de que permanecer allí más tiempo no solucionaría su ausencia, y con un esfuerzo sobrehumano me incorporé del suelo apoyando la espalda sobre la puerta para ayudarme a subir. Regresé al coche temblando y encendí la calefacción al máximo ansiando una pizca de calor.

La noche era tan oscura como la boca de un lobo. Bajé la montaña acompañada únicamente de

las luces del coche. Delante sólo se veían las líneas de la carretera pasar acompasadas unas tras otras, y todo lo demás era negrura. Sin principio ni final, tan sólo oscuridad acompañada del constante sonido del motor. Daba la sensación de que la poca visibilidad que me rodeaba fuera mi único espacio, un espacio delimitado por la incertidumbre, por el desconocimiento de lo que me esperaba más allá de las líneas iluminadas.

Así era como se presentaba mi futuro en aquel momento: incierto, inseguro, sombrío..., mi vida profesional se había visto eclipsada por mi vida personal. Elegí estar con Scandar por encima de cualquier regla o ley, y ahora estaba pagando las consecuencias. Ni siquiera sabía cómo iba a contarle a mis padres lo sucedido. Habían aguantado lo indecible cuando les confesé mi relación con un chaval de dieciocho años, y sabía positivamente que aunque no lo entendían, respetaban mi decisión. Pero esto..., esto no se trataba de unas vacaciones pagadas durante unos meses. Ser despedida de un instituto no hacía que las cosas fueran fáciles, al menos no para mi currículum; y sin embargo, lo que más me preocupaba, era la decepción que mi padre sentiría cuando se enterase de mi fracaso educativo.

Los ojos se me empañaron al visualizarle sentado en su despacho, tan mayor, tan vulnerable. Sólo había vivido para darnos a mí y a mi hermano el mejor de los futuros, y ahora yo lo había estropeado enamorándome de quien no debía. Para mí sería imposible igualar su trayectoria intachable, la carrera de un hombre con una ocupación y dedicación honrada y recta, sin indicios de flaqueza ni vacilaciones. Me sentía tan inútil en aquel momento, que llegué a pensar que nadie me echaría de menos si me desviaba de la carretera rumbo a ningún lugar.

Aminoré la marcha cuando las lágrimas de mis ojos enturbiaron la imagen de la carretera. Tuve que secarlos con la manga de la camisa intentando no desviar la vista del asfalto, pero las gotas caían incontenibles por mis mejillas. Deseaba percibir el calor de alguien a mi lado, ansiaba una mano que me consolara, alguien que me abrigara en su pecho y me acariciara el cabello para calmar mis emociones. Necesitaba sentir el aliento de una voz amiga que me aconsejara qué hacer con mi vida, y sólo una figura se dibujaba en mi cabeza en aquel momento de amargura.

Scandar.

Él era mi consuelo, la base de mis cimientos y mi refugio contra la melancolía. Scandar era el único hombre que podía hacerme sentir protegida y aliviada de tanto dolor. ¡Dios mío, cómo lo echaba de menos! Recé entre sollozos que volviera pronto a mi vida, no soportaría aquella derrota sin su compañía. Sólo él conseguiría mermar el problema que me recomía por dentro, siempre encontraba las palabras de aliento para hacerme sentir fuerte y superar los obstáculos con voluntad.

Reflexioné sobre el cambio tan importante que había dado Scandar desde la primera vez que lo conocí. Aquella ocasión en la que un chaval alto y corpulento se encaró a mí una mañana de otoño en el instituto. Sin duda en aquel momento me pareció un chulo arrogante y maleducado, con su chupa de cuero y su pelo minuciosamente descuidado.

Quizá fue su aire despreocupado o su mirada profunda, pero desde el primer instante en que lo tuve frente a mí, me hipnotizó. Llegó a colarse en mi corazón tan precipitadamente que ni siquiera fui consciente de que lo amaba desde entonces, y fue así como nuestras vidas se unieron al poco tiempo. Su actitud defensiva y violenta se fue transformando hasta convertirse en un muchacho dinámico y cariñoso a la vez. Llegó a controlar sus actos compulsivos y se centró en sus estudios, sin olvidar el hecho de que me trataba como a una princesa siempre que tenía ocasión.

Sin embargo ahora, y por culpa de su padrastro, yo tendría que rendirme ante la evidencia de que él ya no estaba a mi lado. Mi soledad y yo deberíamos apañárnoslas para encontrar la manera de salir adelante sin su ayuda, y aquella sensación me producía un nudo fuerte y doloroso en el pecho.

Cuando por fin llegué a mi apartamento, serían las dos de la madrugada. Aparqué el coche en el garaje y me dirigí al ascensor. El vecindario estaba en silencio y todos los pisos apagados. Todo el mundo dormía.

Entré de puntillas al rellano y subí a la cuarta planta sin encender las luces, creyendo que si lo hacía despertaría a los vecinos. Introduje la llave a tientas en la cerradura y la giré hasta oír el *clac* del cierre. Entonces un escalofrío traspasó mi cuerpo. Me quedé inmóvil ante aquella extraña sensación y noté una suave brisa en mi espalda. En cualquier otro momento me habría sobresaltado al sentir una mano apoyarse sobre mi hombro, pero aquella noche no. El tacto cálido de aquellos dedos sobre mi cuerpo exhausto logró transmitirme la serenidad que tanto anhelaba.

Un año después.

LAS cosas no han sido fáciles desde que abandoné el instituto de Algezares. Un año después me encuentro recostada sobre el sofá de mi nueva casa en Granada, recordando los acontecimientos que tuvieron lugar después de que Scandar se presentara en mi apartamento aquella noche por sorpresa. Me explicó que estuvo toda la noche junto a la tumba de su padre, necesitaba desahogarse, llorarle y decirle cuanto le echaba de menos. Cuando por fin estuvimos juntos, le expliqué que la policía lo andaba buscando, y me pidió que lo acompañara a la comisaría aquella misma noche, no quería sentirse solo nunca más.

Hubo un juicio al poco tiempo. Eva y yo temimos que el juez no creyera nuestras versiones y le diera la razón a Jacobo. Pero afortunadamente aquello no pasó. El padrastro de Scandar fue acusado de maltrato y sentenciado con una orden de alejamiento. Perdió la custodia de su hijo pequeño y al ver que no tenía nada que hacer, se marchó a Madrid, donde continuó con sus negocios.

Scandar perdió mucho tiempo entre juicio y juicio, pero con mi ayuda y mucho esfuerzo, consiguió terminar el curso además de aprobar el examen de acceso a la Universidad con una buena nota. Después del verano se matriculó en Derecho. Quiso seguir los pasos de su padre y tenía la intención de ocupar su lugar en el despacho de abogados.

Su madre continuó con su vida centrada en la crianza del pequeño Ángel, y mientras el niño pasaba las mañanas en el colegio, ella comenzó a trabajar de secretaria en la que fuera la oficina de su primer marido.

Mis padres pasaron un calvario cuando les conté todo lo que había sucedido. Fue realmente duro ver a mi padre tan defraudado con mi humillante final en el instituto, pero yo no contemplaba la idea de rendirme tan fácilmente, ni de sentir pena por mí misma.

Hace unos días llamé por teléfono a Salomé para ver qué tal le iba con su nueva posición como directora en el instituto de Algezares. Según me dijo, no era tarea fácil, pero estaba poniendo todo su empeño por cambiar ciertos matices en las normas que no le convencían.

Doña Maruja había pedido la jubilación anticipada al finalizar el curso, y Salomé fue elegida como la mejor sustituta para el cargo. Rodrigo y Cristina continuaron su romance, aunque desde centros diferentes, y es que a Rodrigo lo trasladaron a otro edificio cerca de la costa.

Por lo que pude saber a través de Salomé, Rebeca fue enviada a Inglaterra con un familiar. La abuela ya no se sentía con fuerzas para soportar sus constantes desajustes de humor, y ya que sus

padres seguían en prisión, no tuvo más remedio que emigrar para comenzar una nueva vida allí.

Yo conseguí un nuevo empleo en un centro de enseñanza privada en el corazón de Granada. Llevo casi un año allí, y me encuentro felizmente instalada. Vendí el apartamento que mis padres me habían regalado y alquilé un dúplex en las afueras, junto a un parque natural cerca de la sierra.

A veces me siento a rememorar los increíbles momentos que pasé junto a Scandar en el instituto, nuestro primer beso, nuestras reuniones a escondidas, nuestras miradas silenciosas. Fueron instantes en mi vida que jamás podré olvidar, por mucho que el tiempo intente borrarlos. Nunca me arrepentí de mi decisión de estar con el chico al que amaba. Cada uno debe elegir el camino que le llama y no debería volver la vista atrás. Porque uno no imagina las historias y los episodios que le aguardan.

—Así que vamos a seguir este camino para ver a donde nos lleva— le repito a Scandar cada noche antes de irnos a dormir.

Otras obras de la autora:

Evadne, la sirena perdida

Evadne y el valle de las gorgonas

www.dianalaazem.blogspot.com

@DianaAlAzem